ALBERT PIKE

Moral y Dogma

del rito Escoces Antiguo y Aceptado



CABALLERO DEL SOL

(Grados 27 y 28)

Traducción de
Alberto Moreno Moreno



ALBERT PIKE

Moral y dogma

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Grados Veintisiete y veintiocho

Traducción:
Alberto R. Moreno Moreno

Moral y dogma

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

Grados Veintisiete y veintiocho

SERIE AZUL

[TEXTOS HISTÓRICOS Y CLÁSICOS]

Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado
(Grados Veintisiete y Veintiocho)
Albert Pike

editorial masonica.es®
Serie Azul (Textos históricos y clásicos)
www.masonica.es

EntreAcacias, S.L.
Apdo. de Correos 32
33010 Oviedo
Asturias (España/Spain)
Teléfono/fax: (34) 985 79 28 92
info@masonica.es

1ª edición: junio, 2014

ISBN (edición impresa): 978-84-942692-1-9
ISBN (edición digital): 978-84-942692-2-6

Edición digital

Moral y Dogma
del
Rito Escocés Antiguo y Aceptado
de la
Francmasonería

Grados Veintisiete y veintiocho

ALBERT PIKE

Publicado en Charleston (EE.UU.) en 1871

Traducido al español
por

Alberto Ramón Moreno Moreno
(Abril de 2014)

Este volumen contiene los capítulos 27 y 28 de la obra de Albert Pike *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado*.

Está precedido por *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Grados de Aprendiz, Compañero y Maestro), Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Logia de Perfección), Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Capítulo Rosacruz), Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Príncipe del Tabernáculo), y Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Príncipe de Merced),* publicados por MASONICA.ES (www.masonica.es).

XXVII

Caballero Comendador del Templo

Este es el primero de los Grados verdaderamente caballerescos del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Ocupa este lugar en el calendario de Grados, entre el XXVI y el último de los Grados Filosóficos, para romper la continuidad y aliviar lo que de otro modo habría sido tedioso; y también para recordar que, a la vez que se está ocupado en especulaciones y abstracciones de credos y filosofías, el Masón debe mantenerse comprometido en los deberes activos de la gran batalla de la vida. El Masón no es únicamente un moralista y filósofo, sino un soldado, sucesor de aquellos Caballeros de la Edad Media que, al tiempo que enarbolaban la Cruz, también portaban la espada y eran adalides del Honor, la Lealtad y el Deber.

Los tiempos cambian, y también las circunstancias. Pero la Virtud y el Deber permanecen inalterables. Los males a combatir adoptan diferente fisonomía y una forma distinta, pero hay la misma necesidad de verdad y lealtad

hoy en día que en los tiempos de Federico Barbarroja.

Ya no se forjan esos caracteres, religiosos y militares, que asistían a los enfermos y heridos en el hospital, y guerreaban en el cambo de batalla contra el infiel; pero las mismas obligaciones, que deben ser practicadas bajo otra forma, continúan existiendo y se hayan presentes en nuestro entorno.

La virgen inocente ya no está a merced del barón brutal o del guerrero licencioso; pero no por ello la inocencia y la pureza dejan de necesitar protectores.

La guerra no parece ser ya el estado natural de la sociedad, de forma que para la mayoría de los hombres comprometerse a no retroceder ante el enemigo no es más que una promesa vacía. Sin embargo, esta obligación y este deber todavía permanecen vigentes para todos los hombres.

La verdad en el obrar, en la labor y en la opinión, es más rara ahora que en los días de la caballería. La falsedad se ha convertido en moneda corriente y circula con cierto grado de respetabilidad, dado que tiene valor real. De hecho, es el gran vicio de nuestro tiempo, del mismo modo que lo es su hermano gemelo, el

fraude. Los hombres, en aras de su interés político, profesan cualquier principio que sea rentable y provechoso. En el tribunal, en el púlpito y en los parlamentos, los hombres argumentan contra sus propias convicciones y, por medio de lo que denominan lógica, defienden aquello en lo que no creen pero que es lo que otros desean escuchar, demostrando así que el engaño y la hipocresía son rentables para quienes los practican, como lo son las participaciones y acciones, que proporcionan un cierto rendimiento; y de este modo, no es lo verdadero de una opinión o un principio, sino el beneficio neto que se le pueda extraer, lo que se convierte en medida de su valor.

La prensa es la gran sembradora de falsedad. Difamar al antagonista político; desvirtuar todo lo que dice o, de no ser esto posible, poner en su boca lo que no ha dicho; poner en circulación las más abyectas calumnias con el fin de derrotarlo, estos hábitos son tan comunes que han dejado de despertar interés o comentarios, más que generar sorpresa o disgusto.

Hubo un tiempo en que un caballero antes moriría que pronunciar una mentira o romper su palabra de caballero. El Caballero Comendador

del Templo revive el antiguo espíritu caballeresco, y se entrega a la antigua veneración caballeresca de la Verdad. Jamás pronunciará ni hará profesión de algo en lo que no cree en aras del beneficio o la conveniencia, o porque tema la desaprobación del mundo. Del mismo modo que no calumniará a su enemigo, ni desvirtuará o pervertirá las palabras o actos de otros hombres, ni pronunciará palabras falsas por ningún motivo o bajo ningún pretexto, so pena de manchar su honor. Tanto en el Capítulo como fuera de él debe hablar la Verdad, y toda la Verdad, nada más y nada menos, o no decir ni una palabra.

El Caballero Comendador debe protección a la inocencia y la pureza donde quiera que se halle, tal y como era antaño. Protección contra la violencia, o contra aquellos, más culpables que los mismos asesinos, que por artificio o traición persiguen asesinar el alma; o contra la necesidad y la pobreza, que conduce a demasiadas mujeres a vender su honor e inocencia por alimento. El mundo nunca ha proporcionado mejores oportunidades que ahora para la práctica de estas elevadas virtudes y noble heroísmo que tanto distinguieron a las tres grandes órdenes militares y religiosas en sus inicios, antes de volverse corruptas y viciadas por la prosperidad y el

poder.

Cuando una temible epidemia asola una ciudad, y la muerte se inhala en el aire que respiran los hombres; cuando los vivos apenas bastan para enterrar a los muertos, la mayoría de los hombres huyen aterrorizados, para regresar y vivir como personas respetables e influyentes una vez que el peligro ha pasado. Pero el antiguo espíritu caballeresco de devoción, generosidad y desprecio por la muerte aún perdura, y no está extinto en el corazón de los hombres. En todas partes puede encontrarse a un pequeño grupo de hombres que permanecerán de manera firme e impávida en sus puestos, no por dinero, o por honores, ni tampoco por proteger su hacienda personal; sino por obedecer el dictado infalible del deber. Exploran la morada de la miseria y la necesidad; con la gentileza de las mujeres alivian el dolor del moribundo, y alimentan la lámpara de vida del convaleciente. Llevan a cabo las tristes exequias de los muertos, y no buscan otra recompensa que el beneplácito de sus propias conciencias.

Tales son los verdaderos Caballeros de este tiempo. Estos, y el Capitán que permanece en su puesto a bordo del barco que se va a pique hasta que el último bote, repleto de pasajeros hasta el

borde del agua, se aleja, tras lo cual se sumerge sosegadamente con la nave hacia las misteriosas profundidades del océano. O el piloto que permanece al timón mientras las llamas le rodean, destrozando su vida; o el bombero que asciende por las paredes ardientes y se adentra en el fuego para salvar la propiedad y las vidas de otros con los que no tiene lazo de sangre o amistad, y a quienes ni siquiera conoce. Estos, y otros como ellos, y todos los hombres que aguantan con virilidad en su puesto; morir, si es preciso, pero jamás abandonar el puesto. Pues estos hombres también están juramentados para no retroceder ante el enemigo.

Hermano mío, al convertirte en Caballero Comendador del Templo te has consagrado al desempeño de tus deberes y de actos de heroísmo como estos. ¡Soldado de la Verdad y la Lealtad! ¡Protector de la Pureza e Inocencia! ¡Retador de la Plaga y la Pestilencia! ¡Enfermero de los convalecientes y enterrador de los muertos! ¡Caballero que prefiere la Muerte antes que abandonar el Deber! ¡Bienvenido seas al seno de esta Orden!

XXVIII

Caballero Del Sol o Príncipe Adepto

Dios es el Creador de todo lo que existe; es el Eterno, el Supremo, el Dios Viviente y Tremendo; a quien nada en el Universo resulta oculto. No hagas de Él ídolos ni imágenes visibles; más bien adórale en la retirada soledad de los bosques remotos; pues Él es invisible, llena el Universo con Su alma, y no habita en templo alguno.

La Luz y la Oscuridad son los dos senderos eternos del Mundo. Dios es el principio de todo lo que existe, y Padre de todos los Seres. Es eterno, inmutable, y es en Sí Mismo. No hay límites a su Poder. Contempla simultáneamente el pasado, el presente y el futuro; y la procesión de los constructores de las pirámides, junto con nosotros y nuestros más lejanos descendientes, discurre en este momento ante Él. Lee nuestros pensamientos antes de que nos sean conocidos a nosotros mismos. Rige los movimientos del Universo, y todos los sucesos y revoluciones son fruto de Su voluntad, pues él es la Mente Infinita y la Inteligencia Suprema.

En el principio el Hombre tuvo la Palabra, y la Palabra provenía de Dios; y del poder vivo que fue comunicado al hombre en y por la Palabra, emanó y se hizo la Luz. ¡Qué ningún hombre pronuncie la Palabra, pues por ella el Padre hizo la Luz y la Oscuridad, el Mundo y las Criaturas vivas!

Los caldeos, en sus llanuras, me adoraron, y también los navegantes Fenicios. Me construyeron templos y torres, y me ofrecieron sacrificios en mil altares. La Luz era divina para ellos, y me consideraron un dios. Pero no soy nada, nada: la Luz es la creación de un Dios invisible que enseñó la verdadera religión a los antiguos patriarcas. Un Dios tremendo, misterioso, lo Absoluto.

El hombre fue creado puro, y Dios le dio la Verdad, como le dio la Luz; pero perdió la verdad y se sumió en el error. Se alejó, adentrándose en la oscuridad; y alrededor de él se hallan eternamente el pecado y la vergüenza. El Alma que es impura y pecadora, y es envilecida con manchas terrenales, no puede unirse a Dios hasta que, por medio de largos procesos y purificaciones, sea liberada finalmente de su anterior calamidad, y la Luz venza y destrone a la Oscuridad en tal Alma.

Dios es la Causa; indestructible, eterna, no

creada, simplicísima. Sabiduría, Justicia, Verdad y Piedad, junto con Armonía y Amor, son su esencia, y la Eternidad y la Infinitud son su extensión. Es silente, consiente con la Mente, y sólo a través de la Mente se revela a las almas. En él fueron contenidas todas las cosas originalmente, y de Él todas las cosas evolucionaron. Pues de Su Divino Silencio y Reposo, tras una infinitud de tiempo, emanó el Verbo, o Poder Divino; y a su vez el poderoso Intelecto, omniactivo y sin medida. Y del Verbo evolucionaron miríadas de soles y sistemas, que forman el Universo. Y el *fuego*, y la *luz*, y la Armonía eléctrica, que es la armonía de las esferas y los números; y del Intelecto surgieron las Almas y el intelecto de los hombres.

En el comienzo, el Universo no era más que Un Alma. Él era Todo, en soledad dentro del tiempo y el espacio, e infinito como ellos.

Tuvo este pensamiento: «Yo creo mundos». Y se hizo el Universo, y las leyes de armonía y movimiento que lo rigen, expresión del pensamiento de Dios; y el pájaro y la bestia, y todo ser viviente con excepción del Hombre; y la luz y el aire, y los actuales misterios, y el dominio de los misteriosos números.

Tuvo este pensamiento: «Yo creo al Hombre, a imagen y semejanza mía, como rey de la

creación». Y el hombre fue, con sentidos, instintos y mente racional. Pero no el Hombre, sino un animal que respiraba, veía y pensaba.

Hasta que una chispa inmaterial del propio Ser Infinito de Dios penetró su cerebro, y se convirtió en el Alma, y la parte inmortal del hombre fue.

De modo que el Hombre es fruto del pensamiento de Dios de tres maneras: el hombre que ve, oye y siente; el que piensa y razona; y el que ama y se halla en armonía con el Universo. Antes de que el mundo envejeciese, la Verdad primitiva se difuminó de las almas de los hombres. Entonces el hombre se preguntó: «¿Qué soy? ¿Cómo y de dónde procedo? ¿Adónde me dirijo?». Y el Alma, buscando en su interior, se esforzó por discernir si el Yo era mera materia; si su pensamiento y razón y pasiones y afectos eran mero efecto de una combinación material, o si un ser material envolvía un Espíritu inmaterial. Y siguió esforzándose, y examinando en su interior aprendió que ese Espíritu era una esencia individual, con una existencia inmortal separada, o una porción infinitesimal del Gran Principio Primero, que interpenetraba el Universo y la infinitud del espacio, ondulante como la luz y el calor. Pero se adentró en el laberinto del error, e imaginó fútiles filosofías, revolcándose en los lodazales del materialismo y la sensualidad,

batiendo sus alas vanamente en el vacío de abstracciones e idealidades.

Cuando las primeras encinas todavía no habían visto brotar sus hojas, el hombre ya había perdido el conocimiento perfecto del Dios Verdadero y Uno, la Antigua Existencia Absoluta, la Mente Infinita y Suprema Inteligencia; y flotó indefensa sobre los océanos interminables de la conjetura. Entonces el alma se perdió discerniendo si el universo material era una mera combinación aleatoria de átomos, o la obra de una Sabiduría Infinita y No Creada; o si la Deidad estaba concentrada, siendo el Universo una inmaterialidad extendida; o si Él era una existencia personal, una Esencia Omnipotente, Eterna y Suprema que regía la materia a voluntad; o si ha sujetado al Universo a leyes inmutables por toda la eternidad; o si para esta Deidad Infinita y Eterna, el Espacio y el Tiempo son desconocidos. Con su visión limitada y finita pretendió buscar la fuente y explicar la existencia del mal, el dolor y el pesar, vagando cada vez más profundamente en la oscuridad y extraviándose. Y para el Hombre ya no había Dios, sino un gran universo, mudo y sin alma, lleno de meros emblemas y símbolos.

Hasta ahora, en algunos de los Grados que te han sido conferidos, has escuchado hablar del

antiguo culto al Sol, la Luna y otras brillantes luminarias del Cielo, así como de los elementos y potencias de la Naturaleza Universal. Te has familiarizado, hasta cierto punto, con sus personificaciones como héroes sufrientes o triunfantes, como dioses o diosas personales, con características y pasiones humanas, y con la multitud de leyendas y fábulas que representan alegóricamente sus salidas y puestas, sus cursos, conjunciones y oposiciones, sus domicilios y lugares de exaltación. Quizá hayas supuesto que nosotros, al igual que muchos que han escrito sobre estas materias, hemos querido presentar este culto como el más antiguo que haya existido y el original de los primeros hombres que vivieron. Para desengañarte, si tal hubiese sido tu conclusión, hemos expuesto las personificaciones de la Gran Luminaria del Cielo y los nombres por los que era conocida entre las más antiguas naciones para mostrar las verdades primitivas que eran celebradas por los Padres de nuestra raza, antes de que los hombres comenzasen a adorar las manifestaciones visibles del Poder Supremo y la Magnificencia y los Supuestos Atributos de la Deidad Universal en los elementos y en los ejércitos de estrellas brillantes que la noche dispone sobre el campo azul del firmamento.

Ruego ahora tu atención para un desarrollo más

avanzado de estas verdades, tras lo cual habremos añadido algo a lo anteriormente dicho referente a la principal luminaria del cielo, abundando en la explicación de los nombres y características de las distintas deidades imaginarias que han representado al Sol entre las antiguas razas humanas.

ATÓN o ATÓN-RA era el jefe y más antiguo dios supremo del Alto Egipto, adorado en Tebas; al igual que el *om* o *aom* de los hindúes, cuyo nombre era impronunciable, y que, como el Brahm del pueblo que les sucedería, era «el Ser que era, es, y será; el Gran Dios, el Gran Omnipotente, Omnisciente y Omnipresente, el Más Grande del Universo, el Señor», cuyo emblema era una esfera perfecta que mostraba que Él era primero, último, medio y sin final; superior a todos los dioses de la Naturaleza y personificaciones de poderes, elementos y luminarias; era simbolizado por la Luz, Principio de Vida.

AMÓN o AMÓN-RA era el Dios-Naturaleza, o Espíritu de la Naturaleza, adorado en Menfis, en el Bajo Egipto, y en Libia, así como en el Alto Egipto. Era el Júpiter libio, y representaba la fuerza inteligente y organizadora que se desarrolla en la Naturaleza cuando los modelos intelectuales o formas de los cuerpos son revelados a los

sentidos en el orden del mundo por medio de su unión con la materia, donde se efectúa la generación de los cuerpos. Era el mismo que Knef, de cuya boca surge el huevo órfico, del que surgió el Universo.

DIONISOS era el Dios-Naturaleza de los griegos, como Amón lo era de los egipcios. En la leyenda popular, Dionisos, así como Hércules, era un héroe tebano, nacido de madre mortal. Ambos eran hijos de Zeus, y ambos eran perseguidos por Hera. Pero en Hércules el dios es subordinado al héroe, mientras Dionisos, incluso en la poesía, retiene su carácter divino, y es idéntico a Yaco, el genio que preside los Misterios. Personificación del Sol en Tauro, como sus pezuñas demuestran, liberaba a la Tierra del áspero dominio del Invierno, dirigía al poderoso coro de las estrellas en su órbita celestial anual, cambiaba con las estaciones y sufría su declive periódico. Él era el Sol tal y como era invocado por los Eleanos, Πυριγενης, traído al mundo entre rayos y truenos, el Poderoso Cazador del Zodíaco, Zagreo el Dorado o de Cara Rojiza. Los Misterios enseñaron la doctrina de la Unidad Divina, y que ese Poder cuya unidad es un misterio aparente, siendo en realidad una obviedad, era Dionisos, el Dios de la Naturaleza, o Dios de esa humedad que supone la vida de la

Naturaleza, que prepara en la oscuridad, en el Hades, el retorno de la vida y la vegetación. En las Islas Egeas era Butes, Dárdano, Hímeros o Imbros; en Creta aparece como Yasio o incluso Zeus, cuyo culto orgiástico, manteniéndose velado por las formas habituales de misterio, reveló a la curiosidad profana los símbolos que, de ser contemplados sin la debida deferencia, serían sin duda malinterpretados.

Dionisos era el mismo que el desmembrado Zagreo, hijo de Perséfone, un antiguo Dionisos subterráneo, progenie astada de Zeus en la Constelación de la Serpiente, a quien su padre confió el trueno, y a quien rodeó con la danza protectora de los curetas. Debido a los artificios envidiosos de Hera, los titanes eludieron la vigilancia de sus guardianes y lo despedazaron; pero Palas restituyó el corazón, todavía palpitante, a su padre, el cual ordenó a Apolo que lo enterrase en el Parnaso.

Dionisos, al igual que Apolo, dirigía el coro de las musas; la tumba de uno acompaña el culto al otro; eran iguales, aunque diferentes, desempeñando cada uno un rol distinto en el mismo drama; y sus personificaciones mística y heroica, el dios de la Naturaleza y del Arte, parecen proceder de una fuente común en un período remoto. Su separación fue de forma más

que de sustancia, y desde el tiempo en que Hércules fue iniciado por Triptolemo, o Pitágoras recibió los preceptos órficos, ambas concepciones tendieron a fusionarse. Se decía que Dionisos o Poseidón había precedido a Apolo en el oficio oracular. Y Dionisos continuó siendo reverenciado en la teología griega como Curador y Salvador, autor de la Vida y la Inmortalidad. Los dispersos pitagóricos, «Hijos de Apolo», se entregaron inmediatamente al Servicio Órfico de Dionisos, y hay indicaciones de que siempre hubo algo dionisíaco en el culto a Apolo.

Dionisos es el Sol, ese liberador de los elementos; y su contenido espiritual fue sugerido por la misma imaginería que hizo del Zodíaco el supuesto sendero de los espíritus en su descenso y regreso. Su segundo nacimiento, como vástago del Altísimo, es un trasunto de la regeneración espiritual del hombre. Él, al igual que Apolo, era bendito por las musas y fuente de inspiración. Su regla no prescribía mortificación antinatural alguna: su yugo era fácil, y sus coros jubilosos, que aunaban lo alegre con lo severo, no hacían sino conmemorar esa edad dorada en que la tierra disfrutaba de una primavera eterna, y cuando las fuentes de miel, leche y vino brotaban de su seno al toque del tirso. Dionisos es el Liberador. Al igual que Osiris, libera el alma, y la guía en sus

migraciones más allá de la tumba, preservándola del riesgo de caer de nuevo bajo la esclavitud de la materia o de alguna forma animal inferior. Toda alma es parte del Alma Universal, cuya totalidad es Dionisos; y él conduce a todo espíritu errante de vuelta a su hogar, acompañándole a través de los procesos purificadores, tanto reales como simbólicos, de su tránsito terrenal. Murió y descendió a los Infiernos, y su sufrimiento fue el gran secreto de los Misterios, como la muerte es el gran misterio de la existencia. Es el pretendiente inmortal de la Psiquis (el Alma), la divina influencia que llamó al mundo a su existencia física, y quien, al despertar al alma de su trance estigio, la restaura de la Tierra al Cielo.

De HERMES, el Mercurio de los griegos, el Toth de los egipcios y el Taaut de los fenicios, ya hemos hablado lo suficiente con anterioridad. Era el inspirador de las cartas y la oratoria, mensajero alado de los dioses, portador del caduceo envuelto en serpientes, y representado en nuestro Consejo por el Orador.

Los hindúes llamaban al Sol SURIA, los persas MITRA, los egipcios OSIRIS; los asirios y caldeos, BEL; los escitas, etruscos y antiguos pelasgos, ARKALEUS o HÉRCULES; los fenicios ADONAI o ADÓN, y los escandinavos ODÍN.

Del nombre Suria, otorgado por los hindúes al Sol, proviene el nombre de la secta que le presta adoración y se denominan suras. La iconografía describe su carro tirado por siete caballos verdes. En el Templo de Visweswara, en Benarés, se halla una antigua escultura, bien ejecutada en piedra, que le representa sentado en un carro tirado por un caballo con doce cabezas. El cochero es ARUN (¿quizá de *aur*, el Crepúsculo?), o el Amanecer; y entre sus múltiples advocaciones hay doce que denotan sus poderes específicos en cada uno de los doce meses. Esos poderes eran llamados Aditias, cada uno de los cuales ostenta un nombre particular. Con frecuencia se supone que Suria descendió al mundo bajo forma humana, y que dejó una raza sobre la Tierra, tan célebre en la historia india como las Helíadas en Grecia. Con frecuencia se les denomina Reyes de las Estrellas y Planetas, recordándonos así a al Adón-Tsabaoth (Señor de las Huestes Celestiales) de las escrituras hebreas.

MITRA era el Dios-Sol de los persas, del que se decía que había nacido en una gruta o cueva durante el Solsticio de Invierno. Sus fiestas eran celebradas en ese momento, instante en que el Sol comenzaba a regresar hacia el Norte y se incrementaba la duración de los días. Esta era la gran festividad de la religión de los Magos. El

calendario romano, publicado en tiempos de Constantino, período en el que este culto comenzó a extenderse por Occidente, fijó su festividad en el 25 de Diciembre. En sus estatuas e imágenes figuraba la inscripción *Deo-Soli invicto Mithræ*, al invencible Dios-Sol Mitra, *Nomen invictum Sol Mithra… Soli Omnipotenti Mithræ*. A Él se consagraban oro, incienso y mirra. «A Ti», dice Marciano Capela en su Himno al Sol, «los moradores del Nilo te adoran como Sérapis, y en Menfis se te adora como Osiris; en los ritos sagrados de Persia eres Mitra; en Frigia, Atis, y Libia te rinde culto como Amón, y los fenicios de Biblos como Adonis; y de este modo el mundo entero te adora bajo nombres diferentes».

OSIRIS era el hijo de Helios (Phra), «vástago divino generado junto con el amanecer», y al mismo tiempo encarnación de Knef o Agatodemon, el Buen Espíritu que incluye todas sus posibles manifestaciones, tanto físicas como morales. Osiris representaba de forma familiar el aspecto benéfico de todas las emanaciones más elevadas, y en él se desarrolló la concepción de un Ser puramente bueno, de modo que se hizo necesario establecer otro poder como su adversario, denominado Seth, Babis o Tifón, para justificar las influencias nocivas de la naturaleza.

Los egipcios relacionaron las más elevadas

verdades de su religión con los fenómenos de la agricultura, que se tenía por invención de Osiris. El alma del hombre era como una semilla enterrada en el suelo, y esta alma, inmersa en su envoltura mortal, aguardaba su restauración a la verdadera fuente de vida. Osiris no solo era el benefactor de la humanidad; también era Hades, Sérapis y Radamanto, rey de los muertos. Por ello, en opinión de los egipcios, la muerte no era sino renovación, dado que su dios era el mismo poder que renovaba la vitalidad de la Naturaleza. Todo cadáver debidamente embalsamado era denominado Osiris, y se creía que, en la tumba, se unía, o al menos se aproximaba, a la Divinidad. Pues cuando Dios se encarnó por el bien del hombre, y en analogía con su naturaleza asumida, ello implicaba que se sometería a todas las condiciones de la existencia visible. En la muerte, como en la vida, Isis y Osiris eran patrones y precursores de la humanidad; sus sepulcros se hallaban en el interior de los templos de las deidades superiores. Y aunque sus restos pudieran descansar en los sepulcros de Menfis o Abidos, su divinidad no era contestada, y tanto brillaban como luminarias en los cielos, como presidían en el mundo invisible los designios de los espíritus que, en la muerte, habían abandonado el cuerpo físico.

La noción de un Dios moribundo, tan frecuente en las leyendas orientales, y de las que tanto hemos dicho en los grados previos, era una deducción lógica a partir de la interpretación de la naturaleza; dado que la naturaleza, que durante su devenir a lo largo de las estaciones parece sufrir una disolución, fue para los primeros sacerdotes imagen expresa de la Deidad, y en una remota época fue identificada con el *Dios mutable*, cuyos atributos no solo se apreciaban en su vitalidad, sino también en sus cambios. El invisible Motor del Universo fue rápidamente identificado con sus obvias fluctuaciones. La deidad especulativa sugerida por el drama de la naturaleza era venerada con ritos imitativos y asimilables. Una etapa de luto y pesar en torno al Equinoccio de Otoño, y de alegría por el retorno de la Primavera, era algo casi universal. Frigios y paflagonios, beocios e incluso atenienses seguían en mayor o menor medida esta observancia; las damiselas sirias se sentaban llorando por Tamuz o Adonis, mortalmente heridos por el diente del invierno, simbolizado en el jabalí, su emblema más general. Y estos ritos, como los de Atis u Osiris, eran sugeridos evidentemente por lo marchito de la vegetación, cuando el Sol, descendiendo de su altura, parece desprovisto de su poder generador.

Osiris es un ser análogo al sirio Adonis; y la fábula de su historia, que no repetiremos aquí, es una plasmación narrativa de la religión popular de Egipto, en la cual el Sol es el héroe, y el calendario agrícola la moraleja. El húmedo valle del Nilo, que debía su fertilidad a la inundación anual, aparecía, en contraste con el desierto circundante, como la vida en medio de la muerte. La inundación se hallaba en evidente dependencia del Sol, y Egipto, rodeado de áridos desiertos como un corazón en el interior de un incensario ardiente, era el poder femenino, que dependía de las influencias personificadas en su dios. Tifón, su hermano, arquetipo de la oscuridad, la sequía y la esterilidad, arrojó su cuerpo al Nilo; y así Osiris, el Bueno, el Salvador, pereció en el vigésimo octavo año de su vida o reinado, y en el decimoséptimo día del mes de Athor, o trece de Noviembre. También se le hacía morir durante los calores de comienzo del Verano, cuando, desde Marzo a Julio, la Tierra era desecada por el calor intolerable, la vegetación era arrasada, y el lánguido Nilo quedaba exhausto. Se levantaba de esa muerte cuando el Sol solsticial traía la inundación, y Egipto se llenaba de júbilo y aclamaciones anunciatorias de la segunda cosecha. Tras su muerte invernal se levantaba con las primeras flores de Primavera, momento en el

cual se celebraba el gozoso festival de Osiris hallado.

Del mismo modo el orgullo de Jamshid, uno de los héroes solares persas, o año solar personificado, fue abruptamente interrumpido por Zohak, el tirano de Occidente. Fue despedazado con una sierra hecha de espina de pez, con lo que el resplandor de Irán se transformó en niebla. Ganímedes y Adonis, al igual que Osiris, fueron despojados bruscamente de su fuerza y belleza; la prematura muerte de Lino, causa del antiguo lamento de Grecia, era semejante a la del persa Siamek, el Hilas bitinio y el Maneros egipcio, Hijo de Menes o el Eterno. La elegía denominada Maneros era entonada en los banquetes egipcios, momento en que una efigie encerrada en un diminuto sarcófago se pasaba de mano en mano para recordar a los invitados lo efímero de su existencia. El hermoso Memnon pereció igualmente en su apogeo; y Enoc, cuya muerte prematura es llorada en Iconio, vivió 365 años, el número de días del año solar; un breve espacio de tiempo comparado con la longevidad de su homólogo patriarcal.

La historia de Osiris queda reflejada en las de Orfeo y Dionisos Zagreo, y quizá en las leyendas de Absirto y Pelias, de Aison, Tiestes, Melicertes, Itis y Pélope, y en la desconsolada

Isis o Niove; y Rhea llora a su señor desmembrado, Hiperión, y la muerte de su hijo Helios, ahogado en Eridano. Y si Apolo y Dionisos son inmortales, sí es cierto que murieron bajo otros nombres, como Orfeo, Lino o Jacinto. En Creta se mostraba el sepulcro de Zeus. Hipólito era igual a Apolo en honores divinos, y una vez que había sido hecho pedazos, como Osiris, era restaurado a la vida por las hierbas peonias de Diana y mantenido en la oscura gruta de Egeria. Zeus desertó del Olimpo para visitar a los etíopes; Apolo sufrió la esclavitud bajo Admeto; Teseo, Peiritio, Hércules y otros héroes descendieron durante algún tiempo al Hades; en los Misterios se exhibía un Dios-Naturaleza moribundo; las mujeres áticas ayunaban, sentadas en el suelo, durante las Tesmoforias, y los beocios lloraban el descenso de Cora-Proserpina al inframundo.

Pero la muerte de la Deidad, tal y como era entendida por los orientales, no era inconsistente con Su inmortalidad. El declive temporal de los Hijos de la Luz no es sino un episodio de su continuidad sin fin; y del mismo modo que el día y el año no son más que subdivisiones convenidas de lo Infinito, así las violentas muertes de Faetón o Hércules no eran sino interrupciones en el mismo proceso de Fénix o regeneración perpetua,

por medio del cual el espíritu de Osiris pervive en la sucesión del Apis de Menfis. Cada año contempla la resurrección de Adonis; y las lágrimas de ámbar derramadas por las helíades ante la prematura muerte de su hermano, son la lluvia dorada, llena de prolífica esperanza en el descenso de Zeus desde la cúpula de bronce del Cielo hasta el seno de la tierra reseca.

BAL, representante o personificación del Sol, fue uno de los grandes dioses de Siria, Asiria y Caldea, y su nombre aparece en los monumentos de Nimrod, y con frecuencia en las Escrituras hebreas. Era el gran Dios-Naturaleza de Babilonia, el poder del calor, la vida y la generación. Su símbolo era el Sol, y se le representaba sentado sobre un toro. Todos los accesorios de su gran templo de Babilonia, descritos por Heródoto, son repetidos con singular fidelidad, pero a escala menor, en el templo y tabernáculo hebreo. Únicamente falta la estatua de oro para completar el parecido. La palabra Bal o Baal, al igual que el término Adón, significa Señor y Amo. Era igualmente la Deidad Suprema de moabitas, amonitas, cartagineses, y de los sabeos en general. Los galos adoraban al Sol bajo el nombre de Belin o Belinus, y Bela aparece entre las deidades celtas en los monumentos antiguos.

Los ancestros septentrionales de los griegos cultivaban con hábitos más severos un modo de simbolismo religioso más varonil que el de los afeminados adeptos del sur, encarnando en su Perseo, Hércules y Mitra la culminación de las cualidades que estimaban necesarias y que ejercitaban.

Veremos que casi todas las naciones han tenido un ser mítico cuya fuerza o debilidad, virtudes o defectos, describen de forma aproximada el devenir del Sol a través de las estaciones. Había un Hércules celta, teutónico, escítico, etrusco y lidio, cuyas leyendas son siempre tributarias del héroe griego. Heródoto descubrió que el nombre de Hércules resultaba familiar desde hacía mucho tiempo en Egipto y en Oriente, y que había pertenecido originalmente a un personaje mucho más elevado que el relativamente moderno héroe griego hijo de Alcmena. El templo de Hércules de Tiro se considera construido 2300 años antes del tiempo de Heródoto; y Hércules, cuyo nombre griego ha sido tenido por fenicio de origen, en el sentido de *Circuitor*, es decir, *perambulador* de la Tierra, así como «Hiperion» del cielo, era patrón y modelo de aquellos famosos navegantes que extendieron sus altares de costa a costa del Mediterráneo, hacia el lejano occidente, donde supuestamente Arquelao construyó la ciudad de

Gades, y un fuego perpetuo arde en su honor. Era descendiente lineal de Perseo, hijo luminoso de la oscuridad, concebido en una cúpula subterránea de cobre; y él mismo era un trasunto del persa Mitra, el cual erigió sus leones sobre las puertas de Micenas, y portó la espada de Jamshid a la batalla contra las gorgonas en Occidente. Mitra es descrito de forma similar en el Zend-Avesta, como «poderoso héroe, el veloz corredor, cuyo ojo escrutador lo abarca todo, cuyo brazo porta el bastón que destruirá el Darud».

Hércules Ingenículo, el cual, inclinándose sobre una rodilla, eleva su bastón y pisa la cabeza de la serpiente, era, al igual que Prometeo y Tántalo, una de las distintas imágenes del sol luchando y declinando. Las victorias de Hércules no son sino exhibiciones del poder solar que debe repetirse por siempre jamás. Fue en el extremo Norte, entre los hiperbóreos, donde, desprovisto de su piel de león, se echó a dormir, y durante un tiempo perdió los caballos de su carro. En lo sucesivo, esa región septentrional y sombría, denominada «el lugar de la muerte y resurrección de Adonis», ese Cáucaso cuya cima era tan elevada que, al igual que el monte indio Meru, parecía ser tanto el fin como el comienzo del transcurrir del Sol, se convirtió en la imaginación griega en el *limes* final de todas las cosas, la

morada del invierno y la desolación, pináculo del arco que conecta los mundos superior e inferior, y consecuentemente el lugar apropiado para el destierro de Prometeo. Las hijas de Israel, sollozando por Tamuz, citadas por Ezequiel, se sentaban mirando hacia el Norte y esperando su retorno desde esa región. Mientras Cibeles, junto con el Dios Sol, se encontraba ausente y partida al país de los hiperbóreos, Frigia, abandonada por ella, sufrió los horrores del hambre. Delos y Delfi aguardaban el regreso de Apolo de entre los hiperbóreos, y Hércules trajo de allí la rama de olivo para Olimpia. Para todos los masones, el Norte ha sido desde tiempo inmemorial el lugar de la oscuridad; y de todas las grandes luces de la Logia, ninguna se halla en el Norte.

Mitra, el héroe nacido de la roca (Πετρογενης), anunciaba el regreso del Sol en primavera; del mismo modo que Prometeo, encadenado en su caverna, presagiaba la continuidad del invierno. El faro persa sobre la cima de la montaña representaba a la Divinidad Nacida de Roca y enclaustrada en su valioso templo. Y la gran pira funeraria de Hércules era el Sol extinguiéndose tras las colinas occidentales.

Pero si en su manifestación transitoria el poder eterno sufre o muere, en su manifestación eterna e imperecedera libera y salva. Era atributo esencial

de un Titán el levantarse de nuevo tras haber caído; pues el renacer de la Naturaleza es tan cierto como su declive, y sus alteraciones están sujetas a los designios del poder que controla a ambos.

«Dios», dice Máximo Tirio, «no escatimó a Su propio Hijo (Hércules), ni le eximió de las calamidades inherentes a su naturaleza humana. La progenie tebana de Júpiter tuvo su ración de pesar y pruebas. Al derrotar las dificultades terrenales demostró su afinidad con el Cielo. Su vida fue una lucha constante. Desfalleció ante Tifón en el desierto; y al comienzo de la estación otoñal (*cum longæ redit hora noctis*), descendió al Hades bajo la guía de Minerva. Él pereció; pero primero solicitó la Iniciación a Eumolpo, con el fin de prefigurar ese estado de preparación religiosa que antecede al cambio momentáneo.

Incluso en el hades rescató a Teseo y retiró la piedra de Ascálafo, reanimó a los espíritus exangües, y llevó a la luz del día al monstruo Cerbero, reputado con justicia de invencible, pues es emblema del Tiempo. Rompió las cadenas de la tumba (pues Busiris es la tumba personificada), y triunfando tanto al final como al principio de su periplo, fue recibido tras sus labores al reposo de las moradas celestiales, habitando por siempre con Zeus en los brazos de la Eterna Juventud.

Se dice que ODÍN tenía doce nombres entre los antiguos germanos, y que tenía además otros 114 nombres. Era el Apolo de los escandinavos, y se le representa en el Voluspa como predestinado a matar a la monstruosa serpiente. Entonces el Sol se extinguiría, la Tierra se disolvería en el Océano, las estrellas perderían su brillo, y toda la Naturaleza sería destruida para poder ser renovada posteriormente. Desde el seno de las aguas emergería un nuevo mundo revestido de vegetación; las cosechas madurarían donde ninguna semilla habría sido sembrada, y el mal desaparecería. La florida imaginación de los antiguos, que tejió su red de mitos y leyendas, quedó consagrada por la fe. A diferencia de la mente moderna, los antiguos no establecieron aparte un insignificante santuario de creencias importadas, más allá del cual todo lo demás fuese vulgar y oscuro. La imaginación, la razón y la religión rodearon al mismo símbolo; y en todos sus emblemas habría un significado serio, en caso de que pudiésemos dilucidarlo. No inventaron ficciones con el mismo espíritu anodino con que nosotros, constreñidos por los convencionalismos, los leemos. Al intentar interpretar creaciones del ingenio, el ingenio junto con la razón debe guiarnos; y mucho de la moderna controversia surge de los profundos

malentendidos con que manejamos los antiguos simbolismos.

Para esos antiguos pueblos, la Tierra era el centro del Universo. Para ellos no había otros mundos, menos aún poblados por seres vivos, que reclamasen el cuidado y la atención de la Deidad. Para ellos el Mundo era una gran planicie, de límites desconocidos, quizá inconcebibles, y el Sol, la Luna y las estrellas cruzaban sobre ella para otorgarle luz. El culto al Sol se convirtió en la base de todas las religiones de la antigüedad. Para los antiguos, la luz y el calor eran misterios; como de hecho lo siguen siendo para nosotros. Puesto que el Sol causa el día, y su ausencia la noche; puesto que cuando se desplaza hacia el Norte le siguen la primavera y el verano, y cuando retorna hacia el Sur, le siguen el otoño y el inclemente invierno, y las noches frías y largas cubren la tierra Dado que su influencia hace germinar las hojas y las flores, y hace madurar las cosechas, y provoca las inundaciones regulares, necesariamente se convirtió en la cuestión más interesante de todo el Universo. Para ellos, el Sol era el fuego connatural a los cuerpos, el fuego de la Naturaleza. Autor de la vida, el calor y la ignición, resultaba para ellos la causa eficiente de toda generación, pues sin él no había movimiento, ni existencia, ni forma. A sus ojos era inmenso,

indivisible, imperecedero y omnipresente. Los hombres sentían que necesitaban su luz y su energía creativa, y nada resultaba más temible para ellos que su ausencia. Su influencia benéfica provocó su identificación con el Principio del Bien; y el Brahma de los hindúes, el Mitra de los persas, el Atón, Amón, Ftah y Osiris de los egipcios, el Bel de los caldeos, el Adonai de los fenicios, el Adonis y el Apolo de los griegos no se convirtieron en otra cosa que personificaciones del Sol, Principio Regenerador, imagen de esa fecundidad que perpetúa y rejuvenece la existencia del mundo.

De este modo la lucha entre los Principios del Bien y del Mal fue personificado, como lo fue la lucha entre la vida y la muerte, la destrucción y la regeneración, en alegorías y fábulas que representaban poéticamente el curso aparente del Sol; del cual, al descender hacia el Hemisferio Sur, se decía figurativamente que había sido sometido y muerto por la oscuridad, o el genio del Mal; mas en su retorno de nuevo hacia el Hemisferio Norte, parecía resultar victorioso y levantarse de la tumba. Esta muerte y resurrección representaba también figuradamente la sucesión del día y la noche, de la muerte —que es una necesidad de la vida— y la vida que surge de la muerte; y los antiguos contemplaban en todas

partes el combate entre los dos Principios que rigen el mundo. Por doquier esta disputa fue plasmada en alegorías e historias ficticias, en las que fueron ingeniosamente tejidos todos los fenómenos astronómicos que acompañaban, precedían o seguían los distintos movimientos del Sol, los cambios de estaciones, y la aproximación o retirada de las inundaciones. Y así crecieron en estatura y proporciones las historias que relataban la oposición entre Tifón y Osiris, Hércules y Juno, los Titanes y Júpiter, Ormuz y Ahrimán, los ángeles rebeldes y la Deidad, el Genio del Mal y el Bien; y el resto de fábulas semejantes, que aparecen no solo en Asia, sino también en el Norte de Europa, e incluso entre mejicanos y peruanos en el Nuevo Mundo, llevadas hacia allá, muy probablemente, por aquellos viajeros fenicios que trasladaron allí la civilización y las artes. Los escitas lamentaban la muerte de Acmón, los persas la de Zohak, derrotado por Feridún; los hindúes la de Soura-Parama, asesinado por Supra-Muni; y los escandinavos la de Balder, despedazado por el ciego Hother.

La idea primitiva de la infinitud del espacio existía ya entre los primeros hombres, como existe entre nosotros. Esta, junto con la idea del tiempo infinito, son las dos primeras ideas innatas. El hombre no puede concebir cómo una

cosa puede añadirse a otra cosa, o un suceso seguir a otro suceso de forma perpetua. La idea siempre resurgirá: no importan cuán largo objeto se añada a otro objeto, siempre debe existir más allá un espacio sin límite; en el que no haya *nada*. Del mismo modo que la idea de tiempo sin principio ni fin se le resiste. El *Tiempo*, sin sucesos, resulta igualmente un *vacío*, y *nada*.

En ese espacio vacío los hombres primitivos sabían que no había luz ni calor. *Sentían* lo que nosotros conocemos científicamente: que ahí debe haber una oscuridad cerrada, y un frío de una intensidad como no tenemos idea. Creían que en ese vacío el Sol, los Planetas y las estrellas se ponían cuando se desplazaban tras el horizonte occidental. La Oscuridad era para ellos un enemigo, un mal, una vaga amenaza y terror. Era la misma materialización del principio de mal; y del mal decían que surgía. Conforme el Sol descendía bajo ese vacío, se estremecían de miedo. Y cuando, en el Solsticio de Invierno, comenzaba nuevamente su marcha hacia Septentrión, se regocijaban y lo festejaban; como hacían en el Solsticio de Verano, cuando más felices se mostraban. Estos días han sido celebrados por todas las naciones civilizadas desde la noche de los tiempos. Los cristianos los han convertido en días festivos de su Iglesia,

adjudicándoles los dos Sanjuanes. Y la Masonería ha hecho lo mismo.

Nosotros, para los que el vasto Universo no es un ente con una gran alma, sino una maquinaria mecánica de proporciones inimaginables, aunque no obstante inferior al infinito; y que somos capaces de imitar una parte del mismo con nuestros planetarios artificiales; nosotros, que hemos podido medir las distancias y las dimensiones, y discernir la gravedad específica y determinar las órbitas de la Luna y los planetas; nosotros, que conocemos la distancia al Sol, y su tamaño; que hemos medido las órbitas de los cometas y la distancia a las estrellas fijas, y que sabemos que estas últimas son soles como nuestro sol, cada una con su cortejo de planetas, y todas gobernadas por las mismas fuerzas mecánicas infalibles e irrenunciables, centrífuga y centrípeta; nosotros, que con nuestros telescopios hemos separado las galaxias y nebulosas en otros grupos de estrellas; que hemos descubierto nuevos planetas al descubrir primero las fuerzas distorsionadoras que ejercen sobre las ya conocidas; y que sabemos que todos, Júpiter, Venus, y el agresivo Marte, y Saturno y los demás, así como la brillante, suave y siempre cambiante Luna, son masas de tierra opacas como nuestra Tierra, y no mundos vivos de fuego brillante y luz

celestial; nosotros, que hemos contado las montañas y los abismos de la Luna, con lentes que podrían revelarnos el Templo de Salomón si permaneciese allí en su antigua gloria; nosotros, que ya no concebimos que las estrellas controlen nuestro destino, y que podemos calcular los eclipses del Sol y la Luna tanto en el futuro como en el pasado, aunque hayan pasado diez mil años; nosotros, con nuestras concepciones vastamente incrementadas de las potencias del Gran Arquitecto del Universo, pero con nuestra perspectiva totalmente material y mecánica del Universo mismo, nosotros no podemos, ni en el más mínimo grado, sentir, aunque podemos parcial e imperfectamente imaginar, cómo esos grandes y primitivos hijos de la Naturaleza, seres de corazón sencillo, se sentían al contemplar las Huestes Estelares en las laderas del Himalaya, en las llanuras caldeas, en los desiertos persa y medio, y sobre los bancos de este gran y extraño rio, el Nilo. Para ellos el Universo estaba vivo, era un instinto con fuerzas y poderes, misterioso y más allá de su comprensión. No era una máquina, no era un gran sistema mecánico, sino una gran criatura viva, un ejército de criaturas, con afinidad o enemistad por el hombre. Para ellos, todo era un misterio o un milagro, y las estrellas que brillaban sobre sus cabezas hablaban a sus

corazones en un lenguaje casi inaudible. Júpiter, con su esplendor regio, era el Emperador de las legiones estelares. Venus miraba a la Tierra de forma amorosa y la bendecía; Marte, con su fuego carmesí, amenazaba con la guerra y la desgracia; y Saturno, frío y grave, estremecía y ahuyentaba a los hombres. La Luna, siempre cambiante y leal compañera del Sol, era un constante milagro y una perenne maravilla; el Sol era el emblema visible del poder creativo y generativo. Para ellos la Tierra era una gran llanura, sobre la que el Sol, la Luna y los planetas discurrían, como sirvientes cuya misión era iluminarla. Entre las estrellas, unas eran benéficas y les traían la primavera y las frutas y las flores. Otras, leales centinelas, les advertían de la inundación inminente, de la temporada de las tormentas y de los vientos mortales. Algunas eran heraldo del mal, las cuales, por advertirlo expresamente, parecían ser su causa. Para ellos los eclipses eran portentos del mal, estando sus causas veladas por el misterio y lo sobrenatural. Los ciclos regulares de las estrellas, las salidas de Arturo, Orión, Sirio, las Pléyades y Aldebarán, así como los itinerarios del Sol, para los hombres antiguos resultaban voluntarios, no mecánicos. Fenómenos tan asombrosos no podían sino provocar que la Astronomía se convirtiese para ellos en la más

importante de las ciencias; y que aquellos que la dominaban se convirtiesen en la clase gobernante; y los vastos edificios, las pirámides, la torre o templo de Bel, y demás construcciones que se extienden por todo el Oriente, fueron creadas por razones astronómicas. Y no es de extrañar que, en su simplicidad infantil, adorasen la Luz, el Sol, los planetas y las estrellas, y las personificasen, y les adjudicasen con presteza historias inventadas en una época temprana en que la capacidad para creer era infinita; como, de hecho, si nos lo planteamos, es la actual, y siempre lo será.

Si nos ceñimos al sentido histórico literal, la antigüedad no sería más que un mero caos inexplicable y horroroso, donde los sabios no serían sino dementes. Y lo mismo sucedería con la Masonería y aquellos que la instituyeron. Pero una vez que estas alegorías quedan explicadas, dejan de ser fábulas absurdas o hechos meramente locales, y pasan a ser lecciones de sabiduría para toda la humanidad. Nadie que las estudie puede poner en duda que todas surgen de una fuente común.

Y yerra grandemente aquel que imagina que, puesto que las leyendas mitológicas y las fábulas de la antigüedad hacen referencia y tienen su origen en los fenómenos celestiales, y los dioses paganos no son más que meros nombres otorgados

al Sol, las estrellas, los planetas, los signos zodiacales, los elementos, las potencias de la Naturaleza, y la Naturaleza en sí misma, debe inferirse que los primeros hombres adoraban a las estrellas, o a cualquier cosa, animada o inanimada, que pareciese ejercer poder o influencia, evidente o imaginaria, sobre la fortuna y el destino humanos.

Siempre, en todas las naciones, al remontarnos a la más arcaica antigüedad a la que alcancen la luz de la historia o los destellos de la tradición, encontramos que, sentada sobre los dioses que representan las luminarias y los elementos, y que personifican las potencias innatas de la Naturaleza universal, reposa una Deidad aún mayor, silente, indefinida, incomprensible, el Supremo Dios Uno, del que todo lo demás fluye y emana, o gracias al cual todo es creado. Por encima del Dios-Tiempo Horus, la Diosa-Luna o Diosa-Tierra Isis, y el Dios-Sol Osiris de los egipcios, se encontraba Amón, el Dios-Naturaleza; y sobre él, de nuevo, el infinito e incomprensible Ayón. Brahm, el Dios uno, original, serenísimo y autocontemplativo, era la fuente, para los hindúes, de Brahma, Visnú y Shiva. Por encima de Zeus, o antes que él, se encontraban Cronos y Urano. Sobre el Elohim se encontraba el gran Dios-Naturaleza AL, y más aún

sobre él, la Existencia Abstracta, IHUH: El que es, fue, y será. Sobre todas las deidades persas se encontraba el Tiempo Ilimitado, Zeruane-Akherene; y sobre Odín y Thor se hallaba la gran deidad escandinava Alfadir.

El culto a la Naturaleza Universal como dios estaba demasiado cerca del culto a un Alma Universal como para haber sido una creación instintiva de cualquier pueblo salvaje o de una raza de hombres embrutecida. Imaginar a toda la naturaleza, con sus partes aparentemente independientes, como formando un conjunto consistente y una unidad en sí misma, requería una amplitud de experiencia y una facultad de generalización impropia de una mente ruda e incivilizada, y se halla únicamente un paso por debajo de la idea de un Alma Universal.

En el comienzo el hombre tenía la Palabra; y esa Palabra era de Dios; y del Poder vivo comunicado al hombre en y por la Palabra, llegó la Luz de Su Existencia.

Dios hizo al hombre a Su imagen y semejanza. Cuando, tras una larga sucesión de cambios geológicos, el Creador preparó la Tierra para que fuese su morada, creó al Hombre, y le ubicó en esa región de Asia que las antiguas naciones coincidieron en llamar la cuna de la raza humana, y desde donde la corriente de vida humana fluyó

hacia la India, China, Egipto, Persia, Arabia y Fenicia. Él transmitió al hombre un conocimiento innato de la naturaleza de su Creador, así como de la religión pura, primitiva e inmaculada. La semejanza con Dios era su excelencia distintiva, su verdadera esencia y la auténtica naturaleza del hombre primitivo. Dios estampó Su propia imagen sobre el alma del hombre. Esa imagen ha sido, en el pecho de todo hombre individual, así como en la humanidad en general, alterada en gran medida, dañada y desfigurada; pero sus signos antiguos y semiborrados todavía pueden encontrarse en todas las páginas de la historia primitiva; y en la impresión, que no ha sido borrada por completo, que toda mente reflexiva puede descubrir en su propio interior.

De la revelación original a la raza humana, de la primitiva Palabra de Verdad Divina, encontramos claras indicaciones y rastros dispersos en las tradiciones sagradas de todas las naciones primitivas; trazas que, cuando son examinadas de forma separada, aparecen como fragmentos quebrados, como caracteres misteriosos y jeroglíficos de un poderoso edificio que hubiese sido destruido; y sus fragmentos, al igual que los de los antiguos templos y palacios de Nemrod, parecen empleados en la construcción de edificios muchos siglos más jóvenes. Y, aunque

entre la siempre creciente degeneración de la humanidad, esta primigenia palabra de revelación fue falsificada por su mezcla con errores varios, y cubierta y oscurecida por un sinnúmero de ficciones inextricablemente confundidas, y desfigurada casi más allá de la capacidad de ser reconocida, aún así una indagación profunda descubrirá en el paganismo muchos vestigios luminosos de la Verdad primitiva.

Pues el viejo paganismo tenía su cimiento en la Verdad; y si pudiésemos separar esa intuición pura en la Naturaleza y en sus sencillos símbolos, que constituyen la base de todo paganismo, de la aleación de errores y adiciones de ficción, esos primeros rasgos jeroglíficos de la instintiva ciencia de los hombres primitivos resultaría concordante con la verdad, y ofrecería un auténtico conocimiento de la naturaleza, así como la imagen de una filosofía libre, pura, completa y acabada.

La lucha, que desde entonces sería eterna, entre la voluntad Divina y la voluntad terrena en las almas de los hombres, comienza inmediatamente tras las Creación. Caín asesinó a su hermano Abel, y pobló partes de la Tierra con una raza impía, que había olvidado y desafiado al Dios verdadero. Los demás descendientes del padre común de la raza se casaron con las hijas de los

descendientes de Caín; y todas las naciones preservaron el recuerdo de esa división de la familia humana en justos e impíos en sus estrafalarias leyendas de las guerras entre los Dioses y los Gigantes y los Titanes. Cuando, posteriormente, aconteció otra división similar, únicamente los descendientes de Seth preservaron la verdadera ciencia y religión primitivas, que transmitieron a la posteridad por medio del antiguo simbolismo sobre monumentos de piedra. Y muchas naciones preservaron en sus tradiciones legendarias la memoria de las columnas de Enoc y de Seth.

Entonces el mundo declinó desde su feliz condición original y estado afortunado, viéndose abocado a la idolatría y la barbarie; pero todas las naciones retuvieron el recuerdo de aquel estado primigenio. Y los poetas, que eran los únicos historiadores en aquellos primeros días, conmemoramos la sucesión de eras de oro, plata, bronce y acero.

En el lapso de esas eras, la tradición sagrada discurrió por distintos cursos entre las más antiguas naciones; y a partir de su fuente original, como si fuese desde un centro común, fluyeron sus distintas corrientes; algunas difundiendo a través de regiones favorecidas fertilidad y vida; mientras que otras pronto se extraviaron,

secándose en las estériles arenas del error humano.

Una vez que la Palabra interna y divina fue comunicada por Dios al hombre, esta se oscureció. Una vez que la conexión con su Creador quedó rota, incluso el lenguaje externo cayó necesariamente en el desorden y la confusión. La simple y Divina Verdad fue recubierta de variadas ficciones y enterrada bajo símbolos ilusivos, que finalmente se convirtieron en horribles fantasmas.

Pues en el devenir de la idolatría necesariamente tenía que suceder que lo que originalmente era reverenciado como símbolo de un principio más elevado, se fue confundiendo o identificando gradualmente con el objeto mismo que era adorado; hasta que este error condujo a una forma más degradada de idolatría. Las primeras naciones recibieron mucho de las primigenias fuentes de tradición sagrada; pero ese orgullo altivo que parece ser parte inherente de la naturaleza humana condujo a cada uno a representar estas reliquias fragmentarias de la verdad original como posesión particular de cada una; con lo que exageraron su valor, así como su propia importancia, presentándolas como favoritas y elegidas de la Deidad, que les había escogido como pueblo favorecido al que confiar

estas verdades. Para hacer de estos fragmentos, en la medida de lo posible, su propiedad privada, los reprodujeron bajo formas peculiares, envolviéndolos en símbolos, velándolos en alegorías, e inventaron fábulas para acreditar su especial posesión de los mismos. De modo que, en lugar de preservar su simplicidad y pureza primitivas, propias de la revelación original, las recubrieron de ornamento poético, de forma que el conjunto adquirió un aspecto fabuloso, hasta que por medio de un examen severo y minucioso seamos capaces de descubrir la verdad que la aparente fábula contiene.

Estos son los elementos en conflicto en el pecho del hombre: por una parte, la vieja herencia o dote original de la verdad que le fue participada por Dios en la revelación primitiva; y por otra parte, el error, la fe degradada que ha dado la espalda a Dios y mira a la naturaleza; la falsa fe que surge con facilidad y adquiere rango y preeminencia donde quiera que la Verdad Divina no es guardada con celo y cuidado, ni preservada en su pureza prístina. Esto aconteció pronto entre la mayoría de las naciones orientales, especialmente entre indios, caldeos, árabes, persas y egipcios; en cuya imaginación, y con un sentido muy profundo —pero todavía sensitivo— de la naturaleza, era francamente predominante.

El firmamento del Norte, visible para sus ojos, posee de lejos las mayores y más brillantes constelaciones; y el hombre primitivo era más receptivo a las impresiones que estas causaban que los hombres de hoy en día.

Entre los chinos, pueblo patriarcal, sencillo y apartado, la idolatría hizo poco progreso. Inventaron la escritura tres o cuatro generaciones tras el diluvio; y preservaron durante largo tiempo buena parte de la revelación primitiva, menos cubierta de ficciones que los fragmentos que otras naciones han recordado. Los chinos se cuentan entre los que permanecieron más próximos a la fuente de la tradición sagrada, y muchos pasajes de sus antiguas escrituras contienen notables vestigios de la verdad eterna, y de la Palabra de la revelación original, legado del antiguo pensamiento que atestigua su eminencia original.

Pero entre otras naciones primeras, el entusiasmo salvaje y la idolatría sensitiva a la Naturaleza se sobrepuso al sencillo culto al Dios Todopoderoso, desplazando y desfigurando la creencia pura en el Espíritu Eterno e Increado. Los grandes poderes y elementos de la naturaleza, y el principio de producción y procreación; posteriormente los espíritus celestes o Huestes Celestiales, los luminosos ejércitos de Estrellas, y el gran Sol, y la misteriosa y mutable Luna

(todos los cuales la totalidad del mundo antiguo no contemplaba como globos de luz o cuerpos ígneos, sino como sustancias vivas y animadas, con poder sobre el fato y destino humanos), así como los genios y espíritus tutelares, e incluso las almas de los muertos, recibían culto divino. Los animales representados por las constelaciones estelares, reverenciados primero como meros símbolos, pasaron a ser adorados como dioses; los cielos, la Tierra, y los fenómenos de la naturaleza fueron personificados, y fueron inventados héroes ficticios para explicar la introducción de las ciencias y las artes, y los fragmentos de las viejas verdades religiosas. Y los principios del bien y el mal se personificaron, convirtiéndose igualmente en objetos de culto; mientras, a través de todos los anteriores, todavía brillaban los hilos de plata de la antigua revelación primitiva.

El progresivo conocimiento de los primeros registros orientales parece confirmar cada vez más la posibilidad de que todos los sistemas mistéricos surgiesen originalmente de una misma fuente. Las laderas oriental y meridional de los Montes Paropismos, o Hidukush, parecen haber sido ocupadas por razas iranias semejantes, similares en hábitos, lengua y religión. Las deidades indias y persas más tempranas son en su

mayoría símbolos de la luz celestial, a la que consideraban en eterna lucha con los poderes del invierno, la tormenta y la oscuridad. La religión de ambas consistía originalmente en un culto a la naturaleza visible, especialmente a las manifestaciones del fuego y la luz. Las coincidencias son demasiado marcadas como para ser meramente accidentales. Deva, Dios, deriva de la raíz *div*, brillar. Indra, al igual que Ormuz o Ahura-Mazda, es el brillante firmamento; Sura o Sura, el Celestial, una advocación del Sol, reaparece en el término zenda Huare, el Sol, de donde provienen Khur y Khorshid o Corash.

Ushas y Mitra son deidades médicas, del mismo modo que las deidades zendas y los Ameshas Spentas o «Santos Inmortales» del Zend-Avesta pueden ser comparados con los siete Rishis o Dioses-Estrella védicos de la constelación del Oso. El Zoroastrismo, como el Budismo, era una doctrina innovadora comparada con las creencias antiguas; y entre el parsi y el brahmin pueden encontrarse rastros tanto de coincidencia como de diferencia. El culto original a la Naturaleza, en el que se combinaban la concepción de una Presencia Universal junto con la perpetuidad de acción, se desarrolló en distintas direcciones, conforme a las particularidades indias o persas.

Los primeros pastores del Punjab, entonces denominado Tierra de los Siete Ríos, a cuya sabiduría inspirada o intuitiva (Veda) debemos lo que quizá sean las más antiguas manifestaciones religiosas en cualquier lengua, consideraron como seres vivos a los objetos físicos de su culto. En primer lugar en esta prelación de deidades aparece Indra, el Dios del firmamento azul o brillante, denominado Devaspiti, Padre de los Devas o Poderes Elementales, que se distribuyen por los cielos y hacen sólidos los cimientos de la Tierra; el dominio ideal de Veruna, «el que todo lo Abarca», es casi igualmente extensivo, e incluye el aire, el agua, la noche, y la distancia entre Cielo y Tierra; Agni, que vive del fuego del sacrificio, en el hogar doméstico y en los rayos del cielo, es el gran Mediador entre Dios y el Hombre; Ushas, o el Amanecer, conduce a los Dioses de la mañana a su ágape diario en el ofertorio de la Naturaleza, del cual el sacerdote únicamente puede mostrar una imitación simbólica. A continuación llegaron los distintos dioses-sol, los Adityas o atributos solares, Surya el Celestial, Savitri el Progenitor, Pashan el Nutriente, Bagha el Afortunado, y Mitra el Amigo.

La intervención del Ser Eterno en la obra de la creación era representada como un matrimonio, del cual la primera emanación era una madre

universal, que se suponía que debía haber existido potencialmente por toda la eternidad o, en lenguaje metafórico, debía haber sido «su hermana y esposa». Finalmente fue ensalzada como Madre de la Trinidad India, y de la Deidad bajo Sus tres Atributos, de Creación, Preservación, y Cambio o Regeneración.

Las formas o manifestaciones más populares de Visnú el Preservador eran sus sucesivos avatares o advocaciones históricas, que representaban a la Deidad surgiendo del incomprensible misterio de Su naturaleza, y revelándose a Sí Misma en esas épocas críticas en que el contexto físico o moral parece marcar un nuevo comienzo de orden y prosperidad. Combatiendo el poder del Mal en los distintos departamentos de la Naturaleza, y en los sucesivos periodos de tiempo, la Divinidad, aunque variando en su forma, es en realidad siempre la misma, ya la encontremos en la útil agricultura o en las invenciones sociales, en las tradicionales victorias sobre credos rivales, o en cambios físicos vagamente descubiertos a través de la tradición, o sugeridos por la teoría cosmogónica. Al igual que Rama, el héroe épico armado de espada, mazo y flechas, prototipo de Hércules y Mitra, que lucha como el Patriarca Hebreo contra los Poderes de la Oscuridad, y al igual que Krisna-Govinda, el Divino Pastor, él es

Mensajero de la Paz, subyugando al mundo por medio de la música y el amor. Bajo forma humana nunca cesa de ser el Ser Supremo. «El necio», dice el Baghavad Ghita, «ignorante de mi naturaleza suprema, me desprecia bajo mi forma humana, mientras que hombres de grandes mentes, iluminados por el Principio Divino de su interior, me reconocen como incorruptible y superior a todas las cosas, y me sirven de todo corazón». «No todos me reconocen», dice de nuevo, «porque soy oculto por el poder sobrenatural que hay en mí; pero me son conocidas todas las cosas pasadas, presentes, y por venir; Yo existía antes de Vaivaswata y Menu. Soy el Dios Altísimo, el Creador del Mundo, el Eterno Purusha (Hombre-Mundo o Genio del Mundo). Y aunque en mi propia naturaleza estoy exento de poder nacer o morir, y soy Señor de todas las cosas creadas, dado que a menudo la virtud se halla debilitada en el mundo, y el vicio y la injusticia prevalecen, por ello a menudo me manifiesto y me revelo de época en época, para salvar al justo, destruir al culpable, y reafirmar los inestables escalones de la virtud. Aquel que me reconoce como tal, cuando abandona este cuerpo mortal no entra en otro, pues entra en mi; y muchos que han confiado en mí ya han entrado en mí, siendo purificados por el poder de la sabiduría. Yo ayudo a aquellos

que caminan en mi senda y me sirven».

Brahma, el agente creador, se sacrificó a sí mismo cuando, al descender a la forma material, se incorporó a su obra; y su historia mitológica se entrelazó con la del Universo. De este modo, aunque la espiritualidad se alió con el Supremo Señor de todas las criaturas (Prajapati), él compartió la imperfección y la corrupción de una naturaleza inferior y, materializado en variadas formas perecederas, se puede decir que, como el griego Urano, fue mutilado y cayó. Así combinó dos caracteres, la forma sin forma, lo inmortal y mortal, ser y no ser, movimiento y reposo. Como inteligencia encarnada, o La Palabra, comunicó al hombre lo que le había sido revelado por el Eterno, pues él es tanto el Alma como el Cuerpo de la creación, dentro de la cual la Divina Palabra está escrita en esos caracteres vivos cuya interpretación es prerrogativa del espíritu autoconsciente.

Los principios fundamentales de la religión de los hindis consistían en la creencia en un solo Uno Ser, la inmortalidad del alma, y en un estado futuro de recompensa y castigo. Sus preceptos de moralidad inculcaban la práctica de la virtud como requisito para procurar la felicidad incluso en esta vida transitoria; y sus doctrinas religiosas promulgaban que esa felicidad en un estado futuro

dependía de ello.

Además de la doctrina de la transmigración de las almas, sus dogmas pueden ser resumidos en los siguientes titulares: 1) La existencia de un Dios único, del que todas las cosas proceden, y a Quien todos debemos volver. Le aplican constantemente estas expresiones: Esencia Universal, y Eterno; el que siempre ha sido y siempre será; el que vivifica e impregna todas las cosas; Aquel que es omnipresente, y hace que los cuerpos celestiales giren en las órbitas que les ha prescrito. 2) Una división tripartita del Principio del Bien que sirve a la creación, preservación y renovación por medio del cambio y la muerte. 3) La existencia necesaria de un Principio del Mal, que se emplea en oponerse a los benéficos principios del anterior, y opera a través de los Devas o genios subordinados, a quienes les son confiadas las distintas operaciones de la naturaleza.

Y también formaba parte de su doctrina lo siguiente: «un Ser grande e incomprensible ha existido en soledad por toda la eternidad. Todo lo que contemplamos, y nosotros mismos, somos parte de Él. El alma, la mente o el intelecto, de los dioses y los hombres, y de toda criatura viviente, son porciones desprendidas del Alma Universal, a la que deberán regresar en su

momento. Pero la mente de los seres finitos es impresionada por una serie ininterrumpida de ilusiones, que ellos considerarán como reales hasta que vuelvan a unirse a la gran fuente de verdad. De estas ilusiones, la primera y más esencial es la individualidad. Por su influencia, una vez que se separan de su fuente, el alma llega a ignorar su propia naturaleza, origen y destino. Se considera como una existencia separada, en lugar de saberse una chispa de la Divinidad, un eslabón de una cadena inconmensurable, una porción infinitamente pequeña pero indispensable de la totalidad.

La tendencia a la imaginería causó que personificasen lo que concibieron como atributos de Dios, quizá con el fin de presentar las cosas de un modo más adaptado a la comprensión del vulgo, en lugar de referirse a la abstrusa idea de un Dios indescifrable e invisible; y este es el origen de la invención de Brahma, Visnú, Siva o Iswara. Estos eran representados bajo distintas formas, pero no aparece emblema o signo visible de Brihm o Brehm, el Omnipotente. Consideraban el gran misterio de la existencia del Gobernante Supremo del Universo como más allá de la comprensión humana. Toda criatura con la facultad de pensar, sostenían, debe ser consciente de la existencia de un Dios, una primera causa;

pero el intento de explicar la naturaleza de ese Ser, o de asimilarlo en modo alguno a nosotros mismos, no solo lo consideraban como una locura, sino también como una extrema impiedad.

Los siguientes extractos de sus libros servirán para mostrar cuáles eran las verdaderas directrices de su credo:

> Este universo está permeado por un Rey Supremo y Uno; incluso cada mundo del ciclo completo de la naturaleza lo está. Hay un Espíritu Supremo al que nada puede alterar, más veloz que el pensamiento del hombre. Ese Espíritu Supremo se mueve a placer, pero en sí es inmóvil. Es distante de nosotros, aunque próximo. Impregna este sistema de mundos, aunque se halla infinitamente más allá de él. El hombre que considera a todos los seres como presentes en el Supremo Espíritu, y al Supremo Espíritu participando de todos los seres, nunca más contemplará a criatura alguna con desprecio. Todos los seres espirituales son iguales en naturaleza al Espíritu Supremo. El alma pura y resplandeciente asume forma luminosa, exenta del grosero cuerpo, sin venas o tendones, inmaculada. Es en sí misma

un rayo del Espíritu Infinito que conoce el Pasado y el Futuro, que lo impregna todo, que existió sin otra causa que él mismo, que creó todas las cosas como son, en la más remota de las épocas. Ese Espíritu que todo lo penetra otorga luz al Sol visible, que es de su misma naturaleza, aunque infinitamente distinto en grado. ¡Que mi alma retorne al inmortal Espíritu de Dios, tras lo cual mi cuerpo, abocado a ser ceniza, retorne al polvo! ¡Oh Espíritu, que penetras el fuego, condúcenos por el camino recto hacia las riquezas de la santidad! ¡Tú, oh Dios, posees todos los tesoros del conocimiento! ¡Líbranos de las manchas de nuestras almas!

¿De qué fuente mana el hombre mortal, si la mano de la muerte le hace caer? De Dios, que es perfecta sabiduría y perfecta dicha. Él es el refugio último del hombre que ha ofrecido generosamente su riqueza, que se ha mantenido firme en la virtud, que conoce y adora al Grande y Uno. Veneremos la supremacía de ese Divino Sol, cabeza de Dios que todo lo ilumina, que todo lo vuelve a crear, de Quien que todo procede, a Quien todos debemos retornar, a Quien invocamos para conducir nuestro entendimiento por el

camino recto en nuestro progreso hacia su santa morada. Lo que el Sol y la Luz son para el mundo visible, así es la verdad para el mundo visible e intelectual. Nuestras almas adquieren cierto conocimiento por la mediación de la luz de la Verdad, que emana del Ser de Seres. Ese ser, sin ojos que vean, sin oídos que escuchen, conoce todo lo que puede ser conocido, pero nadie le conoce a Él. Él, al que los sabios llaman El Gran Espíritu, perfecta Verdad, perfecta Felicidad, sin igual, inmortal; unidad absoluta, que las palabras no pueden describir, ni mente alguna comprender: todo lo penetra, todo lo trasciende, es sublime en su propia inteligencia sin límites, y desconoce los límites del espacio y el tiempo. Sin pies, se desplaza velozmente; sin manos, toma todos los mundos; sin ojos, todo lo ve; sin oídos, todo lo escucha; sin inteligencia que lo guíe, comprende todo; es causa no causada; lo gobierna todo, todo lo puede, es el Creador, el Preservador, el Transformador de todas las cosas. Tal es el Gran Uno. Así dicen los Vedas.

¡Que mi alma, que se eleva hacia lo alto en mis horas de vigilia como chispa etérea y

que, incluso en mi duermevela, experimenta un ascenso semejante, y vuela a grandes distancias, como una emanación de la Luz de Luces, se una en devota meditación al Supremo Espíritu bendito, infinitamente inteligente! Que mi alma, que fue la ofrenda primordial situada en todas las criaturas, que es rayo de perfecta sabiduría, luz inextinguible fijada en el interior de los cuerpos creados, sin la cual ninguna buena obra es realizada, en la que puede concentrarse lo que quiera que haya sucedido, sucede y sucederá, como en una esencia inmortal, que mi alma se una con el Espíritu Supremo.

El Ser de Seres es el Dios único, eterno y omnipresente, el Cual comprende todo. No hay más Dios que Él. El Ser Supremo es invisible, incomprensible, inmutable, sin forma o figura. Nadie lo ha visto; el tiempo no Lo abarca; Su esencia lo permea todo, y todo surgió de Él.

El deber de todo buen hombre, incluso en el momento de su destrucción, consiste no sólo en perdonar, sino incluso en desear el bien a su destructor; como el sándalo, que en el momento de ser derribado, perfuma el hacha

que le hizo caer.

Los filósofos vedantas y nyayás reconocen un Ser Supremo y Eterno, así como la inmortalidad del alma; aunque, al igual que los griegos, difieren en sus ideas al respecto. Hablan de un Ser Supremo como esencia eterna que penetra el espacio, otorgándole vida y existencia. Los vedantas suponían cuatro modificaciones de ese espíritu universal y eterno; pero dado que no cambia su naturaleza, sería erróneo suponerlas de distinta esencia; del mismo modo que es erróneo, afirmaban, imaginar que las distintas modificaciones por medio de las cuales el Ser Omnipotente existe o muestra Su poder son existencias individuales. La Creación no es considerada como la producción instantánea de cosas, sino únicamente como la manifestación de lo que ya existía eternamente en el Ser Universal Uno. Los filósofos nyayás creen que el espíritu y la materia son eternos; pero no afirman que el mundo, en su actual forma, haya existido por toda la eternidad, sino únicamente la materia primordial de la que brotó al ser operado por la todopoderosa Palabra de Dios, Causa Inteligente y Ser Supremo, Quien produjo las combinaciones o agregaciones que componen el Universo

material. Aunque consideran que el alma es una emanación del Ser Supremo, lo hacen distinguirse de ese Ser en su existencia individual. La Verdad y la Inteligencia son atributos eternos de Dios, no —afirman ellos— del alma individual, que es susceptible tanto de conocimiento como de ignorancia, de placer y dolor; y por lo tanto Dios y ella son distintos. Incluso cuando retorna al Eterno, y alcanza la dicha suprema, es indudable que sigue existiendo de forma diferenciada. Aunque *unida* al Ser Supremo, no es absorbida por Él, sino que retiene la naturaleza abstracta de la existencia definida o visible. «La disolución del mundo», afirman, «consiste en la destrucción de las formas visibles y de las cualidades de las cosas; pero su esencia material permanece, formándose nuevos mundos a partir de ella gracias a la energía creativa de Dios; y de este modo el Universo es disuelto y renovado en una sucesión interminable».

Los jainas, secta de Mysore y otras localidades, afirman que la antigua religión de la India y del mundo entero consistía en la creencia en un Dios uno, puro espíritu, indivisible, omnisciente y omnipotente. Ese Dios, una vez que hubo aportado a todas las cosas su orden y curso de acción, y hubo otorgado al hombre una parte

suficiente de razón o entendimiento para guiarle en su conducta, le dejó para que obrase según su libre albedrío, sin cuyo total ejercicio no se le podría tener por responsable de su conducta.

Menú, el legislador hindú, adoraba, no al Sol material y visible, sino a «esa luz incomparablemente mayor y divina» —por emplear las palabras del más venerable texto de la Escritura India— «que ilumina todo, que deleita a todo, de la que todo procede, a la cual todos debemos retornar, y que es la única que puede iluminar nuestros intelectos».

Así comienza sus enseñanzas:

¡Escuchad!

> Este Universo existió únicamente en una primera idea aún no expandida, envuelto en oscuridad, imperceptible, indefinible, inefable, inabarcable por la razón y no descubierto por revelación, como si se encontrase inmerso completamente en sueño.
>
> Entonces, el Único Poder necesario, sin revelarse a Sí Mismo, pero haciendo discernible este mundo, con cinco elementos y otros principios de la naturaleza, apareció con gloria y esplendor, expandiendo Su idea, o deshaciendo el conjuro de la melancolía.
>
> Aquel que únicamente la mente puede

percibir, cuya esencia elude a los órganos eternos, que no tiene partes visibles, que existe por toda la Eternidad, incluso Él, el alma de todos los seres, a Quien ningún ser puede comprender, brilló en todo el orbe.

Él, habiendo deseado producir distintos seres a partir de Su propia Sustancia Divina, creó primero y con su pensamiento las aguas. A partir de *lo que es* (precisamente el hebreo Yahvé), la causa primera, que no es objeto de los sentidos, que existe en todas partes en sustancia, sin existir para nuestra percepción, sin principio o fin (A# y Ω#, o el I#A#.Ω#) se produjo el principio masculino divino conocido en todos los mundos por el nombre de Brahma.

Al recapitular las distintas cosas creadas por Brahma, añade: «Él —refiriéndose a Brahma, el Λογος, la palabra—, cuyos poderes son incomprensibles, habiendo creado así este Universo, fue absorbido nuevamente en el Espíritu Supremo, cambiando el tiempo de energía por tiempo de reposo.

El *Antareya A'ran'ya*, uno de los Vedas, ofrece esta primitiva idea de la creación: «En el principio, el Universo no era sino un Alma. Nada más, activo o inactivo, existía. Entonces

Él tuvo este pensamiento: "*Crearé mundos*", y así creó estos distintos mundos, el aire, la luz, los seres mortales y las aguas.

Entonces Él tuvo este pensamiento: "*Contempla los mundos; crearé guardianes para ellos*". Y así hizo, a partir del agua, un ser revestido de forma humana. Y lo contempló. Y este ser abrió la boca como un huevo, y brotó el habla, y del habla brotó el fuego. Abrió sus orificios nasales, y por ellos circuló la respiración, propagando el aire. Los ojos se abrieron, y de ellos surgió un rayo luminoso, y este rayo produjo el Sol. Las orejas se dilataron, y de ellas surgió el oído, y del oído el espacio. Y una vez que el cuerpo del hombre, con sus sentidos, fue creado, el Alma Universal pensó así: ¡Cómo puede este cuerpo existir sin Mí? Examinó el cuerpo para discernir qué extremidad podía penetrar. Se dijo a Sí Mismo: *Si, sin Mí, la Palabra es articulada, la respiración exhalada, y la vista ve; si el oído oye, la piel siente, la mente reflexiona, la deglución traga y los órganos generativos cumplen su función, entonces ¿qué soy Yo?* Y separando la sutura del cráneo, Él penetró en el hombre.

¡Contempla las grandes verdades primitivas!

Dios es un Alma eterna e infinita. La materia no es eterna ni necesaria, sino creada y contingente, creada por el pensamiento de Dios. Tras crear la materia, con pensamientos semejantes creó el mundo y a continuación al hombre; y finalmente, tras dotarle de sentidos y de una mente racional, una chispa o porción del Mismo Dios penetró al hombre, y se convirtió en el espíritu viviente dentro de él.

Los Vedas describen así la creación del mundo:

En el principio había un único Dios no creado; el Cual, tras haber pasado una eternidad absorto en la contemplación de Su propio ser, deseó manifestar Sus perfecciones fuera de Sí Mismo. Y creó la materia del mundo. Una vez creados los cuatro elementos, aunque todavía mezclados en confusión, sopló sobre las aguas, que se levantaron con la forma de un inmenso huevo y, desarrollándose, se convirtieron en la cúpula de los cielos que rodea a la Tierra. Una vez creados la Tierra y los cuerpos de los seres animales, este Dios les otorgó para animarlos la esencia del movimiento, que era una porción de Su propio ser. De este modo, siendo el alma de todo ser vivo una parte del Alma Universal, ninguna perece, sino que cada alma cambia únicamente

de forma y apariencia, pasando sucesivamente por cuerpos diferentes. De todas las formas, la que más place al Ser Divino es el Hombre, por ser la que más se aproxima a Sus propias perfecciones. Cuando un hombre se separa por completo de sus sentidos, y es absorbido por sí mismo en autocontemplación, llega a discernir la Divinidad, y se convierte en parte de Ella.

Los antiguos persas se parecían a los hindúes en muchos aspectos: en su lenguaje, poesía y leyendas. Sus conquistas les pusieron en contacto con China, y sometieron a Egipto y Judea. Su perspectiva de Dios y la religión se asemejaba más a la de los hebreos que a la de cualquier otra nación; y de hecho estos últimos tomaron prestados de ellos algunas doctrinas prominentes, que hoy contemplamos como parte esencial del credo original hebreo.

Profesaban creencias muy similares a las de los hebreos en lo referente al Rey del Cielo y Padre de Luz Eterna, al Mundo de Pura Luz, a la Eterna Palabra por la que todas las cosas fueron creadas, a los Siete Poderosos Espíritus que se hallan próximos al Trono de Luz y Omnipotencia, la gloria de los Ejércitos Celestiales que rodean el Trono, y al origen del mal y el Príncipe de la

Oscuridad, monarca de los espíritus rebeldes, enemigos de todo bien. Aborrecían con el mayor desagrado la idolatría egipcia, y bajo Cambises trazaron un plan organizado para su total extirpación. Jerjes, cuando invadió Grecia, destruyó los templos y erigió piras a lo largo de todo el itinerario que recorrió. Su religión era eminentemente espiritual, y el fuego y el sacrificio terrenales no eran sino signos y emblemas de otra devoción a un poder más elevado.

De este modo la doctrina fundamental de la antigua religión de India y Persia no consistía al principio en nada más que una simple veneración a la naturaleza, sus elemento puros y sus energías primarias, el fuego sagrado, y sobre todo, la Luz, el aire; no el bajo aire atmosférico, sino el más puro y brillante aire del Cielo, el espíritu que anima e impregna la respiración de la vida mortal. Esta pura y simple veneración a la naturaleza es quizá la más antigua, y con mucho la preponderante en el primitivo mundo patriarcal. No consistía originalmente en una deificación de la naturaleza, ni en la negación de la soberanía de Dios. Esos elementos puros y esencias primitivas de la naturaleza creada ofrecían a los primeros hombres, todavía en íntima comunicación con la Deidad, no un parecido o semejanza, ni una mera

imagen fantástica o figura poética, sino un símbolo natural y verdadero de poder Divino. En todas partes, en las escrituras hebreas, la pura luz o fuego sagrado aparece como imagen del poder que todo lo impregna y todo lo consume, así como de la omnipresencia de la Divinidad. Su aliento era la primera fuente de vida; y el débil susurro de la brisa anunciaba al profeta Su inmediata presencia.

«Todas las cosas descienden de un único fuego. El Padre perfeccionó todas las cosas, y las entregó a la Segunda Mente, a quien las naciones denominan la Primera. La creación coexiste con la luz intelectual del Padre; pues es el Alma la que adorna el gran Cielo, y quien lo adorna a semejanza del Padre. El Alma, que es un fuego brillante, por el poder del Padre permanece inmortal, y es señora de la vida, y llena todos los rincones del mundo. ¡Luz engendrada por el Padre! Pues sólo ella, que ha recibido del poder del Padre la esencia del intelecto, puede comprender Su mente, e insuflar en todas las fuentes y principios la capacidad de entendimiento, y de continuar por siempre jamás en movimiento perpetuo». Tal era el lenguaje de Zaratustra, que plasmaba las antiguas ideas persas.

Y el mismo sabio de la antigüedad hablaba así del Sol y las estrellas: «El Padre creó el universo entero a partir del fuego y el agua y la tierra, y el éter que todo lo nutre. Estableció una gran cantidad de estrellas fijas, que permanecerían quietas para siempre, no por ser forzadas a ello, sino por estar exentas de desear el movimiento. Congregó a los siete firmamentos del mundo, rodeando así la Tierra con la curvatura de los Cielos; y en ellos puso siete existencias vivas, disponiendo su aparente desorden en órbitas regulares, siendo seis de ellas planetas, y el Sol, situado en el centro, la séptima. Y situado en ese centro, en él todas las líneas, no importa en qué dirección diverjan, son iguales. Y el mismo Sol veloz, girando en torno a un centro principal, intenta siempre alcanzar la luz que todo lo impregna, en compañía de la brillante Luna».

Y Zaratustra también añadía: «No pretendas medir los itinerarios del Sol, ni intentes reducirlos a un patrón; pues es movido por la eterna voluntad del Padre, y no para tu capricho. No pretendas comprender el impetuoso curso de la Luna; pues se desplaza de manera perpetua bajo el impulso de la necesidad; y la progresión de las estrellas no fue concebida para servir a ningún propósito tuyo».

Ormuz dice a Zaratustra, en el Bundahesh: «Yo soy el que sostiene el cielo estrellado en el espacio etéreo; el que hace de esta esfera, que una vez estuvo sumida en la oscuridad, un manantial de luz. A través de mí la Tierra se convirtió en tierra firme y perdurable: la tierra sobre la que camina el Señor del Mundo. Yo soy el que hace que la luz del Sol, la Luna y las estrellas atraviese las nubes. Yo creo la semilla de grano que perece en el suelo para germinar de nuevo. Yo creé al hombre, cuyo ojo es la luz, cuya vida es la respiración de sus fosas nasales. Yo puse en su interior el inextinguible poder de la vida».

Ormuz o Ahura-Mazda representaba la luz primordial, distinta de la de los cuerpos celestiales, aunque necesaria para su existencia, pues era la fuente de su esplendor. Los Ameshas Spentas (los Santos Inmortales) presidían cada uno sobre un departamento especial de la naturaleza. La Tierra y el Cielo, el Fuego y el Agua, el Sol y la Luna, los ríos, los árboles y las montañas, incluso las divisiones artificiales del día y el año eran consideradas como presididas por seres divinos, rigiendo cada uno su esfera particular. El Fuego, en particular, «el más energético de los poderes inmortales», representante visible de la luz primordial, era

invocado como «Hijo de Ormuz». El Sol, el Archimago, ese nobilísimo y poderosísimo agente del poder divino, quien «destaca como Conquistador desde la cima del terrible Alborj para gobernar sobre el mundo, al que ilumina desde el trono de Ormuz», era adorado, entre otros símbolos, bajo el nombre de Mitra, genio amistoso y benéfico, el cual, en el himno entonado en su honor en el Zend Avesta, ostenta los nombres otorgados por los griegos de «Invencible» y «Mediador»; el primero, porque en su lucha diaria contra la oscuridad él es el más activo confederado de Ormuz; y el segundo, por ser el mediador a través del cual las más diversas bendiciones del Cielo son comunicadas a los hombres. Es denominado «el ojo de Ormuz, el refulgente nerón que avanza en su curso triunfal, fertilizador de desiertos, el más sublime de los Izedas, siempre en vigilia, protector de la nación». «Cuando el dragón enemigo devasta mis provincias», dice Ormuz, «y las aflige con el hambre, entonces es abatido por el fuerte brazo de Mitra, junto con los devas de Mazanderan. Con su lanza y su espada, el Jefe que nunca duerme reduce los devas a polvo, cuando como Mediador se interpone para guardar la Ciudad del mal».

Ahrimán era considerado por algunos parsis

como anterior a Ormuz, dado que la oscuridad es más antigua que la luz. Se cree que en las primeras etapas del mundo no era considerado como Ser Malevolente, siendo la caída del hombre atribuida en el Boundehesh a un culto apóstata suyo, del que los hombres se convirtieron por una sucesión de profetas que terminó con Zaratustra.

Mitra no es únicamente luz, sino inteligencia; esa luminaria que, aunque surgida en la oscuridad, no solo la disipará, sino que conquistará la muerte. El conflicto a través del cual se alcanzará esta consumación será desarrollado principalmente a través de la instrumentalidad de la «Palabra, eterna emanación de la Deidad, por virtud de la cual el mundo existe» y de la que son expresión las fórmulas incesantemente repetidas en las liturgias de los magos. «¿Qué haré yo —exclamaba Zaratustra— oh, Ormuz, envuelto en esplendor, para presentar batalla a Daroodj-Ahrimán, padre de la Ley Perversa? ¿Cómo convertiré a los hombres en puros y santos?». Ormuz respondió y dijo: «Invoca, oh, Zaratustra, la pura ley de los sirvientes de Ormuz; invoca a los Ameshas Spentas que derramaron abundancia por los siete Keshwars; invoca al Cielo, Zeruane – Akerene, a los pájaros que vuelan por lo alto, al

viento veloz, a la Tierra; invoca a mi espíritu, a mí que soy Ahura – Mazda, el más puro, el más fuerte, el más sabio, el mejor de lo mejor; invócame a mí que tengo el cuerpo más majestuoso, que soy Supremo a través de la pureza, y cuya Alma es la Excelente Palabra; y vosotros, todos los pueblos, invocadme como yo he ordenado a Zaratustra».

Ahura – Mazda es la Palabra viva; es denominado «el Primogénito de todas las cosas, imagen expresa del Eterno, luz de luz, el Creador, quien por el poder de la Palabra que no cesa de pronunciar hizo en 365 días el Cielo y la Tierra». Se dice en el Yashna que la Palabra existió antes de todo, y que era en sí misma un izeda, objeto personificado de oración. Era revelada en Serosh, en Homa, y de nuevo, bajo Gushtasp, fue manifestado en Zaratustra.

Entre la vida y la muerte, entre la luz del sol y la sombra, Mitra es el ejemplo de la Unidad Primordial de la que todas las cosas surgen, y en que, a través de su mediación, todas las oposiciones serán finalmente absorbidas. Su sacrificio anual es la Pascua de los Magos, expiación simbólica o promesa de regeneración física y moral. En el principio creó el mundo; y con el final de cada año sucesivo libera el

torrente de vida para vigorizar un círculo fresco de ser, de forma que al final de todas las cosas portará la pesada suma de épocas como hecatombe ante Dios, liberando por medio de un sacrificio final el Alma de la Naturaleza de su cuerpo perecedero, para dar comienzo a una existencia más luminosa y pura.

Jámblico (*De Mys.* viii. 4) dice: «Los egipcios están lejos de adscribir todas las cosa a causas físicas; distinguen la vida y el intelecto del ser físico, tanto en el hombre como en el Universo. Sitúan al intelecto y la razón primero como existentes por sí mismos, y derivan de ellos el mundo creado. Como Padre de las cosas generadas constituye un Demiurgo, y reconocen una fuerza vital tanto en los Cielos como antes de los Cielos. Ubican el Intelecto Puro por encima y más allá del Universo, y al otro (es decir, la Mente revelada en el Mundo Material), como una mente continua impregnando el Universo, y distribuido en todas sus partes y esferas». La idea egipcia, pues, era la de toda filosofía trascendental: una Deidad tanto inmanente como trascendente, un espíritu pasando a sus manifestaciones pero que no se agota al así hacerlo.

La sabiduría registrada en los rollos canónicos

de Hermes alcanzó rápidamente en esta tradición trascendental todo lo que la curiosidad humana puede descubrir. Tebas es especialmente reputada en cuanto a haber reconocido un ser sin principio ni fin, denominado Amón o Amón – Knef, el Espíritu de la Naturaleza que todo lo impregna, o incluso un objeto de reflexión reverencial aún más sublime, cuyo nombre estaba prohibido pronunciar. Tal ser se hallaría en teoría a la cabeza de los tres órdenes de Dioses mencionados por Heródoto, siendo estos contemplados como clasificaciones arbitrarias de seres similares o iguales, dispuestos en emanaciones sucesivas conforme a su dignidad relativa. Los Ocho Grandes Dioses, o primera clase, eran probablemente manifestaciones emanadas de Dios en las distintas partes y potencias del Universo, comprendiendo cada una la Divinidad al completo.

En los antiguos textos herméticos citados por Jámblico aparece el siguiente pasaje referente al Ser Supremo: «Antes de todas las cosas que actualmente existen, antes de todos los principios, existía un Dios, anterior incluso al primer Dios y Rey, inmóvil en la soledad de su propia Unidad. Pues no hay nada concebido por el intelecto que no haya sido tejido en Él. Pues Él es mayor y

anterior, y fuente de todas las cosas, y cimiento de las cosas concebidas por el intelecto, que son la primera especie».

«Chang-Ti, o el Ser o Señor Supremo», reza el antiguo credo chino, «es el principio de todo lo que existe, y Padre de todos los seres vivos. Él es eterno, inmutable e independiente. Su poder no conoce límites. Su visión comprende el Pasado, el Presente y el Futuro por igual, y penetra incluso el rincón más recóndito del corazón. Gobierna sobre Cielo y Tierra; todos los acontecimientos y revoluciones son consecuencia de sus dispensas y voluntad. Él es puro, santo e imparcial; la maldad ofende su vista, mas contempla con complacencia las obras virtuosas de los hombres. Severo, aunque justo, castiga el vicio de manera ejemplar, incluso en Príncipes y gobernantes; y reprueba al culpable, mientras corona con honor al hombre que camina tras su propio corazón, y a aquel que se eleva desde la oscuridad. Dios, piadoso y misericordioso, perdona al inicuo que se arrepiente. Y las calamidades públicas y la irregularidad de las temporadas no son sino avisos que su bondad paternal ofrece a los hombres para inducirles a la reforma y a la enmienda».

Mucho más dominado por la razón que por la

imaginación, ese pueblo que ocupaba el extremo oriental de Asia no cayó en la idolatría hasta después de Confucio, unos dos siglos antes del nacimiento de Cristo, cuando la religión de Buda o Fo fue importada de la India. Su sistema fue regido durante mucho tiempo por el culto puro a Dios, y la base de su existencia política y moral era una sólida razón conformada a las ideas sobre la Deidad. No tenían falsos dioses ni imágenes, y su tercer Emperador Hoam-Ti erigió un templo, probablemente el primero construido, al Gran Arquitecto del Universo. Y aunque ofrecían sacrificios a distintos ángeles tutelares, los honraban infinitamente menos que a Chang-Ti, Señor Soberano del Mundo.

Confucio prohibió hacer imágenes o representaciones de la Deidad. No le adscribió idea de personalidad alguna, sino que la consideró como un Poder o Principio que impregnaba toda la Naturaleza. Y los chinos se referían a la Divinidad bajo la denominación de La Divina Razón.

Los japoneses creían en un Ser Invisible Supremo, que no debía ser representado por imágenes o adorado en templos. Le llamaban Amida y Omith, y lo consideraban sin principio ni fin, y sostenían que vino a la Tierra, donde

permaneció durante mil años, y se convirtió en Redentor de nuestra raza caída. Y tenía que volver para juzgar a todos los hombres; y los buenos vivirían para siempre, mientras que los malos serían arrojados al Infierno.

«El Chang-Ti es representado», dice Confucio, «bajo el emblema general del firmamento visible, así como bajo los símbolos particulares del Sol, la Luna y la Tierra, pues gracias a ellos disfrutamos de los dones del Chang-Ti. El Sol es la fuente de la vida y la luz; la Luna ilumina el mundo por la noche. Al observar el curso de estas luminarias, la humanidad es capaz de distinguir los períodos de tiempo y las estaciones. Los Antiguos, con la intención de conectar el acto con su finalidad, cuando establecieron la práctica sacrificial ante el Chang-Ti, fijaron el día del Solsticio de Invierno, porque el Sol, tras haber pasado a través de los doce lugares asignados aparentemente por el Chang-Ti como su residencia anual, comenzaba su curso de nuevo para derramar sus bendiciones por la Tierra».

Dijo Confucio: «el Tin es el principio universal y fuente prolífica de todas las cosas. El Chang-Ti es el principio universal de la existencia».

Los árabes nunca poseyeron un sistema de politeísmo poético, de noble concepción y

científicamente dispuesto. Sus tradiciones históricas tenían una considerable similitud con las de los hebreos, con las que coincidían en muchos puntos. La tradición de una fe más pura y el sencillo culto patriarcal de la Deidad nunca pareció haberse extendido totalmente entre ellos, del mismo modo que la idolatría nunca ganó mucho terreno hasta una época próxima a Mahoma, quien, al adoptar la antigua fe primigenia, enseñó de nuevo la doctrina de Un Dios, añadiendo que él era Su Profeta.

Para la masa de hebreos, así como para las otras naciones, parecen haber llegado únicamente fragmentos de la revelación primitiva. Y no parecieron haberse preocupado en hacer, hasta después de su cautividad entre los persas, especulaciones metafísicas respecto a la naturaleza y esencia divinas; aunque es evidente, a partir de los Salmos de David, que un cuerpo de elegidos entre ellos preservaron un conocimiento relativo a la Deidad que resultaba por completo desconocido para la masa popular; y esos pocos elegidos sirvieron de medio de transmisión de ciertas verdades para épocas posteriores.

Entre los griegos, clase intelectual de los egipcios, todas las más elevadas ideas y severas doctrinas acerca de la Divinidad, su naturaleza

soberana y poder infinito, su eterna sabiduría y Providencia que conduce y dirige todas las cosas a su final adecuado, la Mente Infinita y Suprema Inteligencia que creó todas las cosas y se eleva muy por encima por la naturaleza externa, todas estas ideas sublimes y nobles doctrinas fueron expuestas de manera más o menos perfecta por Pitágoras, Anaxágoras y Sócrates, y desarrolladas del modo más bello y luminoso por Platón y los filósofos que le sucedieron. E incluso en la religión popular griega hay muchas cosas de profundo significado y contenido espiritual; aunque estos elementos parecían únicamente raros vestigios de la antigua verdad, vagos presentimientos, tonos fugitivos y destellos momentáneos que revelaban la creencia en un Ser Supremo.

Buena parte de la Verdad primitiva fue enseñada a Pitágoras por Zaratustra, quien a su vez la recibió de los indios. Sus discípulos rechazaban el empleo de templos, altares y estatuas; y se sonreían ante la insensatez de aquellas naciones que imaginaba que la Deidad había surgido o tenía afinidad alguna con la naturaleza humana. Las cimas de las más altas montañas eran los lugares escogidos para los sacrificios. Su culto consistía principalmente en

himnos y oraciones. El Dios Supremo, que llena el amplio círculo del Cielo, era el destinatario a quien se dirigían. Tal es el testimonio de Heródoto. No consideraban a la Luz tanto como objeto de culto, sino como el símbolo más puro y vivo, y primera emanación, del Dios Eterno. Y consideraban que el hombre requería algo visible o tangible para exaltar su mente a ese grado de adoración que se debe al Ser Divino.

Había un parecido sorprendente entre los templos, sacerdotes, doctrinas y culto de los magos persas y los druidas britanos. Estos últimos no adoraban ídolos con forma humana, pues sostenían que la Divinidad, al ser invisible, debería ser adorada sin ser vista. Profesaban la Unidad Divina. Sus invocaciones eran elevadas al Uno Poder que todo lo preservaba; y sostenían que, dado que este poder no era materia, debía ser necesariamente la Deidad; y el símbolo secreto empleado para expresar su nombre era O.I.W. Creían que la Tierra había sufrido una destrucción generalizada debida a las aguas, y que sería nuevamente destruida por el fuego. Admitían las doctrinas de la inmortalidad del alma, la vida perdurable y el Juicio Final, que sería celebrado sobre el principio de la responsabilidad individual del hombre. Incluso tenían una cierta

idea de redención de la raza humana a través de la muerte de un Mediador. Mantenían la tradición del Diluvio. Pero, en torno a estos fragmentos de verdad primitiva tejieron una red de idolatría, y adoraban a dos deidades subordinadas bajo los nombres de Hu y Ceridwen, masculino y femenino (sin duda equivalentes a Osiris e Isis), y creían en la transmigración.

Los primeros habitantes de Escandinavia creían en un Dios que era «autor de todo lo que existe; el Eterno, el Antiguo, el Ser Vivo y Terrible, que ve en las cosas ocultas, el Ser que nunca cambia». Los ídolos y las representaciones visibles de la Deidad fueron originalmente prohibidos, y demandaba adoración en la soledad de los bosques remotos, donde se decía que moraba, invisible y en perfecto silencio.

Los druidas, al igual que sus ancestros orientales, contemplaban con la mayor sacralidad los números impares que, descritos al revés, finalizaban en la Unidad o la Dualidad, mientras los pares no finalizaban en nada. El 3 era particularmente reverenciado, 19 ($7+3+3^2$), 30 ($7\times3+3\times3$) y 21 (7×3) eran los números observados en la construcción de sus templos, y aparecían constantemente en sus dimensiones y en el número y emplazamiento de las grandes

piedras.

Los druidas eran los únicos intérpretes de la religión. Supervisaban todos los sacrificios, pues nadie podía ofrecer uno sin su permiso. Ejercían el poder de excomunión, y sin su aquiescencia no podía declararse la guerra ni pactar la paz. Incluso poseían el poder de infligir el castigo de la muerte. Sostenían poseer el conocimiento de la magia, y practicaban augurios para el servicio público.

Cultivaban muchas de las ciencias liberales, particularmente la astronomía, la ciencia favorita de Oriente, en la que alcanzaron considerable maestría. Consideraban el día como retoño de la noche, por lo que hacían sus cómputos por noches en lugar de por días; y el inglés ha heredado de ellos el empleo de las palabras *fortnight* (14 días) y *sennight* (7 días). Conocían la división de los cielos en constelaciones; y finalmente practicaban la más estricta moralidad, teniendo en especial consideración esa virtud peculiarmente masónica que es la Verdad. En el relato islandés Edda se encuentra el siguiente diálogo:

> ¿Quién es el primero o más antiguo de los Dioses?
>
> En nuestro lenguaje es llamado Alfadir (All-Father, o Padre de Todo); pero en el

antiguo Asgard ostentaba doce nombres.

¿Dónde está este Dios? ¿Cuál es su poder? ¿Qué ha hecho para mostrar su gloria?

Él vive desde todos los tiempos, gobierna todos los reinos, y domina todas las cosas tanto grandes como pequeñas.

Él ha formado Cielo y Tierra, y el aire y todas las cosas que le pertenecen.

Hizo al hombre y le otorgó un alma que vivirá por siempre y nunca perecerá, aunque el cuerpo se descomponga o sea hecho cenizas. Y los justos morarán con Él en el lugar llamado Gimli o Vingolf; pero los perversos irán al *Hel*, y de ahí *Nifhel*, lo que está debajo, en el noveno mundo.

Casi toda nación pagana, al menos en lo que sabemos de sus mitologías, creían en un Dios Supremo que reinaba, cuyo nombre no era legítimo pronunciar.

«Cuando nos remontamos», dice Müller, «a los orígenes de la historia griega, la idea de Dios como Ser Supremo nos aparece como un hecho simple. Junto con la adoración del Dios Uno, Padre del Cielo, Padre de los hombres, encontramos en Grecia un culto a la Naturaleza. El original era el Ζεὺς, Dios de dioses, denominado por los griegos el Hijo del Tiempo, significando que no hubo dios alguno antes que

Él, sino que Él era eterno. «Zeus», dice la línea órfica, «es el Comienzo, Zeus es el Centro, Zeus creó todas las cosas». Y el Peleides de Dodona afirma: «Zeus era, Zeus es, Zeus será; Oh, Gran Zeus!» (Ζεὺς νῆ, Ζεὺς ἐστὶν, Ζεὺς ἐσσεται· ὢ μελάλη Ζεῦ) y Él era Ζεὺς, κύδιστος, μέγιστος, Zeus, el Mejor y Más Grande.

Los parsis, custodios de la antigua religión enseñada por Zaradisht, afirman en su catecismo: «Creemos en un único Dios, y no creemos en ninguno más aparte de Él, Aquel que creó los Cielos, la Tierra, los Ángeles (…) Nuestro Dios no tiene ni rostro ni forma, ni color ni perfil, ni ubicación fija. No hay otro como Él, ni nuestra mente puede comprenderle».

Estaba prohibido pronunciar el Tetragramatón, o alguna otra palabra velada por él. Pero para que su pronunciación no se perdiese entre los levitas, el Sumo Sacerdote la pronunciaba en el templo una vez al año, en el décimo día del Mes de Tisri, día de la gran Fiesta de la Expiación. Durante esta ceremonia, se rogaba al pueblo que hiciese un gran ruido, de modo que la Palabra Sagrada no pudiese ser escuchada por nadie que no tuviese derecho; pues cualquier otro, decían los hebreos, sería fulminado inmediatamente.

Los grandes iniciados egipcios, antes del tiempo de los judíos, hicieron lo mismo respecto

a la palabra Isis, que consideraban sagrada e incomunicable. Afirma Orígenes: «Hay nombres que poseen una potencia natural. Como las que empleaban los sabios entre los egipcios, los magos en Persia, o los brahmines en la India. Lo que se denomina Magia no es un acto vano y quimérico, como sostenían estoicos y epicúreos. Los nombres Sabaoth y Adonai no fueron hechos para los seres creados; sino que pertenecen a la teología misteriosa, que se remonta al Creador. De él proviene la virtud de estos nombres, cuando son dispuestos y pronunciados conforme a las reglas».

La palabra hindú AOM representa las tres potencias combinadas en su Deidad: Brahma, Visnú y Siva; o las Potencias Creadora, Preservadora y Destructora: A, la primera; O, la segunda; y M, la tercera. Esta palabra no podía ser pronunciada, excepto por letras, pues su pronunciación como una única palabra se decía que haría temblar la Tierra, e incluso los Ángeles del Cielo temblarían de temor.

La palabra AOM, dice el Ramayan, representa «el Ser de Seres, Una Substancia en tres formas; sin modo, sin cualidad, sin pasión. Inmensa, incomprensible, infinita, indivisible, inmutable, incorpórea, irresistible».

Un antiguo pasaje del Purana reza: «Todos los ritos dispuestos en los Vedas, los sacrificios en el fuego, y cualquier otra solemne purificación, pasarán, pero lo que nunca pasará es la palabra AOM, pues es símbolo del Señor de todas las cosas».

Heródoto dice que los antiguos pelasgos no construían templo alguno, ni adoraban a ídolos, y tenían un nombre sagrado para la Deidad que no estaba permitido pronunciar.

El Oráculo Clariano, de antigüedad desconocida, al ser preguntado cuál de las Deidades era denominada IAΩ, respondió con estas notables palabras: «El Iniciado está obligado a ocultar los secretos mistéricos. Aprende, pues, que IAΩ es el Gran Dios Supremo, que gobierna sobre toda la Creación».

Los hebreos consideran que el Verdadero Nombre de Dios ha sido irremediablemente perdido por su desuso, y contemplan su pronunciación como uno de los Misterios que serán revelados con la llegada de su Mesías. Y atribuyen su pérdida a la ilegalidad de aplicar puntos masoréticos a un Nombre tan sagrado, lo que ha provocado que se olvide el conocimiento de las verdaderas vocales. Incluso se afirma en el Gemara de Abodah Zara, que Dios permitió que

un célebre estudioso hebreo fuese quemado por un emperador romano porque había escuchado pronunciar el Sagrado Nombre con puntos masoréticos.

Los judíos temían que los paganos tomasen posesión del nombre; y por lo tanto, en sus copias de las Escrituras, lo escribían en caracteres samaritanos, en lugar de caracteres hebreos o caldeos, de modo que no se pudiese hacer uso indebido de ello; pues lo creían capaz de obrar milagros, y sostenían que las maravillas de Egipto fueron realizadas por Moisés en virtud de este nombre grabado sobre su vara; y que cualquier persona que conociese la verdadera pronunciación sería capaz de hacer lo mismo que él hizo.

Josefo sostiene que este nombre fue desconocido hasta que Dios lo comunicó a Moisés en el desierto, y que fue perdido por la maldad del hombre.

Los Mahometanos mantienen una tradición según la cual hay un nombre secreto de la Deidad que posee propiedades maravillosas; y el único método de conocerlo es siendo iniciado en los Misterios del Ism Abla.

H#O#M# era el primer legislador de la nueva religión entre los persas, siendo Su Nombre

inefable.

Amón, entre los egipcios, era un nombre impronunciable para todos excepto para los Sacerdotes.

Los antiguos germanos adoraban a Dios con profunda reverencia, sin osar nombrarlo, y sin adorarlo en Templos.

Los druidas expresaban el nombre de la Deidad por las letras O#I#W#.

Entre todas las naciones antiguas, la doctrina de la inmortalidad del alma no era una mera hipótesis probable, que necesitase una investigación laboriosa y una profusa argumentación para convencer de su verdad. Ni podemos otorgarle a duras penas el nombre de Fe, pues se trataba de una vívida certeza, como el propio sentimiento de existencia e identidad, y de lo realmente presente, que ejercía su influencia sobre todos los asuntos sublunares, y originaba hechos y empresas más poderosos de los que el mero interés terrenal podría inspirar.

Incluso la doctrina de la transmigración de las almas, universal entre los antiguos hindúes y egipcios, descansaba sobre la base de la antigua religión primitiva, y estaba conectada con un sentimiento puramente religioso. Implicaba estos nobles elementos de verdad: que desde que el

hombre cayó, y se alejó de Dios, necesita llevar a cabo muchos esfuerzos, y sufrir un largo y doloroso peregrinar, antes de poder volver a unirse a la Fuente de Toda Perfección, así como la firme convicción y certeza positiva de que nada imperfecto, viciado, o desfigurado con adherencias terrenales puede entrar en la pura región de los espíritus perfectos, ni unirse eternamente a Dios. Por lo que el alma debe atravesar largas pruebas y numerosas purificaciones antes de alcanzar este dichoso final. Y el objetivo y fin de todos estos sistemas de filosofía era desatar al alma de su antigua calamidad, liberarla del temible destino y horrendo fato de verse empujada a errar a través de las oscuras regiones de la naturaleza y las distintas formas de la creación, cambiando constantemente la forma terrestre, y así poder unirla con Dios, que es el elevado destino del alma sabia y virtuosa.

Pitágoras dio a la doctrina de la transmigración de las almas el mismo significado que los sabios egipcios le dieron en sus Misterios. Nunca enseñó la doctrina en ese sentido literal en el que fue comprendido por el pueblo. De esa doctrina literal no aparece ni el menor vestigio en los símbolos pitagóricos que nos han llegado, ni en

las enseñanzas recolectadas por su discípulo Lisias. Sostenía que los hombres siempre permanecen, en su esencia, tal y como fueron creados; y que únicamente pueden degradarse por el vicio, y ennoblecerse por la virtud.

Hiercoles, uno de sus más celosos y celebrados discípulos, afirma expresamente que aquel que cree que el alma del hombre, tras su muerte, entra en el cuerpo de una bestia por sus vicios, o se convierte en una planta por su estupidez, se engaña y e ignora por completo la forma eterna de alma, que es inmutable. Pues, permaneciendo siempre como hombre, se dice que se convierte en Dios o bestia a través de la virtud o el vicio, aunque no puede convertirse ni en uno ni en otro por naturaleza, sino únicamente por la semejanza de sus inclinaciones.

Y Timeo de Locria, otro discípulo, dice que para asustar a los hombres e impedirles que cometan crímenes, les amenazaban con extrañas humillaciones y castigos; incluso afirmar que sus almas pasarían a nuevos cuerpos: el del cobarde al cuerpo de un ciervo; el del violador al cuerpo de un lobo; el del asesino al cuerpo de un animal aún más feroz; y el del impuro concupiscente al cuerpo de un cerdo.

Semejante es la doctrina expuesta por Fedón. Y

Lisias sostiene que una vez que el alma, purificada de sus crímenes, ha abandonado el cuerpo y retornado al cielo, ya no está sujeta a cambio y muerte, sino que disfruta de una felicidad eterna. Según los indios, regresaba y se convertía en parte del alma universal que todo lo anima.

Los hindúes sostenían que Buda descendió a la Tierra para elevar a todos los seres humanos al estado perfecto. Finalmente tendrá éxito, y todos, incluido él mismo, se fusionarán con la Unidad.

Visnú juzgará en el último día al mundo, que será consumido por el fuego. El Sol y la Luna perderán su luz; las estrellas caerán, y un Nuevo Cielo y una Nueva Tierra serán creados.

La leyenda de la Caída de los Espíritus, oscurecida y desfigurada, es preservada en la mitología hindú. Y sus tradiciones reconocían, y reverenciaban, la sucesión de los primeros ancestros de la humanidad, o Santos Patriarcas del mundo primitivo, bajo el nombre de los Siete Grandes Rishis, o Sabios de canosa antigüedad; aunque revistieron su historia con una nube de ficciones.

Los egipcios sostenían que el alma era inmortal, y que Osiris juzgaría al Mundo.

Y de manera semejante la leyenda persa reza:

«Una vez que Ahrimán haya gobernado el mundo hasta el fin de los tiempos, Sosiosch, el Redentor prometido, llegará para aniquilar el poder de los devas (o espíritus malignos), despertar a los muertos, y decidir en el Juicio Final sobre los espíritus y los hombres. Tras lo cual el cometa Gurzsher será derribado, y una conflagración general tendrá lugar, consumiendo el mundo entero. Los restos de la Tierra se sumirán en el Duzakh, convirtiéndose por tres períodos en lugar de castigo para los malvados. Entonces, de forma gradual, todos serán perdonados, incluso Ahrimán y los Devas, siendo admitidos a las regiones de luz cegadora, y habrá un Nuevo Cielo y una Nueva Tierra».

En las doctrinas del lamaísmo encontramos igualmente oscurecidos, y parcialmente ocultos en ficción, fragmentos de la verdad primitiva. Pues, según este credo «Debe haber un Juicio Final ante Eslik Khan, y los buenos serán admitidos en el Paraíso, y los perversos serán desterrados al infierno, donde hay ocho regiones de fuego ardiente y ocho de frío gélido».

En los Misterios, donde quiera que fuesen practicados, se enseñaba la verdad de la revelación primitiva, la existencia del Gran Ser Uno, infinito y que impregna el universo, que era

adorado sin superstición; y Su maravillosa naturaleza, esencia y atributos eran impartidos a los Iniciados, mientras que el vulgo atribuía Sus obras a dioses secundarios, personificados y separados de Él en una fabulosa independencia.

Estas verdades eran en cierto modo veladas para el común; y los Misterios fueron llevados a cada país en que, sin perturbar las creencias, verdad y artes populares, las ciencias pudiesen ser conocidas por aquellos capaces de comprenderlas y mantener la doctrina incorrupta. Pues el pueblo, inclinado a la superstición y la idolatría, no ha sido capaz de hacerlo en época alguna. Como no lo es tampoco hoy en día, tal y como demuestran las supersticiones y aberraciones de hoy en día. No tenemos más que señalar las doctrinas de numerosas sectas que degradan al Creador asignándole las pasiones humanas para demostrar que ahora, como siempre, las antiguas verdades deben ser confiadas a unos pocos, o serán revestidas de ficción y error, e irremediablemente perdidas.

Aunque la Masonería es idéntica a los Antiguos Misterios, lo es en este sentido: que no presenta más que una imperfecta imagen de su brillantez; que únicamente ofrece las ruinas de su grandeza y un sistema que ha experimentado progresivas

alteraciones, fruto de los acontecimientos sociales y circunstancias políticas. Al abandonar Egipto, los Misterios fueron modificados por los hábitos de las distintas naciones en las que fueron introducidos. Aunque estas costumbres eran inicialmente de carácter más moral y político que religioso, pronto formaron parte de la herencia de los sacerdotes, y se consideraron como religiosas, aunque en realidad limitaban el poder sacerdotal, al mostrar a los laicos inteligentes el disparate y el absurdo de los credos del populacho. Por ello fueron necesariamente modificadas por los sistemas religiosos de las naciones en que fueron trasplantadas. En Grecia fueron los Misterios de Ceres; en Roma, de Bona Dea; en la Galia, la Escuela de Marte; en Sicilia, la Academia de las Ciencias. Los hebreos participaron de los ritos y ceremonias de una religión que situaba todos los poderes de gobierno, y todo el conocimiento, en las manos de los Sacerdotes y Levitas. Las pagodas de La India, los retiros de los Magos de Persia y Caldea, y las pirámides de Egipto, ya no eran las fuentes de las que los hombres bebían conocimiento. Cada pueblo, en su ignorancia, tenía sus Misterios. Con el paso del tiempo los templos de Grecia y la Escuela de Pitágoras perdieron su reputación, y la Francmasonería

tomó su lugar.

La Masonería, cuando está apropiadamente expuesta, es al mismo tiempo interpretación del gran libro de la Naturaleza, recital de fenómenos físicos y astronómicos, la más pura filosofía, y lugar de depósito donde, como una cámara del tesoro, se mantienen seguras todas las grandes verdades de la revelación primitiva que forma la base de todas las religiones.

En los Grados modernos es preciso reconocer tres cosas: la imagen de los tiempos primigenios, el cuadro de las causas eficientes del Universo, y el libro en el que está escrita la moralidad de todos los pueblos, así como el código por el que deben gobernarse si desean ser prósperos.

La doctrina cabalística fue durante largo tiempo la religión del sabio y del instruido; porque, al igual que la Masonería, tiende incesantemente hacia la perfección espiritual, y a la fusión de credos y nacionalidades de la raza humana. A ojos del cabalista, todos los hombre son sus hermanos; y su relativa ignorancia no es, para él, sino una razón para instruirles. Había ilustres cabalistas entre los egipcios y griegos, cuya doctrina ha aceptado la Iglesia Ortodoxa; y entre los árabes se contaban muchos cuya sabiduría no era menoscabada por la Iglesia medieval.

Los sabios ostentaban orgullosamente el nombre de cabalistas. La Cábala incorporaba una noble filosofía, pura, no misteriosa sino simbólica. Enseñaba la doctrina de la Unidad de Dios, el arte de conocer y explicar la esencia y operaciones del Ser Supremo, de las fuerzas espirituales y naturales, y de determinar su acción por medio de figuras simbólicas a través de la disposición del alfabeto, las combinaciones de números, la inversión de las letras en la escritura y el contenido oculto que decían descubrir en ello. La Cábala es la clave de las ciencias ocultas; y los Gnósticos nacieron de los Cabalistas.

La ciencia de los números representaba no solamente las cualidades aritméticas, sino también toda grandeza y toda proporción. Por ella llegamos necesariamente al descubrimiento del Principio o Causa Primera de las cosas, denominado actualmente Lo Absoluto, o Unidad, ese sublime término al que toda filosofía se dirige por sí misma; esa imperiosa necesidad de la mente humana, pivote alrededor del cual es empujada a agrupar el agregado de sus ideas: la Unidad, esta fuente, este centro de todo orden sistemático, este principio de existencia, este punto central, desconocido en su esencia, pero

manifestado en sus efectos; la Unidad, ese sublime centro al que se remonta toda cadena de causas y efectos, era la augusta Idea hacia la que todas las ideas de Pitágoras convergían. Rehusó el título de *Sabio*, que significa *el que sabe*. Inventó, y se aplicó a sí mismo el de Filósofo, que significa *el que estudia las cosas secretas y ocultas*. La astronomía que él misteriosamente enseñaba era astrología, y su ciencia de los números estaba basada en principios cabalísticos.

Los Antiguos, y el mismo Pitágoras, cuyos auténticos principios no siempre han sido entendidos, nunca pretendieron adscribir a los números, es decir, a signos abstractos, virtud alguna. Pero los Sabios de la antigüedad coincidían en reconocer una Causa Primera (material o espiritual) de la existencia del Universo. Por ello, la Unidad se convirtió en símbolo de la Deidad Suprema. Estaba hecha para expresar y representar a Dios; pero sin atribuir al número uno en sí ninguna virtud sobrenatural.

Las ideas pitagóricas referentes a los números quedan en parte expresadas en la siguiente…

LECTURA DE LOS CABALISTAS

Pregunta: ¿Por qué deseáis ser recibido Caballero de la Cábala?

Respuesta: Para conocer, por medio de los números, la admirable armonía existente entre naturaleza y religión.

Pregunta: ¿Cómo fuisteis anunciado?

Respuesta: Con doce golpes.

Pregunta: ¿Qué significan?

Respuesta: Las doce bases de nuestra felicidad temporal y espiritual.

Pregunta: ¿Qué es un Cabalista?

Respuesta: Un hombre que ha aprendido, por tradición, el Arte Sacerdotal y el Arte Real.

Pregunta: ¿Qué significa la divisa «Omnia in numeris sita sunt»?

Respuesta: Que todo yace velado en los números.

Pregunta: Explicadme eso.

Respuesta: Lo haré en lo concerniente al número 12. Vuestra sagacidad discernirá el resto.

Pregunta: ¿Qué significa la unidad en el número 10?

Respuesta: DIOS, Creador y animador de la materia, expresada por el 0, que por sí sola no

tiene valor alguno.

Pregunta: ¿Qué significa la *unidad*?

Respuesta: En el orden moral, la Palabra encarnada en el seno de una Virgen (o religión). En el orden físico, un espíritu incorporado en la tierra virgen (o naturaleza).

Pregunta: ¿Qué significa el número *dos*?

Respuesta: En el orden moral, el *hombre* y la *mujer*. En el orden físico, lo *activo* y lo *pasivo*.

Pregunta: ¿Qué significa el número *tres*?

Respuesta: En el orden moral, las tres Virtudes Teologales. En el orden físico, los tres principios de los cuerpos.

Pregunta: ¿Qué significa el número *cuatro*?

Respuesta: Las cuatro Virtudes Cardinales, las cuatro cualidades elementales.

Pregunta: ¿Qué significa el número *cinco*?

Respuesta: Las quintaesencia de la religión, la quintaesencia de la materia.

Pregunta: ¿Qué significa el número *seis*?

Respuesta: El cubo teológico, el cubo físico.

Pregunta: ¿Qué significa el número *siete*?

Respuesta: Los siete Sacramentos, los siete planetas.

Pregunta: ¿Qué significa el número *ocho*?

Respuesta: El pequeño número de Elegidos, el pequeño número de sabios.

Pregunta: ¿Qué significa el número *nueve*?

Respuesta: La exaltación de la religión, la exaltación de la materia.

Pregunta: ¿Qué significa el número *diez*?

Respuesta: Los Diez Mandamientos, los diez preceptos de la naturaleza.

Pregunta: ¿Qué significa el número once?

Respuesta: La multiplicación de la religión, la multiplicación de la naturaleza.

Pregunta: ¿Qué significa el número *doce*?

Respuesta: En el orden moral, los doce Artículos de Fe; los Doce Apóstoles, cimiento de la Ciudad Santa, que predicaron por todo el mundo en aras de nuestra felicidad y alegría espiritual. En el orden físico, las doce operaciones de la naturaleza, y los doce signos del Zodíaco, cimiento del *Primum Mobile*, al que extienden por todo el Universo para nuestra felicidad temporal.

El Rabí (Presidente del Sanedrín) añade: de todo lo que has dicho, se infiere que la unidad se desarrolla a sí misma en 2, y se completa internamente en 3, para producir externamente 4. De donde se deduce que, a través del 6, el 7, el 8 y el 9, se llega al 5, mitad del número esférico 10, para ascender, pasando a través del 11, hasta el 12, y para elevarlo, por medio del número 4 por

diez, al número 6 por 12, término final y cumbre de nuestra eterna felicidad.

Pregunta: ¿Cuál es el número generativo?

Respuesta: En la Divinidad es la unidad; en las cosas creadas, el número 2. Porque la Divinidad, 1, engendra 2, y entre las cosas creadas 2 engendra 1.

Pregunta: ¿Cuál es el número más majestuoso?

Respuesta: El 3, porque denota la triple esencia divina.

Pregunta: ¿Cuál es el número más misterioso?

Respuesta: El 4, porque contiene todos los misterios de la naturaleza.

Pregunta: ¿Cuál es el número más oculto?

Respuesta: El 5, porque está ubicado en el centro de la serie.

Pregunta: ¿Cuál es el número más benéfico?

Respuesta: El 6, porque contiene la fuente de nuestra felicidad espiritual y corporal.

Pregunta: ¿Cuál es el número más afortunado?

Respuesta: El 7, porque nos conduce a la década, el número perfecto.

Pregunta: ¿Cuál es el número que más hay que desear?

Respuesta: El 8, porque el que lo posee se cuenta entre los Sabios.

Pregunta: ¿Cuál es el número más sublime?

Respuesta: El 9, porque por medio de él la religión y la naturaleza son exaltadas.

Pregunta: ¿Cuál es el número más perfecto?

Respuesta: El 10, porque incluye la unidad, que creó todo, y el cero, símbolo de la materia y el caos, de donde todo emergió. En sus cifras comprende lo creado y lo increado, el principio y el fin, el poder y la fuerza, la vida y la aniquilación. Por medio del estudio de este número encontramos las relaciones de todas las cosas, el poder del Creador, las facultades de la criatura, el alfa y omega del conocimiento divino.

Pregunta: ¿Cuál es el número más multiplicador?

Respuesta: El 11, porque con la posesión de dos unidades llegamos a la multiplicación de las cosas.

Pregunta: ¿Cuál es el número más sólido?

Respuesta: El 12, porque es la base de nuestra felicidad espiritual y temporal.

Pregunta: ¿Cuál es el número favorito de la religión y la naturaleza?

Respuesta: El 4 veces 10, porque nos permite, al rechazar todo lo impuro, disfrutar eternamente del número 6 veces 12, término y cima de nuestra felicidad.

Pregunta: ¿Cuál es el significado del cuadrado?

Respuesta: Es el símbolo de los cuatro elementos contenidos en el triángulo, o emblema de los tres principios químicos. Estas cosas unidas forman la unidad absoluta en la materia primordial.

Pregunta: ¿Cuál es el significado del centro de la circunferencia?

Respuesta: Significa el espíritu universal, centro vivificador de la naturaleza.

Pregunta: ¿Qué queréis decir con la cuadratura del círculo?

Respuesta: La investigación de la cuadratura del círculo implica el conocimiento de los cuatro elementos ordinarios, compuestos en sí mismos por espíritus elementales o principios fundamentales: al igual que el círculo, que aun siendo redondo, está compuesto por líneas, que escapan a la vista, siendo únicamente percibidas por la mente.

Pregunta: ¿Cuál es el significado más profundo del número 3?

Respuesta: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. De la acción de estos tres resulta el triángulo inscrito en el cuadrado; y de los siete ángulos, la década o número perfecto.

Pregunta: ¿Cuál es el número más confuso?

Respuesta: El Cero, emblema del caos y mezcla

informe de los elementos.

Pregunta: ¿Qué significan las cuatro divisas del Grado?

Respuesta: Que debemos oír, ver, callar y disfrutar de nuestra felicidad.

La *unidad* es símbolo de identidad, igualdad, existencia, conservación y armonía general; el Fuego Central, el Punto dentro del Círculo.

El *dos*, o la *dualidad*, es símbolo de diversidad, desigualdad, división, separación y vicisitudes.

El número 1 representa el hombre vivo (un cuerpo de pie), pues únicamente el hombre viviente posee esta facultad. Añadiéndole una cabeza, tenemos la letra P, signo de Paternidad, Poder Creativo; y con un añadido posterior, la letra R, que representa al hombre en movimiento, avanzando, *iens*, *iturus*.

La Dualidad es el origen de los contrastes. Es la condición imperfecta en la cual, según los pitagóricos, cae el ser cuando se desprende de la Mónada, o Dios. Los seres espirituales, que emanan de Dios, quedan envueltos en dualidad, por lo que únicamente reciben impresiones ilusorias.

Del mismo modo que anteriormente el número UNO designa la armonía, el orden o los Buenos Principios (el Dios Uno, expresado en latín por

Solus, de donde proceden las palabras *Sol* y *Soleil*, símbolo del Dios Uno), así el número DOS expresa la idea contraria. En la dualidad comenzó el fatal conocimiento del bien y el mal. Todo lo dual, falso, opuesto a la simplicísima y única realidad, fue expresado por el número binario. Igualmente expresaba el estado de contrariedad en que la naturaleza está sumida, donde todo es doble: la noche y el día, la luz y la oscuridad, el frío y el calor, la humedad y la sequedad, la salud y la enfermedad, el error y la verdad, los dos sexos, etc. Por ello los romanos dedicaron el segundo mes del año a Plutón, Dios de los Infiernos, y el segundo día del mes al *manes* de los muertos.

Entre los chinos, el número Uno significaba unidad, armonía, orden, el Buen Principio, o Dios. El Dos, el desorden, la duplicidad y la falsedad. Estos pueblos, en la más remota antigüedad, basaban la totalidad de su sistema filosófico en las dos figuras primarias o líneas, una entera, y la otra dividida en dos. Al ponerlas de dos en dos o de tres en tres, cada una debajo de otra, formaron los cuatro símbolos y los ocho *kouas*, que representaban los elementos naturales y los principios primarios de todas las cosas, sirviendo de forma simbólica o científica para

expresarlos. Platón considera a la unidad y la dualidad como los elementos originales de la naturaleza, y principios primarios de toda existencia. Y el más antiguo libro sagrado chino reza: «El Primer Gran Principio ha producido dos ecuaciones y diferencias, o reglas primarias de existencia; pero las dos reglas primordiales o dos oposiciones, a saber, el Ying y el Yang, o reposo y movimiento, han producido cuatro signos o símbolos, y los cuatro símbolos ha producido los ocho *kouas* o combinaciones posteriores».

La interpretación de las fábulas herméticas muestra que, entre los más antiguos pueblos, las deidades principales eran: en primer lugar, el 1, la Mónada Creativa; a continuación el 3; a continuación 3 veces 3, 3 veces 9 y 3 veces 27. Esta triple progresión tiene como punto de partida las tres épocas de la Naturaleza: el Pasado, el Presente y el Futuro; o los tres grados de la generación universal: el nacimiento, la vida y la muerte; o el comienzo, la mitad, y el final. La Mónada era masculina, pues su acción no produce cambio en sí misma, sino únicamente fuera de sí. Representaba el principio creativo.

La Dualidad, por la razón contraria, era femenina, siempre cambiante por adición, substracción o multiplicación. Representa a la

materia capaz de asumir distintas formas.

La unión de la Mónada y la Dualidad produce la Tríada, que significa el mundo formado por el principio creativo a partir de la materia. Pitágoras representó el mundo por medio del triángulo rectángulo, en el que los cuadrados de los dos catetos equivalen al cuadrado de la hipotenusa; del mismo modo que el mundo es igual a la causa creativa y a la materia, revestida de forma.

El Tres es el primero de los números impares. La Tríada, número misterioso, que desempeña parte tan importante en las tradiciones de Asia y en la filosofía de Platón, es imagen del Ser Supremo, e incluye en sí misma las propiedades de los dos primeros números. Era, para los Filósofos, el número más excelente y favorito, de una naturaleza misteriosa, reverenciado por toda la antigüedad y consagrado en los Misterios. Y por ello hay tres Grados esenciales en la Masonería, que conmemora en el triángulo el más augusto Misterio, el de la Tríada Sagrada, objeto de su homenaje y estudio.

En geometría, una línea no puede representar un cuerpo absolutamente perfecto. Cuando menos, dos líneas constituyen una figura demostrativamente perfecta. Pero tres líneas forman, con su unión, el Triángulo, o primera

figura regularmente perfecta; y esto es por lo que ha servido y sirve para representar El Eterno; Quien, infinitamente perfecto en Su naturaleza, es, como Creador Universal, el primer Ser, y consecuentemente la primera Perfección.

El Cuadrángulo o Cuadrado parece perfecto, pero es la segunda perfección, que para ningún sabio puede representar a Dios, que es la primera. Obsérvese que el nombre de Dios en latín y francés (Deus, Dieu) tiene por su inicial el delta o triángulo griego. Tal es la razón, entre antiguos y modernos, para la consagración del triángulo, cuyos tres lados son emblema de los tres reinos, o naturalezas, o Dios. En el centro se halla la hebrea Jod (inicial de Jehovah), el Espíritu Animado del Fuego, o principio generativo, representado por la letra G, inicial de la Deidad en las lenguas del Norte, y cuyo significado es Generación.

El primer lado del Triángulo, ofrecido al Aprendiz para su estudio, es el reino mineral, simbolizado por Tu#.

El segundo lado, objeto de las meditaciones del Compañero, es el reino vegetal, simbolizado por Shib# (una espiga de trigo). En este reino comienza la generación de los cuerpos; y esto es por lo que la letra G, radiante, es presentada a los

ojos del adepto.

El tercer lado, cuyo estudio es consagrado al reino animal, completa la instrucción del Maestro, es simbolizado por Mac# (Hijo de putrefacción).

El número 3 simboliza la Tierra. Es emblema de los cuerpos terrestres. El 2, mitad superior del 3, simboliza el mundo vegetal, quedando la mitad inferior oculta a nuestra vista.

El tres también hace referencia a la armonía, amistad, paz, concordia y templanza; y en tan alta estima era tenido entre los pitagóricos, que lo denominaban *la perfecta armonía*.

El tres, el cuatro, el diez y el doce eran considerados números sagrados entre los etruscos, como lo eran entre los hebreos, egipcios e hindúes.

El nombre de la Deidad, en numerosas naciones, consistía en tres letras: entre los griegos I#A#Ω#; entre los persas, H#O#M#; entre los hindúes, AUM; entre los escandinavos, I#O#W#. En el cartucho vertical del Rey, descubierto en Nimrod, no menos de cinco de los trece nombres de los Grandes Dioses consisten en tres letras; AUN, SAN, YAV, BAR y BEL.

El 4 es el número más perfecto, y es raíz de otros números y de todas las cosas. La tétrada expresa la primera potencia matemática. El cuatro

representa también el poder generativo, del que se derivan todas las combinaciones. El iniciado la considera emblema de Movimiento y de lo Infinito, pues representa todo aquello que no es corporal ni sensible. Pitágoras lo transmitió a sus discípulos como símbolo del Principio Eterno y Creativo, bajo el nombre de Cuaternario, el Inefable Nombre de Dios, que significa Fuente de todo lo que ha recibido existencia; y que en hebreo está formado por cuatro letras.

En el Cuaternario encontramos la primera figura sólida, el símbolo universal de inmortalidad, la pirámide. Los gnósticos sostuvieron que todo el cuerpo de su ciencia reposaba sobre un cuadrado cuyos ángulos eran Σιγε, *Silencio*: Βυθος *Profundidad*: Νοος, *Inteligencia*: and Αληθεια, *Verdad*. Pues si el Triángulo, representado por el número 3, forma la base triangular de la pirámide, es la unidad la que forma su punta o cima.

Lisias y Timeo de Locria afirmaban que nada podía ser nombrado, que no dependiese del cuaternario como su raíz.

Según los pitagóricos, hay una conexión entre los dioses y los números, idea que origina el arte adivinatorio conocido como Aritmomancia. El alma es un número, y contiene en sí misma el

número cuaternario. Siendo la materia representada por el número 9, o 3 veces 3, y teniendo el Espíritu Inmortal como jeroglífico esencial el cuaternario o número 4, los Sabios dijeron que el Hombre, que se había extraviado y enredado en un laberinto inextricable al pasar del *cuatro* al *nueve*, únicamente podía emerger de estos senderos mendaces, de estos extravíos desastrosos, y del abismo del mal en el que se ha sumido, era retroceder sobre sus propios pasos, yendo del nueve al cuatro.

La ingeniosa y mística idea que provocó que el Triángulo fuese venerado, fue aplicada a la cifra 4. Se decía que expresaba a un ser vivo, «yo, portador del Triángulo», Δ, el emblema de Dios, es decir, el hombre portando consigo mismo un principio divino,

El cuatro era un número divino; se refería a la Deidad, y muchas Antiguas Naciones dieron a Dios un nombre de cuatro letras: los hebreos YHWH, los egipcios AMÓN, los persas SURA, los griegos ΘΕΟΣ, y los latinos DEUS. Eso era el Tetragramatón de los hebreos, y los pitagóricos lo denominaban Tetractys, pronunciando sus más solemnes juramentos por ella. Así sucede con ODÍN entre los escandinavos, ΖΕΥΣ entre los griegos, PHTA entre los egipcios, THOTH entre

los fenicios, y ASUR y NEBO entre los asirios. La lista podría prolongarse indefinidamente.

El número 5 era considerado misterioso porque se componía del Binario, símbolo de lo Falso y Doble, y lo Ternario, tan interesante en su simbolismo. Por ello expresa de forma enérgica el estado de imperfección, de orden y desorden, de felicidad y pesar, de vida y muerte, que contemplamos sobre la Tierra. Para las sociedades mistéricas ofrecía la temible imagen del Principio del Mal, al cual traía al orden inferior. En resumen, lo Binario actuando en lo Ternario.

Bajo otro aspecto era símbolo de matrimonio, dado que está compuesto de 2, el primer número par, y el 3, el primer número impar. Por lo que Juno, la Diosa del Matrimonio, tenía como su hieroglifo el número 5. Más aún, cuenta con una de las propiedades del número 9, la de reproducirse a sí mismo; pues cuando se multiplica por sí mismo el resultado siempre tiene un cinco en las unidades, y por ello nos lleva a usarlo como símbolo de los cambios materiales.

Los antiguos representaban el mundo por el número 5. Una razón para ello, dada por Diodoro, es que representa Tierra, Agua, Aire, Fuego y Éter o Espíritu. Tal es el origen de πεντε (5) y Παν, el

Universo como conjunto.

El número 5 designaba la quintaesencia universal, y simbolizaba, por su forma ς, la esencia vital, el espíritu animado que fluye por toda la Naturaleza. De hecho, esta ingeniosa figura es la unión de los dos acentos griegos ‘ ’, ubicados sobre aquellas vocales que deben o no ser aspiradas. El primer signo ‘ lleva el nombre de *potente espíritu*, y significa el Espíritu Superior, el Espíritu de Dios aspirado (*spiratus*), o respirado por el hombre. El segundo signo ’ se denomina espíritu suave, y representa el espíritu secundario, el espíritu puramente humano.

El triple triángulo, figura de cinco líneas que se unen en cinco puntos, era entre los pitagóricos emblema de salud.

Es la Pentalfa de Pitágoras, o Pentáculo de Salomón; tiene cinco líneas y cinco ángulos; y es, entre los Masones, el contorno y origen de la Estrella de Cinco Puntas.

El número 6 era, en los Antiguos Misterios, un llamativo emblema de la naturaleza, pues presentaba las seis dimensiones de todos los cuerpos, las seis líneas que les dotan de forma, a saber, las cuatro líneas de Norte, Sur, Este y Oeste, junto con las dos líneas de altura y profundidad, que responden a cénit y nadir. Los

sabios aplicaron el senario al hombre físico, mientras el septenario era, para ellos, símbolo de su espíritu inmortal.

El hieroglifo senario (el doble del triángulo equilátero) es símbolo de la Deidad. El seis es también emblema de salud, y símbolo de justicia, porque es el primer número perfecto, es decir, el primero cuyas partes alícuotas (1/2, 1/3, 1/6, o 3, 2, y 1), sumados, dan el propio número 6.

Ormuz creó seis espíritus buenos, y Ahrimán seis espíritus perversos. Esto se trasluce en los seis meses de verano y los seis meses de invierno.

Ningún número ha sido nunca tan reputado universalmente como el septenario. Esta celebridad es sin duda atribuible a que los planetas son siete en número. Pertenece igualmente al ámbito sagrado. Los pitagóricos lo contemplaban como formado por los números 3 y 4; el primero de los cuales era, a sus ojos, la imagen de los tres elementos materiales, y el segundo el principio de todo lo que no es ni corporal ni sensible. Para ellos representaba, desde este punto de vista, el emblema de todo lo que es perfecto.

Considerado como compuesto del 6 y la unidad, sirve para designar el centro invisible o

alma de todo lo que existe; pues nada existe sin que seis líneas constituyan su forma, ni sin un séptimo punto interior, como centro y realidad del cuerpo, del que las dimensiones externas ofrecen únicamente la apariencia.

Las numerosas aplicaciones del septenario confirmaron el uso de este símbolo entre los antiguos sabios. Más aún, exaltaron las propiedades del número 7 como poseedor, de modo subordinado, de la perfección de la unidad: pues del mismo modo que la unidad no es producida por ningún número, tampoco lo es el siete, que no es engendrado por ningún número en el intervalo entre el 1 y el 10. El número 4 ocupa un punto medio aritmético entre la unidad y el siete, y está tan por encima del 1 como por debajo del 7, siendo la diferencia en ambos casos de 3.

El número 7, entre los egipcios, simbolizaba la vida, y es por esto por lo que la letra Z de los griegos era inicial del verbo Ζάω, yo vivo; y Ζεὺς (Júpiter), Padre de Vida.

El número 8, u octonario, está compuesto por los números sagrados 3 y 5. De los cielos, de los siete planetas, y de la esfera de las estrellas fijas, o de la eterna unidad y misterioso número 7, se compone la *ogdoade*, el número 8, el primer cubo de números iguales, considerado como sagrado en

la filosofía aritmética.

La *ogdoade* gnóstica tenía ocho estrellas, que representaban los ocho Cabirios de Samotracia, los ocho principios egipcios y fenicios, los ocho dioses de Jenócrates y los ocho ángulos de la Piedra Cúbica.

El número ocho simboliza la perfección; y su figura, 8 o ∞, indica el perpetuo y regular curso del Universo.

El ocho es el primer cubo (2 × 2 × 2), y significa amistad, prudencia, consejo y justicia. Era símbolo de la Ley Primigenia que contemplaba a todos los hombres como iguales.

El nonario, o triple ternario. Si el número tres era celebrado entre los sabios antiguos, el tres veces tres no era menos popular; pues, según ellos, cada uno de los tres elementos que constituyen nuestros cuerpos es ternario: el agua contiene la tierra y el fuego; la tierra contiene partículas ígneas y acuosas; y el fuego es temperado por los glóbulos de agua y corpúsculos terrestres que sirven para alimentarlo. No estando ninguno de los tres elementos separado por completo de los otros, estando todos los seres materiales compuestos de estos tres elementos, cada uno de los cuales es a su vez triple, pueden ser designados por el número figurativo de tres

veces tres, que se ha convertido en símbolo de la formación de todos los cuerpos. De aquí proviene el nombre de novena envoltura que se otorga a la materia. Toda extensión material, toda línea circular, tiene como representante el número nueve entre los pitagóricos, quienes habían observado las propiedades que este número posee de reproducirse a sí mismo de manera incesante y completa en cada multiplicación; ofreciendo así a la mente un marcado emblema de la materia que se compone incesantemente ante nuestros ojos, tras haber experimentado miles de descomposiciones.

El número nueve estaba consagrado a las Esferas y a las Musas. Es el signo de toda circunferencia, pues un círculo de 360º es igual 9, es decir, 3 + 6 + 0 = 9. No obstante, los antiguos lo contemplaban con terror: lo consideraban de mal presagio; como símbolo de versatilidad, cambio, y de la fragilidad de los asuntos humanos. Por lo que evitaban todos los números donde aparecía el 9, especialmente el 81, producto del 9 multiplicado por sí mismo, y cuya adición, 8 + 1, nuevamente se presentaba como número 9.

Dado que el número 6 era símbolo del globo terrestre animado por un espíritu divino, el número 9 simbolizaba la Tierra bajo la influencia

del Principio del Mal; y de aquí el terror que inspiraba. No obstante, según los cabalistas, el 9 simboliza el huevo generativo, o imagen de un pequeño ser globular, de cuya parte inferior parece fluir su espíritu de vida.

La enéada, que significa un agregado de 9 cosas o personas, es el primer cuadrado de números impares.

Todos somos conscientes de las singulares propiedades del número 9, el cual, multiplicado por sí mismo o por cualquier otro número, ofrece un resultado cuya suma final es siempre 9, o es divisible por 9.

El nueve, multiplicado por cada uno de los números ordinarios, genera una progresión aritmética en la que todos sus miembros, formados por dos cifras, presentan una característica remarcable. Por ejemplo:

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
9	18	27	36	45	54	63	72	81	90

La primera línea de números nos ofrece la serie habitual de 1 a 10. La segunda reproduce esta línea de dos modos: primero ascendiendo, desde la primera cifra de 18, y a continuación en sentido inverso desde el número 81.

Se deduce de este curioso hecho que la primera mitad de números que componen esta progresión representan, en orden inverso, los de la segunda mitad.

El número 10, o el Denario, es la medida de todo; y reduce los números multiplicados a la unidad. Contiene todas las relaciones numéricas y armónicas, así como todas las propiedades de los números que le preceden, y culmina el Ábaco o Tabla de Pitágoras. Para las sociedades mistéricas, este número representaba la unión de todas las maravillas del universo. Lo escribían así: θ, es decir, la unidad en medio del Cero, como el centro del círculo, o símbolo de la Deidad. Vieron en este número todo lo que debería conducir a la reflexión: el centro, el radio y la circunferencia, que representaba para ellos a Dios, el Hombre y el Universo.

Este número era, entre los sabios, signo de concordia, amor y paz. Para los Masones es signo de unión y buena fe, dado que se expresa por medio de dos manos unidas, o toque de Maestro, donde el número de dedos es 10. Y era representado por el Tetractys de Pitágoras.

El número 12, al igual que el número 7, es celebrado en el culto a la naturaleza. Las dos divisiones más famosas de los cielos, por 7, que

es el número de los planetas, y por 12, que es el número de signos del Zodíaco, se hallan en los monumentos religiosos de todos los pueblos del mundo antiguo, incluso en los más remotos confines de Oriente. Aunque Pitágoras no habla del número 12, es sin embargo un número sagrado. Es la imagen del Zodíaco, y consecuentemente la del Sol, que rige sobre él.

Tales eran las antiguas ideas en lo referente a dichos números, que tan a menudo aparecen en la Masonería; y que, correctamente interpretadas, como los antiguos sabios hacían, contienen fructíferas lecciones.

Antes de adentrarnos en la lección final de la filosofía masónica, nos detendremos un instante para repetir la interpretación cristiana de los Grados Simbólicos.

En el Primer Grado hay tres símbolos a estudiar:

1) El Hombre, tras la Caída, fue abandonado desnudo e indefenso ante la justa cólera de la Deidad. Propenso al mal, la raza humana se tambaleaba ciegamente en su avance hacia la espesa oscuridad del descreimiento, atada en firme por la fuerte soga del deseo natural y pecaminoso. La corrupción moral fue seguida de la miseria física. La necesidad y

la indigencia invadieron la Tierra. La guerra, el hambre y la peste colmaron la medida del mal, y el hombre marchó con pies descalzos y sangrantes sobre los guijarros del infortunio y la desgracia. Esta condición de ceguera, pobreza, miseria y esclavitud, de los que vino a liberar al mundo el Redentor, queda simbolizada por la condición del candidato cuando es llevado por primera vez a la puerta de la Logia.

2) No obstante la muerte del Redentor, el Hombre sólo puede salvarse por medio de la fe, el arrepentimiento y la enmienda. Para arrepentirse, debe sentir el amargo aguijón de la conciencia y el remordimiento como una espada que atraviese su seno. La confianza en su guía, a quien se le dice que siga sin temer peligro alguno; la confianza en Dios, que él debe profesar; y la punta de la espada presionada contra su pecho izquierdo, sobre el corazón, simbolizan la fe, el arrepentimiento y la enmienda necesaria para traerle a la luz de la vida en Cristo Crucificado.
3) Una vez que se haya arrepentido y reformado, y consagrado al servicio de Dios por medio de una firme promesa y

obligación, la luz de la esperanza cristiana comienza a brillar en la oscuridad del corazón del humilde penitente, e ilumina su sendero hacia el Cielo. Y esto es simbolizado por el momento en que se otorga la luz al candidato tras haber prestado su juramento a instancia del Venerable Maestro, que en ese contexto es símbolo del Redentor, y como tal lleva al candidato a la luz con la ayuda de los Hermanos; del mismo modo que Él enseñó la palabra con la ayuda de los apóstoles.

En el Segundo Grado hay dos símbolos:

4) El cristiano asume nuevos deberes hacia Dios y sus semejantes. Hacia Dios, de amor, gratitud y veneración, así como un ansioso deseo de servirle y glorificarle. Hacia sus semejantes, de amabilidad, simpatía y justicia. Y esta asunción de deberes, este adentrarse en las buenas obras, queda simbolizado por el juramento de Compañero; por medio del cual, atado igual que un aprendiz al secreto, y situado en la esquina noreste, desciende como Compañero entre el cuerpo de los Hermanos, asumiendo los deberes activos del buen masón.

5) El cristiano, reconciliado con Dios, contempla el mundo con una nueva luz. Este gran universo ya no es una mera maquinaria a la que dieron cuerda hace seis o siete mil millones de años y dejaron funcionando posteriormente para siempre en virtud de una ley de la mecánica creada en el principio, sin posterior cuidado o consideración por parte de la Deidad. Sino que ahora es para él una gran emanación de Dios, el producto de Su pensamiento; no una máquina muerta, sino algo vivo, sobre lo que Dios vela constantemente, y en el cual cada momento es producido de forma inmediata por Su acción presente, siendo la ley de la armonía la esencia de la Deidad actualizada a cada instante. Y esto está simbolizado por la imperfecta instrucción ofrecida en el Grado de Compañero, en las ciencias, y particularmente en la Geometría, conectada como está con el Dios Mismo en la mente del Masón, dado que la misma letra, suspendida en el Oriente, representa a ambos; y la Astronomía, o conocimiento de las leyes del movimiento y la armonía que gobierna las esferas, que no es más que una porción de la Geometría, ciencia más

amplia. Es simbolizada así porque es ahora, en el Segundo Grado, cuando el candidato recibe por primera vez algo más que instrucción moral.

Hay igualmente dos símbolos en el Tercer Grado, que unidos a los tres del Primero y dos del Segundo, suman siete.

6) El candidato, tras someterse a la primera parte de la ceremonia, se imagina a sí mismo como Maestro; y se sorprende al ser informado de que todavía no lo es, y que no es seguro que algún día lo sea. Se le dice que todavía hay que recorrer un peligroso sendero, y se le advierte que de ese viaje depende que se convierta o no en Maestro. Esto simboliza lo que nuestro Salvador dijo a Nicodemo: que, a pesar de que su comportamiento moral estuviese más allá de cualquier reproche, no podría entrar en el Reino de los Cielos salvo que muriese y naciese de nuevo; morir simbólicamente, y entrar de nuevo en el mundo regenerado, como un niño inmaculado.
7) El asesinato de Hiram, su sepultura, y su nueva Elevación a cargo del Maestro son símbolos de la muerte, sepultura y Resurrección del Redentor; y de la muerte y

enterramiento en el pecado del hombre natural, y su Elevación a una nueva vida, o nuevo nacimiento por acción directa del Redentor, una vez que la Moral (simbolizada por el toque de Aprendiz Entrado) y la Filosofía (simbolizada por el toque de Compañero) han fracasado en su intento de elevarlo. El toque del León de la Casa de Judá es el toque fuerte, que nunca ha de romperse, con el que Cristo, que era del linaje real de esa Casa, se unió a la totalidad de la raza humana, a la que abrazó con Sus amplios brazos tan íntima y afectuosamente como los Hermanos se abrazan entre sí en los Cinco Puntos del Maestro Masón.

Como Aprendices Entrados y Compañeros, se enseña a los Masones a imitar el loable ejemplo de aquellos Masones que trabajaron en la construcción del Templo del Rey Salomón, y a sembrar firme y profundamente en sus corazones las piedras fundacionales de los principios de la verdad, justicia, templanza, fortaleza, prudencia y caridad, sobre las que construirán un espíritu cristiano capaz de prevalecer ante las tormentas del infortunio y los poderes y tentaciones del Infierno. Y cuando las pasiones desatadas sean sometidas a la mesura y a la regla, y sus excesos sean dominados por el mallete de la continencia,

y cuando toda acción y todo principio sean debidamente corregidos y se ajusten a la Escuadra de la sabiduría, al Nivel de la humildad, y a la Plomada de la justicia, tales nobles sentimientos y afectos serán el homenaje más adecuado que se pueda rendir al Gran Arquitecto y al Gran Padre del Universo, y convertirán el corazón en un templo vivo construido para Él.

Las dos columnas, Jakin y Boaz, son el símbolo de esa profunda fe e implícita confianza en Dios y en el Redentor que son las fuerzas que animan al cristiano; y de estas surgen las buenas obras, único medio para que la fe se asiente y resulte eficaz y válida para alcanzar la Salvación.

Los tres pilares que soportan la Logia son símbolo de la Esperanza cristiana en un futuro de felicidad; Fe en las promesas y la personalidad divina y misión del Redentor; y la Caridad en el juicio a otros hombres.

Los tres asesinos de Hiram simbolizan a Poncio Pilatos, Caifás el Sumo Sacerdote, y Judas Iscariote. Y los tres golpes que le infieren son la traición de este último, la ausencia de protección legal romana por parte de Pilatos, y la condena del Sumo Sacerdote. También simbolizan el susurro en el oído, la flagelación, y la corona de espinas. Los doce Compañeros enviados a la búsqueda del cuerpo son los doce discípulos, en

la incertidumbre de creer o no si el Redentor resucitaría de entre los muertos.

La Palabra de Maestro, que se supone perdida, simboliza la fe cristiana y la religión, a la se creía aplastada y destruida cuando el Salvador fue crucificado, una vez que el Iscariote le traicionó y Pedro le hubo negado tres veces, y cuando los demás discípulos dudaban si resucitaría de entre los muertos; pero que floreció de Su tumba y se extendió rápidamente sobre el mundo civilizado. Y del mismo modo que se creía perdida, fue hallada. También simboliza al mismo Salvador, la Palabra que era en el principio, que era con Dios, y era Dios; la Palabra de Vida, que se hizo carne, y habitó entre nosotros, y se creía perdida mientras Él yació en la tumba durante tres días, y cuyos discípulos «no conocían todavía la Escritura que anunciaba que él debería levantarse de entre los muertos», y dudaron cuando oyeron la noticia, y se asombraron y estremecieron, y todavía dudaban, cuando Él se apareció entre ellos.

La acacia colocada a la cabeza de la tumba de Hiram es emblema de resurrección e inmortalidad.

Tales son las explicaciones de nuestros Hermanos cristianos; que deben ser consideradas,

como las de todos los demás Masones, con el mayor respeto y delicadeza.

INSTRUCCIÓN FINAL

La Masonería no pretende ser infalible. No nos corresponde imponerle a ningún hombre lo que debe creer. Hasta ahora, en la instrucción de los distintos grados, nos hemos limitado a exponer los grandes pensamientos que han sido plasmados en las distintas etapas del mundo, dejando al lector decidir por sí mismo si resultan ortodoxas o heterodoxas, así como qué proporción de verdad contienen, en caso de contenerla. No cambiaremos tal actitud en esta instrucción filosófica final, en la que proponemos tratar las más elevadas cuestiones que han ocupado desde siempre la mente del hombre, y tienen que ver con la naturaleza de Dios, la existencia y naturaleza del alma humana, y la relación entre los espíritus humano y divino con el Universo meramente material. No puede haber preguntas más importantes para el ser inteligente, ni ningunas de mayor interés directo y personal; y os invitamos a prestar la consideración más atenta a estas palabras últimas de la Masonería Escocista. Y dado que estas palabras no serán sino la culminación y acabado de lo ya dicho en varios de los grados precedentes respecto al pensamiento antiguo y las primeras filosofías,

esperamos que hayáis aprovechado, y no olvidado, nuestras lecciones anteriores, sin las cuales esto resultaría imperfecto y fragmentario.

En su intención de recompensar al obrero leal e inteligente confiriéndole un conocimiento de la Verdadera Palabra, la Masonería ha perpetuado una muy grande verdad, pues implica la proposición de que la idea que el hombre se forma de Dios es siempre el elemento más importante en su teoría especulativa del Universo, así como en el plan práctico particular respecto a la Iglesia, el estado, la comunidad, la familia, y su propia vida privada. Esta idea provocará una gran diferencia en el gobierno del pueblo tanto en la paz como en la guerra, tanto si considera que el Dios Supremo es una deidad cruel, que se deleita en el sacrificio y la sangre, como si es un Dios de amor. Y la teoría especulativa de cada individuo respecto al modo y extensión del gobierno de Dios, así como a la naturaleza y realidad de su propio libre albedrío y responsabilidad consecuente, necesariamente tiene una gran influencia en el modelado de su vida y pensamiento.

Contemplamos diariamente la vasta influencia de la idea popular de Dios. Todas las grandes civilizaciones de la historia han surgido a partir

de las ideas nacionales que se habían formado de Dios, o han estado conectadas íntimamente con dichas ideas. La teología popular, que al principio es únicamente una idea abstracta en la mente de los filósofos, se manifiesta finalmente en las leyes, en los castigos que se imponen al crimen, en las iglesias, ceremonias y sacramentos, fiestas y fastos, bodas, bautismos y funerales, en los hospitales, colegios, escuelas, en toda la caridad llevada a cabo por la sociedad, en las relaciones entre marido y mujer, padre e hijo, en el trabajo cotidiano y las oraciones diarias de cada hombre. Y conforme el mundo crece en desarrollo, necesariamente deja atrás las antiguas ideas de Dios, que únicamente eran temporales y provisionales. Un hombre que tenga una idea de Dios más elevada que los que estén por encima de él, y que niegue su idea de Dios, probablemente será tildado de ateo por aquellos que en realidad son mucho menos creyentes que él. De este modo los cristianos, que afirmaron que los ídolos paganos no eran dioses, fueron tomados como ateos por el pueblo, y consecuentemente condenados a muerte, del mismo modo que Jesús de Nazaret fue crucificado por los judíos como blasfemo y no creyente.

Hay un ateísmo formal, que consiste en la

negación de Dios en los términos, pero no en la realidad. Un hombre dice «no hay Dios», es decir, ningún dios que sea originado por sí mismo, o que nunca tuviese origen, que siempre fuese y siempre haya sido, que sea la causa de la existencia, que sea Mente y Providencia del universo; de modo que el orden, la belleza y la armonía del mundo no indican ningún plan o propósito por parte de la Deidad. Sino que, indica, es la Naturaleza —queriendo decir con ello la suma total de la existencia— la que es poderosa, activa, sabia y buena. La Naturaleza es creada por sí misma, siempre fue y siempre ha sido la causa de su propia existencia, la mente del Universo y la Providencia de sí misma. Hay, obviamente, un plan y propósito del que surge el orden, la belleza y la armonía; pero todo ello entra dentro del plan y propósito de la naturaleza. En tales casos, la negación absoluta de Dios es únicamente formal, pero no real. Se admiten las cualidades de Dios, y se afirman que son ciertas, de modo que lo único que sucede es un mero cambio de nombre, pues se denomina al posesor de tales cualidades *Naturaleza*, y no *Dios*. La auténtica cuestión es si existen esas cualidades a las que denominamos Dios, y no por qué nombre en concreto designamos a las Cualidades. Un hombre puede

denominar a la suma total de estas cualidades Naturaleza; otro, Cielo; un tercero, Universo; un cuarto, Materia; un quinto, Espíritu; un sexto, Theos, Zeus, Alfadir, Alá, o como le plazca. Todos admiten la existencia del Ser, Poder, o *ens*, denominado de maneras distintas. Poco importa el nombre.

El ateísmo real consiste en la negación de cualquier dios, de la realidad de cualquier posible idea de Dios. Niega que haya cualquier Mente, Inteligencia o *ens* que sea Causa y Providencia del Universo, así como que cualquier cosa o existencia, alma, espíritu o ser produzca de manera intencionada o inteligente el Orden, la Belleza y la Armonía del universo, así como los usos constantes y regulares que operan en el mismo. Debe negar necesariamente que haya ley alguna, orden o armonía en la existencia, así como cualquier mecanismo constante en el mundo; pues es completamente imposible para cualquier criatura humana concebir, por mucho que lo afirme, el orden y la armonía como consecuencia de cualquier cosa que no sea una Inteligencia.

El ateo real debe negar la existencia de las cualidades de Dios, negar que haya mente alguna en el universo, cualquier Providencia autoconsciente y cualquier Providencia de

cualquier tipo. Debe negar que haya cualquier Ser que sea Causa de las cosas finitas, que sea conscientemente todopoderoso, sabio, justo, amoroso y fiel a sí mismo y a su propia naturaleza. Debe negar que haya cualquier plan en el Universo o en cualquier parte de él. Debe sostener, o bien que la materia es eterna y que es originada por sí misma, lo que es absurdo, o bien que fue creada por una Inteligencia, o al menos por una Causa; en cuyo caso admite a Dios. No hay duda de que queda más allá de nuestras facultades imaginar cómo se originó la materia, cómo comenzó a existir en el espacio en el que antes no había nada, o solo estaba Dios. Pero está igualmente más allá de nuestra facultades imaginarla eterna y no creada. Tenerla por eterna, sin pensamiento o voluntad; sostener que sus formas específicas, la semilla, la roca, el árbol, el hombre, el sistema solar, todo esto no surgió de un plan preconcebido, y que la naturaleza las creó por casualidad o por «el concurso aleatorio de los átomos» de una materia que no tiene pensamiento o voluntad, y que no muestran mente, plan, propósito o providencia, es absurdo. No hablamos de negar la existencia de lo que entendemos por mente, plan, propósito o Providencia; sino de negar incluso que estas

palabras puedan tener algún otro significado distinto al que la raza humana le atribuye, y negar que puedan significar algo para lo que los seres humanos no tengan nombre, porque se tiene tal idea por imposible. Y negar que exista algo que pueda considerarse un «plan», y afirmar que esta palabra no tiene sentido, y que el universo no existe por conformidad con un plan. La «Palabra» nunca significó y nunca puede significar cualquier otra cosa que aquello que el universo exhibe, y lo mismo sucede con la palabra «propósito» y con la palabra «Providencia». No significan nada, o únicamente lo que el universo demuestra.

Pronto se hizo evidente que la negación del Poder Consciente, de la causa del hombre y su vida, de una Providencia, de una Mente e Inteligencia que ubique al hombre con referencia al mundo, no satisfaría los deseos instintivos de la naturaleza humana, ni ofrecería una explicación para los acontecimientos de la naturaleza material. El universo se hallaría errante en el vacío inerte, y ni él, ni ninguna mente de su interior o exterior, sabría de dónde viene, o a dónde va, o su paradero. El hombre sería un ser errante en el universo, sin ser consciente de dónde está, ni de dónde viene ni adónde va. No habría Mente, ni Providencia, ni Poder que supiese nada;

nada habría guiado y dirigido al hombre en su errar, ni al universo en el caos y desperdicio del tiempo. Podría decirse al hombre y a la mujer: «vuestro heroísmo, vuestro valor, vuestro sacrificio lleva a la nada. Vuestra nobleza no supondrá bien alguno; moriréis, y vuestra nobleza no será de utilidad a la humanidad. Pues no hay plan ni orden en todas estas cosas; todo viene y va por el concurso fortuito de los átomos». Y todo esto no satisface ni satisfará a la humanidad.

Sí, la teoría del ateísmo ha sido enunciada. Se ha dicho «la muerte es el final; estamos en un mundo sin Dios; eres un cuerpo sin alma. Hay un aquí, pero no hay un Más Allá; hay una tierra, pero no un cielo. Al morir regresarás al polvo. El hombre es huesos, sangre, tripas y sesos; la mente es materia. No hay alma en el cerebro, no hay nada salvo nervios. Podemos ver todo el espacio hasta una pequeña estrella en el cinturón de Orión; tan distante que llevaría mil millones de años llegar desde allí a la Tierra, viajando a doce millones de millas por minuto. No hay Cielo a este lado de eso: ves a través de todo el espacio; no hay ni una mota de cielo. ¿Y crees que hay un cielo más allá de eso? Y si lo hay ¿dónde lo alcanzarías? No hay Providencia. La Naturaleza resulta de un concurso fortuito de átomos. El

pensamiento es una fortuita función de la materia, resultado fortuito de otro resultado fortuito, un disparo aleatorio por parte del veleidoso cañón del Universo, cargado accidentalmente, apuntado al azar, y disparado por casualidad. Las cosas pasan, no son dispuestas. Hay azar, un azar malhadado; pero no hay Providencia. ¡Muere y regresa al polvo! ¿Puede todo esto satisfacer el instinto humano de inmortalidad, que nos hace ansiar, con un deseo impronunciable, el unirnos a nuestros seres queridos que han partido antes que nosotros, y a la humanidad, durante la vida eterna? ¿Acaso satisface nuestra poderosa hambre y sed de inmortalidad, nuestro imperioso deseo de acercarnos, y saber más de la Eterna Causa de todas las cosas?

El hombre nunca se satisfará creyendo que ninguna mente pensó cómo debía crearlo, que ninguna conciencia emitió las leyes eternas, que ningún corazón ama a aquellos a los que nadie sobre la Tierra ama o cuida, y que ninguna voluntad del Universo dispone que las naciones deban marchar en el sendero de la sabiduría, la justicia y el amor. La historia no es —¡gracias a Dios! Sabemos que no lo es— un concurso fortuito de acontecimientos. No podemos creer que no haya un plan o propósito en la Naturaleza

que guíe nuestras salidas y entradas; que toda la belleza, sabiduría, afecto, justicia y moralidad del mundo no son más que un accidente, y que mañana puede terminar.

Sobre todo el mundo se halla heroísmo no recompensado, o incluso pagado con la miseria; hay vicio en los tronos, corrupción en las altas esferas, nobleza en la pobreza e incluso entre los esclavos, la gentil devoción de la mujer recompensada con un brutal abandono, o con el aún más brutal abuso y violencia. Hay miseria, necesidad esclavitud y salarios míseros. Añádase a todo esto el credo del ateo: un cuerpo sin alma, una tierra sin cielo, un mundo sin Dios. ¡Qué pandemonio haríamos de este mundo!

El intelecto del ateo encuentra materia en todas partes; pero no una mente causal o providencial. Su sentido moral no encontraría una Voluntad Equitativa, ni la Belleza de la Excelencia Moral, ni Conciencia alguna que convierta la justicia en una ley inmutable, ni orden espiritual ni Providencia, sino únicamente destino material y azar. Su afecto únicamente encontraría cosas finitas para amar; y para él los muertos que ayer eran amados y que fallecieron, son como el arco iris que apareció fugazmente para desaparecer. Su alma, volando a través del vacío, sintiendo la

oscuridad con sus alas, buscando el Alma de todo, que es al mismo tiempo Razón, Conciencia, y Corazón de todo lo que existe, no encontraría Dios alguno, sino un universo en desorden. Nada infinito, ninguna razón, ninguna conciencia, ningún corazón, ninguna alma de las cosas; nada que reverenciar, que estimar, que amar, que adorar, nada en lo que confiar; tan sólo una fuerza fea, ajena y extraña a nosotros, que abate a los que amamos, y nos reduce a la condición de meros gusanos sobre la arena caliente del mundo. Ninguna voz hablará desde la Tierra para confortar al hombre. Esa gran Tierra no es más que una cruel madre que devora a sus hijos: una fuerza y nada más. Por fuera del cielo no nos contemplará ninguna amable Providencia con sus miles de ojos estrellados; y en las tormentas una violencia maligna, con sus espada de rayos, asestaría golpes en la oscuridad, intentando asesinar a los hombres.

Ningún hombre ha quedado nunca satisfecho con eso. La evidencia de Dios ha sido labrada en la Naturaleza tan profundamente, y tan profundamente hilada en el tejido del alma humana, que el ateísmo nunca se ha convertido en una fe, aunque a veces haya adquirido la forma de una teoría. La religión es connatural al hombre,

que instintivamente se vuelve hacia Dios y le reverencia, apoyándose en Él. En la matemática de los cielos, escrita en preciosos diagramas de fuego, contempla la ley, el orden, la belleza, la armonía sin fin; en la ética de las pequeñas naciones que habitan los hormigueros observa lo mismo; en toda la Naturaleza, animada e inanimada, contempla las pruebas de un diseño, una voluntad, una inteligencia, y un Dios: un Dios benéfico y amoroso al tiempo que sabio, y clemente e indulgente a la vez que poderoso.

Para el hombre, rodeado por el universo material, y consciente de la influencia que este entorno material ejerce sobre su fortuna y su actual destino; para el hombre, siempre confrontado con los esplendores del cielo estrellado, la marcha regular de las estaciones, los fenómenos de la salida del Sol y la Luna, así como todas las pruebas de inteligencia y diseño que por doquier le presionan y abruman, resultaban recurrentes todas las preguntas imaginables y referentes a la naturaleza y sus fenómenos, preguntas que exigían ser resueltas y rechazaban ser descartadas sin una respuesta. Y que todavía, tras el paso de los siglos, siguen inquietando a los hombres y exigiendo una solución, aunque quizá exijan en vano. Avanzando

en el tiempo hasta el momento en que el hombre ha cesado de considerar a las distintas partes y fuerzas individuales del universo como dioses (en el momento en que comenzó a contemplarlas como un todo), apareció esta pregunta entre las primeras que vinieron a su mente, y que insistía en ser contestada: «¿Existe este universo material por sí mismo, o fue creado? ¿Es eterno, o tuvo un origen?».

Y a continuación en la mente del hombre afloraron en cascada las siguientes preguntas:

«¿Es este universo material un mero agregado de combinaciones fortuitas de materia, o es el resultado de la obra de una inteligencia, actuando según un plan?».

«Si existiese tal Inteligencia, ¿qué es y dónde está? ¿Es el universo material un ser inteligente en sí? ¿Es como el hombre, compuesto de cuerpo y alma? ¿Actúa la Naturaleza sobre sí misma, o hay una Causa más allá que actúa sobre ella?».

«Si hay un Dios *personal*, separado del universo material, que creó todas las cosas, siendo Él increado, ¿es corpóreo o incorpóreo, material o espiritual, el alma del universo o una existencia separada? Y si es espíritu ¿qué es entonces el espíritu?».

«Esa Deidad Suprema ¿era activa o inerte antes

de la Creación? Y si permaneció inerte durante una eternidad previa ¿qué necesidad de Su naturaleza Le hizo moverse finalmente a crear un mundo? ¿O fue un mero capricho sin razón?»

«La materia coexistía con la Deidad, o fue creada por ella en su totalidad y de la nada? ¿La creó, o únicamente modeló y dio forma a un caos ya existente, coexistente con la Deidad?».

«¿La Deidad creó directamente la materia, o fue la obra de unas deidades inferiores, emanaciones de Ella Misma?».

«Si Dios es bueno y justo, ¿cómo es que, conociendo todo de antemano, ha permitido que existan el pesar y el mal? ¿Cómo reconciliar Su benevolencia y sabiduría con la prosperidad del vicio y el infortunio de la virtud en este mundo?».

Y entonces, refiriéndose al hombre, surgieron de forma recurrente estas otras preguntas, que continúan acosándonos a todos:

«¿Que hay en nuestro interior que piensa? ¿Es el pensamiento el resultado de una mera organización material, o hay en nuestro interior un alma que piense, separada del cuerpo y residente en él? ¿Es esta última eterna e increada? Y de no serlo, ¿cómo fue creada? ¿Es distinta de Dios, o una emanación de Él? ¿Es inherentemente inmortal, o únicamente por destino, porque Dios

así lo ha querido? ¿Debe regresar a él para fundirse en Él, o existir por siempre de manera separada, con su actual identidad?».

«Si Dios ha previsto y predispuesto todo lo que ocurre, ¿cómo puede el hombre tener libre albedrío, así como el más mínimo control sobre las circunstancias? ¿Cómo puede hacerse lo más mínimo contra la voluntad de omnipotencia infinita? Y si todo está hecho conforme a esa voluntad, cómo puede existir el mal y el error cuando la Sabiduría y Poder Infinitos no escoge impedirlos?».

«¿Cuál es la base de la ley moral? ¿La dictó Dios por Su mero capricho? Y de ser así ¿acaso no puede abolirla cuando Le plazca? ¿Quién nos asegura que Él no la abolirá, haciendo que lo bueno sea malo y la virtud vicio? ¿O es la ley moral una necesidad de Su naturaleza? Y de ser así, ¿quién lo dispuso así? ¿Acaso Esto último no afirma la necesidad de un poder, como una Necesidad primigenia, superior a la misma Deidad?».

E, inmediatamente tras estas, llegó la gran pregunta del Más Allá, de la otra vida, del destino del alma, así como el millar de preguntas colaterales y subordinadas referentes a la materia, el espíritu, el futuro, y Dios, que han formulado

todos los sistemas filosóficos, todas las metafísicas y todas las teologías, desde que el mundo existe.

Ya hemos desarrollado, hasta cierto punto, lo que las mentes antiguas opinaban al respecto de estas grandes cuestiones. Hemos tratado de familiarizarnos con la doctrina de la emanación de gnósticos y orientales. Nos hemos puesto frente a cabalistas, esenios, y Filón el Judío. Hemos mostrado cómo buena parte de la antigua mitología derivaba de la repetición diaria y anual de los cielos. Hemos mostrado las antiguas nociones por medio de las cuales se pretendía explicar la existencia y prevalencia del mal; y en cierto grado hemos plasmado las ideas metafísicas antiguas en lo referente a la Deidad. Pero queda por hacer mucho más de lo que somos capaces.

Nos erguimos frente a la sonora costa del gran océano del tiempo. Frente a nosotros se extiende el pesado residuo del pasado ilimitable; y sus olas, conforme llegan a nuestros pies por la cuesta burbujeante de las arenas amarillas, nos traen, ahora y entonces, desde las profundidades de ese océano sin límites, una concha, algunos especímenes de algas arrancados del mar, o un guijarro; y eso es todo lo que nos llega de los

vastos tesoros del pensamiento antiguo que yace allí sepultado, entre el poderoso himno del océano sin límites, rugiente por los siglos de los siglos.

Reunamos ahora de nuevo, y por última vez, a lo largo de la costa de ese gran océano, unas cuentas reliquias más del pasado, y escuchemos sus poderosas veces, que nos llegan como música fragmentaria con cadencia rota e interrumpida, susurrándonos desde el gran seno del pasado.

Los ritos, credos y legendas expresan, de manera directa o simbólica, alguna idea directriz, según la cual se supone que se podrán explicar los Misterios del Ser y la Deidad. La complejidad de la genealogía mítica es un reconocimiento de facto a la misteriosa naturaleza de la Deidad omnipotente, desplegando en su imaginería bella pero ineficaz los primeros intentos de la mente por comunicarse con la naturaleza. Las teorías y nociones, en todas sus variantes de verdad y falsedad, constituyen una maquinaria más o menos eficaz que persigue el mismo fin. Toda religión era en su origen una filosofía embrionaria, o un intento de interpretar aquello que resultaba desconocido a la mente; y únicamente cuando la filosofía, que es en sí esencialmente progreso, creció por encima de sus primeras adquisiciones,

fue cuando la religión se convirtió en algo independiente y que cuidaba como dogmas inalterables las nociones que la filosofía había desechado. Separada de la filosofía, la religión se volvió arrogante y fantástica, proclamando haber alcanzado ya lo que su representante más auténtico perseguía siempre en vano; y descubriendo, a través de sus iniciaciones y Misterios, todo lo que en su limitada percepción parecía poder restaurar el bienestar de la humanidad, los métodos para la purificación y expiación, remedios para la enfermedad, y recursos para curar los desórdenes del alma y apaciguar a los dioses.

¿Por qué deberíamos intentar confinar la idea de la Mente Suprema dentro de unos límites arbitrarios, o excluir de los límites de la veracidad cualquier concepción de la Deidad que, aun siendo imperfecta e inadecuada, no lo será mucho más de lo que lo somos nosotros? El «nombre de Dios», dice Hobbes, «no lo empleamos para concebirlo, pues es inconcebible, sino para honrarle». «Cree en Dios, y adórale», decía el Poeta Griego, «pero no le investigues, pues será en vano; no pretendas descubrir quién es Dios, no sea que por el deseo de saber ofendas a Aquel que desea permanecer

desconocido». «Cuando intentamos», dice Filón, «discernir la esencia del Dios absoluto, nos sumimos en un abismo de perplejidad, y el único beneficio que se deriva de tal búsqueda es el convencimiento de que resulta absurda».

Y a pesar de ello, el hombre, ignorante de la constitución del polvo que pisa, se ha aventurado, y todavía se aventura, a especular sobre la naturaleza de Dios, definiendo dogmáticamente en credos aquel objeto que más se escapa a sus facultades de comprensión, y osa odiar y perseguir a aquellos que no aceptan su punto de vista como verdaderos.

Pero aunque el conocimiento de la Esencia Divina es imposible, las concepciones que se han formado respecto a ella sí son interesantes como muestra del desarrollo intelectual. La historia de la religión es la historia de la mente humana, y la concepción que los hombres se forman de la Deidad está siempre en relación exacta con sus logros intelectuales y morales. La primera es siempre medida de lo segundo.

La noción negativa de Dios, que consiste en abstraer lo inferior y finito, es, según Filón, el único modo de aproximarse a la naturaleza de Dios. Tras agotar las distintas variaciones de simbolismo, contrastamos la grandeza divina con

la pequeñez humana, empleando expresiones aparentemente afirmativas, tales como «infinito», «todopoderoso», «omnisciente», «omnipotente», «eterno», y otras semejantes; que en realidad únicamente alcanzan a negar, en lo referente a Dios, los límites que confinan las facultades del hombre; y así nos satisfacemos con un término que únicamente expresa nuestra ignorancia. La palabra hebrea *Yahveh* y la griega *To On* expresaban una existencia abstracta, sin manifestación o desarrollo externos. De la misma naturaleza son las definiciones «Dios es una esfera cuyo centro se halla en todas partes y su circunferencia en ninguna», «Dios es Aquel que lo ve todo, sin ser Él visto», y finalmente la de Proco y Hegel, «el To μη ον, aquello que no tiene existencia externa o positiva». La mayoría de tales definiciones de lo absoluto no son más que una colección de negaciones de las que, dado que nada afirman, nada se aprende.

Dios fue primero identificado con los cuerpos celestiales y los elementos. Conforme la conciencia del hombre acerca de sí mismo fue madurando, y se percató de que la facultad interna del pensamiento era algo más sutil que incluso el más sutil de los elementos, convirtió esa nueva idea en objeto de culto, deificando un principio

mental en lugar de un principio físico. En cualquier caso hacía a Dios a su imagen y semejanza, pues dado que hacemos lo que dicta nuestra voluntad, la mente humana no puede concebir nada más elevado que la supremacía del intelecto. Y de este modo al final siempre se desemboca en algún tipo de humanidad exaltada. El hombre primero deificó a la naturaleza, y posteriormente a sí mismo.

La aspiración eterna del sentimiento religioso del hombre consiste en unirse a Dios. En su desarrollo primero, el deseo y su cumplimiento eran simultáneos, a través de una creencia no cuestionada. Conforme la concepción de la Deidad fue exaltada, la noción de Su proximidad o presencia terrestre fue abandonada, y la dificultad de comprender el Gobierno Divino, junto con los evidentes males supersticiosos que surgían de una interpretación errónea, pusieron en peligro la creencia en su conjunto.

Incluso las luces del cielo, que como «brillantes potentados del cielo» aparecían anteriormente como vigilantes directores de la economía de la tierra, ahora brillaban de manera tenue y distante, y Uriel dejó de descender sobre el rayo de luz solar. Pero el verdadero cambio consistió en el progresivo incremento de las

facultades del hombre, no en cambio alguno en la Naturaleza Divina; del mismo modo que las estrellas no son más distintas ahora que cuando se suponía que reposaban sobre los hombros de Atlas. Pero aun así un ligero sentimiento de decepción y humillación aguardaba tras el primer despertar del alma, cuando la razón, al mirar hacia la Deidad, se vio invadida por una confusa sensación de haber caído. Mas la esperanza revive en el abatimiento, y toda nación que alguna vez avanzó más allá de los conceptos elementales sintió al mismo tiempo la necesidad de llenar el abismo que separa al hombre de Dios. Tal era la gran tarea de la poesía, la filosofía y la religión. Y de aquí surgió la personificación de los atributos, desarrollos y manifestaciones de Dios como «poderes», «inteligencias», «ángeles», y «emanaciones», a través de los cuales, y por medio de la facultad oracular del mismo ser humano, el hombre podía ponerse en contacto con Dios.

Los distintos rangos y órdenes de seres mitológicos imaginados por persas, indios, egipcios o etruscos, y que presidían sobre los distintos departamentos de la naturaleza, ocupaban lugares diversos en la estructura que llevaba al hombre a una comunicación más

próxima a la Deidad, y únicamente cedieron el paso ante un simbolismo análogo, aunque menos pintoresco; y las deidades y demonios de Grecia y Roma fueron perpetuados bajo un cambio únicamente nominal cuando sus oficios fueron transferidos a santos y mártires. Los intentos por medio de los cuales la razón ha pretendido en ocasiones adentrarse en lo desconocido por medio de la metafísica, tales como los sistema idealistas de Zaratustra, Pitágoras o Platón, era únicamente una versión más refinada de las ilusiones poéticas que satisfacían al vulgo, en un momento en que el hombre todavía miraba atrás con añoranza por la Edad Dorada perdida, cuando sus ancestros miraban cara a cara a los dioses. Y los hombres esperaban que, propiciando el favor del cielo, pudiesen acelerar la renovación de esa época feliz en las islas del Extremo Occidente, bajo el cetro de Cronos, o con la centralización del poder político en Jerusalén. Su ilusionada esperanza venció incluso a los terrores de la tumba, pues el poder divino era tan infinito como las expectativas humanas; y los egipcios, debidamente resguardados en las catacumbas libias, creían estar en el camino hacia las Moradas Afortunadas bajo la guía de Hermes, para allí alcanzar una perfecta asociación y

reunión con su dios.

Recordando lo que ya hemos dicho en otras partes respecto a las ideas antiguas referentes a la Deidad, y con el fin de repetirlas lo menos posible, entraremos nuevamente en comunión con la antigua mente poética y filosófica, e intentaremos aprender de ella lo que pensaba, y cómo solventó los grandes problemas que siempre han torturado al intelecto humano.

La división de la Primera y Suprema Causa en dos partes, una Activa y otra Pasiva, en un Universo Agente y otro Paciente, o el Dios-Mundo hermafrodita, constituye uno de los dogmas más extendidos de la filosofía o teología natural. Prácticamente todos los pueblos de la antigüedad le han concedido un lugar en sus misterios y ceremonias.

Ocelo Lucano, quien parece haber vivido poco después de que Pitágoras abriese su Escuela en Italia, quinientos o seiscientos años antes de nuestra era, y en la época de Solón, Thales, y los demás sabios que estudiaron en las escuelas de Egipto, no solo reconoce la eternidad del Universo y su carácter divino como ser increado e indestructible, sino también la diferencia entre causas Activa y Pasiva, en lo que Ocelo denomina el Gran Todo, o único Ser hermafrodita que

abarca todas las existencias, así como las causas y efectos; y lo que es un sistema regularmente ordenado, perfecto y completo, de todas las Naturalezas. Ocelo pronto discernió la línea divisoria que separa igualmente las existencias eternas de aquellas que continuamente cambian; la naturaleza celestial de la de los cuerpos terrestres, las causas de los efectos, aquello que es de aquello que se transforma. Una distinción que naturalmente sorprendió a todo hombre pensante.

No citaremos su doctrina en su totalidad. Los cuerpos celestiales, creía, son los primeros y los más nobles; se mueven por sí mismo, y llevan a cabo sus revoluciones sin cambiar de forma o de esencia. Fuego, agua, aire y tierra cambian incesante y constantemente, no de lugar, pero sí de forma. Así pues, hay en el universo generación y causa de generación (pues generación es cuando hay cambio y desplazamiento de partes, y causa cuando, habiendo estabilidad en la naturaleza, acontece el movimiento y el acto, y el objeto pasivo es hecho o movido). Desde este punto de vista, todo lo que se hallaba por encima de la Luna era morada de los dioses, y lo que se hallaba por debajo de esta era el dominio de la Naturaleza y la discordia. La discordia produce la

disolución de lo que se ha construido, y la Naturaleza produce lo que es creado. Puesto que el mundo no es creado ni es destructible, y dado que no tuvo comienzo y no tendrá fin, el principio que obra la generación en otros al margen de sí mismo, así como el que opera la generación en sí mismo, necesariamente han coexistido. El primero es todo lo que se encuentra por encima de la Luna, y especialmente por encima del Sol; el segundo se encuentra en el mundo sublunar. De estas dos partes, una activa y otra pasiva, una eterna e inmutable, y la otra mortal y siempre cambiante, se compone todo lo que denominamos «mundo» o «universo».

Esto estaba en concordancia con los principios de la filosofía egipcia, que sostenía que el hombre y los animales siempre habían existido junto con el mundo, del cual eran efectos, siendo eternos como él. Las divisiones principales de la naturaleza en causa activa y causa pasiva, su sistema de generación y corrupción, así como la concurrencia de los dos grandes principios, Cielo y Tierra, que se unen para formar todas las cosas, en opinión de Ocelo, siempre existirá. «Esto es lo que hay que decir», afirma, «en lo referente al Universo, a las generaciones y corrupciones que tienen lugar en él, al modo en que existe, y el

modo en que siempre existirá gracias a las cualidades de ambos principios, uno siempre motor, y el otro siempre movido; uno siempre gobernante, y otro siempre gobernado».

Tal es el resumen de la doctrina de este filósofo, cuya obra es una de las más antiguas que nos ha llegado a la actualidad. El objeto que estudiaba ocupaba en su tiempo la mente de todos los hombres: los poetas cantaban acerca de cosmogonías y teogonías, y los filósofos escribieron tratados sobre el nacimiento del mundo y los elementos de que estaba compuesto. La cosmogonía hebrea, atribuida a Moisés; la fenicia, adscrita a Sanchoniaton; la griega, glosada por Hesíodo; la egipcia, atlante y cretense preservada por Diodoro Sículo; los fragmentos de teología órfica a cargo de varios autores; los libros persas, o su Bundehesh; los escritos hindúes; las tradiciones chinas y del pueblo de Macasar; los cantos cosmogónicos que Virgilio pone en boca de Iopas en Cartago; y los del viejo Isleño, primer libro de las Metamorfosis de Ovidio, todos testifican la antigüedad y universalidad de estas ficciones referentes al origen del mundo y sus causas.

A la cabeza de las causas de la naturaleza se situaron el Cielo y la Tierra; y las partes más

visibles de ambos, el Sol, la Luna, las estrellas fijas y los planetas, pero sobre todo el Zodíaco, se contaron entre las causas activas de la generación; mientras que los Elementos se contaron entre las causas pasivas. Estas causas no solo fueron clasificadas según su energía, con el Cielo y la Tierra encabezando sus listas respectivas, sino que en cierto modo les fueron asignados sexos, así como características análogas al modo en que concurren en la generación universal. La doctrina de Ocelo era la general que se encontraba por doquier, pues a todos se les ocurría hacer la misma distinción de manera natural. Así lo hicieron los egipcios, al seleccionar aquellos animales en los que reconocían tales cualidades emblemáticas, con la intención de simbolizar el doble sexo del universo.

Su dios Knef, del cual salía el Huevo Órfico, y del cual el autor de los Reconocimientos Clementinos hace surgir una figura hermafrodita que aúna en sí misma los dos principios de los cuales Cielo y Tierra son formas, al participar en la organización de todos los seres que Cielo y Tierra engendran con su concurso, proporciona otro emblema del doble poder, activo y pasivo, que los antiguos percibían en el universo y

simbolizaron en el huevo.

Orfeo, quien estudió en Egipto, tomó prestados de los teólogos de ese país las formas misteriosas bajo las cuales la ciencia de la naturaleza había resultado velada, llevando a Grecia el huevo simbólico, con sus divisiones en dos partes o causas representadas por el ser hermafrodita que surgía de él, y a partir del cual se componían Cielo y Tierra.

Los brahmines de la India expresaban la misma idea cosmogónica por medio de una estatua representativa del universo, la cual unía ambos sexos. El sexo masculino ofrecía una imagen del Sol, centro del principio activo, y el femenino una imagen de la Luna, en cuya esfera comienza la parte pasiva de la naturaleza. El Lingam, todavía reverenciado en los templos indios, y no siendo sino la conjunción de los órganos generativos de ambos sexos, representaba lo mismo. Los hindúes siempre han profesado la mayor veneración por su símbolo de la naturaleza siempre fértil. Los griegos consagraron semejantes símbolos de fertilidad universal en sus Misterios, siendo exhibidos en los santuarios de Eleusis. Aparecían igualmente entre los ornamentos esculpidos en todos los templos indios. Tertuliano acusa a los valentinianos de haber adoptado la costumbre de

venerarlos; costumbre, dice, importada de Egipto por Melampo e implantada en Grecia. Los egipcios consagraban los Falos en los Misterios de Osiris e Isis, tal y como narran Plutarco y Diodoro Sículo; y este último nos asegura que estos emblemas no eran bendecidos únicamente por los egipcios, sino que lo eran por todos los pueblos. Sin duda aparecían entre persas y asirios, y eran considerados en todas partes como símbolos de los poderes generativo y productivo de todos los seres animados. En esas épocas tempranas, la obra de la Naturaleza y de todos sus agentes era sagrada, como lo era ella misma.

Pues la unión de la Naturaleza con ella misma es un matrimonio casto, del cual la unión de hombre y mujer era una imagen natural, y sus órganos eran símbolo de la doble energía que se manifiesta a sí mismo en Cielo y Tierra, y que se une para producir todos los seres. «Los Cielos», dice Plutarco, «desempeñaban para los hombres las funciones de padre, y la Tierra la función de madre. Los cielos impregnaban la tierra con su lluvia fertilizadora, y la tierra la recibía, volviéndose fértil y produciendo». El Cielo, que cubre y abraza la tierra en todo lugar, es su poderoso esposo, uniéndose a ella para fertilizarla, y sin él languidecería en una eterna

esterilidad, enterrada en las sombras del caos y la noche. Su unión es su matrimonio; su producción o partes son sus hijos. Los cielos son nuestro Padre, y la Naturaleza la gran Madre de todos.

Esta idea no era el dogma de una única secta, sino la opinión generalizada de todos los sabios. «La Naturaleza estaba dividida», afirma Cicerón, «en dos partes, una activa, y la otra que se somete a esta acción, a la que recibe para ser modificada. La primera era considerada una fuerza, y la segunda la materia donde esa fuerza se ejercía». Macrobio repite casi literalmente la doctrina de Ocelo. Aristóteles denominó a la tierra la madre fructífera, rodeada en todas sus partes por el aire. Sobre ella se encontraba el Cielo, morada de los dioses y estrellas divinas, siendo su sustancia el éter, o un fuego que se mueve en círculos de manera incesante, divino e incorruptible, y no sujeto a cambio alguno. Por debajo se hallan la naturaleza y los elementos, cambiantes, corruptibles y mortales. Sinesio afirma que se produjeron generaciones en las partes del Universo que habitamos; la causa de las generaciones residía en las partes por encima de nosotros, desde donde descendía a nosotros el germen que producía los efectos aquí abajo.

Proco y Simplicio consideran al Cielo como la

causa activa y Padre de la tierra. El primero dice que el Mundo o el Todo es un único animal; lo que se hace *en* ella es hecho *por* ella; el mismo Mundo *actúa*, y *actúa sobre sí mismo*. Divide al Mundo en «Cielo» y «Generación». En el primero, dice, se encuentran ubicadas y dispuestas las causas conservativas de generación, supervisadas por los genios y dioses. La Tierra, o Rhea, siempre asociada con Saturno en la producción, es la madre de los efectos cuyo Padre es el cielo, siendo ella el vientre o seno que recibe la energía fertilizadora del Dios que engendra las épocas. La gran obra de generación es operada, afirma, en primer lugar por la acción del Sol, y en segundo lugar por la de la Luna, de manera que el Sol es la fuente primitiva de su energía, en tanto que padre y jefe de los dioses masculinos que forman su corte. Sigue la acción de los principios masculinos y femenino por las distintas porciones y divisiones de la naturaleza, atribuyendo al primero el origen de la estabilidad e identidad, y al segundo la diversidad y movilidad. El Cielo es a la Tierra, dice, como lo masculino es a lo femenino. Es el movimiento de los cielos lo que, por sus revoluciones, proporciona el estímulo y fuerza seminales, cuyas emanaciones, recibidas por la tierra, la hacen

fructificar, originando que produzca animales y plantas de todo tipo.

Filón afirma que Moisés compartía esta doctrina de las dos causas, activa y pasiva; pero hizo a la primera residir en la Mente o Inteligencia externa a la materia.

Los antiguos astrólogos dividieron los doce signos del Zodíaco en seis signos masculinos y seis femeninos. El Cielo y la Tierra, o Urano y Gea, fueron las primeras y más antiguas divinidades. Los encontramos en la historia fenicia de Sanchoniaton, y en la genealogía de Dioses griegos proporcionada por Hesíodo. En todas partes se casaban, produciendo con su unión otros dioses. «En el principio», dice Apolodoro, «Urano o los Cielos era el Señor del Universo, y tomó como esposa a Gea o la Tierra, y con ella tuvo muchos hijos». Fueron los primeros dioses de los cretenses y, bajo otros nombres, de los armenios, como sabemos por Beroso, y de Panchea, isla al sur de Arabia, como sabemos por Evémero.

Orfeo hizo la Divinidad, o el Gran Todo, masculino y femenino, porque, decía, no se podía producir nada salvo que se uniesen las fuerzas productivas de ambos sexos. Denominó al Cielo *Pangenetor*, Padre de Todas las Cosas, el más

antiguo de los seres, principio y fin de todo, que contiene en Sí la fuerza incorruptible e inagotable de la Necesidad.

Llegaron a la misma idea en el rudo norte de Europa. Los escitas convirtieron a la tierra en la esposa de Júpiter, y los germanos la adoraron bajo el hombre de Herta. Los celtas adoraron el Cielo y la Tierra, y sostuvieron que sin el primero, la segunda habría sido estéril, y que su matrimonio produjo todas las cosas. Los escandinavos reconocían a Bör o el Cielo, al cual adscribieron a Furtur como su hijo, y a la Tierra como su esposa. Olavs Rudbeck añade que sus ancestros estaban convencidos de que el Cielo se unía a la Tierra, y que al unir sus fuerzas, ambos producían los animales y las plantas. Este matrimonio de Cielo y Tierra produce los genios azes de la mitología nórdica. En las mitologías frigia y lidia, los asii nacían del matrimonio del Dios Supremo con la Tierra, y Fírmico narra que los frigios atribuían a la Tierra supremacía sobre todos los demás elementos, considerándola la Gran Madre de todas las cosas. Virgilio canta la impregnación de la gozosa tierra por el Éter, su esposo, el cual desciende hasta su seno, fertilizándola con la lluvia. Columela canta los amores de la Naturaleza y su matrimonio con el

Cielo, consumado anualmente en la Primavera. Describe el Espíritu de la Vida, el alma que anima el mundo, encendida con la pasión del Amor, que se une a la Naturaleza y consigo misma, pues ella forma parte de la Naturaleza, llenando su propio seno con nueva producción. A esta unión del Universo consigo mismo, a esta atracción mutua de ambos sexos, Columela la denomina «los grandes Secretos de la Naturaleza», o «los Misterios de la Unión del Cielo y Tierra, representados en los Sagrados Misterios de Atis y Baco».

Varrón nos dice que las grandes divinidades adoradas en Samotracia eran el Cielo y la Tierra, considerados como Causas Primeras o Dioses Primordiales, y como agentes masculino y femenino, de modo que uno ofrecía al otro las relaciones que el Alma y el Principio del Movimiento aportan al cuerpo o materia que los recibe. Estos eran los dioses reverenciados en los Misterios de dicha isla, como sucedía en las orgías de Fenicia.

En todas partes el cuerpo sagrado de la Naturaleza resultaba cubierto por el velo de la alegoría, el cual la ocultaba de los profanos, permitiendo que fuese únicamente percibida por el sabio que la considerase digno objeto de su

estudio e investigación. La Naturaleza se mostraba a sí misma únicamente a aquellos que realmente la amaban, mientras el indiferente se veía abandonado al error y la ignorancia. «Los Sabios de Grecia», dice Pausanias, «nunca escribieron sino de manera enigmática; nunca lo hicieron de modo explícito y directo». «La Naturaleza», afirma Salustio el Filósofo, «debe ser glosada únicamente en un lenguaje que imite el secreto de sus procesos y operaciones. Es en sí misma un enigma. Vemos únicamente cuerpos en movimiento, cuyas fuerzas y resortes nos son ocultos». El poeta inspirado por la Divinidad, los más sabios filósofos y los teólogos, los regidores de Iniciaciones y Misterios, incluso los dioses al pronunciar sus oráculos, han tomado prestado el leguaje figurativo de la alegoría. «Los egipcios», dice Proclo, «preferían ese modo de enseñar, hablando de los grandes secretos de la Naturaleza únicamente en enigmas mitológicos». Los gimnosofistas de la India y los druidas galos expresaban la ciencia en el mismo lenguaje enigmático, y en semejante estilo escribían los hierofantes fenicios. La división en causas activas y pasivas llevaba a los dos principios de Luz y Oscuridad, que se correspondían con ellas. Pues la Luz proviene de la sustancia etérea que

compone la causa activa, y la Oscuridad proviene de la tierra y la materia bruta que compone la causa pasiva. En Hesíodo, la Tierra, por medio de su unión con Tártaro, engendra a Tifón, Jefe de las Potencias o Genios de la Oscuridad. Pero se une al Éter o Urano, momento en que engendra a los dioses del Olimpo, o las Estrellas, hijas del Celestial Urano.

La Luz fue la primera divinidad adorada por los hombres, pues a ella debían el brillante espectáculo de la Naturaleza. Parece una emanación del Creador de todas las cosas, capaz de hacer perceptible por nuestros sentidos el Universo que la oscuridad esconde de nuestros ojos, y al cual parece dar vida. La oscuridad, por así decirlo, reduce la naturaleza nuevamente a la nada, y casi aniquila al hombre.

Naturalmente, por ello, se imaginaban sendas sustancias de naturaleza opuesta, a la cual el mundo se sujetaba alternativamente, de modo que una contribuía a su felicidad y la otra a su infortunio. La luz multiplicaba sus alegrías, mas la oscuridad les despojaba de ellas. La primera era su amiga, y la segunda su enemiga. A una se le atribuían todos los bienes, y a la otra todos los males; y por ello las palabras *Luz* y *Bien* se convirtieron en sinónimos, como sucedió con

Oscuridad y *Mal*. Del mismo modo que la Luz y la Oscuridad no pueden surgir de la misma fuente, así los hombres supusieron que el Bien y el Mal tampoco podían, e imaginaron dos Causas o Principios, o distintas naturalezas, opuestas en sus efectos, una de las cuales derramaba Luz y Bien sobre el Universo, y la otra Oscuridad y Mal.

Esta distinción de los dos Principios era admitida por todas las teologías, y formaba una de las principales bases de todas las religiones. Apareció como un elemento primario en las fábulas sagradas, cosmogonías y Misterios de la antigüedad. «No suponemos», dice Plutarco, «que los Principios del Universo sean cuerpos inanimados, como sostenían Demócrito y Epicuro; ni que la materia desprovista de cualidades sea organizada y dispuesta por una sola Razón o Providencia, Soberana de todas las cosa, como creían los estoicos; pues no es posible que un único Ser, bueno o malo, sea causa de todo, en tanto que Dios no puede ser en modo alguno causa del mal. La armonía del universo consiste en una oposición de contrarios, como las cuerdas de una lira, o la de un arco, que alternativamente se estiran y encogen». «El Bien», dice Eurípides, «nunca se separa del Mal. Los dos deben mezclarse para que todo pueda ir bien». Y esta

opinión referente a los dos principios, dice Plutarco, «es la de toda la Antigüedad, transmitida desde teólogos y legisladores a poetas y filósofos. Su autor es desconocido; pero tal opinión queda establecida por las tradiciones del conjunto de la raza humana, siendo consagrada en los misterios y sacrificios tanto de griegos como de bárbaros, quienes reconocían el dogma de los principios opuestos en la naturaleza, los cuales, por su oposición, producían la mezcla del bien y el mal. Debemos admitir dos causas contrarias, dos poderes opuestos, los cuales llevan uno a la derecha y el otro a la izquierda, controlando así nuestra vida, como hacen en el mundo sublunar, sujeto por lo tanto a cambios e irregularidades de toda clase. Pues no puede haber efecto sin causa, y si el Bien no puede ser causa del Mal, resulta absolutamente necesario que haya una causa para el Mal, como la hay para el Bien». Esta doctrina, añade, fue acogida de manera general entre las naciones, especialmente entre aquellas que han sido tenidas por las más sabias. Y todas han admitido dos dioses, con diferentes funciones, uno provocando el bien y el otro el mal en la naturaleza. El primero ha sido denominado «Dios», y el segundo «Demonio». Los persas, o Zaratustra, denominaron al primero Ormuz y al

segundo Ahrimán; de quienes afirmaban que el uno participaba de la naturaleza de la luz, y el otro de la oscuridad. Los egipcios denominaban al primero Osiris, y al segundo Tifón, su enemigo eterno.

Los hebreos, al menos desde su cautiverio persa, tenían su Deidad buena, y el Diablo, espíritu malo y pernicioso, siempre opuesto a Dios, y jefe de los ángeles de la oscuridad, como Dios lo era de los ángeles de la luz. La palabra *Satán*, en griego, significa únicamente *El Adversario.*

Los Caldeos, dice Plutarco, tenían sus estrellas benignas y maléficas. Los griegos tenían a Júpiter y Plutón, y sus gigantes y titanes, a quienes asignaban las características de la serpiente con la que Plutón o Sérapis fueron envueltos, y cuya forma fue asumida por Tifón, Ahrimán, y el Satán de los hebreos. Todos los pueblos tenían algo semejante a esto.

El pueblo de Pegu creía en dos Principios, uno autor del Bien y el otro autor del Mal, de modo que se esforzaban por aplacar a este último, dado que consideraban innecesario adorar al primero, habida cuenta de que era incapaz de hacer el mal. El pueblo de Java, Islas Molucas, Costa de Oro, hotentotes, el pueblo de Tenerife y Madagascar,

así como las tribus salvajes de América, todos adoraban y se esforzaban por mitigar la ira y propiciar la buena voluntad del Espíritu Maligno.

Pero entre griegos, egipcios, caldeos, persas y asirios, la doctrina de los dos principios conformaba un sistema teológico completo y ordenado. Tal era la base de la religión de los Magos de Egipto. El autor de una antigua obra, atribuida a Orígenes, dice que Pitágoras aprendió de Zarasta, un mago babilónico (seguramente se refiera a Zerdust o Zaratustra), que había dos principios de todas las cosas, de los que uno era el padre y el otro la madre, siendo el primero luz y el segundo oscuridad. Pitágoras pensaba que las Dependencias de la Luz eran calidez, sequedad, iluminación y rapidez; y las Dependencias de la Oscuridad eran frío, humedad, peso y lentitud; y que el mundo derivaba su existencia a partir de estos dos principios, como si fuesen macho y hembra. Porfirio concebía dos poderes opuestos, uno bueno, al que denominaba Unidad, Luz, lo Derecho, lo Igual, lo Estable, lo Recto; y otro malo al que denominaba Binario, Oscuridad, la Izquierda, lo Desigual, lo Inestable, lo Torcido. Recibió estas ideas de Oriente, pues moró doce años en Babilonia, estudiando con los Magos. Varrón dice que reconocía dos Principios de

todas las cosas: lo Finito e Infinito, el Bien y el Mal, Vida y Muerte, Día y Noche. Adscribía el blanco a la naturaleza del Principio del Bien, y el negro al del Mal. Y sostenía que la Luz y la Oscuridad, el Calor y el Frío, lo Seco y lo Húmedo, se mezclan en distintas proporciones; y que el verano era el triunfo del calor, y el invierno del frío; que la combinación a partes iguales producía la Primavera y el Otoño, produciéndose durante la primera la vegetación y buena salud, y el segundo deteriorándolo todo y ocasionando enfermedades. Aplicó la misma idea a la salida y puesta de sol. Y como los Magos, sostenía que Dios u Ormuz se asemejaba a la Luz en lo material, y en el alma a la Verdad.

Aristóteles, al igual que Platón, admitía un principio del Mal, residente en la materia y en su eterna imperfección.

Los persas sostenían que Ormuz, nacido de la pura Luz, y Ahrimán, nacido de la Oscuridad, se hallaban perennemente en guerra. Ormuz produjo seis dioses: Beneficencia, Verdad, Buen Orden, Sabiduría, Riquezas y Alegría Virtuosa. Estas eran las emanaciones del Principio del Bien, bendiciones derramadas por él sobre los hombres. Ahrimán, por su parte, produjo seis Devas, que se oponían a las seis emanaciones de

Ormuz. Entonces Ormuz se hizo tres veces tan grande como antes, ascendiendo por encima del sol tanto como el sol se eleva sobre la tierra, y adornó los cielos con estrellas, convirtiendo a Sirio en centinela o vanguardia. Y entonces creó otras veinticuatro deidades, y las colocó en un huevo, donde Ahrimán también colocó otras veinticuatro, creadas por él, las cuales rompieron el huevo, mezclando Bien y Mal. Teopompo añade que, según los Magos, ambos Principios tienen que alternarse en condición de vencedor y vencido durante dos períodos de tres mil años; tras lo cual durante otros tres mil años ambos deben combatir entre ellos, destruyendo recíprocamente la obra del otro; después de lo cual Ahrimán perecerá, y los hombres, envueltos en cuerpos transparentes, gozarán de la felicidad inefable.

Las doce grandes deidades de los persas, los seis Ameshas Spentas y los seis Devas, los primeros bajo el estandarte de la Luz, y los segundos bajo el estandarte de la Oscuridad, son los doce signos del Zodíaco o los doce meses. Los seis signos superiores son los de la Luz, o de primavera y verano, comenzando por Aries, del mismo modo que los seis signos inferiores son los de la Oscuridad, o de otoño e invierno,

comenzando en Libra. El tiempo mundano y limitado, contrapuesto al tiempo sin límites o eternidad, es el tiempo creado y medido por las revoluciones celestiales. Está comprendido en un período dividido en doce partes, subdividida cada una en otras mil, que los persas denominaban años. De este modo el círculo recorrido por el Sol era dividido en 12.000 partes, o cada signo en 3.000. Y así, cada año, el Principio de la Luz y el Bien triunfó por 3.000 años, el del Mal y la Oscuridad por otros 3.000, y destruyeron mutuamente la obra del otro durante 6.000, o 3.000 para cada uno, de modo que el Zodíaco fue dividido equitativamente entre ellos. E igualmente Ocelo Lucano, discípulo de Pitágoras, sostenía que la causa principal de todos los efectos sublunares residía en el Zodíaco, del que fluían las influencias buenas o malas de los planetas que discurrían a lo largo de él.

Las veinticuatro deidades buenas y las veinticuatro deidades malas, encerradas en el Huevo, son las cuarenta y ocho constelaciones del planisferio antiguo, dividido igualmente entre el reino de la Luz y la Oscuridad, en la concavidad de la esfera celeste que les fue asignada; y que, conteniendo los mundos y planetas, era el huevo

místico y sagrado de los Magos, los indios y los egipcios: el huevo que surgió de la boca del Dios Knef, que aparecía como el Huevo Órfico de los Misterios de Grecia, surgido del Dios Chumong de los coresios, y del egipcio Osiris y el Fanes de los órficos modernos, o el huevo aplastado por el Toro Sagrado de los japoneses, y del cual el mundo emergió; y que los griegos situaron a los pies de de Baco, el dios astado, y del que Aristófanes hace emerger el amor, quien con la Noche organiza el Caos.

De este modo la Balanza, el Escorpión, la Serpiente de Ofiuco y el Dragón de las Hespérides se convirtieron en signos maléficos y genios del mal; y toda la naturaleza fue dividida en dos principios, quedando subordinados a ellos las causas parciales. De aquí nace la batalla entre Miguel y sus Arcángeles, y Satán y sus subordinados. De aquí surgen las guerras de Júpiter y los Gigantes, en las que los Dioses del Olimpo combatían del lado del Dios-Luz contra la oscura progenie de la Tierra y el Caos. Una guerra que Proclo contemplaba como símbolo de la resistencia opuesta por la materia oscura y caótica frente a la fuerza benéfica y activa que le otorgaba organización; idea que aparecía en parte en la antigua teoría de los dos Principios, uno

inmanente en la activa y luminosa sustancia del Cielo, y el otro en la inerte y oscura sustancia de la materia que se resiste al orden y al bien que el Cielo le comunica.

Osiris conquista a Tifón, y Ormuz a Ahrimán, cuando, en el Equinoccio Vernal, la acción creativa del Cielo y su energía demiúrgica se manifiestan en su apogeo. Entonces el Principio de la Luz y el Bien derrota al Principio de la Oscuridad y el Mal, y el mundo se regocija, redimido del frío, la oscuridad y la ventisca gracias al signo benéfico en el que el Sol entra triunfante y gozoso tras su resurrección.

A partir de la doctrina de los dos Principios, Activo y Pasivo, surgió la del Universo animado por un Principio de Vida Eterna, y por un Alma Universal, de la cual todo ser separado y temporal recibe una emanación con su nacimiento; emanación que retorna a su fuente con la muerte de dicho ser. La vida de la materia pertenecía a la naturaleza tanto como la propia materia; y dado que la vida se manifestaba por el movimiento, las fuentes de la vida necesariamente debían parecer ubicadas en esos cuerpos luminosos y eternos que giran por encima de nosotros en los Cielos de manera más rápida que cualquier otro movimiento. Y el fuego y el calor tienen tal

analogía con la vida, que el frío, como la ausencia del movimiento, parecía la característica distintiva de la muerte.

Del mismo modo, el fuego vital que arde en el Sol y produce el calor vivificador era contemplado como el principio de organización y vida de todos los seres sublunares.

Conforme a esta doctrina, el Universo no debe ser contemplado, en su acción creativa y eterna, única y meramente como una inmensa máquina, movida por poderosos resortes y forzada a un movimiento perpetuo, el cual emanando de la circunferencia, se extiende al centro, y actúa y reactúa en todas las direcciones posibles, reproduciendo en sucesión todas las distintas formas que la materia adopta. Contemplarlo así sería concebirlo como un dinamismo puramente mecánico, cuya energía nunca podría producir la vida.

Por el contrario, se pensaba que el Universo debería ser considerado un Ser inmenso, siempre vivo y en movimiento, en una actividad externa que le es inherente y que, no estando subordinada a ninguna otra causa externa, es comunicada a todas sus partes, uniéndolas, y haciendo de un mundo de cosas diversas un todo perfecto. El orden y armonía que reina en él parece pertenecer

y ser una parte de él, y el diseño de los distintos planes de construcción de seres organizados parecería estar grabado en su Suprema Inteligencia, fuente de las demás inteligencias que comunica al hombre junto con su vida. Al no existir nada fuera de él, debe ser contemplado como principio y término de todas las cosas.

Ceremón no tenía razón al decir que los antiguos egipcios, inventores de las fábulas sagradas, y adoradores del Sol y las demás luminarias, veían en el Universo únicamente una máquina sin vida y sin inteligencia, ya fuese en sus partes o en el conjunto; ni al decir que su cosmogonía era puro epicureísmo, necesitada únicamente de materia y movimiento para organizar su mundo y gobernarlo. Tal opinión excluiría necesariamente cualquier culto religioso. Donde quiera que supongamos un culto, debemos suponer deidades inteligentes que lo reciban y sean sensibles al homenaje de sus adoradores; y no había otro pueblo tan religioso como los egipcios.

Por el contrario, para ellos el inmenso, inmutable y eterno Ser, denominado «Dios» o «el Universo», tenía eminentemente, y en toda su plenitud, esa vida e inteligencia que los seres sublunares, aunque en una porción infinitamente

más pequeña y de forma temporal, poseen en un grado muy inferior. Para ellos era, en cierto sentido, como el océano, de donde los manantiales, fuentes y ríos nacen por evaporación, y a cuyo seno regresan por un curso más o menos largo, tras una separación más prolongada o más corta de la inmensa masa de agua. La máquina del Universo era, a su parecer, como la del hombre, movida por un Principio de Vida que la mantenía en constante actividad, y circulaba por todas sus partes. El Universo era un ser vivo y animado, como el hombre y el resto de los animales; o más bien estos eran así únicamente porque el Universo era esencialmente así, y por unos instantes comunicaba a cada uno una porción infinitamente pequeña de su vida eterna, insuflada por él en la materia grosera e inerte de los cuerpos sublunares. Una vez que se retiraba, el hombre o el animal morían, quedando únicamente el Universo, vivo y circulante, alrededor de los restos de sus cuerpos; el cual volvía a crear nuevos cuerpos vivos y animados, a los que volvía a otorgar el fuego eterno y la sustancia sutil y vivificadora que, atribuida en su masa inmensa, era el Alma Universal.

Estas eran las ideas antiguas en lo referente a este Gran Dios, Padre de todos los dioses, o del

Mundo; es este SER, Principio increado de todas las cosas, a lo que denominados Dios. Alma del Universo, eterno como él, inmenso como él, activo de manera suprema y poderoso en sus distintas operaciones, penetrando todas las partes de este vasto cuerpo, imprimiendo un movimiento regular y simétrico a las esferas, dotando a los elementos de actividad y orden, mezclándose con todo, organizándolo todo, vivificando y preservándolo todo, este era el Dios – Universo que los antiguos adoraban como Causa Suprema y Dios de dioses. Anquises, en la Eneida, enseñó a Eneas esta doctrina de Pitágoras, la cual le fue enseñada por sus maestros, los egipcios, referente al Alma e Inteligencia del Universo, de la cual nuestras almas e inteligencias, así como nuestra vida y la de los animales, emanaban. El Cielo, la Tierra, el mar, la Luna y las estrellas, afirmaba, son movidos por un principio de vida interna que perpetúa su existencia; una gran alma inteligente, que penetra cada parte del vasto cuerpo del Universo y, mezclándose con todo, lo agita con un movimiento eterno. Es la fuente de la vida en todas las cosas vivientes. La fuerza que lo anima todo y emana del fuego eterno que arde en los Cielos. En las Geórgicas, Virgilio repite la misma doctrina; y que, tras la muerte de todo animal, la

vida que lo animaba, parte de la vida universal, regresa a su Principio y a la fuente de vida que circula en la esfera de las estrellas.

Servio hace de Dios la causa activa que organiza los elementos en sus cuerpos, hálito vivificador o espíritu que, extendiéndose a través de la materia de los elementos, produce y engendra todas las cosas. Los elementos componen la sustancia de nuestros cuerpos. Dios dispone las almas que dan vida a estos cuerpos. De ellas provienen los instintos de los animales, y de los instintos su vida. Servio dice: «y cuando mueren, esa vida regresa y se reintegra en el Alma Universal, y sus cuerpos en la Materia Universal».

Platón y Timeo de Locria, su exégeta, escribieron referente al Alma del Mundo, desarrollando la doctrina de Pitágoras, quien opinaba, dice Cicerón, que Dios es el Alma Universal, omnipresente en la naturaleza, y de la que nuestras almas no son sino emanaciones. «Dios es Uno», afirma Pitágoras, tal y como lo cita Justino Mártir: «Él no se halla, como algunos piensan, fuera del mundo, sino dentro de él, y en su totalidad. Él ve todo lo que llega a ser, forma todos los seres inmortales, es el autor de sus potencias y actuaciones, es origen de todas las

cosas, la Luz del Cielo, el Padre, la Inteligencia, el Alma de todos los seres y fuerza motriz de todas las esferas».

Dios, según Pitágoras, era Uno, una sustancia sencilla, cuyas partes continuas se extendían a través de todo el Universo, sin separación, diferencia o desigualdad, como el alma en el cuerpo humano. Negaba la doctrina de los espiritualistas, quienes habían separado la Divinidad del Universo, otorgándole una existencia aparte, y convirtiendo al Universo en una obra material, sobre la que actuó la Causa Abstracta, Dios, aislado de él. La antigua teología no separó a Dios del Universo. Eusebio lo atestigua, al decir que únicamente un pequeño número de hombres sabios, como Moisés, habían buscado a Dios o la Causa Primera fuera de ese Todo; mientras que los filósofos de Egipto y Fenicia, verdaderos autores de las antiguas cosmogonías, habían situado a la Causa Suprema dentro del Universo mismo, y en sus partes, por lo que según su perspectiva, el mundo y todas sus partes eran *en* Dios.

El Mundo o Universo era así comparado con el hombre: el Principio de Vida que lo anima, con el que anima al hombre; el Alma del Mundo, con el alma del hombre.

Por ello Pitágoras afirmaba que el hombre era un microcosmos, o pequeño mundo, como si poseyera en miniatura todas las cualidades encontradas a gran escala en el Universo; por la razón e inteligencia participaba de la Naturaleza Divina, del mismo modo que por la facultad de cambiar alimentos en otras sustancias, o por ser capaz de crecer y reproducirse, participaba de la Naturaleza elemental. Así se hizo del Universo un gran Ser inteligente, a la manera del hombre, una Deidad inmensa, teniendo en sí lo que el hombre tiene en sí mismo, movimiento, vida e inteligencia, y además una existencia a perpetuidad, de la que el hombre carece, del mismo modo que alberga en sí la perpetuidad de vida y movimiento, y por ello es la Causa Suprema de todo. A pesar de estar extendida de manera omnipresente, este Alma Universal, en opinión de Pitágoras, no actuaba de la misma manera. La porción más elevada del Universo, siendo en cierto modo su cabeza, le parecía su sede principal, hallándose allí el poder guía del resto del mundo. En las siete esferas concéntricas reside un orden eterno, fruto de la inteligencia, y el Alma Universal mueve, en progresión regular y constante, a los cuerpos inmortales que forman el armonioso sistema de los cielos.

Dice Manilio: «Canto a la potente e invisible Alma de la Naturaleza; esa sustancia divina que, hallándose por doquier en Cielo, Tierra y en las Aguas del Océano, forma el nexo que mantiene a todo unido y hace un todo a partir de las distintas partes del vasto cuerpo del Universo. Ese Alma, equilibrando todas las Fuerzas, y disponiendo en armonía las distintas relaciones de los muchos miembros del mundo, mantiene en él la vida y movimiento regular que lo agita como resultado de la acción del hálito vivo o espíritu simple que mora en todas sus partes, circula por todos los canales del la naturaleza universal, llega como un rayo a todos sus puntos y concede a los cuerpos animados la configuración adecuada para la organización de cada uno. (…) Esta ley eterna, esta fuerza divina que mantiene la armonía del mundo, se sirve de los Signos Celestiales para organizar y guiar a las criaturas animadas que respiran sobre la tierra; y otorga a cada una de ellas el carácter y hábitos más apropiados. Por la acción de esta fuerza el Cielo dispone la condición de la Tierra y de los campos cultivados por el padre de familia: nos da o nos quita la vegetación o las cosechas, y hace que el gran océano sobrepase sus límites con la marea, y se retire cuando llegue el momento».

De modo que no es únicamente debido a la ficción poética que los cielos y la tierra resultaron animados y personificados, y fueron considerados existencias vivas, de las que procedían otras existencias. Pues ahora viven una vida eterna como sus cuerpos, cada uno dotado de una vida y quizá de un alma, como la del hombre, que es una porción de la vida y alma universales; y los demás cuerpos que forman, y que contienen en su seno, viven únicamente a través de ellos y por su vida, del mismo modo que el embrión vive en el seno de su madre gracias a los medios de existencia que esta le comunica, y que mantiene gracias al poder activo de su propia vida. Tal es la vida universal del mundo, reproducida en todos aquellos seres cuya porción superior crea en su porción inferior, siendo en cierto modo la matriz del mundo, o de los seres que los cielos engendran en su seno. «El alma del mundo», dice Macrobio, «es la naturaleza misma», del mismo modo que el alma del hombre es el hombre mismo, «siempre actuando a través de las esferas celestes, a las que mueve, no pudiendo estas sino seguir el impulso irresistible que el alma imprime en ellas. Los cielos, el sol, gran centro del poder generativo, los signos, las estrellas y los planetas actúan únicamente gracias a la actividad del alma

del Universo. A partir de esa alma, y a través de ellos, se producen todas las variaciones y cambios de la naturaleza sublunar, no siendo los cielos y la tierra sino causas secundarias. El Zodíaco, con sus signos, es una existencia, inmortal y divina, organizada por el alma universal, y produciendo o reuniendo en sí misma todas las distintas emanaciones de los diferentes poderes que configuran la naturaleza de la Divinidad».

Esta doctrina, que otorgaba a los cielos y las esferas almas vivas, siendo todas ellas parte del alma universal, procedía de la más remota antigüedad. Era ya sostenida por los antiguos sabeos. Era enseñada por Timeo, Platón, Espeusipo, Jámblico, Macrobio, Marco Aurelio y Pitágoras. Una vez que los hombres hubieron asignado al Universo un alma que contenía la plenitud de la vida animal de los seres particulares, e incluso de las estrellas, pronto supusieron que dicha alma debería ser necesariamente inteligente, así como la fuente de inteligencia de todos los seres inteligentes. Entonces el Universo comenzó a ser para ellos no solamente animado, sino también inteligente, participando las distintas partes de la naturaleza de esa inteligencia. Cada alma era el vehículo y,

en cierto modo, la envoltura de la inteligencia que llevaba aneja y no podía reposar en ninguna otra parte. Sin alma no podía haber inteligencia; y dado que había un alma universal, fuente de todas las almas, el alma universal estaba dotada de una inteligencia universal, fuente de todas las inteligencias particulares. De este modo el alma del mundo contenía en sí mismo la inteligencia del mundo. Todos los agentes de la naturaleza en los que el alma universal penetraba recibían igualmente una porción de su inteligencia, y el Universo, en su totalidad y en sus partes, quedaba lleno de inteligencias, las cuales podían ser contempladas como emanaciones de una inteligencia universal y soberana. Donde quiera que el alma divina actuase como causa, había también inteligencia; y de este modo el Cielo, las estrellas, y los elementos de todas las partes del Universo se convirtieron en soporte de tantas otras inteligencias divinas. La porción más diminuta de la gran alma se convertía en una inteligencia parcial, más activa e inteligente cuanto más se independizaba de la materia bruta. Y todos los antiguos adoradores de la naturaleza, teólogos, astrólogos y poetas, así como los más distinguidos filósofos, suponían que las estrellas eran seres animados e inteligentes, o cuerpos

eternos y causas activas de los efectos de aquí abajo, a los que un principio de vida animaba, y a quienes una inteligencia regía; inteligencia que era emanación, y porción, de la vida e inteligencia universal del mundo.

El mismo Universo era contemplado como un ser de inteligencia suprema. Tal era la doctrina de Timeo de Locria. El alma del hombre era parte del alma inteligente del Universo, siendo por lo tanto ella misma inteligente. Opinión que era compartida por muchos otros filósofos. Cleantres, discípulo de Zenón, consideraba al Universo como Dios, o como la causa universal y no creada de todos los efectos producidos. Adscribió un alma e inteligencia a la naturaleza universal, y a esta alma inteligente, en su opinión, pertenecía la divinidad. La inteligencia del hombre era una emanación de ella, y compartía su divinidad. Crisipo, el más sutil de los estoicos, ubicó en la razón universal que forma el alma e inteligencia de la naturaleza esa forma o esencia de la Divinidad que él asignó al mundo movido por el alma universal que lo impregna en todas partes.

Un interlocutor en la obra de Cicerón *De Natura Deorum* argumenta formalmente que el Universo es necesariamente inteligente y sabio, pues el hombre, que es una porción infinitamente

pequeña de él, lo es. Cicerón emplea así el mismo argumento que Milo. Los médicos llegaron a la misma conclusión que los filósofos. Suponían que el movimiento correspondía esencialmente al alma, mientras que la dirección de los movimientos regulares y ordenados correspondía a la inteligencia. Y como tanto el movimiento como el orden existen en el Universo, por ello, sostenían, debe haber en él un alma y una inteligencia que la rija, y que no pueda distinguirse del Universo mismo; pues la idea del Universo no es sino el agregado de todas las ideas particulares que existen.

El argumento era que los Cielos, y las Estrellas, que forman parte de ellos, son *animados*, pues poseen una parte del Alma Universal: son seres inteligentes, dado que esa Alma Universal, de la que poseen una parte, es inteligente de manera suprema; y comparan la divinidad con la Naturaleza Universal, dado que la divinidad reside en el Alma e Inteligencia Universales que mueve y rige el mundo, de las cuales todos participamos en una pequeña parte. Por este proceso lógico, el interlocutor en el texto de Cicerón asignaba divinidad a las estrellas, como seres animados dotados de sensibilidad e inteligencia, compuestas por las porciones más

nobles y puras de la sustancia etérea, nunca mezclada con materia de naturaleza extraña, y conteniendo esencialmente luz y calor. De aquí concluyó que las estrellas eran dioses de una inteligencia superior a la de otras existencias, que se correspondía con la sublime altura en la que se movían con tan perfecta regularidad y admirable armonía, con movimiento espontáneo y libre. Por ello las convirtió en «Dioses», activos, eternos, y «Causas» inteligentes; y el reino de los Cielos se pobló con un ejército de Inteligencias Eternas, genios celestiales o ángeles que compartían la divinidad universal, y figuraban asociadas con él en la administración del Universo y el dominio ejercitado sobre la naturaleza sublunar y el hombre.

Para nosotros, la fuerza motriz de los planetas es una ley mecánica, que exploramos por la combinación de dos fuerzas, centrípeta y centrífuga, cuyo origen no podemos demostrar, pero cuya *fuerza* podemos calcular. Los antiguos los contemplaban como movidos por una fuerza inteligente que tenía su origen en la Inteligencia primera y universal. ¿Acaso estamos más cerca que ellos, después de todo, de conocer la verdad? ¿O qué sabemos realmente acerca de lo que es una fuerza, o lo que son las fuerzas centrífuga y

centrípeta? Para nosotros, la Deidad entera actúa y mueve cada planeta, como la savia que recorre una pequeña hoja de hierba, o las partículas de sangre en las tenues venas de un rotífero invisible. Para los antiguos, la deidad de cada estrella no era sino una porción del Dios Universal, el Alma de la Naturaleza. Cada estrella y planeta, para ellos, se movía por sí mismo, dirigida por su propia inteligencia particular. Y es la opinión de Aquiles Tatio, Diodoro, Crísipo, Aristóteles, Platón, Heráclides de Ponto, Teofrasto, Simplicio, Macrobio y Proclo, que en cada estrella hay un alma e inteligencia inmortales, parte del Alma e Inteligencia Universales del Todo. Esta opinión de Orfeo, Plotino y los estoicos era en realidad la de muchos filósofos cristianos. Pues Orígenes compartía la misma opinión; y Agustín sostenía que toda cosa visible del mundo era supervisada por un Poder Angélico; y Cosma el Monje creía que toda estrella se encontraba bajo la guía de un ángel; y el autor del Octateuco, escrito en tiempos del Emperador Justiniano, afirma que las estrellas son movidas por el impulso comunicado a ellas por los ángeles estacionados sobre el firmamento. Si las estrellas eran o no seres animados, esto es algo sobre lo que la antigüedad cristiana no se pronunció. Muchos de los doctores cristianos

creían que lo eran. San Agustín duda, y San Jerónimo también duda, si Salomón atribuyó almas a las estrellas. San Ambrosio no duda de que tengan almas; y Pánfilo dice que muchos clérigos opinan que eran seres racionales, mientras otros no lo creían, pero ni en un caso ni en otro se consideró esta opinión herética.

De este modo el pensamiento antiguo, serio y sincero, creó la idea de un Alma *inherente* al Universo y sus distintas partes. El siguiente paso sería *separar* esa Alma del Universo, otorgándole una existencia y personalidad externa e independiente; todavía omnipresente en cada pulgada de espacio y en cada partícula de materia, pero ya no una parte de la Naturaleza, sino su Causa Creadora.

Este es el punto medio entre las dos doctrinas, por una parte el Panteísmo (todo es Dios, y Dios es en todo y es todo), y por otra el Ateísmo (todo es la Naturaleza y no hay otro Dios). Doctrinas que, reducidas a sus términos más simples, parecen lo mismo.

Nos complacemos al reconocer un Dios personal concebido según las preferencias humanas y exento de las mistificaciones del panteísmo. Pero la Divinidad continúa siendo un misterio, a pesar de los recursos que nos ofrece el

simbolismo, ya sea material o abstracto; y la personificación es en sí misma un símbolo, tan susceptible de malentendido, si no más, que cualquier otro, dado que puede degenerar en una mera imagen especular de nuestras propias debilidades; por ello cualquier idea afirmativa o concepción que podamos formarnos en nuestras mentes de la Deidad es necesariamente inadecuada.

El espíritu de los Vedas (o textos sagrados indios, de gran antigüedad), tal y como es entendido por los más tempranos y más recientes exégetas, consiste decididamente en un monoteísmo panteísta: un Dios, y Él en todo; las distintas divinidades, numerosas como las preces que se les dirigían, se resumían en los títulos y atributos de unos pocos, y finalmente en El Uno. La maquinaria de personificación era entendida y asumida conscientemente como un mero recurso que suplía las deficiencias del lenguaje; y el Mimansá se consideraba justamente como la única interpretación correcta de los Mantras al proclamar que, al principio, «No existía nada salvo la Mente, el Pensamiento Creativo de Aquel que existió en soledad desde el principio y era increado». La idea sugerida en los Mantras queda afirmada dogmáticamente y desarrollada en los

Upanishads. La filosofía vedanta, asumiendo el misterio de «Uno en la Diversidad» como artículo fundamental de fe, mantenía no solo la Unidad Divina, sino la identidad entre la materia y el espíritu. La unidad que propugna es la de la mente. La Mente es el elemento universal, el Dios Uno, la Gran Alma, Mahatma. Es tanto el material como la causa eficiente, y el mundo es un tapiz del cual es tanto tejido como tejedor. Es el macrocosmos, el organismo universal denominado Purusha, del cual el Fuego, el Aire y el Sol son únicamente los miembros principales. Su cabeza es luz, sus ojos el sol y la luna, su respiración el viento, su voz los Vedas abiertos. Todo procede de Brahm, desde la tela de la araña a la hierba de la tierra.

Sin embargo, es únicamente la imposibilidad de expresar por el lenguaje el origen de la materia a partir del espíritu lo que da a la filosofía hindú la apariencia de materialismo. Estando per se exenta de forma, la Deidad se halla presente en todas las formas. Su gloria se despliega en el Universo como la imagen del sol en el agua, que es, aunque no es, el sol mismo. Todas las apariencias, el mundo subjetivo, no son en gran medida sino fantasmas, representaciones especulativas de la ignorancia. Ocupan, sin

embargo, un terreno medio entre la realidad y la irrealidad; son irreales, porque no existe nada excepto Brahm; pero son reales en cierto grado, en tanto suponen una manifestación externa de la Deidad. Son hipóstasis autoinducidas de la Deidad, bajo las cuales se presenta a sí misma el conjunto de la naturaleza animada e inanimada, la realidad del momento, las apariencias diversificadas que sucesivamente invisten el Espíritu Panteísta y Uno.

El gran propósito de la razón es generalizar; descubrir la unidad en la multiplicidad, el orden en la confusión aparente; separar lo estable y universal de lo accidental y transitorio. Ante la contemplación de la Naturaleza, y la vaga pero casi intuitiva percepción de un plan general y uniforme entre las infinitas variedades de operación y forma, surgen esos sentimientos solemnes y reverenciales que, acompañados de la actividad intelectual, pueden finalmente madurar en una filosofía.

La conciencia de nosotros mismos y de la identidad personal es connatural a nuestra existencia. No podemos concebir la existencia mental sin ello. No es el fruto de la reflexión ni de la lógica, ni es resultado de la observación, el experimento y la experiencia. Es un don de Dios,

como el instinto. Y esa conciencia de un alma pensante que es realmente la persona que somos, persona que es distinta de nuestro cuerpo, es la mejor y más sólida prueba de la existencia del alma. Tenemos la misma conciencia de un Poder del cual dependemos; al que podemos definir y del cual podemos formarnos una imagen en tan poca medida como podemos hacerlo del alma; pero pese a ello *sentimos*, y por ello *sabemos*, que existe. Las ideas correctas y verdaderas de ese Poder, de la Existencia Absoluta de la que todo procede, no podemos trazarlas; suponiendo que por correctas y verdaderas queramos decir ideas adecuadas, pues con nuestras facultades limitadas no somos capaces de hacerlo. Y las ideas acerca de la naturaleza de la Deidad, correctas en la medida en que somos capaces de crearlas, únicamente pueden ser alcanzadas por la inspiración directa o por la investigación filosófica.

La idea de lo universal precedió al reconocimiento de cualquier sistema y su explicación. Fue *sentido* más que *comprendido*. El sentimiento, cuando era observado por primera vez por una mente consciente, era, dice Platón, «un don divino, comunicado a la raza humana por algún Prometeo, o por aquellos antiguos que

vivían más cerca de los dioses que de sus degenerados congéneres». La mente dedujo a partir de sus primeras experiencias la noción de una Causa o Antecedente general, al cual enseguida otorgaron un nombre y personificaron. Era el enunciado de un teorema oscuro en proporción a su generalidad, pues explicaba *todas las cosas salvo a sí mismo*. Era una causa verdadera, pero incomprensible. Hubieron de pasar épocas hasta que la naturaleza del teorema pudiese ser debidamente apreciada, y antes de que los hombres, reconociendo que la Primera Causa era objeto más de fe que de ciencia, se contentasen en confinar sus investigaciones a los aspectos más próximos de la existencia y la sucesión, que sí quedaban dentro de sus facultades de investigación. Al principio, y durante largo tiempo, el intelecto abandonó el mundo real por un mundo ideal concebido apresuradamente, y la imaginación usurpó el lugar de la razón, intentando estructurar las concepciones más inadecuadas y generales, transmutando sus símbolos en realidades, y presentándolos bajo miles de formas arbitrarias.

En poesía, la idea de la unidad divina quedó, como en la naturaleza, oscurecida por un simbolismo variopinto; y las nociones de filosofía

trascendental reposaron sobre perspectivas de la naturaleza escasamente más profundas que aquellas de los primeros simbolistas. Pero la idea de unidad, más que extinguirse, quedó oscurecida; y Jenófanes apareció como enemigo de Homero únicamente porque insistió más enfáticamente en el elemento monoteísta, el cual, en poesía, ha sido comparativamente ignorado. La filosofía primera reafirmaba la unidad que la poesía había perdido; mas no siendo adecuada para investigar su naturaleza, se circunscribió nuevamente al mundo de las sensaciones aproximadas, asilvestrándose en el materialismo, considerando el todo conceptual o Primer Elemento como algún refinamiento de la materia, inmutable en su esencia, aunque sujeto a mutaciones de calidad y forma en una sucesión eterna de aparente decadencia y regeneración; comparándolo al agua, aire, o fuego, dado que cada uno intentaba refinar la doctrina de su predecesor, o era influenciado por una clase distinta de tradiciones teológicas.

En los sistemas filosóficos, la Actividad Divina, repartida por los poetas y por la creencia popular entre toda una raza de personificaciones en las cuales la idea de linaje reemplazó a la de causa, o de evolución panteísta, fue restaurada sin

subdivisiones ni reservas a la Naturaleza en su conjunto; al principio como una *fuerza* o *vida* mecánica; posteriormente como un *alma* o *pensamiento* inherente; y finalmente como una *Inteligencia* externa y directriz.

El resurgir jónico del panteísmo fue materialista. La Fuerza Motriz era inseparable de un elemento material, un ingrediente sutil pero aun así visible. Bajo la forma de aire o fuego, el principio de vida fue asociado con la maquinaria material de la naturaleza más obvia. Todo, se decía, está vivo y lleno de dioses. Las maravillas del volcán, el imán, la subida y bajada de las mareas, eran indicaciones vitales, la respiración o el movimiento del Gran Mundo – Animal. El imperceptible éter de Anaxímenes no tenía cualidad positiva más allá de la atmosférica, con la que era fácilmente confundido. E incluso el «Infinito» de Anaximandro, si bien libre de las condiciones de calidad y cantidad, era únicamente un caos ideal, exento de tosquedad por las negaciones. Era el ilimitado almacén o Pleroma, fuera del cual evoluciona el círculo sin fin del cambio fenomenológico. Se reconocía en él una fuerza motriz, pero no claramente diferenciada de lo material. El espacio, el tiempo, la figura y el número, así como otras formas o propiedades

comunes, que existen únicamente como atributos, eran consideradas como sustancias, o al menos como formando una conexión sustancial entre los objetos a los que pertenecían. Y todas las condiciones de la existencia material se suponían que habían evolucionado a partir de la Mónada Pitagórica.

Los filósofos eleáticos trataron las concepciones no solo como entidades, sino como las únicas entidades, solas poseedoras de la estabilidad, certeza y realidad que en vano se buscaba entre los fenómenos. La única realidad era el Pensamiento. «Toda existencia real», decían, «es existencia mental; la no existencia, al ser inconcebible, es por lo tanto imposible; la existencia llena la totalidad del pensamiento, y es inseparable de su ejercicio». El pensamiento y su objeto eran uno.

Jenófanes empleó un lenguaje ambiguo, aplicable tanto a lo material como a lo mental, pero no idóneo ni para lo uno ni para lo otro. En otras palabras, empleó una cuantiosa imaginería material para ilustrar un significado indefinido. Al anunciar el ser universal, apeló a los cielos como manifestación visible, denominándolo *esférico*, término prestado del mundo material. Afirmó que Dios no era ni movido ni no movido,

ni limitado ni no limitado. Ni siquiera intentó expresar claramente lo que no podía ser concebido claramente; admitiendo, dice Simplicio, que tales especulaciones se hallaban por encima de la Física. Parménides empleó recursos similares, comparando su Deidad metafísica con una esfera, o el calor, un agregado o continuidad, pero al hacerlo así le retiró involuntariamente sus atributos nominales.

La Escuela Atómica, al dividir el Todo en Materia y Fuerza, consideraba la materia inmutable en su constitución última, pero infinitamente variable en sus formas resultantes. Hicieron proceder toda la diversidad de las distintas combinaciones de átomos; pero no necesitaban de un motor o director externo a los propios átomos; ni una Razón universal; sino una *Necesidad* Mecánica Eterna, como la de los poetas. Aun así existen dudas acerca de si hubo alguna vez una época en la que se pudiese decir que la Razón se hallaba por completo dormida, como una extraña respecto a su propia existencia, a pesar de este aparente materialismo. La primera contemplación del mundo externo, que lo lleva a una asociación imaginaria con nosotros mismos, asigna, ya sea al conjunto o a sus partes, la sensación y volición que pertenece a nuestras

propias almas.

Anaxágoras admitió la existencia de partículas elementales definitivas, como también lo hizo Empédocles, a partir de las combinaciones de las que resultaban todos los fenómenos materiales. Pero afirmaba que la Fuerza Motriz era la Mente; y a pesar de ello, aunque vio claramente la imposibilidad de avanzar por medio de la ilustración o definición más allá de una fe razonable, o de una simple negación de materialidad, no pudo desistir por completo del intento de ilustrar la naturaleza de esta no-materia o mente por medio de símbolos extraídos a partir de aquellas consideraciones físicas que le llevaron a situarlas en una categoría separada. Ya fuese como razón humana, o como Principio regulador de la naturaleza, lo consideró diferente de todas las demás cosas en carácter y efecto, y consideró que por ello debía ser necesariamente diferente en su constitución esencial. No era ni materia, ni una fuerza asociada a la materia, u homogénea con ella, sino independiente y genéricamente distinta, especialmente en el hecho de que, al ser fuente de todo movimiento, separación y cognición, resultaba por completo única, pura y no mezclada. Y así, al no tener trabas ni haber ninguna influencia que interfiriese

y limitase su independencia para actuar de manera individual, gozaba de Imperio Supremo sobre todas las cosas, sobre el vértice de mundos, así como sobre todo lo que viviese en ellos. Era penetrante y poderosa, y se mezclaba con las otras cosas, aunque nada se mezclaba con esa Fuerza Motriz. Ejercía una cognición y control universales, e incluía la *Necesidad* de los Poetas, así como el poder independiente de pensamiento que ejercitamos en nuestro interior. En resumen, es el poder autoconsciente del pensamiento extendido al Universo, y exaltado a la condición de Mente Suprema y Externa que ve, sabe y dirige todas las cosas.

De este modo se evitaban tanto el panteísmo como el materialismo; y la materia era mantenida por un nexo de unidad transferida al poder regente y distinto de ella. Ese Poder no podía ser el Motor Primigenio, pues era en sí mismo movido; ni tampoco podía ser el que lo gobernase todo, de no existir aparte de las cosas que gobernaba. Si el principio ordenador fuese *inherente* a la materia, habría sido imposible justificar la existencia de un caos; si fuese externo, entonces la antigua doctrina jónica de un «principio» sería más fácilmente concebible, en tanto en cuanto sería la época en que la Inteligencia Ordenadora comenzó

sus operaciones. Pero esta gran idea de una mente independiente y que lo gobernaba todo implicaba dificultades que se demostraron insuperables; pues otorgaba a la materia, bajo la forma de caos, una existencia propia independiente y eterna, introduciendo así un dualismo de mente y materia. En la Mente o Inteligencia, Anaxágoras incluyó no solamente la vida y el movimiento, sino también los principios morales de lo noble y lo bueno; y probablemente empleó el término debido a la aplicación popularmente errónea de la palabra *Dios*, y ya que era de más difícil malentendido y remarcaba específicamente esta idea. Su «Principio Inteligente» tenía prácticamente todos los mismos defectos que la «Necesidad» de los poetas. Era el presentimiento de una gran idea, que de momento era imposible explicar o desarrollar. No era todavía inteligible; ni siquiera estaba abierto el sendero que por el que uno pudiese aproximarse.

La mente no puede avanzar en la metafísica más allá de la autodeificación. Al intentar ir más lejos únicamente representa la apoteosis de sus propias concepciones sutiles, hundiéndose bajo el terreno ya conquistado. Las realidades que Platón no podía reconocer en los fenómenos, las descubrió en su propia mente, y con la misma certeza con

que los antiguos teósofos instalaban sus creaciones entre los dioses. Platón, como la mayoría de los filósofos tras Anaxágoras, hizo que el Ser Supremo fuese Inteligencia; pero en otros aspectos dejó Su naturaleza por definir, o más bien indefinida a través de la variedad de definiciones, una concepción que flotaba vagamente entre el teísmo y el panteísmo. Aun despreciando las tendencias desmoralizantes de la poesía, era demasiado sabio para intentar reemplazarlas por otras representaciones de naturaleza positiva. Justamente decía que las cosas espirituales únicamente pueden hacerse inteligibles a través de figuras; y las formas de la expresión alegórica que, en una época ruda, habían sido adoptadas inconscientemente, fueron escogidas a propósito por el filósofo como el medio más adecuado para las ideas teológicas.

Conforme los mecanismos del simbolismo se fueron depurando con el fin de, en la medida de lo posible, alcanzar la concepción fundamental, el sentimiento religioso asociado a él pareció evaporarse en el proceso. Pero aun así los abogados del monoteísmo, Jenófanes y Heráclito, únicamente se pronunciaron contra la fabricación de dioses de forma humana. No intentaron despojar a la naturaleza de su divinidad, sino más

bien devolver la contemplación religiosa de un simbolismo agotado a otro más puro. Continuaron con la veneración que, en la poesía, se había mantenido por el Sol y las estrellas, el Fuego o Éter. Sócrates se postró ante la gran luminaria; y las esferas eternas, que parecían haber compartido el homenaje religioso de Jenófanes, se convirtieron en una Divinidad secundaria y cualificada en las escuelas de peripatéticos y estoicos.

El ser o seres no vistos y revelados únicamente al intelecto se convirtieron en el tema de la filosofía; y sus símbolos más antiguos, si no abiertamente desacreditados, sí fueron obviados de manera general, dando por sentado que había que «darse por contento con lo que nos ha sido enseñado por aquellos antiguos a los que, por suponerlos sus descendientes, se les debe presumir buena relación con sus propios ancestros y familiares». Y el teísmo de Anaxágoras era decididamente aún más subversivo, no sólo en lo referente a la mitología, sino al conjunto de la religión y naturaleza externa, pues era una llamada del mundo exterior a la conciencia de la dignidad espiritual en el interior del hombre.

En la doctrina de Aristóteles, el mundo se

mueve de manera ininterrumpida, hallándose siempre en cambio, pero siendo siempre lo mismo, como el Tiempo, el Eterno Ahora, sin conocer reposo o muerte. Hay un principio que hace bueno el fracaso de la *identidad*, por medio de múltiples semejanzas; la destrucción de lo *individual* por una eterna renovación de la *forma* en la que la materia se manifiesta. Este movimiento eterno y regular implica un Motor Eterno; no una Eternidad inerte, como el *Eidos* platónico, sino una siempre *actuando*, siendo Su esencia *actuar*, pues de otro modo podría no haber actuado nunca, y la existencia del mundo sería un accidente. Pues ¿qué podría, en tal caso, haberle decidido a actuar tras una larga inactividad? O quizá pudiese estar parcialmente en acto y parcialmente en potencia, es decir, en quietud y sin determinación de actuar o no actuar, pues incluso en ese caso el movimiento no sería eterno, sino contingente y precario. El Motor está por ello totalmente en acto, siendo una actividad pura e infatigable, y por las mismas razones totalmente inmaterial. De este modo evitó Aristóteles la idea de que Dios estuviese inactivo y autocontemplativo durante una eternidad, tras lo cual, por alguna razón desconocida, o por algún motivo desconocido, habría comenzado a actuar

de manera externa y a producir; pero incurrió en el riesgo opuesto, haciendo del resultado de Su acción, la materia y el Universo, algo coexistente consigo mismo; o, en otras palabras, negando que existiese el tiempo cuando Su acción externa *comenzó*.

La Primera Causa, dijo, no movida, lo mueve todo. El Acto fue *primero*, y el Universo ha existido por siempre; una causa persistente dirigiendo su continuidad. La *unidad* del Primer Motor se sigue de Su inmaterialidad. Si no fuese inmóvil, la serie de movimientos y causas de movimientos sería infinita. Al ser inmóvil, por lo tanto, e inmutable en sí mismo, todo movimiento, incluso en el espacio, es causado por Él. Él es necesario; no puede ser de otro modo que siendo Él; y es únicamente a través de la necesidad de Su ser como podemos dar cuenta de esas relaciones eternas y necesarias que posibilitan una ciencia del Ser.

De este modo Aristóteles se inclinó a un Dios aparentemente personal; no un Ser de compuesto de partes y pasiones, como el Dios de los hebreos, o incluso el de la masa de hombres educados en nuestros propios días; sino una Cabeza Sustancial de todas las categorías del ser, una individualidad de inteligencia, la enseñanza

de Anaxágoras revivida por un análisis más elaborado y profundo de la Naturaleza; algo similar al Principio vivo y definido que los antiguos poetas, adelantándose a los cosmogonistas más ateos de la Noche y el Caos, habían descubierto en Urano o Zeus. Pronto, no obstante, la perspectiva de personalidad se abandonó, alcanzando ese punto culminante del pensamiento donde lo real se mezcla con lo ideal; donde la acción moral y el pensamiento objetivo (es decir, el pensamiento ejercitado como algo exterior a sí), así como el cuerpo material, quedan excluidos; y donde la acción divina en el mundo mantiene su velo de misterio impenetrable. Llegados a este punto, la serie de causas eficientes se resuelve a sí misma en la Causa Final. Lo que mueve, sin ser movido, únicamente puede ser la inmovilidad de pensamiento o forma. Dios es causa tanto formal, como eficiente, como final; la Una Forma que comprende todas las formas, el Uno Bien que incluye todo bien, el objeto de los anhelos de la Universidad, moviendo el cuerpo como el objeto de amor o el deseo racional mueven al individuo. Él es la Causa Final interna o autorrealizada, sin fin más allá de Sí Misma. No es un agente moral; pues si lo fuera, no sería más que un instrumento para

producir algo más elevado y más grande. Únicamente una clase de acto, la actividad de mente o pensamiento se puede asignar a aquel que es al mismo tiempo acto puro y reposo puro. Lo que denominamos nuestro mayor placer, el cual distingue la vigilia y la sensación, y que otorga un encanto reflexivo a la esperanza y la memoria, es perpetuo en Él. Su existencia es un gozo ininterrumpido de aquello que es lo más excelente, pero resulta únicamente temporal en nosotros. La cualidad divina de actividad pero aun así serena autocontemplación que caracteriza a la inteligencia es poseída de manera preeminente por la mente divina; pues Su pensamiento, que es Su existencia, es incondicional y acto por completo, a diferencia del nuestro.

Si Él pudiese recibir cualquier gratificación o gozo por aquello que existe más allá de Él Mismo, también podría estar disgustado y sufrir por ello, en cuyo caso sería un ser imperfecto. Suponer que puede experimentar placer por cualquier cosa externa supone una insuficiencia anterior al gozo o felicidad, y una suerte de dependencia. El Bien de los hombres se halla más allá de ellos, pero no así el de Dios. El acto eterno que produce la vida del mundo es el deseo

eterno de Bien. El objeto del Pensamiento Absoluto es el Bien Absoluto. La Naturaleza se halla siempre en movimiento, y el pensamiento siempre en reposo. Al contemplar ese bien absoluto, la Finalidad únicamente puede contemplarse a sí misma; y así, al quedar excluida toda interferencia material, la distinción entre sujeto y objeto se desvanece en una completa identificación, y el Pensamiento Divino es «el pensamiento de lo pensado». La energía de la mente es vida, y Dios es esa energía en su pureza y perfección. Es por lo tanto vida en sí mismo, vida eterna y perfecta; y esto resume todo lo que queremos expresar por medio del término «Dios». Y sin embargo, tras todo este trascendentalismo, la esencia misma del pensamiento consiste en su movilidad y poder de transferencia de objeto a objeto; y no podemos concebir pensamiento sin objeto más allá de sí mismo, acerca del cual pensar, o sin una actividad de mera autocontemplación, sin un acto, movimiento o manifestación externa.

Platón pretendía mostrar cómo el Principio Divino del Bien se realizaba en la naturaleza. El sistema de Aristóteles consistía en una vasta inducción analógica para demostrar cómo toda la Naturaleza tiende hacia un final bueno. Platón

consideraba el Alma como un principio de movimiento, e hizo que su Deidad se realizase, es decir, que llevase a la realidad sus ideas como una Fuerza libre e inteligente. Aristóteles, para quien el Alma es el centro inmóvil del que se irradia el movimiento, y en el cual converge, concebía un Dios correspondientemente inmóvil. La Deidad de Platón crea, supervisa y se regocija en la felicidad universal de Sus criaturas. La de Aristóteles es la perfección de la actividad intelectual del hombre extendida al Universo. Cuando concibe la Deidad como un acto eterno de autocontemplación, el mundo no queda excluido de Su cognición, pues la Deidad lo contempla dentro de Sí Misma. Aunque existiendo aparte y más allá del mundo, la Deidad se entremezcla con él. Es universal, así como individual; Su participación es necesaria y general, pero fabrica la realidad y el bien de lo particular.

Cuando Platón hubo conferido al mundo informe la vida animal de lo jónicos, y le hubo añadido la Inteligencia de Anaxágoras, desautorizando el principio salvaje de la Necesidad; y cuando a la Inteligencia se añadió la Beneficencia, y las temibles Fuerza y Belicosidad se subordinaron a la Suavidad y a la Bondad, parecía que ya no quedaba avance posible, y que

la Deidad no podía ser más que la Sabiduría y el Bien.

Pero la contemplación del Bien implica la de su opuesto, el Mal. Cuando afirmamos que Dios es el Bien, no lo decimos porque desconozcamos el Mal, sino porque está expresamente excluido de sus atributos. Pero si el mal fuese una existencia separada e independiente, ¿cómo se compaginaría con Su prerrogativa de unidad y supremacía? Para resolver este dilema únicamente se contaba con la opción de volver a caer en algo más o menos semejante a las vaguedades de la antigüedad, o hacer una confesión virtual de ignorancia, o negar la realidad última del mal (como hicieron Platón y Aristóteles) o, siguiendo a Espeusipo, negar la eternidad de su existencia antitética, asumiendo que se trata de una noción indispensable únicamente de manera provisional y en un contexto de conocimiento finito, como tantas otras que han quedado superadas por el avance de la filosofía; para retornar, en resumen, a la concepción original de Lo Absoluto, la de un Ser simple, en el que queden explicados todos los misterios, y ante el Cual el principio turbador quede reducido a un mero punto turbio en el océano de la Eternidad, de modo que ante el ojo

de la fe pueda decirse que ha dejado de existir.

Pero lo absoluto es casi aliado de lo no existente. La materia y el mal se imponían con demasiada constancia y de una manera tan convincente que no podían ser refutadas o descartadas con las meras sutilezas de la Lógica. Se intenta en vano mezclar el mundo en Dios, mientras la realidad de la experiencia muestra contrariedad, imperfección y mutabilidad en lugar de la inmutabilidad de su fuente. La Filosofía no era sino otro nombre para la falta de certeza; y una vez que la mente hubo deificado sucesivamente a la Naturaleza y sus propias concepciones, sin ningún otro resultado práctico que no fuese un penoso trabajo; cuando la realidad buscada, dentro o fuera, parecía eludir siempre su entendimiento, el intelecto, desconcertado en sus elevadas reflexiones, buscaba ventaja y reposo al perseguir una verdad de una clase inferior pero más accesible.

La Deidad de Platón es un Ser acomodado a las simpatías humanas; el Padre del Mundo, así como su creador; el autor únicamente de lo bueno, que no de lo malo. «La envidia», dice, «está muy lejos de los seres celestiales, y al hombre, si lo desea, y realiza el esfuerzo, se le permite aspirar a una comunión con los ejércitos solemnes de dulces

sociedades del Cielo. Dios es la idea o esencia de la Bondad, el Bien en sí (το αγαθον); en bondad creó el mundo, y le otorgó la mayor perfección de que era susceptible; haciéndolo, en la medida de lo posible, una imagen de Sí Mismo. El sublime modelo de la excelencia es objeto no solo de veneración sino de amor». Los sabios de la antigüedad habían dado a entender por medio de enigmas que Dios es el Autor del Bien; que, al igual que el Sol en el Cielo, o Esculapio en la Tierra, Él es el Sanador, Salvador y Redentor, el destructor y mitigador del Mal, siempre sanando los entuertos infligidos por Herè, el disipado e irracional poder de la naturaleza.

Platón únicamente afirma con más distinción el dogma de la antigüedad cuando reconoce al Amor como el más elevado y benéfico de los dioses, el cual otorga a la naturaleza la energía vigorizante restaurada por el arte de la medicina del cuerpo; dado que el Amor es enfáticamente el médico del Universo, o el Esculapio a quien Sócrates deseaba ofrecer un sacrificio en la hora de su muerte.

Una idea figurativa, adoptada de la imaginería familiar, dio ese aspecto encantador a la conexión divina con el Universo que había procurado el concurso de los sentimientos hasta que, al

elevarse en el refinamiento con el progreso de la elaboración intelectual, se estableció firmemente en la aprobación deliberada del entendimiento, del mismo modo que había respondido siempre a las simpatías. Incluso los rudos escitas, bitinios y escandinavos se referían a Dios como su padre; todas las naciones hacen remontar sus ancestros de manera más o menos directa al Cielo; el Olen hiperbóreo, uno de los símbolos más antiguos de la antigüedad griega, hizo del Amor el primogénito de la Naturaleza. ¿Quién se atrevería a decir en qué momento fue Dios por primera vez honrado de manera digna y sincera, o cuándo comenzó el hombre a interpretar correctamente la elocuencia muda de la naturaleza? En la oscura física de los teólogos místicos que precedieron a la Filosofía griega, el Amor era la Primera y Gran Causa, así como Progenitor del Universo. «Zeus», dice Proclo, «al acometer la obra de la Creación, se transmutó en la forma de Amor; y produjo a Afrodita, el principio de Unidad y Armonía Universal, para que desplegase su luz a la totalidad. En las profundidades de Su misterioso ser, Zeus contenía el principio de amor dentro de Sí; en Él la sabiduría creativa y el amor bendito estaban unidos».

Desde el primero de los días

fijó en ellos su amor divino y admiración;
hasta que en el tiempo cumplido
su sonrisa vital desplegó en el ser
lo que admiraba y amaba.
From the first of days on
these his love divine be fixed,
his admiration; till in time complete
what he admired and loved,
his vital smile unfolded into being.

Placeres de Imaginación, Mark Akenside, 1744.

Los pensadores del venerable Oriente, quienes habían concebido la idea de un Ser Eterno superior a toda afección y cambio, que disfrutaba en su propia suficiencia de una plenitud de gozo sereno e independiente, se vieron abocados a dirimir el hecho aparentemente inconsistente de la creación del mundo. ¿Porqué, se preguntaron, Él, que no necesitaba de nada externo a Sí Mismo para completar Su ya existente Perfección, hubo de salir de Su existencia no revelada y perfecta, incorporándose a las vicisitudes de la naturaleza? La solución a esta dificultad fue el Amor. El Gran Ser contemplaba la belleza de Su propia creación, la cual moraba con Él en soledad desde el principio, Maya, o el encanto de la Naturaleza, al

mismo tiempo germen de pasión y fuente de los mundos. El Amor se convirtió en el progenitor universal, cuando la Deidad, antes remota e inescrutable, se separó idealmente en amador y amado.

Y aquí surge de nuevo la antigua dificultad: que, por temprano que esta creación aconteciese, antes habría transcurrido una eternidad, durante la cual Dios moró solo en Su unidad incontestada, sin tener un objeto para Su amor; y que la misma palabra *Amor* implica para nosotros un objeto al cual debe ser referido, de modo que no podemos concebir el amor en ausencia de un objeto que sea amado; y por ello regresamos de nuevo al punto en que, si el amor es la esencia de Dios, y Él es inmutable, la misma necesidad de Su naturaleza, a la cual se supone autora de la Creación, deber haber existido por siempre sin un objeto imposible al que amar: de modo que el Universo debe haber coexistido con Él Mismo. Las preguntas acerca de cómo y por qué existe el Universo; cómo puede reconciliarse su existencia con la bondad y omnipotencia atribuida a Dios; y hasta qué punto el hombre es un ser libre o controlado por una inexorable necesidad o destino, tienen dos caras. Por una parte debemos inferir Su naturaleza moral a partir de Su modo de

gobernar el Universo, y tales preguntas conciernen a la responsabilidad moral, y por lo tanto al destino del hombre. Siendo tan importantes desde ambos puntos de vista, han sido muy estudiadas en todas las épocas, y sin duda ha urgido a los hombres, mucho más que otras cuestiones, a intentar desentrañar los profundos misterios de la Naturaleza y el modo de existencia y acción de un Dios incomprensible. Y, junto con ellas, aparecía otra cuestión: si la Deidad gobierna el universo por medio de leyes fijas e inalterables, o por medio de providencias e interferencias, de manera que pueda ser inducida a cambiar Su curso de acción y el resultado de la acción humana por medio de la oración y la súplica.

Únicamente Dios es todopoderoso; pero el alma humana ha afirmado en todas las épocas que debe ser considerada como parte el Alma Divina. «La pureza del espíritu», dice Van Helmont, «se muestra a través de la energía y eficacia de la voluntad. Dios, por medio de una voluntad infinita, creó el Universo, y la misma clase de poder, limitada en mayor o menor medida por rémoras externas, existe en un grado inferior en todos los seres espirituales». Cuando más retrocedemos en antigüedad, más resulta la

oración una forma de encantamiento; y esta característica se mantiene todavía en buena parte, dado que los ritos de culto público son considerados generalmente no como una mera expresión de confianza o reverencia, o como actos verdaderamente espirituales, cuyo efecto es buscado únicamente en el interior de la mente del adorador, sino como actos destinados a provocar algún resultado directo y externo, el logro de un objeto deseado, de salud o riqueza, dones sobrenaturales para el cuerpo o el alma, la exención del peligro, o la venganza sobre los enemigos.

La oración podía modificar los propósitos del Cielo, y hacer a los Devas estremecerse en el abismo. Ejercía una influencia obligatoria sobre los dioses. Promovía la simpatía magnética del espíritu con el espíritu; y las liturgias hindú y persa, que no sólo se dirigían a la Deidad Misma, sino también a sus manifestaciones diversificadas, eran consideradas como saludables y necesarias repeticiones de la Palabra viva o creativa que al principio realizó la voluntad divina, y que a cada instante sostiene la realidad del universo por su repetición eterna.

En la narrativa de la Caída del Hombre apreciamos el modo hebreo de explicar el gran

misterio moral, el origen del mal y el aparente distanciamiento del Cielo; y una idea similar, bajo distintas variaciones, aparecía en los diversos credos antiguos. En todas partes, el hombre había sido al principio inocente y feliz, pero había caído de su estado primigenio por la tentación y su propia debilidad. De este modo se explicaba el aumento de conocimiento de la mano del aumento de la miseria y, en particular, reconciliaba el gran castigo de la muerte con la Justicia Divina. De manera subordinada a estas cuestiones aparecían otras preguntas tales como ¿Por qué está la tierra cubierta de espinos y malas hierbas? ¿Cuál es el origen de la vestimenta, la vergüenza ante el sexo y la pasión? ¿De dónde surge el castigo del trabajo, y cómo justificar la condición degradada de la mujer en el Oriente, o explicar la aversión que generalmente se siente hacia la Tribu de la Serpiente?

La hipótesis de una caída, necesaria con distintas variaciones en todos los sistemas para explicar la aparente imperfección en la obra de un Ser Perfecto, era, en la filosofía oriental, el acompañamiento y condición inevitable de la existencia individual y limitada, dado que el Alma, considerada como un fragmento de la Mente Universal, puede considerarse como caída

de su preeminencia cuando se separó de su fuente, cesando de formar parte de la perfección integral. La teoría de su reunión se correspondía a la causa asumida de su degradación. Con el fin de alcanzar su condición primigenia, su individualidad debía cesar; debía liberarse por medio de la reabsorción en lo Infinito, la consumación de todas las cosas en Dios, para ser promovida por el esfuerzo humano en la meditación espiritual o en la mortificación, y completada en la transformación mágica de la muerte.

Y del mismo modo que los hombres habían caído, se sostuvo igualmente que los ángeles del mal también se habían precipitado desde su primer estado; al cual, como los hombres, cuando Dios lo considerase conveniente, serían restaurados, tras lo cual el reino del mal cesaría por siempre jamás. Todas las antiguas teologías apuntaban a este gran resultado; y por ello todas intentaban reconciliar la existencia del pecado y el mal con la innegable sabiduría y beneficencia de Dios.

El ejercicio del pensamiento por parte del hombre está inseparablemente asociado a la libertad y a la responsabilidad. El hombre asume su propio rango como agente moral cuando, junto al sentido de las limitaciones de su naturaleza,

surge la conciencia de libertad, de las obligaciones que acompañan su ejercicio, y el sentido del deber y de la capacidad de practicarlo. Suponer que el hombre se ha imaginado siempre a sí mismo como un agente exento de libertad hasta que, razonando, comenzó a considerarlo, sería suponerlo por debajo de las bestias; pues él, como las bestias, es *consciente* de su libertad de obrar. Únicamente la experiencia le enseña que esta libertad de acción está limitada y controlada; y cuando lo que es exterior a él le restringe y limita su libertad de acción, instintivamente se rebela contra ello como algo malo. Las reglas del deber se derivan de la familiaridad con las condiciones del mundo exterior, en el cual se ejercen las facultades; y de este modo el problema del hombre implica los problemas de la Naturaleza y de Dios. Nuestra libertad, lo sabemos por la experiencia, es determinada por el mundo exterior; y nuestra felicidad depende íntimamente de las relaciones del mundo exterior y del carácter moral de Aquel que lo rige.

Entonces surge simultáneamente este problema: el Dios de la Naturaleza debe ser Uno, y Su carácter no puede ser de otro modo salvo bueno. Así pues, ¿de dónde surgió el mal, cuya

conciencia debe, invariablemente, haber precedido o acompañado al desarrollo moral? A este respecto, la opinión humana ha ido y venido entre dos polos contradictorios, uno de los cuales parece incompatible con la omnipotencia de Dios, y el otro con Su beneficencia. Si Dios, se decía, es perfectamente sabio y bueno, el mal debe surgir de otro principio *independiente* y *hostil*. Si, por otra parte, todas las Potencias están subordinadas a Una, es difícil, si el mal de hecho existe, y si existe algo que sea el Mal, eximir de impiedad al Dios que lo ha creado.

El reconocimiento de un dualismo moral y físico en la naturaleza era contrario a la Unidad Divina. Muchos de los Antiguos consideraban absurdo concebir un Ser Supremo, como el Júpiter de Homero, que repartiese el bien y el mal sacado de sendas urnas. Por ello sustituyeron, como hemos visto, la doctrina de dos principios distintos y eternos: unos consideraron como causa del mal la inherente imperfección de la materia y la carne, sin explicar cómo era posible que Dios no fuese la causa de ello; mientras que otros lo personificaban, inventando caprichosamente un Principio del Mal, cuyo origen volvía a revestir la misma dificultad del problema original; pero cuya existencia, si se daba por sentada, era

suficiente como solución popular para el misterio. Pero la dificultad que se suponía solucionada era en realidad empujada un paso más allá, del mismo modo que al suponer que un elefante sostenía al mundo surgía la pregunta de quién sostenía al elefante, y se decía que lo sostenía una tortuga.

El planteamiento más sencillo, y probablemente el más antiguo, consideraba al Dios único como el Autor de todas las cosas. «Yo formo la luz», dice Jehová, «y creo la oscuridad; yo causo la prosperidad y creo el mal; yo, el Señor, hago todas estas cosas». «Toda la humanidad», dice Máximo Tirio, «coincide en que existe un único Rey y Padre Universal, y que los numerosos dioses son Sus Hijos». No hay nada improbable en la suposición de que la idea primitiva fuese que no había más que un Dios. Una vaga sensación de la Unidad de la Naturaleza, mezclada con la tenue percepción de una Esencia Espiritual que lo impregna todo, ha sido considerada entre las más tempranas manifestaciones de la Mente Humana. Por todas partes existía un tenue recuerdo, incierto e indefinido, de la verdad original enseñada por Dios a los primeros hombres. La Deidad del Antiguo Testamento figura representada en todas partes como autora directa del Mal, disponiendo

la iniquidad, mintiendo a los hombres, endureciendo el corazón del faraón, y castigando las faltas del pecador individual en el conjunto del pueblo. Únicamente el predominio en la Deidad de la áspera concepción de la severidad sobre la piedad puede justificar la intención de los sacrificios humanos, si bien finalmente no ejecutados, por parte de Abraham y Jefté. No ha sido raro, en cualquier época o nación del mundo, que los hombres reconozcan la existencia de Dios sin hacerse una idea favorable de Su dignidad. Las causas tanto del bien como del mal quedan referidas a un misterioso centro, al cual cada uno asigna atributos dependiendo de su propio intelecto y el desarrollo de su civilización. Tal es la causa de que se asignen a la Deidad sentimientos de envidia y celos, o de la irritación causada por la habilidad sanadora de Esculapio o el robo humano del fuego por parte de Prometeo. Se suponía que el mismo espíritu de la Naturaleza, personificado en Orfeo, Tántalo o Fineo, debía haber sido asesinado, confinado o cegado por haber divulgado los Divinos Misterios con demasiada libertad a la raza humana. Esta envidia divina todavía existe bajo una forma modificada, y varía conforme a las circunstancias. En Hesíodo aparece bajo la forma

más abyecta de malignidad humana. En el Dios de Moisés, se muestra celoso ante la infracción del poder autocrático y la traición política; e incluso los castigos dictados por adorar a otros dioses a menudo parecen más bien dictados en aras de proteger la propia grandeza de la Deidad que no por la inmoralidad y naturaleza degradada del culto mismo. En Heródoto y otros autores asume una forma más filosófica, como una estricta adherencia a un equilibrio moral en el gobierno del mundo, castigando el orgullo, la arrogancia, y toda pretensión insolente.

Dios actúa providencialmente en la Naturaleza por leyes regulares y universales, según modos constantes de operación; y de este modo cuida de las cosas materiales sin violar su constitución, actuando siempre conforme a la naturaleza de las cosas que Él ha creado. Es objeto de observación el hecho de que, en el mundo material e inconsciente, Él actúe por medio de su materialidad e inconsciencia, no contra ellos; en el mundo animal, que actúe por medio de su animalidad y conciencia parcial, no contra ellas. Y en el gobierno providencial del mundo, que actúe según las leyes regulares y universales, y sus modos constantes de operación; y así cuida de las cosas humanas sin violar su constitución,

actuando siempre conforme a la naturaleza humana del hombre, no contra ella, operando en el mundo humano por medio de la conciencia y libertad parcial del hombre, pero no contra ellas.

Dios actúa por leyes generales en pos de propósitos generales. La atracción de la gravitación es algo bueno, pues mantiene al mundo unido; y si la Torre de Siloam, al caer sobre la tierra, mata a dieciocho hombres de Jerusalén, ese número resulta demasiado pequeño para pensar en él, considerando los miles de millones que la misma ley sostiene. La ley no podría ser repelida a su salud, ni podría sostener esa torre, ni podría permanecer activa mientras la torre se mantuviese erguida.

Es difícil concebir una Voluntad Perfecta sin confundirla con algo parecido a un mecanismo; dado que el lenguaje no tiene nombre para esa combinación de lo Inexorable con lo Moral, que los antiguos poetas personificaron de manera separada en Ananke o Eimarmene y Zeus. ¿Cómo combinar de manera comprensible la Perfecta Libertad de la Suprema y Soberana Voluntad de Dios con la inflexible necesidad, en tanto que parte de Su Esencia, de modo que sea y continúe siendo, en todos Sus grandes atributos (de justicia y piedad, por ejemplo), lo que es ahora y siempre ha sido,

con su imposibilidad de cambiar Su naturaleza y volverse injusto, cruel, despiadado, veleidoso, o de repeler las grandes leyes morales que hacen del crimen un mal y de la práctica de la virtud un bien?

Pues todo lo que conocemos familiarmente como Libre Albedrío es el ejercicio caprichoso de la Voluntad que experimentamos en nosotros mismos y en otros hombres; y por lo tanto la noción de Voluntad Suprema, guiada por una ley infalible, incluso aunque esa ley sea autoimpuesta, implica siempre el peligro de ser, o bien despojado de la cualidad esencial de la Libertad, o degradado bajo el erróneo nombre de la Necesidad a algo incluso de menor dignidad moral e intelectual que el curso fluctuante de las operaciones humanas. Hasta que no elevamos la idea de la ley por encima de la parcialidad o la tiranía no somos capaces de descubrir que las limitaciones autoimpuestas de la Causa Suprema, que constituyen una selección de alternativas ciertas que regulan las opciones morales, y son las auténticas fuentes y salvaguardas de la libertad humana.

El Zeus de Homero, como el de Hesíodo, es una selección de antítesis que combinan la fuerza con la debilidad, la sabiduría con la locura, el linaje universal con la limitación familiar, el

control omnipotente sobre los acontecimientos con la sumisión a un destino superior. *Destino*, palabra gracias a la cual el problema teológico fue devuelto a su oscuridad original, fuera de la cual los poderes de la mente humana se han demostrado incapaces de elucidarlo, del mismo modo que los esfuerzos de una mosca atrapada en una tela de araña no hacen sino atraparla aún más.

La antigua noción de Deidad era más indefinida que repulsiva. La degradación positiva surgió posteriormente. El Dios de la naturaleza reflejaba el carácter cambiante de las estaciones, variando de la oscuridad a la luminosidad. Alternativamente irritada y serena, y prodigando una abundancia que de nuevo retiraba, la naturaleza parecía inexplicablemente caprichosa, y aunque era capaz de responder a los más elevados requisitos del sentimiento moral a través de una comprensión general de sus misterios, era más susceptible, al ser percibida de manera parcial o apresurada, de ser oscurecida en un Saturno, Siva, o Mexitli, o en una señora de feroces orgías y altares ensangrentados. Todas las antiguas personificaciones poéticas muestran trazos de esta ambigüedad. No son ni totalmente inmorales ni puramente benéficas. Nadie ha hecho deliberadamente de su Deidad un ser maléfico o

culpable. La simple piedad que adscribe el origen de todas las cosas a Dios lo tomó todo por el lado bueno, confiando y esperando todas las cosas. El Gobernador Supremo era inicialmente contemplado con una reverencia incuestionable. Ninguna discordia o contradicciones alarmantes fueron planteadas respecto a Su beneficencia, o hicieron que los hombres estuviesen insatisfechos de Su gobierno. El temor puede causar ansiedad, pero no puede hacer que la esperanza se desvanezca, ni mucho menos inspirar aversión. Fue únicamente después, cuando las nociones abstractas comenzaron a asumir la apariencia de realidades, y cuando ideas nuevas o más distinguidas sugirieron nuevos términos para su expresión, el momento en que se hizo necesario fijar una barrera definitiva entre el Mal y el Bien.

Para explicar el mal moral, se hizo necesario ingeniar un nuevo concepto apto para la piedad y autocomplacencia del inventor, tal como la perversidad de la mujer, o un agente distinto de Dios, un Tifón o Ahrimán, obtenido ya fuese por la división de los dioses en dos clases, o destronando a la Antigua Divinidad y tornándola en un Deva o Demonio. Por una necesidad similar, los orientales plantearon la corrupción inherente a la carne y la materia; los hebreos

transfirieron a Satán todo lo ilegal e inmoral; y el pensamiento griego, adoptando ocasionalmente la antigua y más auténtica perspectiva, devolvió al hombre las ofensas vertidas sobre las criaturas de su imaginación, mostrándole hasta qué punto era él mismo el único responsable de sus calamidades, mientras que sus cosas buenas era dones voluntarios, no algo arrebatado al Cielo. Homero había hecho exclamar a Zeus, en la Asamblea del Olimpo: «Es deplorable escuchar a estos mortales acusar a los dioses; pretenden creer que los males provienen de nosotros, mas ellos mismos los ocasionan de manera gratuita por su locura sin sentido». «Es culpa del hombre», dice Solón, en referencia a los males sociales de su tiempo, «no culpa de Dios, que llegue la destrucción». Y Eurípides, tras una discusión formal acerca del origen del mal, llega a la conclusión de que los hombres yerran, no por falta de buen sentido natural, sino porque, a pesar de saber lo que es bueno, por distintas razones se niegan a practicarlo.

Al alcanzar por fin la más elevada verdad, Píndaro, Hesíodo, Esquilo, Esopo y Horacio afirmaron: «Toda virtud es una lucha; la vida no es un escenario de reposo, sino de acción enérgica». El sufrimiento no es más que otro

nombre dado al aprendizaje por medio de la experiencia, considerada por el mismo Zeus, dador de todo entendimiento, madre de la instrucción y maestra de la vida. Sin duda Zeus puso punto final a la época dorada; dio veneno a las serpientes y ferocidad a los lobos; agitó la miel de la hoja, y detuvo el fluir de vino de los riachuelos; ocultó los instrumentos del fuego, y tornó los medios de vida precarios y escasos. Pero en todo esto había una finalidad benéfica; no era para destruir la vida, sino para mejorarla. Fue una bendición para el hombre, no una maldición, la sentencia que le forzaba a ganar el pan con el sudor de su frente; pues nada grande o excelente se alcanza sin esfuerzo; las virtudes seguras y fáciles no son valoradas ni por los dioses ni por los hombres; y la parsimonia de la naturaleza queda justificada por su poderoso efecto para despertar las facultades dormidas, y para forzar al género humano a la invención de artes útiles por medio de la meditación y el pensamiento.

Los antiguos reformadores religiosos afirmaron que el culto a los ídolos era la raíz de todos los males; y hubo iconoclastas en todas las épocas del mundo. Esta máxima todavía es válida, pues el culto a los ídolos, es decir, de ideas caprichosas, si bien no es la causa de todos los

males, sí lo es de buena parte de ellos; y está tan extendido hoy en día como siempre lo estuvo. Los hombres siempre han sido muy dados a adorar las caprichosas extravagancias de su propia imaginación.

La sabiduría humana siempre ha sido limitada e incorrecta; e incluso la opinión correcta es únicamente algo intermedio entre la ignorancia y el conocimiento. La condición normal del hombre es la de progreso. La filosofía es una especie de viaje en el que siempre se aprende, aunque nunca se llega a la perfección ideal de la verdad. El masón debería, como dice el sabio Sócrates, asumir el modesto título de *amante de la sabiduría*; pues debe ansiar algo más excelente de lo que posee, algo más allá de su alcance y que desee hacer eternamente suyo.

De este modo el sentimiento filosófico llegó a ser asociado con lo poético y religioso bajo el nombre comprensivo de Amor. Antes del nacimiento de la Filosofía, el Amor no había recibido sino unos homenajes exiguos e inadecuados. El más poderoso y antiguos de los dioses, coetáneo de la existencia de la religión y del mundo, había sido sentido inconscientemente, pero no había sido ni dignamente honrado ni directamente celebrado en himnos y poemas. En

los días antiguos de la ignorancia a duras penas podría haber sido reconocido. Con el fin de poder ejercitar su propia influencia sobre la religión y la filosofía, era necesario que el Dios de la naturaleza dejase de ser un dios de terrores, o la personificación de un mero poder o voluntad arbitrarios, una inteligencia adusta y severa, causante del mal y juez despiadado. La filosofía de Platón, que estableció este concepto para siempre, era enfáticamente una meditación de Amor. En él, la inspiración del Amor encendió por primera vez la luz de las artes, que enseñó a la raza humana; y no únicamente las artes de la mera subsistencia, sino también el arte celestial de la sabiduría, que sostiene el Universo. Inspira elevadas y generosas obras y una noble entrega. El Amor es nuestro mejor piloto, aliado, sostén y salvador; es ornamento y gobernador de todas las cosas humanas y divinas; y calma las mentes de hombres y dioses con la divina armonía.

El hombre es capaz de un Amor más elevado, el cual, uniéndose mente con mente y con la del Universo, hace surgir todo lo que es más noble de sus facultades, y le eleva por encima de sí. Este Amor más elevado no es ni mortal ni inmortal, sino un poder intermedio entre lo humano y lo divino, que llena el intervalo y mantiene unido el

Universo. Es jefe de aquellos emisarios celestiales que portan las preces de los hombres a los dioses, y devuelven a los hombres los dones de los dioses. «El Amor es siempre pobre, y lejos de ser hermoso como la humanidad imagina, es escuálido y marchito; vuela a ras de suelo, y no tiene ni techo ni sandalias; duerme desnudo ante las puertas y en calles descubiertas, y posee la característica de su madre de ser siempre el compañero de la necesidad. Pero, teniendo también parte de su padre, siempre procura obtener cosas buenas y hermosas; es intrépido, vehemente y fuerte; siempre está ingeniando alguna maquinación, y es precavido y lleno de inventiva y recursos; es un filósofo a lo largo de toda su existencia, un poderoso encantador y un sutil sofista.

La consumación ideal de la ciencia platónica consiste en alcanzar la contemplación de aquello de lo que la tierra no puede ofrecer una imagen expresa o similitud adecuada, el Prototipo Supremo de toda belleza, pura y no contaminada por la carne o el color, el Divino Original mismo. A algo tan cualificado se le ofrece la prerrogativa de discernir no solamente las meras imágenes y sombras de la virtud, sino la virtud misma, pues ha conversado, no ya con las sombras, sino con la

Verdad; y habiendo generado y alimentado una progenie de virtud, se convierte en amigo de Dios y, en la medida en que tal privilegio puede pertenecer a cualquier ser humano, en inmortal.

Sócrates creía, como Heráclito, en una Razón Universal que impregnaba todas las cosas y todas las mentes, y que consecuentemente se revelaba a sí misma en ideas. Por ello Sócrates buscaba la verdad en la opinión general, y percibía en la comunicación de mente con mente una de las más grandes prerrogativas de la sabiduría y el más poderoso medio de desarrollo. Creía que la verdadera sabiduría era una idea alcanzable, y que las convicciones morales de la mente, instintos eternos de templanza, conciencia y justicia implantadas por los dioses, no podían engañar, si se interpretaban correctamente.

Esta dirección metafísica otorgada a la filosofía desembocó en extravagancia visionaria. Habiendo asumido que la verdad era susceptible de ser descubierta en el pensamiento, procedió a tratar a los pensamientos como verdades. Se convirtió así en una idolatría de nociones, a las que consideró bien como fantasmas exhalados de los objetos, o bien como porciones del pensamiento divino preexistente; creando así una mitología propia, y escapando de una esclavitud

únicamente para incurrir en otra. Las teorías y nociones formadas de manera indiscriminada son los falsos dioses o *ídolos* de la filosofía. Pues la palabra *idolon* significa imagen, y una falsa imagen mental de Dios es tal ídolo como una falsa imagen de madera de Él.

Adentrándose sin miedo en el problema del ser universal, la primera filosofía intentó proporcionar una solución definitiva y a prueba de toda duda. Para conseguir esto se vio obligado a realizar las más amplias presunciones; y del mismo modo que la poesía había llenado el vasto espacio que se extiende entre lo humano y lo divino, personificando a la Deidad como el hombre, así la filosofía se inclinó ante el supuesto reflejo de la imagen divina en la mente del pensador, el cual, al adorar sus propias nociones, se había deificado a sí mismo. De este modo la naturaleza fue encadenada a nociones comunes, y las nociones a las palabras.

Debido al choque de opiniones incompatibles, la filosofía se vio reducida gradualmente a la ignominiosa confesión de su incapacidad absoluta, y se derrumbó en el escepticismo. Jenófanes y Heráclito reconocieron tristemente el insatisfactorio resultado de todos los debates filosóficos al admitir la universalidad de la duda;

y el memorable esfuerzo de Sócrates por unirse a los desconcertados campeones de la verdad terminó en una confesión similar.

El culto a las abstracciones perpetuó el error que personificaba al Mal o deificaba la Fortuna; y cuando la filosofía mística dejó su lugar a la religión mística, no cambió de naturaleza, sino únicamente de nombre. La gran tarea permaneció pendiente: la tarea de reconciliar la idea del poder supremo inalterable afirmado por la razón, con los requisitos de las simpatías humanas.

Con las primeras reflexiones las apariencias comunes sugirieron una idea general de propósito y regularidad. Los antiguos percibieron un orden natural, una legislación divina, de la que se suponía que se derivaban las instituciones humanas; unas leyes engalanadas en el Cielo, y posteriormente reveladas en la Tierra. Pero la ley divina era poco más que una inferencia analógica de la ley humana, tomada en el sentido vulgar de voluntad arbitraria o alianza parcial. Fue conjeturada más que descubierta, y permaneció inmoral porque era ininteligible. Dadas las circunstancias, poco importaba si el Universo era gobernado por el azar o la razón, dado que esta última, si era malinterpretada, era virtualmente idéntica al primero. «Es mucho mejor», afirmó

Epicuro, «asentir a las fábulas de la tradición, que reconocer la necesidad opresiva de los físicos»; y Menander habla de Dios, el Azar y la Inteligencia como indistinguibles. La Ley no reconocida responde al nombre de Azar; percibida, pero no comprendida, se convierte en Necesidad. La sabiduría de los estoicos fue una sumisión canina al Azar, mientras el discurso de los epicúreos se sometía con destreza a una tiranía semejante por parte de la Inteligencia. La ignorancia no encuentra nada necesario, y se abandona a sí misma a un poder tiránico, en tanto no define regla alguna, y paradójico, pues permite el mal mientras asume un ser ilimitado, todopoderoso y perfectamente bueno.

Un conocimiento limitado que presuma la identificación de la Causa Suprema con la inevitable certeza de la perfecta razón, pero omita su análisis o interpretación, deja a la mente encadenada al ascético fatalismo de los estoicos. Libre Albedrío junto con el Azar, o Fatalismo y Necesidad junto con la omnisciencia y la ley fija e inalterable, tales son las alternativas entre las que la mente humana se ha debatido eternamente. Los sobrenaturalistas, considerando que el Ser actúa por impulso, aunque con una sabiduría sobrehumana, y considerando que el mejor

cortesano es el más favorecido, combinaron planteamientos contradictorios, mezclando de manera inconsistente la afirmación de la libertad de actuar con la debilitante actitud de súplica; mientras admitían, tal y como rezan las palabras de un preclaro arzobispo, que «si la producción de las cosas que rogamos depende de causas necesarias, naturales y antecedentes, nuestros deseos no serán menos respondidos que la ofrenda de oraciones; las cuales, por tanto, resultan vanas».

El estadio último es aquel en el que la libertad de acción es legitimada por medio de la comprensión de sus propios fines y condiciones. El hombre se vuelve moralmente libre únicamente cuando ambas nociones, la del Azar y la de la incomprensible Necesidad, son desplazadas por la noción de la Ley. La Ley, aplicada al Universo, supone ese planteamiento previo, universal y providencial, cuyas condiciones pueden ser discernidas y son susceptibles de respuesta a discreción de la inteligencia humana. El sentido de la libertad surge cuando la independencia individual se desarrolla conforme a sus propias leyes sin colisiones o rémoras externas. El sentido de la limitación surge cuando el sentido de la libertad se ve contrariado o confinado por

otras naturalezas, o donde, por una combinación de fuerzas externas, la fuerza individual es empujada en otra dirección. La opción moral no existiría de manera segura, o no existiría en absoluto, salvo que fuese limitada por condiciones que determinen sus preferencias. El Deber supone una regla tanto inteligible como cierta, dado que sin una regla cierta sería ininteligible; y si resulta ininteligible, no entraña responsabilidad. Ninguna ley desconocida puede ser obligatoria; y fue justamente execrado aquel emperador romano que pretendió promulgar sus leyes penales poniéndolas a tal alta altura que nadie pudiese leerlas. El hombre dispone su modo de actuar seleccionando entre las distintas alternativas aquellas que más se ajustan a sus propósitos. En lo concerniente a la moralidad absoluta o divina, habida cuenta de que el propósito o causa final de esas leyes globales resulta a menudo desfavorable para el individuo, mientras que estas resultan inflexiblemente justas e imparciales para el universal, la especulación debe refugiarse en la fe, pues su propósito inmediato y obvio supone una proporción tan mínima con respecto al propósito más amplio y desconocido, que queda relativamente absorbido o perdido. La lluvia que, inoportuna para mí,

arruina mi esperanza de una cosecha abundante, lo hace porque no podría de otro modo bendecir y hacer prosperar otras cosechas pertenecientes a una región algo más lejana. El propósito obvio de una tormenta o nieve repentina, o de un inesperado cambio de viento que exponga mi vida al peligro, supone poco en proporción a los grandes resultados que se derivan de la tormenta o el viento en todo el continente. Así sucede siempre: cuando el bien y el mal parecen inicialmente irreconciliables y caprichosamente distribuidos, el primero mantiene su razón de ser, y el otro disminuye al ser explicado. En un mundo de multitud de individuos, un mundo de acción y ejecución que ofrece, por el conflicto de intereses y el choque de pasiones, un amplio escenario para el ejercicio de las virtudes más viriles y generosas, en tal mundo ni la Omnipotencia puede hacer que la comodidad y conveniencia de un hombre sea siempre consultada y tenida en cuenta.

De este modo la mente educada pronto comienza a apreciar la superioridad moral de un sistema de leyes sobre la injerencia caprichosa; y conforme la confusión de medios y fines es planteada desde una perspectiva más inteligible, el bien parcial o aparente se resigna alegremente ante el propósito desinteresado y universal. Y se descubre que la

autolimitación no implica sacrificio. El verdadero significado de lo que parecía ser necesidad resulta ser, no un poder arbitrario, sino la Fuerza puesta al servicio de la Inteligencia. Dado que Dios nos ha hecho hombres y nos ha ubicado en un mundo de cambio y renovación eterna, con amplia capacidad y abundantes medios para el disfrute racional, aprendemos que no tiene sentido quejarse porque no seamos ángeles y no habitemos en un mundo en el que el cambio y el choque de intereses y los conflictos de las pasiones fuesen desconocidos.

El misterio del mundo permanece, pero está lo suficientemente aclarado como para inspirar confianza. Nos vemos obligados a admitir que si todo hombre obrase de la mejor manera posible, y supiese lo que debe hacer, no necesitaríamos un mundo mejor que este. El hombre, rodeado por la necesidad, es libre, aunque no en el sentido de una voluntad solitaria y terca; pues aunque debe cumplir las leyes de la naturaleza, es capaz, de manera proporcional a su conocimiento, de modificar, en lo que a él concierne, las condiciones de sus actos, preservando una uniformidad equilibrada entre las fuerzas externas y las propias.

Tales son algunas de las opiniones enfrentadas de la antigüedad; y hemos presentado en buena

medida una imagen del pensamiento antiguo, siempre esforzándose por ir más allá de los estrechos confines que imponen al hombre sus poderes limitados y su corta visión. Y siempre encontramos al hombre dando vueltas en círculo, como el que se pierde en un bosque, para encontrarse invariable y finalmente con las mismas dificultades inevitables e insolubles. La ciencia, con sus múltiples instrumentos, la Astronomía particularmente con el telescopio, la Biología con el microscopio, y la Química con sus análisis y combinaciones, han agrandado enormemente nuestras ideas acerca de la Deidad al descubrirnos el vasto universo que se extiende en ambas direcciones, desde los sistemas estelares hasta la vida microscópica, y al familiarizarnos con esa nueva fuerza maravillosa que denominamos electricidad, aparentemente a caballo entre la materia y el espíritu. Pero sin embargo la Deidad únicamente se vuelve más incomprensible que nunca para nosotros, y en nuestras especulaciones únicamente reproducimos las del pensamiento antiguo.

¿Dónde, pues, entre todas estas opiniones discordantes, se halla la Verdadera Palabra de Masón? Hermano mío, la mayoría de las cuestiones que han torturado así a la mente de los

hombres no son susceptibles de ser discernidas por el entendimiento humano. Pero al escapar de nuestro entendimiento, como hemos explicado antes, podemos y debemos *creer*.

La Verdadera Palabra de Masón debe buscarse en el significado oculto y profundo del Nombre Inefable de la Deidad, comunicado por Dios a Moisés; significado que fue extraviado mucho tiempo atrás por las mismas precauciones tomadas para ocultarlo. La verdadera pronunciación de ese nombre era en verdad un secreto, en el que había cifrado el misterio, aún más profundo, de su significado. En ese significado se halla toda la verdad que podemos discernir respecto a la naturaleza de Dios. Conocido largo tiempo como Al, Al Shadai, Alohayim y Adonai; como el Jefe o Comandante de los Ejércitos Celestiales; como agregado de las fuerzas (Alohayim) de la Naturaleza; como el Poderoso, el Victorioso, el rival de Baal y Osiris; como el Alma de la Naturaleza. Como la Naturaleza misma, era un Dios que no era sino el hombre personificado, un Dios con pasiones humanas, el Dios de los paganos pero con un mero cambio de nombre. Y asumió, al presentarse a Moisés, el nombre והיה (Ihuh), y le dijo אהיה אשך אהיה (Ahih Ashr Ahih), Yo Soy El Que Soy.

Examinemos el sentido esotérico o interno de este Nombre Inefable.

היה (Hih) es el tiempo imperfecto del verbo Ser, del cual יהיה (Ihih) es el presente; אהי (Ahi, siendo א el pronombre personal yo afijado), es la primera persona apocopada; e יהי (Ihi) la tercera. El verbo tiene las siguientes formas: Pretérito, 3ª persona, masculino singular, היה (Hih), existió, fue; 3ª personal del plural היו (Hiu); Presente, 3ª persona masculino singular יהיה (Ihih); por apócope אהי (Ahi), יהי (Ihi); Infinitivo היה (Hih), היו (Hiu); Imperativo 2ª persona masculino singular היה (Hih); femenino הוי (Hui); Participio masculino singular הוה (Huh), *Ens*, existiendo, existencia.

El verbo no es nunca usado como la mera cópula *es, era...* a la manera griega, latina o inglesa. Siempre implica existencia, realidad. La forma presente también implica sentido futuro (existirá, podrá existir). Y הוה (Huh) y הוא (Hua), formas caldeas del tiempo imperfecto del verbo, son las mismas que הוה (Huh) y היה (Hih), y significan era, existió, llegó a ser.

Ahora bien, הוא (Hua) y היא (Hia) son el pronombre personal (masculino y femenino), Él, Ella. De este modo en Génesis 4:20 tenemos la frase הוא היה, *Él era*, y en Levítico 21:9 אח חיא

אביה (Ath Abih Hia), *Su Padre*. Este pronombre femenino, no obstante, es escrito a menudo הוא (Hua), mientras que היא (Hia) aparece únicamente once veces en el Pentateuco. En ocasiones la forma femenina significa Ello, pero ese pronombre aparece por lo general en forma masculina.

Cuando quiera que ה , ו ,י o א se encuentran a final de palabra y no tienen una vocal precediéndoles inmediatamente, son por lo general omitidas, como en גי (Gi) o גיא (Gia), un valle.

De este modo הוא (Hua) y היא (Hia), Él, Ella, pueden ser escritos correctamente הו y הי (Hu – Hi), o por transposición de letras יה-וה (Ih-Uh), que es el Tetragramatón o Nombre Inefable.

En Génesis 1:27 puede leerse: «Así el Alhim creó el hombre a Su imagen: *a imagen* de Alhim Él lo creo: Macho y Hembra Él los creó». En ocasiones la palabra fue expresada así, de manera triangular:



Y descubrimos que esta designación del Nombre Inefable era, entre los hebreos, un símbolo de la Creación. La misteriosa unión *de Dios con Sus Criaturas* se hallaba en la letra ה, que consideraban Agente del Poder Omnímodo, y que capacitaba al poseedor del Nombre a obrar milagros.

El pronombre personal הוא (Hua), *él*, es a menudo empleado como *sí mismo*, para expresar la Deidad. Lee dice que en el caso de Ihuh, Ih, Alim y otros nombres de Dios, se sobreentiende; pero no hay necesidad de tal cosa. En tales casos significa lo Masculino, lo Generativo, el Principio o Poder Creativo. Era práctica común entre los talmudistas ocultar significados secretos y sonidos de las palabras transponiendo las letras.

Revertir el orden de las letras de las palabras ha sido, desde luego, común en toda época y lugar. De este modo, a partir de *Neita*, el nombre de la diosa egipcia, los griegos, escribiendo hacia atrás, formaron *Atenea*, el nombre de Minerva. En árabe tenemos *Nahid*, nombre del planeta Venus, el cual invertido nos da *Dihan* en griego y *Nihad* en persa (naturaleza), término que Sir William Jones escribe también *Nahid*. Strabón nos informa de que el término armenio para Venus era *Anaitis*.

Tien, Cielo en chino, revertido es *Neit* o *Neith*,

adorado como Sais en Egipto. Revierte *Neitha,* quita la i y añade una e, y, como hemos dicho antes tenemos *Athené*. *Mitra* era el nombre de Venus entre los antiguos persas. Heródoto, quien nos comunica esto, también nos informa de que su nombre entre los escitas era *artim pasa*. *Artim* es *Mitra* revertido. De modo que, al revertirlo, los griegos formaron Artemis, Diana.

Uno de los significados de *Rama*, en sánscrito, es *Kama*, la Diosa del Amor. Démosle la vuelta y tendremos *Amar*, y cambiando la a por o, *Amor*, la palabra latina. Del mismo modo *Dipaka*, en sánscrito, entre cuyos significados se encuentra *amor*, es escrito con frecuencia *Dipuc*. Démosle la vuelta y tendremos, añadiendo una o, la palabra latina *Cupido*.

En árabe, el radical *rhm*, pronunciado *rahm*, significa el *tronco*, *compasión, piedad*; revertido, tenemos *mhr*, que en persa significa *amor* y *sol*. En hebreo *Lab* es el *corazón*; y en caldeo *corazón* se dice *Bal*, siendo el radical de ambas letras la b y la l.

La palabra persa para *cabeza* es *Sar*. Revertido, se convierte en *Ras* en árabe y hebreo, *Raish* en caldeo, *Rash* en samaritano, y *Rias* en etíope, significando todas *cabeza*, *jefe*, etc. En árabe tenemos *Kid*, en el sentido de norma,

regulación, artículo acordado, obligación; e invertido, y añadiendo una e, se convierte en el griego *Diké*, justicia. En copto tenemos *Chlom*, corona. Invertido, en hebreo tenemos *Moloch* o *Malec*, Rey, o aquel que porta una corona.

◑

Ⓗ

En el Kohonen, o antigua escritura china basada en jeroglíficos, *Ge* (*Hi* o *Khi*, con la letra inicial modificada) era el Sol; en persa es Gwar, y en turco Giun. Yue ( ) era la Luna, que en sánscrito es *Uh* y en turco *Ai*. Recuérdese que, en Egipto y otras naciones, el Sol era originalmente femenino, y la Luna masculina. En Egipto, *Ioh* era la Luna; y en las fiestas de Baco la multitud gritaba incesantemente «*Euoí Sabvi*! *Euoí Bakhè*! *Io Bakhe*! *Io Bakhe*!».

Bunsen ofrece los siguientes pronombres personales para él y ella:

	Él	*Ella*
Arameo cristiano	Hû	Hî
Arameo hebreo	Hû	Hî
Hebreo	Hû’	Hî’

Árabe	Huwa	Hiya

De este modo el Nombre Inefable no sólo engloba la Gran Idea filosófica de que la Deidad es el *Ens*, el *To On*, la Existencia Absoluta, cuya esencia es existir, la Sustancia única de Spinoza, el SER, que no podría no haber existido, en contraposición a aquello que únicamente *llega a ser*. No la Naturaleza, ni el Alma de la Naturaleza, sino lo que creó la Naturaleza; pero que creó también los principios masculino y femenino en su sentido más elevado y más profundo. Es decir, que Dios comprendió originalmente en Sí Mismo todo lo que es; que la materia no fue coexistente con Él, o independiente de Él; que Él no dio forma únicamente a un caos preexistente en un Universo; sino que Su Pensamiento se manifestó externamente creando el Universo, que así llegó a ser, pero que antes no era, salvo en la medida en que estuviese comprendido en Él. Que el Poder Generativo o Espíritu, y la Materia Productiva, que los antiguos siempre consideraron como Hembra, se hallaban originalmente en Dios; y que Él era y es todo lo que fue, lo que es, y lo que será; en Quien todo lo demás vive, se mueve y ha existido.

Tal era el gran Misterio del Nombre Inefable. Y la verdadera disposición de sus letras, y por

supuesto su correcta pronunciación y significado, pronto se extraviaron para todos, salvo para unos pocos elegidos a los que les fueron confiados; quedando ocultos del común, dado que la Deidad, metafísicamente así nombrada, no era una Deidad personal ni caprichosa, ni el Dios tangible en el que creían, como si estuviese al alcance de sus rudas capacidades.

Diodoro afirma que el nombre otorgado a Dios por Moisés era IAΩ. Teodoro dice que los samaritanos denominaban a Dios *IABE*, pero los hebreos IAΩ. Filón Biblio proporciona la forma IEYΩ, y Clemente de Alejandría IAOY. Macrobio dice que era un axioma admitido entre los paganos que el triliteral IAΩ fuese el nombre sagrado de Dios Supremo. Y el oráculo de Apolo Clariano dijo «Sabed que IAΩ es el gran Dios Supremo, que rige sobre todas las cosas». La letra I significa Unidad. A y Ω son la primera y última letras del alfabeto griego. De aquí la expresión habitual «Yo soy el Principio, Yo soy el Fin; y junto a Mí no hay otro Dios. Yo soy A y Ω, el comienzo y el final, el Que es, era y será; el Omnipotente». Pues en esto contemplamos perfilada la misma verdad; que Dios es todo en todo, la Causa y el efecto, el Principio, Impulso, o Poder Generativo, y el Final, o Resultado, o lo que es producido: que Él es en la realidad todo lo que es, todo lo que fue, y todo

lo que por siempre será. En el sentido de que nada además de Sí Mismo ha existido eternamente o coeternamente con Él, independientemente de Él, y autoexistente o autooriginado. Y de este modo la expresión ALOHAYIM, un nombre *plural*, fue empleado para justificar la Creación con que el Génesis comienza, junto a un verbo singular; y de este modo el nombre o título Ihuh-Alhim, empleado por primera vez en el cuarto verso del segundo capítulo del mismo libro, queda esclarecido. El Alhim es la unidad agregada de las Fuerzas Creativas o Poderes de la Deidad manifestados, Sus Emanaciones; e Ihuh-Alhim es la Existencia Absoluta, o Esencia de estos Poderes y Fuerzas, los cuales son Manifestaciones y Emanaciones activas.

Esta era la profunda verdad escondida en la antigua alegoría y oculta de la visión general tras un doble velo. Tal era el sentido esotérico de la generación y producción en las cosmogonías india, caldea y fenicias; y de los Poderes Activo y Pasivo; y de los Principios Masculino y Femenino; del Cielo y Sus Luminarias generadoras, y la Tierra productora. Todas ocultaban del vulgo, pues quedaba por encima de su comprensión, la doctrina de que la materia no es eterna, de que Dios fue la única existencia original, lo Absoluto, de Quien todo ha procedido

y a Quien todo retorna; y que toda ley moral surge, no de las relaciones de las cosas, sino de Su Sabiduría y Justicia Esencial, en tanto que es Legislador Omnipotente. Y se creía con total solidez que esta firme Palabra había sido *perdida*, pues su *significado* se había perdido, incluso entre los hebreos, aunque todavía encontramos el nombre (su significado real e insospechado) en el Hu de los druidas y el Fo-Hi de los chinos.

Cuando concebimos la Verdad, la Belleza o el Bien Absolutos, no podemos detenernos en la abstracción de ninguno de ellos, sino que estamos obligados a referirlos a algún Ser sustancial y vivo, en el que tengan su fundamento, algún ser que sea primer y último principio de cada uno.

La Verdad Moral, como cualquier otra verdad universal y necesaria, no puede permanecer como una mera abstracción. Las abstracciones no son realidades. En nosotros mismos, la verdad moral es únicamente concebida. Pero debe haber *en alguna parte* un Ser que no solo la *conciba*, sino que también la *constituya*.

La Verdad Moral tiene esta característica: que no es únicamente universal y necesaria a los ojos de nuestra inteligencia, sino también imperativa en nuestra voluntad. Es la LEY. Nosotros no establecemos la ley por nosotros mismos, sino

que nos es impuesta a nuestro pesar, y por ello su principio debe estar fuera de nosotros, pues implica un legislador; legislador que no puede ser el sujeto pasivo a quien se aplica la ley, sino que debe ser Alguien que posea en grado sumo todas las características de la Verdad Moral. La ley moral, universal y necesaria, necesariamente tiene a su autor en un ser necesario, compuesto de justicia y caridad, y poseyendo ambas virtudes en plenitud. Del mismo modo que todo lo *hermoso* y todas las cosas *verdaderas* se refieren a sí mismas, y las segundas a una Unidad que es la absoluta Verdad, y las primeras a una Unidad que es absoluta Belleza, igualmente todos los principios morales se concentran en un único principio, que es el Bien. Y de este modo llegamos a la concepción del Bien en Sí Mismo, el Bien Absoluto, superior a todos los deberes particulares, y determinado en esos deberes. No puede haber varios *seres absolutos*; Aquel en que se realiza la Verdad Absoluta y la Belleza Absoluta no puede ser diferente de Aquel en que se realiza el Bien Absoluto. Lo Absoluto implica necesariamente Unidad absoluta. Lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno no son tres esencias distintas, sino que son una misma esencia, considerada en sus atributos fundamentales: las distintas fases

que, a nuestros ojos, asume la Perfección Absoluta e Infinita. Manifestados en el mundo de lo finito y lo relativo, estos tres atributos se separan uno del otro, siendo diferenciados por nuestras mentes, que no pueden comprender otra cosa que no sea la división. Pero en el Ser del que emanan, se hallan indivisiblemente unidos; y este Ser a la vez Uno y Trino, en Quien se unen la perfecta Belleza, la perfecta Verdad y el perfecto Bien, es DIOS.

Dios es necesariamente el principio de la Verdad Moral, y de la moralidad personal. El hombre es una persona moral, es decir, dotada de razón y libertad. Es capaz de la virtud, y la Virtud tiene en él dos formas principales en lo referente a los demás y al amor al prójimo: *Justicia* y *Caridad*. La criatura no puede poseer atributos reales y esenciales que el Creador no posea. El efecto puede derivar su realidad y existencia únicamente de la causa. La causa contiene en sí misma, al menos, lo que es esencial en el efecto. La característica del efecto es la inferioridad, el menoscabo y la imperfección. Dependiente y derivado, lleva las marcas y condiciones de la dependencia; y su imperfección demuestra la perfección de la causa, o de otro modo habría en el efecto algo inmanente, sin causa.

Dios no es un ser lógico, cuya naturaleza pueda ser explicada por la deducción y por medio de ecuaciones algebraicas. Cuando, partiendo de un atributo primario, los atributos de Dios son deducidos uno a partir del otro, a la manera de los geómetras y escolásticos, no obtenemos nada salvo abstracciones. Debemos situarnos por encima de esta dialéctica vacía para llegar al Dios vivo y Verdadero. La primera noción que tenemos de Dios, la de un Ser Infinito, no nos es dada *a priori*, independientemente de toda experiencia. Es la conciencia de nosotros mismos, como nuestra conciencia de Ser limitado, la que nos lleva inmediatamente a la concepción de un Ser, el principio de *nuestro* ser; un Ser sin límites. Si la existencia que poseemos nos fuerza a recurrir a una causa que posea la misma existencia en un grado infinito, todos los atributos sustanciales de la existencia que igualmente poseemos requieren igualmente una causa infinita. Dios, pues, ya no es el Ser infinito, abstracto, indeterminado, inabarcable por la razón y el corazón, sino un Ser real, determinado como nosotros, una persona moral como nosotros mismos; y el estudio de nuestras propias almas nos conducirá, sin hipótesis, a una concepción de Dios sublime y relacionada con nosotros.

Si el hombre es libre, Dios también debe serlo. Sería extraño que, mientras la criatura goza del maravilloso poder de disponer de sí misma, de elegir y desear con libertad, el Ser que la ha creado estuviese sometido a una dinámica necesaria cuya causa, aun hallándose en sí mismo, fuese una especie de poder abstracto, mecánico o metafísico, inferior a la causa voluntaria y personal de la que tenemos la más nítida conciencia. Dios es *libre* porque nosotros lo somos; pero no es *tan* libre como nosotros lo somos. Él es al mismo tiempo *todo* lo que nosotros somos, y *nada* de lo que somos. Posee nuestros mismos atributos, pero extendidos hasta lo infinito. Posee, pues, una infinita libertad, unida a una infinita inteligencia; y puesto que su inteligencia es infalible, y está exenta de la falta de certeza y de la deliberación, y percibe de manera instantánea lo que es Bueno, su Libertad se cumple espontáneamente y sin esfuerzo.

Al mismo tiempo que asignamos a Dios esa libertad que es la base de nuestra existencia, también transferimos a Su carácter, desde el nuestro, la justicia y la caridad. En el hombre hay virtudes; en Dios Sus atributos. Lo que en nosotros es la laboriosa conquista de la libertad, en Él es la naturaleza misma. La idea de derecho, y del

respeto prestado al derecho, son signos de la dignidad de nuestra existencia. Si el respeto a los derechos es la esencia misma de la justicia, el Ser Perfecto debe conocer y respetar los derechos de la más ínfima de Sus criaturas, pues Él asignó esos derechos. En Dios reside la Soberana Justicia, que entrega a cada cual lo que le es debido, no según las apariencias engañosas, sino conforme a la verdad de las cosas. Y si el hombre, un ser limitado, tiene el poder de olvidarse de sí para amar a otro como a sí mismo, y consagrarse a su felicidad, dignidad y perfección, el Ser Perfecto debe tener, en un grado infinito, esa ternura desinteresada, esa Caridad, la Virtud Suprema del ser humano. Hay en Dios una infinita ternura por Sus criaturas, manifestada en el hecho de que nos dio la existencia, la cual nos podría haber negado; y cada día aparecen innumerables marcas de Su Divina Providencia.

Platón comprende bien ese amor de Dios, y lo expresa en estas grandes palabras: «Hablemos de la causa que llevó al Gran Disponedor del Universo a crear y regular el Universo. Él era bueno; y aquel que es bueno no alberga ninguna clase de mala voluntad. Estando exento de ella, Él deseó que las cosas creadas fuesen, en la medida de lo posible, como Él Mismo». Y la cristiandad

a su vez dijo: «Dios amó tanto a los hombres que les dio Su único Hijo».

No es correcto afirmar, como se hace a menudo, que la cristiandad ha descubierto en cierto modo este noble sentimiento. No debemos degradar la naturaleza humana para elevar a la cristiandad. Los antiguos conocían, describían y practicaban la Caridad, cuyo primer rasgo, tan conmovedor y, ¡gracias a Dios!, tan habitual, es la bondad, del mismo modo que su rasgo más sublime es el heroísmo. La Caridad es la devoción al prójimo; y es un sinsentido ridículo pretender que hubo una edad del mundo en que el alma humana estaba exenta del poder de esta devoción. Pero es cierto que la cristiandad ha difundido y popularizado esta virtud; y que, antes de Cristo, nunca se pronunciaron estas palabras: «Amaos los unos a los otros, pues esta es toda la ley». La *Caridad* presupone la *Justicia*. Aquel que ama sinceramente a su hermano respeta los derechos de su hermano; pero hace más, pues se olvida de sí mismo. El egoísmo *vende* o *toma*. El amor se deleita en *dar*. En Dios, el amor es lo que es en nosotros, pero en un grado infinito. Dios es inagotable en Su caridad, del mismo modo que es inagotable en Su esencia. Esa infinita omnipotencia e infinita caridad que, por una

admirable buena voluntad, surge del seno de su inmenso amor, gracias al cual derrama incesantemente sus favores sobre el mundo y la humanidad, nos enseña que cuanto más damos, más poseemos.

Al ser Dios todo justo y todo bueno, Él no puede hacer nada que no sea bueno y justo. Siendo omnipotente, puede hacer lo que desee, y consecuentemente lo hace. El mundo es obra de Dios, y por ello está hecho de manera perfecta. Y sin embargo hay desorden en el mundo, lo cual parece impugnar la justicia y bondad de Dios.

Un principio indisolublemente conectado con la idea misma del bien, nos dice que todo agente moral merece recompensa cuando obra bien, y castigo cuando hace mal. Este principio es universal, necesario y absoluto. Si no lo fuese, resultaría falso, y el mundo estaría erróneamente ordenado.

Pero las buenas acciones no son siempre acarrean la felicidad, ni las perversas la miseria. Aunque a menudo esto es más aparente que real. A pesar de que la virtud, que libra contra las pasiones una guerra llena de dignidad, pero también de dolor y pesar, tenga a estos últimos como su condición, las penas que siguen al vicio son mayores; y la virtud conduce por lo general a

la salud, la fuerza y la longevidad. Aunque la conciencia serena que acompaña a la virtud cree felicidad interior; aunque la opinión pública pueda por lo general juzgar correctamente la personalidad de los hombres, y recompensar la virtud con estima y consideración, y el vicio con desprecio y oprobio; y aunque, después de todo, la justicia reine en el mundo, y el camino más cierto hacia la felicidad siga siendo el de la virtud, hay excepciones. La virtud no es siempre recompensada, ni el vicio castigado, en esta vida.

Los datos del problema son los siguientes: 1) el principio del mérito y el demérito dentro de nosotros es absoluto: toda buena obra *debería* ser recompensada, y toda mala acción castigada. 2) Dios es justo y omnipotente. 3) En este mundo hay casos particulares que contradicen la ley, necesaria y universal, del mérito y el demérito. ¿Cuál es el resultado?

Rechazar los dos principios, que Dios es justo, y la ley del mérito y el demérito absolutos, es hacer añicos por completo la arquitectura de la fe humana. Mantenerlos es admitir que la vida presente concluye o se continúa en otra parte. La persona moral que actúa bien o mal, y aguarda recompensa o castigo, está conectada con un cuerpo, vive con él, se sirve de él, hace uso de él

en cierta medida, pero *no es el cuerpo*. El cuerpo está compuesto de partes. Crece o decrece, es divisible incluso hasta el infinito. Pero este algo que tiene conciencia de sí mismo, y dice «Yo, mí», que se siente libre y responsable, y se siente incapaz de ser dividido, es un ser unitario y simple. El Yo no puede ser dividido; si un miembro es cortado y desprendido del cuerpo, ninguna parte del Yo se va con él; permanece idéntico independientemente de la variedad de fenómenos que sucesivamente se manifiesten. Esta identidad, indivisibilidad, y absoluta unidad personal, es su *espiritualidad*, la misma esencia de la persona. No es únicamente una hipótesis afirmar que el alma difiere esencialmente del cuerpo. Por el alma nos referimos a la persona, no separada de la conciencia de los atributos que la constituyen: pensamiento y voluntad. La existencia sin conciencia es un ser abstracto, y no una persona. Es la *persona* la que es *idéntica*, *una* y *simple*. Sus atributos la desarrollan, no la dividen. En tanto que indivisible, es indisoluble, y puede ser inmortal. Si la justicia absoluta requiere esta inmortalidad, no requiere lo que es imposible. La espiritualidad del alma es la condición y fundamento necesario para su inmortalidad, y la ley del mérito y demérito la

demostración directa de ello. La primera es la prueba metafísica, la segunda la prueba moral. Añadamos a estas la tendencia de todas las potencias del alma hacia lo Infinito, y el principio de las causas finales, y quedará completa la prueba de la inmortalidad del alma.

Dios, por lo tanto, en el credo masónico, es la Verdad Infinita, la Belleza Infinita, la Bondad Infinita. Él es el Santo de los Santos, como Autor de la Ley Moral, como Principio de Libertad, de Justicia y de Caridad, Dispensador de Recompensas y Castigos.

Tal Dios no es un Dios abstracto, sino una *persona* inteligente y libre, Que nos ha creado a Su imagen, de Quien recibimos la ley que rige nuestro destino, y Cuyo juicio aguardamos. Es Su amor el que nos inspira en *nuestros* actos de caridad. Es Su justicia la que gobierna *nuestra* justicia, así como la de la sociedad y las leyes. Somos siempre conscientes de que Él es infinito, pues de otro modo degradaría Su naturaleza. Y para nosotros sería como si no existiese si Su infinita naturaleza no tuviese un reflejo en nosotros, y ese reflejo está constituido por nuestra razón y nuestra alma.

Cuando amamos la Verdad, la Justicia, y la Nobleza de Espíritu, deberíamos ser conscientes

de que es a Dios a quien amamos bajo esas formas específicas, y deberíamos unirlas todas en un único acto de piedad total. Deberíamos sentir que entramos y salimos continuamente de entre las vastas fuerzas del Universo, que no son sino las Fuerzas de Dios; que en nuestros estudios, cuando alcanzamos una verdad, nos hallamos ante el pensamiento de Dios; cuando aprendemos el derecho, aprendemos la voluntad de Dios desplegada como regla de conducta para el Universo; y cuando sentimos amor desinteresado, deberíamos ser conscientes de que participamos del sentimiento del Dios Infinito. Así, cuando reverenciemos la poderosa fuerza cósmica, no se tratará de un destino ciego en un mundo ateo o panteísta, sino del Dios Infinito, que confrontamos, sentimos y conocemos. Entonces seremos conscientes de la mente de Dios, y conciencia del Dios consciente, que siente Sus sentimientos, y nuestra propia existencia se encontrará en el ser infinito de Dios.

El mundo es un todo que tiene su propia armonía; pues un Dios que sea Uno no podría sino hacer una obra completa y armoniosa. La armonía del Universo responde a la unidad de Dios, del mismo modo que la cantidad indefinida es signo de la infinitud de Dios. Afirmar que el Universo

es Dios es lo mismo que admitir únicamente el mundo, y negar a Dios. Lo llamemos como lo llamemos, en el fondo es ateísmo. Por otra parte, suponer que el Universo está vacío de Dios, y que Él se haya por completo aparte de él, resulta una abstracción casi insoportable. Distinguir no es separar. Yo distingo, pero no separo mi ser de mis cualidades y efectos. Del mismo modo Dios no es el Universo, aunque se halle presente por todas partes en espíritu y en verdad.

Para nosotros, como para Platón, la verdad absoluta se halla en Dios. Es Dios Mismo bajo una de Sus formas. En Dios, como original, se hallan los principios inmutables de la realidad y el conocimiento. En Él reciben simultáneamente su existencia e inteligibilidad. Es participando en la razón Divina como nuestra propia razón posee algo de lo Absoluto. Todo juicio racional encierra una verdad necesaria, y toda verdad necesaria presupone la Existencia necesaria.

De este modo, desde toda dirección, desde la metafísica, la estética, y sobre todo desde la moral, nos elevamos hacia el mismo Principio, el centro común y fundamento último de toda verdad, toda belleza y toda bondad. Lo Verdadero, lo Hermoso, lo Bueno, no son sino distintas revelaciones de un único Ser. Así

alcanzamos el umbral de la religión, y estamos en comunión con las grandes filosofías, todas las cuales proclaman un Dios; y también estamos en comunión con las religiones que cubren la Tierra, que reposan sobre el cimiento sagrado de la religión natural; de esa religión que nos revela la luz natural, otorgada a todos los hombres sin ayuda de una revelación particular. Mientras una filosofía no alcanza a la religión, se halla por debajo de todos los cultos, incluso de los más imperfectos. Pues estos al menos le dan al hombre un Padre, un Testigo, un Consuelo, un Juez. Por medio de la religión, la filosofía se conecta a sí misma con la humanidad, la cual, de un extremo al otro del orbe, aspira a Dios, cree en Dios, espera en Dios. La filosofía contiene en sí misma la base común de todas las creencias religiosas. Por expresarlo de alguna manera, toma prestado de ellas su principio, y lo devuelve rodeado de luz, elevado sobre la incertidumbre, y seguro contra todo ataque.

Por necesidad de Su Naturaleza, el Ser Infinito debe crear y preservar lo Finito, debiendo comunicar a lo Finito, en sus distintas formas, algo de su propia cualidad. No podemos concebir que exista ninguna cosa finita sin Dios, base Infinita y causa de ello; ni un Dios que exista sin

creación. Dios es la condición lógica y necesaria del mundo, su causa necesaria; y el mundo la condición lógica y necesaria de Dios, Su consecuencia necesaria. Es conforme a Su Infinita Perfección crear, y después preservar y bendecir lo que Él crea. Tal es la conclusión de la moderna ciencia metafísica. La corriente de la filosofía discurre de Aristóteles a Hegel para ofrecer esta conclusión, y nuevamente volver al antiguo problema. Si fuese connatural a Él el hecho de crear, si pudiésemos concebirle existiendo en soledad, sin crear, sin haber creado, entonces lo que Él creó sería coexistente con Él mismo. Si Dios pudiese existir un instante sin crear, entonces hubiese podido permanecer así una miríada de eternidades. Y así de nuevo volvemos a encontrar la antigua doctrina de un Dios, Alma del Universo, que es coexistente con él. Pues lo que Él creó tuvo un principio, e independientemente de cuánto tiempo haya transcurrido desde esa creación, toda una eternidad había sucedido anteriormente.

La diferencia entre tener un comienzo y no tener comienzo es infinita. Pero de algunas cosas podemos estar seguros. Somos conscientes de nosotros mismos: de nosotros, si no como sustancias, al menos como potencias para ser,

hacer, sufrir. Somos conscientes de nosotros mismos, no como originados por nosotros mismos, o como sustancia autosuficiente, sino siempre como seres dependientes, para la existencia en primer lugar, y para el mantenimiento en lo sucesivo.

Entre las ideas primarias de la conciencia, que son inseparables de ella, de los átomos de autoconciencia, aparece la idea de Dios. Examinada cuidadosamente por el intelecto escrutador, se encuentra la idea de Dios como ser infinito, omnipotente, sabio, justo, amoroso y santo; ser absoluto sin limitación. Este nos hizo a todos, nos sostiene a todos, hizo nuestro cuerpo, no por un único acto, sino por una serie de actos que se extienden a lo largo de una vasta sucesión de años, pues el cuerpo del hombre es el resultado de todas las cosas creadas: hizo nuestro espíritu, nuestra mente, conciencia, afectos, alma, voluntad, y dispuso para cada uno su modo natural de acción y el fin al que servían. De este modo la autoconsciencia nos conduce a la conciencia de Dios, o al menos a la conciencia de un Dios infinito. Esa es la mayor evidencia de nuestra propia existencia, y es la mayor prueba de la de Dios.

Si finalmente hay un Dios, Él puede ser

omnipresente en el espacio. Más allá de las últimas estrellas Él debe existir y estar ahí. Si aparece una mota poblando los rayos de luz, o una microscópica célula de vida descubierta en una espora de musgo, Dios está ahí.

Dios debe ser también omnipresente en el tiempo. No hubo un segundo de tiempo antes de que las estrellas comenzasen a brillar en el que Dios no estuviese. En la más distante nebulosa del cinturón de Orión, en cada uno de los millones que pueblan una pulgada cuadrada de caliza, Dios se halla igualmente presente. Él se encuentra en lo más pequeño, en la más mínima porción de tiempo imaginable, en cada segundo de su muy vasto e inimaginable volumen. Su Aquí es adyacente con el Todo del Espacio, y su Ahora coetáneo con el Todo del Tiempo.

A través de todo este Espacio, por todo este Tiempo, Su Ser se extiende indiviso, y opera sin menoscabo de sí mismo. Dios en toda su infinitud, perfectamente poderoso, sabio, justo, amoroso y santo. Su ser es una infinita actividad, un crear, dándose así a Sí Mismo para el Mundo. El ser del Mundo es movimiento, un ser creado y en movimiento. Es así ahora, y así era hace una incalculable e inimaginable cantidad de millones de eras atrás.

Todo esto es filosofía, la conclusión inevitable de la mente humana. No es la opinión de Coleridge y Kant, sino su ciencia; no es lo que *suponen*, sino lo que *saben*.

En virtud de este morar de Dios en la materia, afirmamos que el mundo es una revelación Suya, y su existencia una manifestación de Su existencia. Él está en su obra. La múltiple acción del Universo es únicamente Su modo de operar, y todas las cosas materiales se hallan en comunión con Él. Todo crece y vive en Él, gracias a Él, y únicamente así. Permitidle retirarse del espacio ocupado por cualquier cosa, y cesará de existir. Permitidle que retire cualquier cualidad de Su naturaleza de una cosa cualquiera, y cesará de existir. Todo debe participar de Él. Debe morar en todo, pero trascendiéndolo todo. El error de la falsa religión de convertirse en filosofía no impide que la filosofía coincida con la verdadera religión. La filosofía, o más bien su objeto, el orden divino del Universo, es la guía intelectual que necesita el sentimiento religioso; al tiempo que explora las relaciones reales de lo finito, proporciona una medida, en constante mejora por sí misma, de la ley perfecta del Evangelio de Amor y Libertad, así como un medio para llevar a la práctica la espiritualidad de la religión

revelada. Establece la ley al determinar sus condiciones; guía al espíritu al discernir el modo de mejorar la vida e incrementar la felicidad. Mientras la religión era estática, la ciencia no podía caminar sola; pero cuando ambos fueron concebidos como progresivos, sus fines e intereses se identificaron. Aristóteles comenzó a mostrar cómo la religión podía construirse sobre una base intelectual; pero la base de que dispuso era demasiado estrecha. Bacon, al otorgar a la filosofía un propósito y método definidos, le dio igualmente una base más amplia y segura. Nuestra actitud es la de los seres intelectuales rodeados de limitaciones y que, dado lo constante de estas limitaciones, deben discernir el valor práctico de las leyes, en cuya investigación y aplicación consiste la aparentemente interminable carrera del progreso intelectual y moral, a la cual el sentimiento religioso inspira y ennoblece. El título de santo ha sido reclamado por lo común por aquellos que ostentosamente han despreciado la filosofía. Pero aún así la fe tropieza, y el sentimiento se extravía, salvo que el conocimiento se halle presente tanto en cantidad como en cualidad suficiente para purificar a la primera y orientar al segundo.

La Ciencia consiste en inferencias maduradas a

partir de la experiencia, que toda otra experiencia confirma. No es un sistema fijo exento de revisión, sino una mediación progresiva entre la ignorancia y la sabiduría concebida en parte por Platón, cuyo objeto inmediato es la felicidad, siendo su impulso la clase más elevada de amor. La Ciencia lleva a cabo y une todo lo que era verdaderamente valioso en ambos antiguos sistemas de mediación: el heroico, o sistema de acción y esfuerzo, y la teoría mística y espiritual, la comunión contemplativa. «Escúchame» —dice Galeno— «como la voz del Hierofante Eleusino, y cree que el estudio de la Naturaleza es un misterio no menos importante que los suyos, ni menos apto para revelar la sabiduría y poder del Gran Creador. Sus lecciones y demostraciones eran oscuras, pero las nuestras son claras e inconfundibles».

A la ciencia debemos que ningún hombre se considere ya el centro en torno al cual gira el conjunto del universo, el individuo inmensamente importante para cuya utilidad, e incluso lujosa comodidad, todo el Universo fue creado. Por una parte nos ha mostrado un infinito Universo de estrellas, soles y mundos, a distancias incalculables unos de otros, en cuya majestuosa y tremenda presencia nos sumimos, e incluso

nuestro mundo se hunde en la insignificancia; mientras que, por otra parte, el microscopio nos ha puesto en comunicación con nuevos mundos de seres vivos organizados, dotados de sentidos, nervios, apetitos e instintos, que se encuentran en cada lágrima o en cada gota de agua pútrida.

Así nos enseña la ciencia que no somos más que una porción infinitesimal de un gran todo que se extiende a cada lado de nosotros, y por arriba y por abajo, infinito en sus complicaciones y que sólo la infinita sabiduría puede comprender. La infinita sabiduría ha dispuesto la infinita sucesión de seres, implicando la necesidad de nacer, decaer y morir, creado oportunidades para la práctica de las más elevadas virtudes al proporcionar tales conflictos, reveses, pruebas y penalidades, sin los que ni los nombres de tales virtudes se habrían inventado.

El conocimiento puede convertirse en poder, y sus axiomas en reglas de utilidad y deber. La ciencia moderna es social y comunicativa, a la vez que intelectual; poderosa, a la vez que pacífica y desinteresada; une al hombre con el hombre y el Universo, y al proporcionar una prueba clara de la identidad de todos los intereses, sustituye la rivalidad por la cooperación, y la envidia por la liberalidad,

promoviendo más poderosamente que cualquier otro medio la realización del espíritu de la religión, al sanar los inveterados desórdenes cuyo verdadero origen radica en la ignorante idea de la injusta severidad de la Providencia.

Probablemente nunca alcanzaremos esas elevadas formas que contienen las verdaderas diferencias de las cosas, y que implican el descubrimiento completo y la expresión correcta de su auténtica esencia. Siempre nos quedaremos cortos con respecto a la norma más general y sencilla, la ley última, la más comprensiva. Nuestros más amplios axiomas explican muchos fenómenos; pero también lo hacían, hasta cierto punto, los principios de los filósofos antiguos, y los ciclos y epiciclos de la antigua astronomía. En ningún caso podemos explicar todas las circunstancias, ni podemos reproducirlas en la práctica, ni discernirlas mentalmente, sin conocer la esencia de las cosas. Y por lo tanto no debemos adscribir absoluta certeza a los axiomas, que es lo que los antiguos creadores de religiones hicieron con sus credos, ni permitir que la mente, que siempre intenta protegerse junto con sus adquisiciones, olvide la naturaleza del proceso por el cual sustituyó las nociones científicas por nociones comunes, creando la base de la

decepción por un empleo pedante y supersticioso de ambas.

La duda, prolegómeno esencial de todo progreso y descubrimiento, debe acompañar todos los estadios del avance humano. La vida intelectual del hombre es un comienzo perpetuo, una preparación para el nacimiento. La facultad de dudar y cuestionarse cosas, sin la que las facultades de la comparación y el juicio serían inútiles, es por sí misma una prerrogativa divina de la razón. El conocimiento es siempre imperfecto, o únicamente completo si lo consideramos como un desarrollo sin límite en el que los descubrimientos multiplican la duda; duda que lleva a nuevos descubrimientos. El orgullo de la ciencia no es tanto los resultados alcanzados, como su reconocida imperfección y capacidad de progreso ilimitado. La verdadera filosofía religiosa del ser imperfecto no consiste en un credo, sino, como creía Sócrates, en una infinita búsqueda o aproximación. «Finalidad» no es sino otro nombre para la confusión o la derrota. La ciencia gratifica el sentimiento religioso sin cercenarlo, y abre el misterio insondable del Uno Supremo planteándolo de formas explícitas y manejables, aunque sin duda no expresan Su Esencia, que se halla totalmente más allá de lo

que nuestras facultades pueden discernir, sino Su Voluntad, alimentando así un entusiasmo inacabable al proporcionar de forma perpetua nuevos objetos de búsqueda. Hemos experimentado durante largo tiempo que el conocimiento es aprovechable; ahora comenzamos a descubrir que se ajusta también a la moralidad, y algún día descubriremos que es también religioso.

Dios y la verdad son inseparables; el conocimiento de Dios es posesión de los salvadores oráculos de la verdad. En la medida en que el pensamiento y propósito del individuo se ajustan a la regla prescrita por la Suprema Inteligencia, así se promueve su felicidad, y se realiza el propósito de su existencia. De este modo surge en él una nueva vida; ya no está aislado, sino que forma parte de las eternas armonías que le rodean. Su voluntad de errar es dirigida por la influencia de una voluntad superior, que le informa y moldea en el sendero de su verdadera felicidad.

La capacidad del hombre de discernir la verdad externa es un privilegio cualificado. Tanto la inspiración mental como la física pasan a través de un medio diluido; y a pesar de que la verdad impartida, por así decirlo, por intuición,

es siempre engañosa, o al menos imperfecta, en la intoxicación del descubrimiento repentino siempre ha sido tenida como plena, infalible y divina. Y conforme la debilidad humana necesitaba recurrir a la fuente pura y perfecta, las revelaciones que antaño fueron popularmente aceptadas y valoradas asumieron una existencia independiente, perpetuándose no solo a ellas mismas, sino accidentalmente a la masa de formas derivadas conectadas accidentalmente con ellas, y consagradas en su nombre. La niebla del error se espesó sobre las sombras de la prohibición, hasta que la luz libre brotó en la noche de los tiempos, redimiendo al genuino tesoro de la superstición que obstinadamente enturbiaba sus accesorios.

Incluso para el bárbaro la Naturaleza revela un enérgico poder y una sabiduría maravillosa, y apunta a Dios continuamente. No es extraño que los hombres adorasen las distintas cosas del mundo. El mundo de la materia es una revelación temible para el salvaje de los climas septentrionales, y tiembla ante su deidad entronada en hielo y nieve. El rayo, la tormenta y el terremoto asustan al hombre rudo, que ve lo divino en lo extraordinario.

Los grandes fenómenos de la Naturaleza empujan constantemente al hombre a pensar en su

Autor. Los Alpes son el gran altar de Europa; el cielo nocturno ha sido para la raza humana la cúpula del templo, estrellado con admoniciones de reverencia, confianza y amor. Las Escrituras de la raza humana están trazadas en la Tierra y en el Cielo. Ningún órgano ni miserere puede tocar el corazón como el sonoro murmullo del mar o la inconmensurable risa de la ola. Cada año el viejo mundo se pone un nuevo atuendo nupcial, y celebra su Pentecostés cuando en la dulce primavera cada arbusto y árbol se viste reverentemente de sus mejores galas. El otoño es un largo Día de Todos los Santos, y la cosecha es la misa de difuntos para la Humanidad. Antes de que la raza humana descendiese las laderas de los Himalayas para tomar posesión de Asia, Caldea y Egipto, los hombres marcaron cada crisis anual, los solsticios y los equinoccios, y celebraron en esos momentos festivales religiosos; e incluso entonces, y siempre desde entonces, lo material fue y ha sido el elemento de comunión entre el hombre y Dios.

La Naturaleza está plena de lecciones religiosas para el hombre reflexivo. Hace abstracción de la materia del Universo, fijándose únicamente en sus fuerzas; hace abstracción de los acontecimientos humanos, fijándose únicamente

en su espíritu inmortal; estudia las leyes, el modo de acción de estas fuerzas y este espíritu que forjan el mundo material y el mundo humano, y que no pueden sino estar repletos de reverencia, confianza y amor sin límites del Dios Infinito, que diseñó estas leyes de la materia y la mente, y que por lo tanto sostiene este maravilloso universo de cosas y hombres. La Ciencia tiene su Nuevo Testamento; y las beatitudes de la Filosofía son profundamente conmovedoras. Un astrónomo descreído está loco. La familiaridad con la hierba y los árboles nos enseña lecciones más profundas de amor y confianza que las que podemos extraer de Fénélon o San Agustín. La gran Biblia de Dios está siempre abierta ante la humanidad, y las eternas flores del Cielo parecen derramar una dulce influencia en el seno imperecedero de la Tierra.

Si hubiese de perecer por completo mañana, entonces únicamente me interesaría por el presente, y no perseguiría cualidades que pudiesen durar más. Mis padres serían para mí únicamente la tierra de la que mi grano ha crecido; muertos, no son más que el moho putrefacto de la tierra, no debiendo importarme su memoria. ¡Posteridad! ¡No me preocuparé por las futuras generaciones de la raza humana! Soy un

átomo en el tronco de un árbol, y no me preocupo en absoluto por las raíces de abajo o las ramas de arriba. Sembraré únicamente la semilla que pueda recoger hoy mismo. Que la pasión rija mi ley para hoy. No reconoceré otro legislador. La moralidad se desvanecerá, y la propia conveniencia ocupará su lugar. El heroísmo se disipará, y en su lugar aparecerán la salvaje ferocidad del lobo, la brutal astucia del zorro, la rapacidad del buitre y la osadía imprudente del toro salvaje. Pero ya no existirá el coraje noble y calmo que, por amor a la verdad, y por amor al deber, mira cara a cara a la muerte y carga dispuesto a ser muerto. El afecto, la amistad, la filantropía, no serán más que insensatos caprichos de un maníaco, y despertarán sonrisas o risa o pena.

Pero siendo conscientes de que viviremos para siempre, y de que el Dios Infinito nos ama a todos, podemos mirar a los males del mundo y ver que es únicamente la hora de antes del amanecer, y que la luz está a punto de llegar; y de este modo, incluso nosotros podemos encender una pequeña luz para iluminar la oscuridad mientras dure, y ayudar hasta que la mañana despunte. La eterna mañana sigue a la noche. Un arco iris bordea cada nube que arroja la lluvia sobre las flores en la tierra y las perlas en el mar. La vida se levanta de

la tumba, el alma no puede ser retenida por las cadenas de la carne. No hay amanecer sin esperanza, y el desastre es únicamente el umbral del paraíso.

De manera hermosa, sobre el gran caos de los horrores humanos, brilla la luz calma y clara de la religión natural humana, que nos revela a Dios como Padre Infinito de todo, perfectamente omnipotente, sabio, justo, amoroso, y en santa plenitud. La Gran Biblia de Dios se extiende hermosa en todas las direcciones del Universo. La naturaleza material es su Antiguo Testamento, con millones de años de antigüedad, plena de verdades eternas bajo nuestros pies, reluciendo con glorias imperecederas sobre nuestras cabezas. Y la naturaleza humana es el Nuevo Testamento surgido del Dios Infinito, que revela cada día una nueva página conforme el tiempo pasa las hojas. La inmortalidad aguarda deseosa de recompensar cada virtud no recompensada, cada lágrima no secada, cada pesar no merecido, cada oración, cada intención pura y sentimiento noble del corazón. Y sobre el conjunto, sobre la Naturaleza, tanto material como humana, sobre esta vida mortal y sobre el eterno pasado y futuro, el Infinito Amor de Dios Padre llega para envolverlo todo y bendecir a todo lo que fue, es y

será.

Todo es un pensamiento del Dios Infinito. La Naturaleza es Su prosa, y el hombre es Su poesía. No hay azar, no hay destino; sino que la gran Providencia de Dios, que envuelve el Universo al completo en su seno, lo nutre de vida eterna. En épocas pasadas ha habido males que no podemos comprender. En la actualidad hay males que no podemos resolver, ni cuadrar con la perfecta bondad de Dios por medio de teoría alguna que nuestro débil intelecto pueda concebir. Hay sufrimientos, locuras y pecados para toda la humanidad, para toda nación, para todo hombre y para toda mujer. Todos fueron previstos por la infinita sabiduría de Dios, y todos fueron provistos por Su infinito poder y justicia, y todos son consistentes con Su amor infinito. Creer otra cosa supondría creer que Él creó el Mundo para divertirse en sus horas aburridas con las tribulaciones y agonías del género humano, como Domiciano hacía con los estertores y contorsiones de la agonía de los insectos. En cuyo caso desde luego que podríamos unirnos en esa terrible exclamación de Heine: «¡Ay, la sátira de Dios pesa sobre mí! El Gran Autor del Universo, el Aristófanes del Cielo, se inclina para demostrar, con fuerza aplastante, ante mí, el pequeño,

terrenal y germánico Aristófanes, hasta qué punto mis más agudos sarcasmos son únicamente lamentables bufonadas en comparación con los Suyos, y cuán miserable soy ante Él, en el humor, en la colosal burla».

¡No, no! Dios no se divierte ante el sufrimiento humano, y no es pródigo con él. El mundo no es un Aquí sin un Más Allá, un cuerpo sin un alma, un caos sin Dios; ni un cuerpo arrasado por un alma, ni un Aquí con un peor Más Allá, ni un mundo con un Dios que odia a más de la mitad de las criaturas que Él ha creado. No existe un Dios salvaje, vengativo y perverso; sino que hay un Dios Infinito, contemplado en todas partes como Causa Perfecta, Providencia Perfecta, que trasciende a todo pero que mora en todas partes, con poder, sabiduría, justicia, santidad y amor perfectos, que vela por el bienestar futuro de todos y cada uno, previendo y cuidando de cada burbuja que se rompe en la gran corriente de la vida e historia humanas.

La finalidad del hombre, y el objeto de la existencia en este mundo, no es únicamente la felicidad, sino la felicidad en la virtud y a través de la virtud. La virtud en este mundo es la condición de felicidad para la otra vida, y la condición de virtud en este mundo es el

sufrimiento, más o menos frecuente, más breve o más prolongado, más o menos intenso. Quita el sufrimiento, y ya no habrá resignación o humanidad, ni habrá devoción, ni virtudes heroicas, ni moralidad sublime. Estamos sujetos al sufrimiento porque somos seres físicos y debemos ser virtuosos. Si no hubiese mal físico, no habría virtud posible, y el mundo se adaptaría mal al destino del hombre.

Los aparentes desórdenes del mundo físico y los males que acarrean no son desórdenes y males que sucedan a pesar del poder y la bondad de Dios. No solo Dios los permite, sino que los desea. Es Su voluntad que haya en el mundo físico causas suficientes para que el hombre sienta dolor, de modo que tenga ocasiones para la resignación y la valentía. Todo aquello que es favorable a la virtud, todo aquello que da más energía a la libertad moral, lo que quiera que pueda servir al mayor desarrollo moral de la raza humana, es bueno. El sufrimiento no es la peor condición del hombre en la Tierra. La peor condición sería la brutalidad moral que la ausencia de mal físico engendraría.

El mal físico interno o externo está conectado con el fin de la existencia, que es cumplir la ley moral aquí abajo, sea cuales sean las

consecuencias, con la firme esperanza de que la virtud infortunada no dejará de ser recompensada en la otra vida. La ley moral tiene su sanción y su razón en sí misma. No debe nada a la ley del mérito y el demérito que la acompaña, pero que no es su base. Pero, aunque la ley del mérito y el demérito no debería ser el principio determinante de la acción virtuosa, coincide poderosamente con la ley moral, porque ofrece a la virtud una base legítima de consuelo y esperanza.

La Moralidad es el reconocimiento del deber como deber, y su cumplimiento cualesquiera que sean las consecuencias.

La Religión es el reconocimiento del deber en su necesaria armonía con el bien; una armonía que tiene su culminación en la otra vida, a través de la justicia y omnipotencia de Dios.

La Religión es cierta como moralidad; pues una vez que la moralidad es aceptada, sus consecuencias también deben ser admitidas.

La totalidad de la existencia moral queda incluida en estas dos palabras, armoniosas entre sí: Deber y Esperanza.

La Masonería enseña que Dios es infinitamente bueno. ¿Qué motivo, qué razón, y moralmente hablando, qué posibilidad pueden tener el Poder Infinito y la Sabiduría Infinita, de

no ser sino buenos? Nuestros mismos pesares, que proclaman la pérdida de objetos inexpresablemente queridos para nosotros, demuestran Su Bondad. El Ser que nos hizo inteligentes no puede estar despojado de inteligencia; y Aquel que nos ha hecho amar y sufrir por lo que amamos, debe amar a las criaturas que Él ha hecho, entre Sus infinitos atributos. Sumidos en nuestros pesares, nos refugiamos en la seguridad de que Él nos ama; de que no nos hace sufrir y padecer caprichosamente, o con indiferencia, y menos aún con ira; de que Él nos somete para que por medio de tal escarmiento, que en virtud de Su ley universal es únicamente consecuencia de nuestros propios actos, obtengamos provecho; y de que Él no podría mostrar tanto amor por Sus criaturas dejándolas orgullosas, sin experimentar pruebas, e indisciplinadas. Tenemos fe en lo Infinito; fe en el Infinito Amor de Dios; y es esa fe la que debe salvarnos.

Ninguna dispensa de la Providencia de Dios, ningún sufrimiento ni tribulación es mensajero de ira. Ninguna de sus circunstancias son indicaciones de la Ira de Dios. Él es incapaz de ira; está tan encima de ella como las estrellas distantes están por encima de la Tierra. Los hombres malvados no mueren porque Dios les odie. Mueren porque es mejor para ellos que así suceda; y, perversos como son, es mejor para ellos hallarse en las manos del Dios infinitamente bueno antes que en cualquier otro lugar.

La oscuridad y la neblina envuelven los senderos de los hombres. Tropiezan con las dificultades, caen en las trampas de las tentaciones, y son aturdidos por los problemas. Se encuentran ansiosos, turbados y temerosos. El pesar, el dolor y la angustia suelen acompañar los pasos de su peregrinaje terrenal. Esto está escrito de forma indeleble sobre el corazón humano. Y no debe ser borrado. Pero la Masonería contempla e interpreta en ello una nueva luz. No espera que estas enfermedades, pruebas y sufrimientos desaparezcan de la vida; sino que algún día todos los hombres crean en la gran verdad: pues tales son los medios, dispuestos por la infinita sabiduría, para purificar el corazón, y vigorizar el alma, cuya herencia es la inmortalidad, y cuya

escuela es el mundo.

La Masonería no propaga ningún credo excepto el más sencillo y sublime: la religión universal, enseñada por la Naturaleza y la Razón. Sus Logias no son templos judíos, musulmanes ni cristianos. Reitera los preceptos de moralidad de todas las religiones. Venera la figura y comparte las enseñanzas de los grandes y santos de toda época y nación. Extrae el bien, y no el mal, la verdad, y lo el error, de todos los credos. Y reconoce que hay mucho de bueno y verdadero en todas. Por encima del resto de Maestros de moralidad y virtud, reverencia la figura del Gran Maestro que, sometiéndose a la voluntad de Su y Nuestro Padre, murió en la Cruz. Todos debemos admitir que si el mundo estuviese lleno de seres como Él, los grandes males de la sociedad desaparecerían de golpe. Pues toda coerción, injuria, egoísmo y venganza, así como todos los errores y los mayores sufrimientos de la vida, desaparecerían de repente. Estos años humanos serían felices; y las eras eternas se sucederían en luminosidad y belleza; y la música triste y sosegada de la Humanidad, que resuena a través del mundo acentuando ahora el pesar y la reflexión melancólica, se tornaría en himnos que acompañarían a la Marcha del Tiempo, brotando

del corazón del mundo.

Si los hombres imitasen perfectamente al Grande, Sabio y Buen Maestro, y estuviesen revestidos por Su fe y Sus virtudes, ¡cómo se estrecharía el círculo de los males y tribulaciones de la vida! Las pasiones de los sentidos asaltarían en vano al corazón. La necesidad no tentaría más al hombre a actuar mal, ni la curiosidad a hacerlo precipitadamente. La ambición, extendiendo ante los hombres sus Reinos y Tronos, sus oficios y honores, no ocasionaría que nadie se desviase de su gran fidelidad. La injuria y el insulto resultarían avergonzados ante el perdón. «Padre», dirían los hombres, «perdónalos porque no saben lo que hacen». Nadie pretendería enriquecerse a costa de otro. Cada hombre sentiría que toda la raza humana son sus hermanos. Todo el dolor, el pesar y la angustia quedarían confortados por una perfecta fe y una entera confianza en la Infinita Bondad de Dios. El mundo a nuestro alrededor sería nuevo, y los Cielos se cernirían sobre nosotros; pues aquí, allí, y por todas partes, a través de las amplias glorias y esplendores del Universo, los hombres reconocerían y sentirían la presencia y el cuidado benéfico de un Padre amoroso.

Como quiera que el Masón puede creer en

credos, iglesias y milagros, y misiones del Cielo, debe admitir que la Vida y el carácter de Aquel que enseñó en Galilea, y de Cuyas enseñanzas nos han llegado fragmentos, son dignos de ser imitados. Su Vida es un Evangelio innegable. Sus enseñanzas no pueden perderse en el tiempo y ser olvidadas. Todos debemos admitir que sería causa de felicidad esforzarnos por imitarle. Nadie jamás sintió por Él un desprecio sincero, ni sumidos en la ira Le acusaron de taimado, ni encontraron inmoralidad al sumirse en Sus doctrinas; aunque puedan juzgar a los que le sucedieron, y afirmaron ser Sus apóstoles. Divino o humano, inspirado o únicamente un reformista esenio, se debe coincidir en que Sus enseñanzas son mucho más nobles, puras, despojadas de error e imperfección, que las de Sócrates, Platón, Séneca o Mahoma, o cualquiera otro de los grandes moralistas y reformadores del mundo.

Si nuestras metas estuviesen tan por encima del interés propio y del agrado egoísta como lo estuvieron las suyas; si nuestros pensamientos y palabras estuviesen tan destinados a la gran labor de beneficiar a nuestra raza —que es el verdadero trabajo para el que se nos ha traído a este mundo — como lo estuvieron los suyos; si nuestra naturaleza fuese tan gentil y tierna como lo fue la

suya; y si la sociedad, la nación, la familia, la amistad y el hogar nos fuesen tan queridos como lo fueron para Él, nos liberaríamos de repente de más de la mitad de las dificultades y sentimientos enfermos y dolorosos de nuestras vidas. La sencilla obediencia a la rectitud, en lugar del propio interés; el sencillo aprendizaje personal y mejoramiento propio en lugar de procurar constantemente el beneplácito de los otros; los propósitos sinceros en lugar de intenciones impropias buscadas de manera taimada y tortuosa, liberan nuestra mente de cuestiones turbadoras e irritantes.

No renunciar a las mejores y más nobles tendencias de nuestras naturalezas, ni a la felicidad, ni al justo amor y honor que debemos a los hombres; no humillarnos, ni renunciar a nuestro propio respeto, ni al justo y razonable sentido de nuestros méritos y errores, ni a nuestra propia rectitud en la virtud, esto es lo que la Masonería exige, o no exigiría que Le imitásemos; pero renunciar a nuestros vicios, nuestras faltas, nuestras pasiones, nuestras engañosas lisonjas a nosotros mismos; privarnos de nuestras ventajas externas, que únicamente pueden ser obtenidas a través del sacrificio de nuestra integridad interior, o por medio de ansiosas y fútiles artimañas e

industrias; mantener una conciencia tranquila, consintiendo a la opinión ir y venir a su antojo; mantener un elevado respeto de sí mismo, y ahuyentar la propia indulgencia; mantener la felicidad interior, otorgando a las comodidades externas un lugar secundario; renunciar a nuestro egoísmo, y a esa eterna ansiedad que nos provocar saber qué tendremos, y qué piensan los hombres de nosotros; y estar contento con la plenitud de las grandes mercedes de Dios, y ser feliz así. Pues es la devoción desordenada al yo, y la consideración del yo, que es siempre una piedra estorbando en el camino, lo que provoca preguntas, trampas y dificultades a nuestro alrededor, oscurece el camino de la Providencia, y nos ofrece un mundo mucho menos feliz del que podría ser.

Y la Masonería enseña lo mismo que él enseña: el afecto a nuestra familia, la ternura con nuestros amigos, la gentileza y paciencia hacia nuestros inferiores, la piedad con el que sufre, el perdón a nuestros enemigos, y a revestirnos de una naturaleza afectuosa y gentil disposición, invistiendo al dolor, al esfuerzo, a la agonía e incluso a la muerte de una belleza santa y serena. No nos enseña a revestirnos del ropaje del orgullo y la soberbia, a no cuidar del mundo

porque el mundo no nos cuida, a retirar nuestros pensamientos de la sociedad porque no nos hace justicia, y a ver cuán pacientemente podemos vivir dentro del confín de nosotros mismos, o en sosegada comunión, a través de los libros, con los muertos poderosos. Ningún hombre encontró nunca la paz o la luz de ese modo. Toda relación de odio, escarnio o desprecio hacia la humanidad está llena de vejación y tormento. A los hombres únicamente se les puede amar, admirar sus virtudes, compadecer y tolerar sus faltas, y perdonar sus ofensas. Odiar a tu adversario no te ayudará. Asesinarlo te ayudará aún menos. Nada dentro del compás del Universo te ayudará salvo compadecerle, perdonarle y amarle.

Si poseyésemos Su disposición gentil y afectuosa, Su amor y compasión por todos lo que yerran y ofenden, ¡cuántas dificultades, tanto dentro como fuera de nosotros, quedarían aliviadas! ¡Cuántas mentes pesarosas consolaríamos! ¡Cuántos problemas de la sociedad repararíamos! ¡Cuántas enemistades aplacaríamos! ¡Cuántos nudos de misterio y malentendido se desatarían con una simple palabra pronunciada en una simple y confiada verdad! ¡Cuántos senderos quebrados se allanarían, y cuántos senderos tortuosos se

enderezarían! Muchos lugares, ahora solitarios, se regocijarían; muchos lugares oscuros se llenarían de luz.

La Moralidad tiene sus axiomas, como el resto de ciencias; y estos axiomas son, en todos los idiomas, denominados en justicia verdades morales. Las verdades morales, consideradas en sí mismas, son tan ciertas como las verdades matemáticas. Dada la idea de un depósito, la idea de guardarlo fielmente le acompaña tan necesariamente como al concepto de triángulo la idea de que sus tres ángulos equivalen a dos ángulos rectos. Puedes violar un depósito; pero al obrar así no imagines que cambias la naturaleza de las cosas, ni que haces del depósito tu propiedad. Ambas ideas se excluyen mutuamente. No tienes más que una falsa apariencia de propiedad. Y todos los esfuerzos de las pasiones, todos los sofismas de interés, no subvertirán las diferencias esenciales. Por ello la verdad moral es tan imperativa; porque, como toda verdad, es lo que es, y no se deforma para adaptarse a ningún capricho. Es siempre igual, y siempre está presente, y por poco que pueda gustarnos, condena, con voz siempre audible, aunque no siempre obedecida, la voluntad insensata y culpable que cree impedir su existencia al negar,

o más bien al pretender negar, su existencia.

Las verdades morales se distinguen de otras verdades por esta característica singular: tan pronto como las percibimos, se nos aparecen como regla de nuestra conducta. Si es cierto que un depósito se lleva a cabo con el propósito de devolverlo a su legítimo propietario, *debe* ser devuelto. A la necesidad de *creer* la verdad, se añade la necesidad de *practicarla*. La necesidad de practicar las verdades morales es una obligación. Las verdades morales, necesarias para el ojo de la razón, son obligatorias para la voluntad. La obligación moral, al igual que la verdad moral que es su cimiento, es absoluta. Del mismo modo que las verdades necesarias no son más o menos necesarias, la obligación no es más o menos obligatoria. Hay grados de importancia entre las diferentes obligaciones, pero no hay grados en la obligación misma. No se está *bastante* obligado, o *casi* obligado, sino en su totalidad, o nada en absoluto. Si hay lugar de refugio contra la obligación, esta cesa de existir.

Si la obligación es absoluta, es inmutable y universal. Pues lo que es obligación hoy no puede no serlo mañana, del mismo modo que lo que es obligatorio para mí no puede no serlo para ti, pues en ese caso la obligación sería relativa y

contingente. La naturaleza absoluta, inmutable y universal de la obligación es cierta y manifiesta. El Bien es la base de la obligación. Si no lo fuese, la obligación no tendría cimiento, lo que es imposible. Si un acto conviene ser llevado a cabo, y otro no conviene, debe ser evidentemente porque hay una diferencia esencial entre ambos. Si uno no fuese bueno, y el otro malo, la obligación nos sería impuesta de forma arbitraria.

Hacer del Bien una consecuencia, o lo que fuese, sería aniquilarlo. O es lo primero, o no es nada. Cuando preguntamos a un hombre honesto por qué, a pesar de su necesidad, ha respetado la santidad de un dinero que le fue entregado en depósito, el responderá que porque era su deber. Si le preguntamos por qué era su deber, responderá que porque era lo correcto, era lo justo, lo bueno. Más allá de esto no hay respuesta que ofrecer, como no queda pregunta que plantear. Nadie permite que se le imponga un deber sin que se le ofrezca una razón para ello, pues cuando se admite en el fuero interno que el deber es dispuesto por la justicia, la mente queda satisfecha; pues se ha llegado al principio más allá del cual no hay nada que buscar, ya que la justicia es principio en sí misma. Las verdades primarias incluyen su propia razón; y la justicia,

diferencia esencial entre el Bien y el Mal, es la verdad primera de la moralidad.

La Justicia no es una consecuencia, pues no podemos establecer ningún principio por encima de ella. La verdad moral obliga por sí misma al hombre, no emana de él. La misma naturaleza de la Verdad y del Bien nos empuja a buscar la razón de la necesidad y la obligatoriedad. La obligatoriedad se fundamenta en la necesaria distinción entre el Bien y el Mal, y es en sí misma la base de la libertad. Si el hombre tiene tareas que llevar a cabo, debe ser capaz de culminarlas, de resistir el deseo, la pasión y el interés con el objetivo de obedecer la ley. Debe ser libre; pues de no ser así la naturaleza humana se hallaría en contradicción consigo misma. La certeza de la obligación implica la correspondiente certeza de libre albedrío.

Es la voluntad la que es libre, aunque en ocasiones esa voluntad pueda no tener efecto. El poder de hacer no debe ser confundido con la voluntad. El primero puede ser limitado, pero el segundo es soberano. Los efectos externos pueden ser prevenidos, pero el libre albedrío no. Somos conscientes de este poder soberano de la voluntad. Sentimos en nuestro interior, antes de ser concluyente, la fuerza que puede determinarla

en un modo u otro. Al mismo tiempo que deseo esto o lo otro, soy consciente de que puedo desear lo contrario. Soy consciente de que soy dueño de mi decisión, de que puedo revisarla, confirmarme en ella o volver a examinarla. Una vez que el acto ha cesado, la conciencia del poder que lo produjo se mantiene.

Esa conciencia permanece por encima de cualquier otra manifestación de poder, de lo que se deduce que el libre albedrío es el atributo esencial y siempre perdurable de la voluntad misma.

Al mismo tiempo que juzgamos que un actor libre ha cometido un acto bueno o malo, brota un segundo juicio tan necesario como el primero: que si ha obrado bien, merece recompensa; y si ha obrado mal, merece castigo. Tal juicio puede ser expresado de una manera más o menos vívida, en la medida en que se vea envuelta en sentimientos más o menos ardientes. En ocasiones no será más que un sentimiento amable hacia el que ha obrado bien, o moderadamente hostil hacia el culpable; otras veces el sentimiento será entusiasta o de indignación. El juicio del mérito o demérito está íntimamente conectado con el juicio del bien y del mal. El mérito es el derecho natural que tenemos a ser recompensados; el demérito es el derecho

natural que los otros tienen a castigarnos. Independientemente de que se haya recibido la recompensa, o se haya sufrido el castigo, el mérito o demérito subsisten igualmente. El castigo y la recompensa constituyen la satisfacción del mérito o demérito, pero no son el mérito y demérito en sí mismos. Quita los primeros, y continuarán los segundos. Pero si quitas los segundos, ya no existirán recompensas o castigos reales. Cuando un hombre mezquino alcanza nuestros meritorios honores, no ha obtenido más que la apariencia externa de una recompensa, un mero beneficio material. La recompensa es esencialmente moral, siendo su valor independiente de la forma. Una de esas sencillas coronas de hojas de roble con que los primeros romanos recompensaban el heroísmo era de mayor valor que todas las riquezas del mundo, cuando era signo de gratitud y admiración del pueblo. La recompensa conforme al mérito es una deuda; sin mérito es una limosna o un robo.

El Bien es bien en sí mismo, y debe cumplirse, sean cuales sean las consecuencias. El resultado del Bien no puede ser sino afortunado. La felicidad, separada del bien, es un hecho exento de significado moral; pero al ser efecto del Bien, entra en el orden moral, completándolo y

coronándolo. La Virtud sin felicidad, y el crimen sin remordimiento, son contradicciones y desórdenes. Si la virtud implica sacrificio (es decir, sufrimiento), la justicia eterna exige que ese sacrificio, generosamente aceptado y llevado con coraje, sea recompensado con la misma felicidad que fue sacrificada, del mismo modo que el crimen debe ser castigado con una desdicha igual a la felicidad culpable que pretendió obtener.

Esta ley que liga el placer y el pesar al bien y el mal se cumple, en general, incluso aquí abajo. Pues el orden rige en el mundo, dado que el mundo perdura. ¿Qué a veces tal orden es alterado? ¿Qué la felicidad y el pesar no son siempre distribuidos en legítima proporción al crimen y la virtud? El juicio absoluto del Bien, el juicio absoluto de la obligación, el juicio absoluto del mérito y demérito, continúan subsistiendo, inviolables e imprescriptibles. Y no podemos sino creer que Aquel que implantó en nosotros el sentimiento y la idea de orden no puede estar falto del mismo, y que Él, tarde o temprano, restablecerá la armonía de la virtud y la felicidad por medios que sólo a Él corresponde discernir.

El Juicio de los Justos, la decisión de que esta cosa es buena, y esta otra no lo es, es la base

primigenia, que reposa sobre sí misma. Por su íntimo parecido con el juicio de lo verdadero y hermoso, nos muestra las secretas afinidades de la moralidad, la metafísica y la estética. El bien, tan íntimamente unido a la verdad, se distingue de ella únicamente porque es la verdad puesta en práctica. El bien es obligatorio. Se trata de dos ideas inseparables pero no idénticas. La idea de obligación reposa sobre la idea del Bien. En esta íntima alianza, la obligación toma prestado del Bien su carácter universal y absoluto.

El Bien obligatorio es la ley moral. Esta es la base de toda moralidad. Por ello nos distanciamos de la moralidad de interés y la moralidad de sentimiento. Admitimos la existencia de tales hechos, y su influencia; pero no les asignamos el mismo rango.

A la ley moral se corresponde, en la razón del hombre, la libertad de acción. La libertad se deduce de la obligación, lo que es un hecho incontestable. El hombre, como ser libre y sujeto a obligación, es un espíritu moral, lo que implica la idea de Derecho. A estas ideas se añaden las de mérito y demérito, lo que implica la distinción entre el bien y el mal, la obligación y la libertad, desembocando en las ideas de recompensa y castigo.

Los sentimientos juegan una parte nada desdeñable en la moralidad. Todos los juicios morales son acompañados por sentimientos que responden a ellos. La voluntad humana extrae de las secretas fuentes del entusiasmo la misteriosa virtud que los transforma en héroes. La Verdad ilumina y guía. Los sentimientos caldean e inclinan a la acción. El interés también tiene su parte, de modo que la esperanza de felicidad es el estímulo motor de las acciones de los hombres.

Tal es la admirable economía de la constitución moral del hombre. Su objetivo supremo es el Bien, y su ley es la Virtud, que a menudo le impone sufrimiento, lo que le hace elevarse por encima del resto de criaturas creadas que nos son conocidas. Pero esta ley es áspera, y en contradicción con el instintivo deseo de felicidad, pues el Benéfico Autor de su ser ha dispuesto en su alma, junto a la severa ley del deber, la dulce y deliciosa fuerza del sentimiento. Generalmente se asocia la felicidad a la virtud; pero en las excepciones, pues las hay, está dispuesta la Esperanza al final del viaje que ha de ser realizado. De modo que hay un lado en el que la moralidad se toca con la religión. Es una sublime necesidad humana el ver en Dios al Legislador infinitamente sabio, al Testigo siempre presente,

al Juez infalible de la Virtud. La mente humana, que siempre asciende hacia Dios, consideraría los cimientos de la fe demasiado inestables si Dios no fuese el primer principio de la ley moral. Deseosos de otorgar un carácter religioso a la ley moral, corremos el riesgo de despojarla de su contenido genuinamente moral al hacerlo. Podemos referirla a Dios tan por completo que lleguemos a hacer de su voluntad algo arbitrario. Pero la voluntad de Dios, de donde deducimos la moralidad para otorgarle autoridad, no tiene autoridad moral en sí misma. El Bien proviene únicamente de la voluntad de Dios; pero de Su voluntad, en tanto en cuanto es expresión de Su sabiduría y justicia. La Eterna Justicia de Dios es el único cimiento de la Justicia, tal y como la humanidad la percibe y practica. Lo bueno, el deber, el mérito y el demérito, son referidos a Dios, como todo es referido a él; pero aun así tienen una propia evidencia y autoridad. La religión es la corona de la Moralidad, no su base. La base de la Moralidad se halla en ella misma. El código moral de la Masonería es aún más extenso que el desarrollado por la filosofía. A los requisitos de la ley de la naturaleza y la ley de Dios, se añade la obligación imperativa de un contrato. Al entrar en la Orden, el iniciado ata su

persona a todo Masón sobre la faz de la Tierra. Una vez enrolado en los Hijos de la Luz, todo Masón se convierte en su Hermano, y le debe la atención, amabilidad y comprensión de un Hermano. A todos puede pedir asistencia en caso de necesidad, protección en caso de peligro, comprensión ante las adversidades, cuidado en la enfermedad, y un entierro decente tras la muerte. No hay un Masón en el mundo que esté exento de acudir en su ayuda cuando se halle en peligro, si la probabilidad de salvar su vida es mayor que la de perder la propia. Ningún Masón puede inducirle a equívoco respecto al valor de cualquier cosa a sabiendas, ni permitir que otros lo hagan si está en su mano impedirlo. Ningún Masón puede hablar mal de él, ni en su presencia ni a sus espaldas. Todo Masón debe guardar sus secretos legítimos, y ayudarle en el negocio, defenderle cuando sea injustamente acosado, y proteger, aconsejar y asistir a su viuda y huérfanos. Lo que tantos miles le deben a él, él lo debe a todos y cada uno de ellos. Se ha atado solemnemente a estar siempre dispuesto a saldar esta deuda sagrada. Si no lo hiciera así, sería deshonesto y perjuro; y sería de una mezquindad sin igual obtener buenos Oficios empleando falsos pretextos, o recibir una atención y servicio que le

serían concedidos sobre la expectativa de que él obraría igual, para defraudar posteriormente, y sin razón suficiente, esa justa expectativa. A través de su solemne juramento, la Masonería le obliga también a llevar una vida más pura, a ejercer una generosidad más noble, una caridad más perfecta tanto de pensamiento como de obra; a ser tolerante, católico en su amor por el género humano, y ardiente en su celo por el interés y el progreso de la Humanidad. Tales son, creemos, la Filosofía y Moral del Maestro Masón, y tal es su Verdadera Palabra.

Los antiguos sostenían que el mundo era gobernado por Siete Causas Secundarias, y que estas eran las fuerzas universales, conocidas por los hebreos por el nombre plural ELOHIM. Estas fuerzas, análogas y contrarias unas a otras, producían el equilibrio por su contraste, y regulaban el movimiento de las esferas. Los hebreos las denominaban los Siete Grandes Arcángeles, y les otorgaron nombres, cada uno de los cuales era la combinación de otra palabra con AL, primer Dios-Naturaleza de los fenicios, considerado como Principio de Luz, representándolas así como Sus manifestaciones. Otros pueblos asignaron a estos espíritus el gobierno de los siete planetas entonces

conocidos, a los que dieron el nombre de sus grandes divinidades. De este modo, en la Cábala, las últimas Siete Sefirot constituían Atik Yomin, el Antiguo de los Días. Y estas, así como los Siete Planetas, se correspondían con los siete colores descompuestos por el prisma, y las siete notas de la octava musical.

Siete es el número sagrado en toda teogonía y en todo simbolismo, dado que se compone del tres y del cuatro. Representa el poder mágico en toda su fuerza. Es el Espíritu asistido por todos los Poderes Elementales, el Alma servida por la Naturaleza, el Sacro Imperio citado en la Clavícula de Salomón, simbolizado por un guerrero coronado que porta un triángulo en su coraza, y que permanece de pie sobre un cubo al que se hallan encadenadas dos esfinges, una negra y otra blanca, tirando en direcciones opuestas y girando la cabeza para mirar atrás.

Siete son los Vicios, como siete son las Virtudes, que fueron simbolizadas por los siete cuerpos celestiales entonces conocidos como planetas. La Fe, con el reverso de la arrogante Confianza, era representada por el Sol. La Esperanza, enemiga de la Avaricia, por la Luna. La Caridad, opuesta a la Lujuria, por Venus. La Fuerza, más fuerte que la Ira, por Marte. La

Prudencia, el opuesto de la Indolencia, por Mercurio. La Templanza, antípoda de la Gula, por Saturno. Y la Justicia, opuesta a la Envidia, por Júpiter.

El libro cabalístico del Apocalipsis se representa cerrado con siete sellos. En él encontramos a los siete genios de las mitologías antiguas; y la doctrina oculta bajo sus símbolos es la Cábala, perdida por los fariseos cuando aconteció el Adviento del Salvador. Las imágenes que se plasman en este relato asombroso son en muchas ocasiones pentáculos, de los que los números 3, 4, 7 y 12 son las claves.

El Querubín, o toro simbólico, que Moisés ubica a la entrada del Edén blandiendo una espada flamígera, es una esfinge, con el cuerpo de un toro pero con cabeza humana: la antigua esfinge asiria que narraba en jeroglíficos el combate y victoria de Mitra. Esta esfinge armada representa la ley del Misterio, que monta guardia en el umbral de la Iniciación para rechazar al profano. También representa el gran Misterio Mágico, todos los elementos que el número 7 expresa, pero sin ofrecer su última palabra. Esta era la «palabra impronunciable» de los sabios de la Escuela de Alejandría, palabra que los cabalistas hebreos escribían והיה (IHUH), y

traducían por אואויחא (ARARITA), expresando así la triple naturaleza del Principio Secundario, el dualismo de los del medio, y también la Unidad del Primer Principio, así como del Final; y también la conjunción del número 3 con el número 4 en una palabra en la que intervienen cuatro letras, pero formada por siete, pues una está triplicada y otra aparece dos veces. Esta palabra se pronuncia *Ararita*.

Las vocales de la lengua griega eran también siete en número, y eran empleadas para designar los siete planetas.

Tsadok o Saduc era el Dios Supremo de los fenicios. Sus siete hijos eran probablemente los siete Cabirios, y él era el Heptakis, el Dios de Siete Rayos. Cronos, el Saturno griego —tal como Filón atribuye a Sanchoniaton— tenía seis hijos, y Astarté siete hijas, las Titánides. Los persas adoraban a Ahura Mazda u Ormuz, así como a los siete Ameshas Spentas, de los cuales los tres primeros eran los Señores del Imperio de la Luz, el Fuego y el Esplendor. Los babilonios adoraban a Bal y a los Dioses. Los chinos a Shangti y los Seis Espíritus Principales; y los griegos a Cronos y los Seis Grandes Dioses Masculinos, progenie del anterior: Zeus, Poseidón, Apolo, Ares, Hefaistos y Hermes;

mientras las deidades femeninas eran igualmente siete: Rea, esposa de Cronos, Hera, Atenea, Artemisa, Afrodita, Hestia y Démeter. En la teogonía órfica, Gaia produjo los catorce titanes, siete masculinos y siete femeninos, siendo Cronos el más poderoso de lo masculinos; y del mismo modo que el número siete aparece en estos, tres veces tres, o el triple triángulo, aparece en los tres Mœraê o Fatos, los tres Centimanes y los tres Cíclopes, vástagos de Urano y Gaia, o el Cielo y la Tierra.

Los metales, al igual que los colores, eran tenidos por siete en número, asignándose un metal y un color a cada planeta. De los metales, el oro se asignaba al Sol y la plata a la Luna.

El palacio de Deioces en Ecbatana tenía siete murallas circulares de distintos colores, estando las almenas de las dos más interiores cubiertas respectivamente de plata y oro.

Y las Siete Esferas de Borsipa estaban representadas por las Siete Historias, cada una de distinto color, de la torre o pirámide truncada de Bal en Babilonia. El faraón vio en su sueño —que Josué interpretó— siete espigas de trigo en un tallo, plenas y buenas, y posteriormente siete espigas atrofiadas, flacas, destrozadas por el viento de Oriente; y las siete espigas flacas

devoraron las siente espigas buenas. Y Josué interpretó el sueño como siete años de abundancia seguidos por siete años de hambruna.

Relacionado con esto Eben Hesham narra que una lluvia torrencial dejó al descubierto un sepulcro en Yemen donde yacía una mujer que llevaba en su cuello siete collares de perlas, y en sus manos y pies brazaletes y pulseras, siete en cada uno, con una inscripción en una tableta que mostraba que, tras intentar en vano comprar grano de Josué, ella, Tajah, hija de Dzu Shefar, y su pueblo, perecieron de hambre.

Escucha de nuevo las palabras del adepto que estudió profundamente los misterios de la ciencia, y escribió, del mismo modo que hablaban los antiguos oráculos, en enigmas; pero que sabía que la teoría de las fuerzas mecánicas y la materialidad de los más potentes agentes de la Divinidad no explica nada, y no puede satisfacer a nadie.

A través del velo de todas las alegorías hieráticas y místicas de los antiguos dogmas, bajo el sello de toda sagrada escritura, en las ruinas de Nínive o Tebas, en las desgastadas piedras de los antiguos templos, en el rostro oscurecido de la esfinge de Asiria o Egipto, en las imágenes monstruosas o maravillosas que las sagradas

páginas de los Vedas ofrecían a los creyentes de la India, en los extraños emblemas de nuestros viejos libros de Alquimia, en las ceremonias de recepción de todas las sociedades mistéricas, encontramos los indicios de una doctrina semejante en todas partes, y en todas partes igual de velada. La filosofía oculta parece haber sido la nodriza o madrina de todas las religiones, la palanca secreta de todas las fuerzas intelectuales, clave de todas las oscuridades divinas y Reina de la Sociedad absoluta, en los tiempos en que quedaba reservada exclusivamente para la educación de sacerdotes y reyes.

Esta filosofía reinó en Persia con los Magos, que perecieron un día, como todos los señores del mundo han perecido, por haber abusado de su poder. Dotó a la India de las más maravillosas tradiciones, y de un increíble lujo de poesía, gracia y terror en sus emblemas. Civilizó Grecia con el sonido de la lira de Orfeo. Ocultó los principios de todas las ciencias, y de la completa progresión del espíritu humano, en los audaces cálculos de Pitágoras, leyenda repleta de sus milagros; e historia, una vez que se aplicó a juzgar este poder desconocido, confundido en sí mismo con fabulación. Agitó o debilitó imperios con sus oráculos; hizo que tiranos palideciesen en

sus tronos, y reinó sobre las mentes por medio de la curiosidad o el miedo. Para esta ciencia, decía el vulgo, nada es imposible: da órdenes a los elementos, conoce el lenguaje de los planetas y controla el movimiento de las estrellas; a su orden, la Luna cae, apestando a sangre, desde el cielo. Los muertos se levantan de sus tumbas, y el viento que respiran a través de sus cráneos entona palabras fatales. Controladora del Amor y el Odio, esta ciencia puede conferir a los corazones humanos el Cielo o el Infierno a placer. Dispone a su conveniencia de todas las formas, y distribuye la belleza o la deformidad según le place. Al igual que la vara de Circe, convierte a los hombres en bestias y a los animales en hombres. Incluso dispone de la Vida y la Muerte, y puede proporcionar a sus adeptos riquezas gracias a la transmutación de metales, así como la inmortalidad por medio de su quintaesencia y elixir, compuesto de oro y luz.

Esto es lo que la magia había sido desde Zaratustra a Manes, desde Orfeo a Apolonio de Tiana, cuando la Cristiandad positiva, triunfante sobre los espléndidos sueños y enormes aspiraciones de la Escuela de Alejandría, aplastó públicamente esta filosofía con sus anatemas, forzándola a volverse más oculta y misteriosa que

nunca.

Subyaciendo a la magia, no obstante, se hallaba la ciencia, como el amor subyace al cristianismo. Y en los símbolos evangélicos vemos la Palabra Encarnada adorada en su infancia por los tres Magos a los que guió una estrella (el ternario y símbolo del microcosmos), recibiendo de ellos oro, incienso y mirra (otra misteriosa terna, cuyo emblema encierra alegóricamente los más elevados secretos de la Cábala).

La Cristiandad no debería haber odiado la magia; pero la ignorancia humana siempre teme lo desconocido. La ciencia fue obligada a ocultarse para evitar las apasionadas agresiones de un amor ciego. Se refugió en nuevos jeroglíficos, ocultó sus esfuerzos y disfrazó sus esperanzas. Entonces se creó la jerga de la Alquimia, engaño constante para el vulgo sediento de oro, y lenguaje vivo reservado a los verdaderos discípulos de Hermes. Recurriendo a la Masonería, los alquimistas inventaron grados en ella, revelando su doctrina de forma parcial a sus iniciados, no mediante el lenguaje, sino por las enseñanzas orales posteriores; pues los rituales, salvo que se posea su clave, no son sino una jerga incomprensible y absurda.

Entre los libros sagrados de los cristianos

figuran dos textos que la infalible iglesia no quiere comprender, y nunca intenta explicar: la profecía de Ezequiel y el Apocalipsis; dos clavículas cabalísticas reservadas, no hay duda, en el Cielo, para la exposición de los Reyes Magos; cerradas con siete sellos para todos los fervientes creyentes; y perfectamente claras para el incrédulo iniciado en las ciencias ocultas.

Para los cristianos, y en su opinión, las clavículas mágicas y científicas de Salomón han sido perdidas. No obstante es cierto que, en el ámbito de la inteligencia gobernada por la Palabra, nada de lo escrito es susceptible de ser perdido. Únicamente aquellas cosas que los hombres dejan de comprender dejan de existir para ellos, al menos como Palabra. Entonces esas cosas entran en el dominio de los enigmas y el misterio.

El misterioso fundador de la Iglesia Cristiana fue saludado en Su cuna por tres Magos, que es lo mismo que decir por los hieráticos embajadores de las tres partes del mundo conocido, y de los tres mundos analógicos de la filosofía oculta. En la Escuela de Alejandría, la Magia y el Cristianismo casi iban de la mano bajo los auspicios de Amonio Saca y Platón. El dogma de Hermes aparece casi en su totalidad en los

escritos atribuidos a Dionisio el Areopagita. Sinesio escribe un tratado sobre los sueños, el cual posteriormente fue comentado por Cardán, y compone himnos para la liturgia de la Iglesia de Swedenborg, suponiendo que una iglesia de *illuminati* pudiese tener liturgia.

A esta época de ardientes abstracciones y vehemente logomaquia pertenece el reinado filosófico de Julián, *illuminati* e iniciado de primer orden, que creía en la unidad de Dios y el dogma universal de la Trinidad, y que no lamentaba la pérdida de nada del mundo antiguo salvo sus magníficos símbolos y gráciles imágenes. No era pagano, sino gnóstico, impregnado de las alegorías del politeísmo griego, y cuya desgracia fue encontrar el nombre de Jesucristo menos sonoro que el de Orfeo.

Podemos estar seguros de que, tan pronto como la religión y la filosofía se convirtieron en compartimentos distintos, la actividad mental de la época sirvió a su fe; y que, aunque el hábito pudo sostener a la filosofía durante algún tiempo, su vitalidad estaba herida de muerte.

Los incompetentes que con tanta prontitud descarriaron al cristianismo primitivo, sustituyendo la fe por la ciencia, el ensueño por la experiencia, lo fantástico por la realidad; y los

inquisidores que durante tantos siglos desataron contra el Magismo una guerra de exterminación, han triunfado y envuelto en oscuridad los antiguos descubrimientos de la mente humana. De modo que ahora tanteamos en la oscuridad intentando encontrar de nuevo la clave de los fenómenos naturales. Pero todos los fenómenos naturales dependen de una ley única e inmutable, representada por la Piedra Filosofal y su forma simbólica, que es la de un cubo. Esta ley, expresada en la Cábala por el número 4, surtió a los hebreos de todos los misterios de su divino Tetragrama. Todo está contenido en esa palabra de cuatro letras. Es el Azot de los Alquimistas, el Thot de los bohemios, el Taró de los Cabalistas. Proporciona al Adepto la última palabra de las ciencias humanas, y la clave del Poder Divino: pero únicamente sabe cómo aprovecharlo aquel que comprende la necesidad de nunca revelarlo. Si Edipo, en lugar de asesinar a la Esfinge, la hubiese *conquistado* y llevado a Tebas encadenada a su carro, habría sido rey sin incesto, calamidad o exilio. Si Psique, por medio de sumisión y caricias, hubiese persuadido a Amor para que se revelase, nunca lo habría perdido. Amor es una de las imágenes mitológicas del gran secreto y el gran agente, porque expresa

simultáneamente acción y pasión, vacío y plenitud, flecha y herida. Los Iniciados deben comprender esto, y por temor a que los profanos escuchen más de lo que deben, la Masonería no dice nunca demasiado.

Cuando la ciencia fue vencida en Alejandría por el fanatismo de los asesinos de Hipatia, se convirtió en cristiana, o más bien se ocultó bajo la apariencia de cristianismo con Amonio, Sinesio, y el autor de los libros de Dionisio el Areopagita. Entonces se convirtió en necesario ganar el perdón de la religión por medio de apariencias de superstición, y el de la ciencia empleando un lenguaje ininteligible. La escritura jeroglífica revivió, y se inventaron pentáculos y caracteres que resumían una doctrina completa en un signo, y una serie completa de tendencias y revelaciones en una palabra. ¿Cuál era el propósito de los aspirantes al conocimiento? Buscaban el secreto del gran trabajo, o de la Piedra Filosofal, o el movimiento perpetuo, o la cuadratura del círculo, o el fármaco universal; fórmula que a menudo les salvaban de la persecución y la inquina general, pues se les consideraba como enajenados, cuando cada uno de esos conceptos expresaba las distintas fuerzas del gran secreto mágico. Esto se prolongó hasta el

tiempo del Romance de la Rosa, que también expresa el significado mágico y misterioso del poema de Dante, tomado prestado de la Alta Cábala, esa fuente inmensa y oculta de filosofía universal.

No es extraño que el hombre conozca poco de las potencias del alma humana y las aprecie de forma imperfecta, dado que no conoce nada de lo concerniente a la naturaleza del alma y su modo de operación. Que su propia voluntad pueda mover su brazo, u obligar a otro a obedecerle; que sus pensamientos, expresados simbólicamente por los signos de escritura, puedan influenciar o liderar a otros hombres, son misterios tan incomprensibles para él como el hecho de que la voluntad de la Deidad pudiese llevar a cabo la creación del Universo.

Los poderes de la voluntad nos son todavía indefinidos y desconocidos. Discernir si los distintos fenómenos deben ser considerados como consecuencia del poder único de la voluntad, o del magnetismo o de cualquier otro agente natural, es un punto todavía por discernir. Pero todos coinciden en que el poder concentrado de la voluntad es en todo caso necesario para el éxito.

Que estos fenómenos son reales es algo fuera de toda duda, salvo que dejemos de conceder

crédito al testimonio humano; y si son reales, no hay razón para dudar que hayan sido llevados a cabo hasta ahora por muchos adeptos a los poderes que antaño se consideraban mágicos. No hay mejor muestra de ello que los hechos extraordinarios de los brahmines. Ninguna religión está apoyada en testimonios más sólidos, como ninguna ha intentado explicar lo que pueden ser denominados sus milagros.

Hasta qué punto, en esta vida, la mente y el alma pueden actuar independientemente del cuerpo, nadie lo sabe. Que la voluntad pueda actuar al margen de todo contacto corporal, así como el fenómeno de los sueños, son portentos que confunden al más sabio e instruido, no siendo las explicaciones que se nos ofrecen más que un babel de palabras.

El hombre todavía conoce poco acerca de las fuerzas de la naturaleza. Se halla rodeado, controlado y gobernado por ellas, mientras se cree vanamente independiente, no solo de su raza, sino de la naturaleza universal y de sus fuerzas de múltiples dimensiones, cuando en realidad es esclavo de estas fuerzas, salvo que se haya convertido en su maestro. No puede ignorar su existencia ni ser sencillamente el vecino de estas.

Hay en la naturaleza una fuerza

extraordinariamente potente, gracias a la cual un único hombre, capaz de poseerla, y que supiese como dirigirla, podría revolucionar y cambiar la faz del mundo.

Esta fuerza era conocida para los antiguos. Es un elemento universal, cuya suprema ley es el equilibrio, y por medio de la cual, si la ciencia aprende como controlarla, sería posible cambiar el orden de las estaciones, provocar durante la noche los fenómenos del día, enviar un pensamiento de forma instantánea alrededor del mundo, curar o matar a distancia, otorgar a nuestras palabras un éxito universal y hacerlas reverberar por doquier.

Este elemento, revelado parcialmente por las ciegas intuiciones de los discípulos de Mesmer, es precisamente lo que los Adeptos de la Edad Media denominaban la materia elemental de la Gran Obra. Los gnósticos sostenían que componía el cuerpo ígneo del Espíritu Santo; y era adorado en los ritos secretos del Sabbath o el Templo, bajo la figura jeroglífica de Bafomet o la cabra hermafrodita de Mendes.

Hay un Principio Vital del Mundo, un agente universal, en el que se dan dos naturalezas en una doble corriente, de amor y de rabia. Este fluido ambiente lo penetra todo. Es un rayo separado de

la gloria del Sol, y fijado por el peso de la atmósfera y la atracción central. Es el cuerpo del Espíritu Santo, el Agente Universal, la Serpiente que devora su propia cola. Los antiguos y los alquimistas estaban familiarizados con este éter electromagnético, esta fuerza calórica luminosa y vital. Sobre este elemento, esa fase de ignorancia moderna llamada ciencia física se expresa de forma incoherente, desconociendo todo de ella salvo sus efectos; y la teología podría aplicarle todas sus pretendidas definiciones de espíritu. En reposo, no resulta apreciable por ningún sentido humano; alterada o en movimiento, nadie puede explicar su modo de acción; y denominarla fluido y hablar de sus corrientes no es más que extender una nube de palabras sobre una profunda ignorancia.

La fuerza atrae fuerza; la vida atrae vida; la salud atrae salud. Es una ley de la naturaleza. Si dos niños viven juntos, e incluso duermen juntos, y uno es débil y el otro fuerte, el fuerte absorberá al débil, que perecerá.

En las escuelas, algunos alumnos absorben el intelecto de otros, y en todo círculo de personas pronto aparece un individuo que se apropia de las voluntades de los otros. Quedar cautivados por la corriente es muy común, y uno se deja llevar por

la multitud tanto en la moral como en lo material. Pero toda voluntad humana tiene casi un poder absoluto para determinar sus propios actos; y toda demostración externa de voluntad tiene influencia en las cosas externas.

Tissot atribuyó la mayoría de las enfermedades a la voluntad, o a la influencia perversa de las voluntades ajenas. Nos convertimos en sujeto de las voluntades de otros por la analogía de nuestras inclinaciones, y más aún por la de nuestros defectos. Fomentar la debilidad del individuo es poseerlo, y hacer de él un instrumento en el orden de los mismos errores y depravaciones. Pero cuando hay dos naturalezas análogas en sus vicios, y una se subordina a la otra, entonces hay un fenómeno de sustitución de la más débil por la más fuerte, y la mente fuerte realmente aprisiona a la débil. A veces la mente débil lucha, y se revuelve ingenuamente, pero su derrota la sume en una servidumbre aún mayor.

Todos tenemos algún defecto dominante por el que el enemigo puede hacernos caer. En unos es la vanidad, en otros la indolencia, en la mayoría el egoísmo. Permite a un espíritu taimado y perverso que se enseñoree de él, y estarás perdido. Entonces te convertirás, no en un insensato, ni un idiota, pero sin duda en un lunático, en el esclavo

de un impulso que vendrá de fuera. Tendrás un horror instintivo a cualquier cosa que pudiese restaurarte a la razón, y no escucharás a nada que lleve la contraria a tu locura.

Los milagros son efectos naturales de causas excepcionales.

La acción inmediata de la voluntad humana sobre los cuerpos, o al menos esta acción ejercida sin medios visibles, constituye un milagro de orden físico. La influencia ejercida en las voluntades e intelectos, de forma repentina o a lo largo de un período de tiempo, y capaz de tomar cautivos los pensamientos, cambiando las más firmes resoluciones y paralizando las más violentas pasiones, constituye un milagro en el orden moral. El error común con respecto a los milagros es contemplarlos como efectos sin causa, como contradicciones de la naturaleza y ficciones repentinas de la imaginación divina; pues percatarse de un único milagro de este corte rompería la armonía universal y retornaría el Universo al Caos.

Hay milagros imposibles para el mismo Dios, y estos son los milagros absurdos. Si Dios pudiese ser absurdo por un único instante, ni Él ni el Universo existirían un instante después. Esperar que el Libre Albedrío Divino produzca un efecto

cuya causa no es reconocida o no existe, es lo que se denomina tentar a Dios. Es precipitarse en el vacío.

Dios actúa por medio de Sus obras: en el Cielo, por medio de los ángeles; en la Tierra, por medio de los hombres. En el cielo de las concepciones humanas, es la humanidad la que crea a Dios; y los hombres creen que Dios les ha creado a Su imagen, porque ellos le hacen a Él a la suya. El dominio del hombre es toda la naturaleza corpórea y visible de la tierra; y si bien no puede gobernar los planetas y las estrellas, al menos sí puede calcular su movimiento, medir sus distancias, e identificar su voluntad con su influencia. Puede modificar la atmósfera, actuar hasta cierto punto sobre las estaciones, curar y afligir con enfermedades a otros hombres, preservar la vida y causar la muerte.

Lo absoluto de la razón y la voluntad es el mayor poder que es permitido a los hombres alcanzar; y es por medio de este poder como se lleva a cabo lo que la multitud admira bajo el nombre de milagro.

El Poder es el empleo sabio de la voluntad, que hace que incluso la Fatalidad misma sirva para cumplir los propósitos de los Sabios.

La Omnipotencia es la Libertad más absoluta; una Libertad absoluta no puede existir sin un perfecto equilibrio; y las columnas Jakin y Boaz son también el Poder ilimitado y el Esplendor de Perfección de la Deidad, séptimo y octavo Sefirot de la Cábala, de cuyo equilibrio resulta la eterna permanencia y estabilidad de Sus planes y obras, así como el Éxito perfecto y el Dominio ilimitado, que son el noveno y décimo Sefirot, de los cuales el Templo de Salomón, con su majestuosa simetría, erigida sin el sonido de las herramientas de metal, es el símbolo. «Pues Tuyo», reza la más perfecta de las oraciones, «es el Dominio, el Poder y la Gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

Lo Absoluto es la necesidad última del Ser, la ley inmutable de la Razón y la Verdad. Es LO QUE ES. Pero lo que es antecede en cierto modo a QUIÉN ES. El mismo Dios no existe sin razón de existir. No existe accidentalmente. No podría no existir. Su existencia, por ello, es precisa, es necesaria. Dios *puede* existir únicamente en razón de una Razón Suprema e inevitable. Esa Razón, pues, es lo Absoluto, pues es en ello en lo que debemos creer, si deseamos que nuestra fe tenga una base razonable y sólida. En nuestros tiempos se ha dicho que Dios es una hipótesis; pero la

Razón absoluta no lo es: es esencial para la existencia.

Santo Tomás de Aquino afirmó: «Una cosa no es justa porque Dios la desee, sino que Dios la desea porque es justa». Si hubiese deducido todas las consecuencias de este excelente pensamiento, habría descubierto la verdadera Piedra Filosofal; el elixir mágico para transformar todas las pruebas de este mundo en gracia dorada. Del mismo modo que para Dios es necesario existir, es igualmente necesario ser justo, amoroso y clemente. No puede ser injusto, cruel y despiadado. No puede rechazar la ley del bien y el mal, del mérito y el demérito; pues las leyes morales son tan absolutas como las leyes físicas. Hay cosas imposibles, como que dos y dos sean cinco; o como es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo; y del mismo modo es imposible que la Deidad convierta el crimen en un mérito, o que el amor y la gratitud sean algo perverso. Del mismo modo que era imposible crear al Hombre perfecto, con sus sentidos corporales y apetitos, y como sería imposible que sintiese el placer pero no el dolor.

Por ello, conforme a la idea de Santo Tomás, las leyes morales son promulgadas por la Voluntad Divina únicamente porque son dictados

de la absoluta Sabiduría y Razón, así como revelaciones de la Naturaleza Divina. Y en ello se sustenta el derecho de la Deidad para decretarlas, del mismo modo que únicamente así alcanzamos la certeza en la Fe de que el Universo es una única Armonía.

Creer en la Razón de Dios, y en el Dios de la Razón, es hacer del ateísmo algo imposible. Son los idólatras los que han hecho a los ateos.

La Analogía es la herramienta que desvela al Sabio todas las fuerzas de la Naturaleza. Es la clave del Gran Arcano, la raíz del Árbol de la Vida, la ciencia del Bien y del Mal.

Lo Absoluto es Razón. La Razón es por sí misma. Es porque es, y no porque la supongamos. Es, donde nada existe; pero nada podría ser posible sin Ella. La Razón es Necesidad, Ley, la Regla de toda Libertad, y la dirección de toda iniciativa. Si Dios es, es por la Razón. La concepción de una Deidad Absoluta fuera o independiente de la Razón se convierte en el Ídolo de la Magia Negra, el Fantasma del Demonio.

La Inteligencia Suprema es necesariamente racional. Dios, en la filosofía, no puede ser más que una hipótesis; pero una hipótesis impuesta por el buen sentido de la Razón Humana. Personificar

la Razón Absoluta es determinar el Ideal Divino.

¡NECESIDAD, LIBERTAD Y RAZÓN! ¡Contempla el Gran y Supremo Triángulo de los Cabalistas!

¡DESTINO, VOLUNTAD Y PODER! Tal es la terna humana que, en el ámbito humano, se corresponde con el Divino Triángulo.

El Destino es la inevitable sucesión de causas y efectos en un orden dado.

La Voluntad es la facultad que dirige las fuerzas del intelecto con el fin de reconciliar la libertad de las personas con la necesidad de las cosas.

El argumento a partir de estas premisas debe ser inferido personalmente. Todos lo hacemos. «Buscad», dicen las Santas Escrituras, «y encontraréis». No obstante, la discusión no está prohibida, y sin duda será objeto de profunda meditación en vuestro fuero interno. Afirmación, negación, discusión; por medio de estas herramientas se alcanza la verdad.

Explorar los grandes misterios del Universo e intentar resolver sus múltiples enigmas es la función principal del pensamiento, y constituye la principal distinción entre el hombre y los animales. Por ello, en todos los tiempos el Intelecto se ha esforzado por comprender y explicarse a sí mismo la Naturaleza de la Deidad

Suprema. Que una Razón y una Voluntad creasen y rigiesen el Universo era demasiado evidente para no ser admitido inmediatamente por los filósofos de todas las épocas. Fueron las religiones antiguas las que multiplicaron los dioses. La *Naturaleza* de la Deidad Una, y el modo en que el Universo tuvo su comienzo, son cuestiones que siempre han torturado al intelecto humano. Y son las que han ocupado prioritariamente a los Cabalistas.

Es cierto que, en cierto sentido, no podemos tener conocimiento real de lo Absoluto en Sí mismo, de la Deidad misma. Nuestros medios de obtener lo que comúnmente se denomina *conocimiento verdadero* se reducen a nuestros sentidos. Si ver y sentir es conocer, no tenemos noción alguna de nuestra propia alma, ni de la electricidad, ni del magnetismo. Vemos, sentimos y degustamos un álcali o un ácido, y sabemos algo de sus cualidades; pero es únicamente cuando los empleamos en combinación con otras sustancias cuando discernimos sus efectos, cuando realmente comenzamos a conocer su naturaleza. Es la combinación y la experimentación química la que nos proporciona el conocimiento de la naturaleza y las propiedades de la mayoría de las sustancias animales o vegetales. Dado que son cognoscibles

por la inspección de los sentidos, sólo podemos conocerlos parcialmente y a través de ellos. Pero el Alma, ya sea propia o ajena, encontrándose más allá de ese discernimiento, únicamente puede ser conocida por los actos y palabras, que son sus efectos. El magnetismo y la electricidad, cuando se encuentran en reposo, se hallan igualmente más allá de la jurisdicción de los sentidos; y cuando se hallan en acción, únicamente vemos, sentimos, escuchamos, degustamos y olemos sus efectos. Ignoramos lo que son; únicamente sabemos lo que hacen. Sólo podemos conocer los atributos de la deidad a través de Sus manifestaciones. Preguntar más es pedir, no conocimiento, sino algo más, para lo que no tenemos nombre. Dios es un poder; y no sabemos nada de ningún poder en sí mismo, sino únicamente de sus efectos, resultados y acción; y lo que la Razón nos enseña por analogía.

En estos días, al esforzarnos por escapar de toda idea material en lo concerniente a la Deidad, hemos refinado tanto nuestras nociones acerca de Dios que ya no tenemos ninguna idea en absoluto. Esforzándonos por contemplarlo como un espíritu puramente inmaterial, hemos convertido a la palabra Espíritu en sinónimo de *nada*, y únicamente podemos decir que Él es *algo*, con

ciertos atributos tales como Poder, Sabiduría e Inteligencia. Compararle con la Luz sería considerado ahora no solo como antifilosófico, sino también como equivalente al ateísmo. Y creemos necesario disculpar y compadecer a los antiguos por sus ideas inadecuadas y poco elaboradas acerca de la Deidad, expresadas al considerarla como Principio de la Luz, esencia o sustancia invisible de la que mana la Luz.

Y sin embargo nuestras Sagradas Escrituras hablan de Él como Luz, por lo que se puede excusar a los Sabeos y a la Cábala por hacer lo mismo, máxime teniendo en cuenta que no la contemplaban como la luz visible que nos resulta conocida, sino como el Océano de Éter Primordial del que fluye la Luz.

Antes de la Creación, ¿moraba la Deidad sola en la oscuridad, o en la Luz? ¿Coexistía la Luz con Ella, o fue creada tras una eternidad de oscuridad? Y si coexistía, ¿era un efluvio de Ella, llenando el espacio como la Deidad también lo llena, ocupando ambos al mismo tiempo el mismo y todo lugar?

Milton escribe, expresando la doctrina hebraica:

¡Salve, Luz, primogénita del Cielo,[1]
o del Eterno, rayo coeterno!

¿Te puedo llamar pura? Si es Dios luz
y nunca salvo en luz inaccesible
habitó eternamente, habita en ti.

Claro efluvio de luminosa Esencia no creada.
Hail, Holy Light, offspring of Heaven first-born,
Or of th' Eternal, co-eternal beam!
May I express thee unblamed, since God is Light.
And never but in unapproached Light
Dwelt from Eternity; dwelt then in Thee,
Bright effluence of bright Essence uncreate.

«La Luz», dice el Libro *Omshim*, o Introducción a la Cábala, «la más suprema de todas las cosas, la más Sublime e Ilimitada, y denominada Infinita, no puede ser alcanzada por pensamiento o cogitación. Y su verdadera naturaleza se halla más allá de cualquier intelección. Era antes de todas las cosas, ya fuesen producidas, creadas, formadas, o surgidas por emanación. Y en ella no eran ni el Tiempo ni el Comienzo, pues siempre existió, y siempre existirá, sin principio ni fin».

«Antes de que las emanaciones fluyesen y creasen las cosas que fueron creadas, la Luz Suprema se encontraba infinitamente extendida, y

ocupaba la totalidad del espacio, de forma que, con respecto a la Luz, no puede afirmarse que existiese espacio vacuo, sino que todo estaba repleto con esa Luz del Infinito, que se extendía en todos los dominios sin fin, en los cuales nada era, excepto esa luz omnipresente, que de una forma sencilla y simple, era homogénea en todas partes».

Ainsoph es denominado Luz, dice la introducción al Sohar, porque es imposible expresarlo por medio de otro término.

Para concebir a Dios como una realidad, y no como una mera no-substancia o nombre (lo que implicaría la no-existencia), la Cábala, al igual que los egipcios, Lo imaginó como «una Luz oculta en extremo», AUR, no nuestra luz material y visible, sino la sustancia de la que fluye la luz, el *fuego*, en referencia a su calor y llama. Para los sabeos, el Sol era la única manifestación visible de esta Luz o Éter, siéndole rendido un culto conforme a esto, pero no con la categoría de dominio o potestad. Dios era el *Phos Noeton*, la Luz cognoscible únicamente por el intelecto, el Principio-Luz, la Luz-Éter, de la que emanan las almas, y a la que retornan.

Entre los fenicios, la Luz, el Fuego y la Llama eran los hijos de Cronos. Son la trinidad de los

oráculos caldeos, el AOR de la Deidad, manifestado en *llama*, que surge del invisible *Fuego*.

En los tres primeros Ameshas Spentas persas, señores de la Luz, el Fuego y el Esplendor, reconocemos al Aor, Zohar y Zayo, *Luz, Esplendor y Brillo* de la Cábala. El primero de estos es denominado Aor Mupala, Luz Maravillosa u Oculta, no revelada ni manifestada; que es Kether, la primera emanación o Séfira, la Voluntad de la Deidad. El segundo es Nestar, *Oculto*, que es Jojmá, la segunda Séfira, o Potencia Intelectual de la Deidad. Y el tercero es Metanotsats, *Chispeante*, que es Biná, la tercera Séfira, o capacidad intelectual productiva. En otras palabras, estos tres primeros Ameshas Spentas constituyen la Sustancia Misma de la Luz: la Deidad; el *Fuego*, que es esa luz, limitada y provista de atributos que puede ser revelada, pero que aun así permanece oculta; y su esplendor o fulgor, o la luz que sale del fuego.

La Masonería consiste en una búsqueda de la Luz. Esa búsqueda nos retrotrae, como puede apreciarse, a la Cábala. En esa antigua e incomprendida mezcolanza de aparentes ridiculeces, el iniciado encontrará la fuente de muchas doctrinas, y con el tiempo puede llegar a

comprender a los filósofos herméticos, los alquimistas, los pensadores antipapales de la Edad Media, y a Emanuel Swedenbord.

El Hansavati Rich, celebrado poema sánscrito, afirma: «Él es Hansa (el Sol), morando en la luz; Vasu, la atmósfera que mora en el firmamento; el invocador de los Dioses (Agni) morando en el altar (es decir, el fuego del altar); el invitado (o adorador) que mora en la casa (el fuego doméstico); el morador entre los hombres (como conciencia); el morador en la más excelente de las órbitas (el Sol); el morador en la verdad; el morador en el cielo (el aire); surgido de las aguas, de los rayos de luz, de la verdad (como manifestación de la misma), de las montañas de Oriente; la Verdad (misma).

«En el comienzo», dice un himno sánscrito, «surgió la Fuente de la luz dorada. *Él era el Señor unigénito de todo lo que es*. Él creó el Cielo y la Tierra. ¿Quién es el Dios a Quien ofreceremos nuestro sacrificio?

Aquel que otorga la vida, El que otorga la fuerza, cuya bendición desean todos los brillantes dioses; cuya sombra es la inmortalidad, cuya sombra es la muerte. ¿Quién es el Dios a Quien ofreceremos nuestro sacrificio?

Aquel gracias a Quien el cielo brilla y la tierra

es para nosotros; Aquel gracias al Cual el Cielo fue creado; Aquel que hizo surgir la luz del aire. ¿Quién es el Dios etc.?

Aquel a Quien el Cielo y tierra, firmes gracias a Su voluntad, mirarán temblando en su interior; Aquel por quien el sol saliente brilla; ¿Quién es el Dios etc.?

Donde quiera que las poderosas aguas y las nubes fuesen, donde quiera que sembrasen la semilla y encendiesen el fuego, allí se halla Aquel que es la única vida de los dioses brillantes; ¿Quién es el Dios etc.?»

La Palabra de Dios, dice la filosofía india, es la Luz invisible y universal, cognoscible por los sentidos, que irradia su brillo en el Sol, la Luna, los Planetas y otras estrellas. Filón la llama la «Luz Universal», que pierde una parte de su pureza y esplendor al descender del mundo intelectual al sensible, manifestándose hacia el exterior desde la Deidad. Y la Cábala únicamente representa eso de la Luz Infinita que fluye en el vacío circular, preparado para la creación en el interior de la Luz y Sabiduría infinitas, que podría pasar por un canal semejante a una línea o hilo. Los Sefirot, emanados de la Deidad, eran los rayos de Su esplendor. Los Oráculos caldeos afirmaban: «El intelecto del Generador, puesto en

acción, pronunció, formando en su interior por intelección, los universales de toda posible forma y presencia, que surgieron fluyendo desde la Fuente Una… Pues la Deidad, personificada como Dominio, antes de fabricar el Universo en sus muchas formas, sugirió un universal inmutable formado por el intelecto, modelo de la forma en que el Universo se inspira; y ese Universo, formado y perfilado conforme a ese modelo, se vuelve hermosamente visible en una infinidad de distintos tipos y formas, cuya fuente y manantial son las concepciones y formas intelectuales de la fuente generativa, que se suceden una tras otra en el Tiempo, siempre en progreso, y participan íntimamente del Éter Primigenio o Fuego. Pero con todo ello, todos estos universales e ideas emanaron, y son parte, de la Primera Fuente de Poder Generativo, perfecta en sí mismo.

Los caldeos denominaron a la Deidad Suprema *Araor*, Padre de Luz. De Él se suponía que fluía la luz que cae sobre el mundo y que ilumina las regiones celestiales. Esta Luz o Fuego era considerada símbolo de la Divina Esencia, que se extendía a las naturalezas espirituales inferiores. Por ellos los Oráculos caldeos decían: «El Padre no confinó Su propio fuego dentro de su potencia intelectual (…) Todas las cosas son creadas a

partir de un Fuego». Los sabeos sostenían que todos los seres espirituales inferiores eran emanaciones de la Deidad Suprema; y por ello decía Proclo: «La progresión de los dioses es una y continua, procediendo hacia abajo desde las unidades inteligibles y latentes, para finalizar en la última partición de la causa Divina».

Es imposible hablar claramente de la Divinidad. Quien quiera que intente expresar Sus atributos por medio de abstracciones, queda constreñido a negativas, desdibujándose las ideas conforme se adentra en la maraña de palabras. Añadir superlativos sobre superlativos, y denominarle *el mejor, el más sabio, el más grande*, no es sino exagerar cualidades que aparecen en el hombre. Que sólo hay un Dios, y que Él es Perfecto y Benéfico, es algo que la Razón nos enseña legítimamente. Pero sin embargo, la mente humana es incapaz de formarse ninguna concepción adecuada de la Naturaleza Divina, de la Sustancia de la Deidad, del modo de Su Existencia, o del modo de creación de Su Universo. No podemos concebir ideas nítidas respecto a la omnipotencia, omnisciencia, infinitud o eternidad; y no tenemos más derecho a atribuirle inteligencia que cualquier otra cualidad mental nuestra, extendida indefinidamente; o

cualquier sentido u órganos corporales, como hacen las Escrituras Hebreas.

Nos complacemos en despojar a la Deidad de todo aquellos que constituye la existencia, en tanto somos capaces de concebir dicha existencia. De este modo Se convierte lógicamente en nada, *Non-Ens*. Los antiguos no apreciaban diferencia alguna entre esto y el ateísmo, e intentaban concebirla como algo real. Es una necesidad de la naturaleza humana. La idea (o más bien no-idea) teológica de la Deidad no es apreciada por los profanos. Para ellos, Dios siempre será el Padre que está en los Cielos, un monarca en su trono, un ser con sentimientos y debilidades humanas, irritable ante sus pecados pero benigno si se arrepienten, y atento a sus súplicas. Es la humanidad, mucho más que la divinidad de Cristo, lo que provoca que la masa de cristianos Le adore mucho más a Él que al Padre.

«La Luz de la Sustancia del Infinito» es una expresión cabalística. Cristo era, según San Juan, «la Luz que iluminaba a todo hombre que llega al mundo», así como «la Luz que vivifica al hombre». «La luz brilló en la oscuridad, y la oscuridad no prevaleció sobre ella».

Las antiguas ideas respecto a la luz eran quizá tan correctas como lo son las nuestras. No parece

que adscribieran a la luz ninguna de las cualidades de la materia. Pero la ciencia moderna la define como un flujo de partículas de *materia*, que fluyen emanadas desde el sol y las estrellas y se desplazan a través del espacio hasta llegar a nosotros. Respecto a las teorías acerca del mecanismo o la fuerza, ¿qué fuerza de atracción hacia aquí, o repulsión desde el sol, podría atraer o empujar a esas partículas impalpables, sin peso, infinitamente minúsculas y únicamente apreciables por el sentido de la vista, tan lejos a través del espacio? ¿Qué ha sido del inmenso agregado de partículas que ha alcanzado la tierra desde la creación? ¿Han incrementado su tamaño? ¿Por qué la química no puede detectarlas y analizarlas? Si son materia, ¿por qué únicamente pueden viajar en línea recta?

Ninguna característica de la materia es atribuible a la luz, el calor, la llama, el galvanismo, la electricidad o el magnetismo. La chispa eléctrica es luz, como lo es la producida por el pedernal cuando desprende partículas de acero. El hierro, fundido o calentado, irradia luz; y los insectos, infusorios, y la madera podrida la desprenden. El calor es producido por la fricción y la presión. Para explicar esto, la ciencia nos habla de calor *latente*, con lo que nos lo

representa despojado de su única cualidad reconocible. ¿Qué característica de la materia capacita al rayo que refulge en los cielos para partir el roble? ¿Qué cualidad de la materia le capacita para rodear la tierra en cuestión de segundos?

Profundamente ignorantes de la naturaleza de estos poderosos agentes del Poder Divino, ocultamos nuestra ignorancia tras palabras sin significado; e igualmente podríamos preguntarnos por qué la luz no puede ser una emanación de la Deidad, tal y como era aceptado por todas las religiones antiguas.

Todas las religiones verdaderamente dogmáticas han surgido de la Cábala y retornado a ella. Todo lo científico y grandioso de los sueños religiosos de los Illuminati, de Jacob Böhme, Swedenbord, Saint Martin, y otros, está tomado prestado de la Cábala; y todas las asociaciones masónicas le deben sus secretos y símbolos.

Únicamente la Cábala consagra la alianza de la Razón Universal y la Divina Palabra; ella establece, por el contrapeso de dos fuerzas aparentemente opuestas, el equilibrio eterno del ser. Únicamente la Cábala reconcilia Fe y Razón, Poder y Libertad, Ciencia con Misterio. Tiene las

llaves del presente, pasado y futuro.

La Biblia, con todas las alegorías que contiene, expresa únicamente de manera incompleta y velada la ciencia religiosa de los hebreos. La doctrina de Moisés y los Profetas, idéntica en el fondo a la de los antiguos egipcios, tiene también su parte exotérica y sus velos. Los libros hebreos fueron escritos únicamente para mantener en la memoria las tradiciones, y fueron escritos por medio de símbolos ininteligibles para los profanos. El Pentateuco y los poemas proféticos eran únicamente libros elementales de doctrina, moral o liturgia; y los secretos y la filosofía tradicional fueron plasmados posteriormente tras unos velos aún menos transparentes. Así surgió una segunda Biblia, desconocida, o más bien incomprendida, por los cristianos; una colección, dicen, de monstruosos absurdos; un monumento, dicen los adeptos, en el que se halla todo lo genial que la filosofía y la religión hayan concebido acerca de lo sublime; un tesoro rodeado de espinos; un diamante oculto en una piedra oscura y áspera.

Uno se llena de admiración al penetrar en el santuario de la Cábala, al encontrar una doctrina tan lógica, simple, y al mismo tiempo tan absoluta. Esa unión necesaria de ideas y signos,

consagración de las realidades más fundamentales por parte de caracteres primitivos, trinidad de palabras, letras y números; una filosofía sencilla como el alfabeto, profunda e infinita como la Palabra; teoremas más completos y luminosos que los de Pitágoras; una teología resumida que se puede contar con los dedos de la mano; un Infinito que cabe en la mano de un niño; diez cifras y veintidós letras, un triángulo, un cuadrado y un círculo. Estos son los elementos de la Cábala. Tales son los principios elementales de la palabra escrita, reflejo de esa Palabra pronunciada que creó el mundo. Así es la doctrina de la Cábala, con la cual sin duda intentaréis familiarizaros, del mismo modo que intentaréis familiarizaros con la Creación.

Entre los cabalistas, la Deidad Absoluta no tiene nombre. Los términos que se Le aplican son מופש רוא, Aor Pasot, la Luz Simplicísima o Pura, «denominada אףום וי, Ayen Soph o Infinito, antes de cualquier emanación. Pues no había espacio o lugar vacío, sino que todo era Luz infinita».

Antes de que la Deidad crease cualquier naturaleza, ya fuese ideal o limitada e inteligible, o cualquier forma del tipo que fuese, Ella era en soledad, sin forma o semejanza, y no tenía sentido hablar de cognición o comprensión de la Misma

en modo alguno. Era sin idea o figura, y está prohibido formarse idea o figura alguna acerca de Ella, ni por la letra He (ה) ni por la letra Yod (י), pues están contenidas en el Sagrado Nombre; ni tampoco está permitido hacerlo por medio de cualquier otra letra o punto en el mundo.

Pero una vez que la Deidad creó esta idea (esta Naturaleza limitada y existente en la intelección, cuyas diez Numeraciones son las Sefirot o rayos) del Medio, el Primer Hombre Adán Kadmón descendió a la Naturaleza, y comenzó a denominarlo Tetragramatón, de modo que los seres creados pudieron tener conocimiento de Ella a su imagen y semejanza.

Cuando el Dios infinito quiso emitir lo que fluiría, se concentró a Sí Mismo en el centro de Su Luz, de tal manera que esa luz intensísima debió retroceder hasta una cierta circunferencia, siendo esta la primera contracción, denominada צמצמ *Tsemsum*.

ארם קרמון, Adán Kadmón, el Hombre Primigenio, es la primera emanación azilútica de la Luz Infinita, emplazada en el espacio vacío, y a partir de la cual, posteriormente, surgirán todos los demás grados y sistemas. Es denominado el Adán anterior a todos los primeros. En esta emanación se encuentran diez Numeraciones

esféricas, para posteriormente desarrollar la figura rectilínea del hombre en su década sefirótica, como si fuese el diámetro de dichos círculos; como si fuese el eje de tales esferas, extendiéndose desde su punto más alto hasta el más bajo; y de este eje dependen todos los sistemas.

Pero ahora, dado que la Luz Infinita sería demasiado excelente y grande para ser portada y soportada, salvo por medio del Adan Kadmón, dado que su naturaleza más secreta lo impide, su luz iluminadora debe volver a emanar en corrientes fuera de sí misma, por ciertas aperturas que harían, por así decirlo, de ventanas, y que son denominados oídos, ojos, fosas nasales y boca.

La luz procedente de este Adan Kadmón no es en realidad más que una; pero conforme se halla más alejada del lugar de emanación y en función del grado de declive, es más densa.

A partir de la palabra אצל, Atsil, emanar o fluir, proviene la palabra קרמון ארם, Atsilot o Azilut, emanación o sistema de emanadores. Cuando el espacio primigenio fue desocupado, la Luz de lo Infinito que lo rodeaba, así como la Luz proyectada al interior del vacío, no se tocaban; sino que la Luz de lo Infinito fluía hacia el interior del vacío a través de una línea o un fino canal; y

dicha Luz es el principio emanativo y emisor, o el flujo saliente y origen de la emanación. Pero la luz del interior del vacío es el emanante subordinado, y ambas entran en contacto únicamente gracias a la mencionada línea.

Azilut significa específica y principalmente el primer sistema de los cuatro Olamot (למוחט), mundos o sistemas, por lo que se habla de mundo azilútico.

Las diez Sefirot del sistema azilútico general son diez nekudot o puntos.

איןוח Ainsof, Áensoph o Ayensoph es el título de la Causa de las Causas, siendo el significado de esta palabra «sin fin», pues no hay límite para su nobleza, y nada puede comprenderla. En ocasiones, también, se aplica este término para Kéter o la Corona, la primera emanación, porque tal es el trono del Infinito, es decir, su primer y más sublime asiento, no existiendo ninguno más elevado que él, y Ainsof reside y se oculta en él, por lo que goza del mismo nombre.

Antes de que nada fuese, dice el *Emech Hammelech*, Él, o Su mera voluntad, se propuso crear mundos. Pero en ese momento no había espacio vacante para mundos, sino que todo el espacio estaba lleno con la luz de Su Sustancia, que Él había ubicado en el centro de Sí Mismo.

¿Qué hizo entonces el Señor de la Voluntad, ese agente perfectísimamente libérrimo? Siguiendo su propio criterio, destinó dentro de Su propia sustancia el ancho y largo de un espacio circular que quedaría vacante, y en el que podrían ser depositados los mundos antes mencionados; y de esa Luz que estaba incluida dentro del círculo así medido, comprimió y replegó una cierta porción, elevando dicha Luz, de manera que un cierto lugar quedó desocupado por la Luz Primordial.

Pero aun así no quedó este espacio vacío por completo de esa Luz, pues vestigios de la Luz Primordial permanecían todavía indelebles en el lugar donde una vez había estado.

Antes de que brotasen las emanaciones y se creasen las cosas creadas, la Luz Suprema se hallaba extendida de manera infinita, y llenaba todo posible lugar. Nada era, excepto esa luz, llamada Aor H'Ainsof, la Luz de lo no finito.

Cuando surgió en la mente de lo Extendido la voluntad de hacer mundos, pronunció Emanaciones, y emitió como Luz la perfección de Sus potencias activas, y de Sus aspectos y atributos, que fueron las fuerzas motrices de la creación de mundos; entonces esa Luz, hasta cierto punto comprimida, se desvaneció en todas direcciones a partir de un cierto punto central, y

por todas partes se retiró, de modo que quedó una cierta vacuidad, denominada espacio vacío, siendo su circunferencia siempre equidistante del punto central que se hallaba exactamente en el centro del espacio… un cierto espacio vacío dejado en medio del infinito; y un cierto «Dónde» quedó entonces constituido, en el cual las Emanaciones podían SER, así como las cosas creadas, modeladas y fabricadas.

Este mundo de la *vestimenta*, este espacio circular vacante todavía con vestigios de la luz retirada del Infinito, es la vestidura más interior y próxima a su sustancia, y a ella corresponde el nombre Aor Penai-Al, *Luz del Semblante de Dios*.

Un interespacio rodea a este gran círculo, situado *entre* la luz de la mismísima sustancia, bordeando su círculo exterior, y la sustancia contenida *en el interior* del círculo. A esto se le denomina Esplendor Excelso, para diferenciarlo del Esplendor Simple.

Esta luz «del vestigio de la vestimenta», es considerada, en relación al vestigio de la sustancia, como un punto en el centro de un círculo. Esta luz, un punto en el centro de la Gran Luz, es denominada Auir, Éter, o Espacio.

Este Éter algo más grosero que la *Luz – no tan*

sutil – aunque no perceptible por los sentidos es designado el *Éter Primordial* y se extiende por todas partes; los filósofos lo llaman el Alma del Mundo.

No puede decirse que la Luz así emanada de la Deidad se desprenda o independice de Ella. «Es emitida como un destello desde Ella, pero aún así continúa siendo perfecta unidad». Las Sefirot, en ocasiones denominadas *Personas de la Deidad*, son *Sus rayos*, por medio de los cuales puede manifestarse con la mayor perfección.

La introducción del Sohar dice:

La primera compresión fue efectuada con el fin de que la Luz Primordial pudiera elevarse, con lo que un espacio quedó vacante. La segunda compresión aconteció cuando los vestigios de la Luz desplazada que quedaba fueron comprimidos en puntos; y esta compresión fue llevada a cabo por medio de la emoción de la alegría. La Deidad se alegra, se ha dicho, por Su Santo Pueblo, para que llegue a existir. Y al ser vehemente esa alegría, y suponer una conmoción y euforia en la Deidad, esta fluyó en Su gozo; y a partir de esta conmoción se generaría un poder abstracto, el cual es una colección de letras generadas por los puntos de los vestigios de Luz dejados dentro del círculo. Pues Ella escribe las expresiones finitas,

o manifestaciones limitadas de Sí Misma sobre el Libro, en simples letras.

Del mismo modo que el agua o el fuego se desplazan cuando son soplados por el viento, y los rayos golpean los ojos con sus destellos, deslumbrando y centelleando aquí y allá, así fue movido Lo Infinito en su interior, brillando y refulgiendo en ese círculo, del centro hacia el exterior, y nuevamente hacia el centro. Y a esa conmoción la denominamos euforia; y de esa euforia, dividida en otras varias dentro de Sí, se generó la potencia de determinar la forma de las letras.

De esa euforia, se ha dicho también, se generó la determinación de formas por la cual Lo Infinito las estableció en Su interior, como si dijese «¡Dejemos que esta Esfera sea el lugar designado donde se crearán todos los mundos!». Por irradiación y destellos llevó a cabo los puntos, de manera que su chisporroteo golpease los ojos como rayos. Entonces combinó de maneras diversas los puntos individuales, hasta que las letras tomaron forma a imagen y semejanza de aquellas con la que El Bendito emitió los decretos de Su Sabiduría.

No es posible alcanzar el entendimiento en lo referente a la creación del hombre excepto a

través del misterio de las letras; y en estos mundos de Lo Infinito no hay nada, salvo las letras del alfabeto y sus combinaciones. Todos los mundos son Letras y Nombres; pero Aquel que es el Autor no tiene nombre.

Este mundo de las cubiertas o vestidos (es decir, el espacio circular vacante, con los vestigios de la Luz eliminada del infinito que todavía queda tras la primera contracción y compresión), es la cobertura más íntima y próxima a Su sustancia, y a esta cobertura pertenece el nombre genérico Aur Penial, *Luz del Semblante de Dios*, por medio de la cual debemos comprender la Luz de La Sustancia.

Y una vez que este recubrimiento tuvo lugar, fue contraído para elevar la mitad inferior; y esta fue la *tercera* contracción. Y de este modo la Deidad provocó un espacio vacante para los mundos, los cuales no tenían la capacidad de emplear la gran Luz de la cubierta, pero cuyo fin era lúcido y excelente, como su principio. Y así, al elevar la mitad inferior y dividir las letras, se creó lo Masculino y lo Femenino, es decir, lo anterior y posterior que se adhieren mutuamente uno a otro.

El espacio vacante efectuado por esta retracción es denominado Auir Kadmón, el Espacio Primordial, pues fue el primero de todos

los espacios; mas no podía ser denominado *cubierta*, la cual es Aur Peni-Bal, la Luz del Semblante de Dios.

Los vestigios de la Luz de la Vestimenta todavía permanecían allí. Y este mundo de la vestimenta tiene un nombre *que incluye todas las cosas*, que es Ihuh. Antes de que el mundo del espacio vacante fuese creado, existían la Deidad y Su Nombre, pero únicamente ellos dos; es decir, Ainsof y Su vestimenta.

El Emmech Hammelech dice de nuevo:

La mitad inferior de la vestimenta, por la tercera retracción, fue vaciada de la luz de la vestimenta. Pero los vestigios de esa luz permanecieron en el espacio así vaciado, y *esta* vestimenta es denominada Shekina, morada de Dios; es decir, el lugar donde moran las combinaciones de las letras Yod - He, de lo anterior (o masculino), y Vav – He, de lo posterior (o hembra).

Este espacio vacante era cuadrado, y es denominado el Espacio Primordial; y en la Cábala es denominado *Auira Kadmah*, o *Rasimu Ailah*, el Espacio Primordial, o Vestigio Sublime. Es el vestigio de la Luz de la Vestimenta, con la que se entremezcla algo del vestigio de la Sustancia. Es denominado Éter Primordial, pero

no espacio vacío… La Luz del Vestigio todavía permanece en el lugar que ocupaba, adhiriéndose a él como algo de naturaleza espiritual, extremadamente tenue.

En este Éter hay dos luces, a saber, la Luz de la Sustancia, que fue eliminada, y la de la Vestimenta. Hay una gran diferencia entre ambas; pues la luz del Vestigio de la Vestimenta es, con respecto a la del Vestigio de la Sustancia, como *un punto en el centro de un círculo*. Y como el único nombre apropiado para la Luz del Vestigio de Ainsof es Aur, *Luz*, la Luz del Vestigio de la Vestimenta no podía ser denominada por ese nombre; y así lo denominamos un punto, es decir, Yod (י), que es ese punto en el centro de la Luz… y esta Luz, un punto en el centro de la Gran Luz, es llamado *Auir*, Éter, o Espacio.

Este Éter es algo más grosero que la Luz, no tan sutil, aunque todavía no perceptible por los sentidos. Es denominado Éter Primordial, y se extiende por doquier; por lo que los filósofos lo denominan el Alma del Mundo. La Luz es visible, aunque no perceptible. *Este Éter no es ni perceptible ni visible*.

La introducción del Sohar continúa, en la sección de la letra Yod:

Los mundos no podían ser conformados en este

Éter Primordial, debido a que eran extremadamente tenues, al exceso de Luz, y también a que en dicho Éter permanecía el espíritu vital del Vestigio de la Luz Ainsof, así como el del Vestigio de la Luz de la Vestimenta, que impedía tal manifestación.

Por ello la Deidad dispuso que la letra Yod descendiese, dado que no era tan brillante como el Éter Primordial, para posteriormente regresar arriba con dicho Vestigio que impedía la manifestación; y Yod lo hizo.

Descendió cinco veces, para quitar el espíritu vital del Vestigio de la Luz Ainsof, y el Vestigio de la Luz y espíritu vital de la Vestimenta de la Esfera de Esplendor, para hacerla Adán, llamado Kadmón. Y con su retorno se llevó a cabo la manifestación en el espacio inferior, donde todavía permanece un vestigio del Brillo Sublime, que existe como una forma esférica, siendo denominado en el Sohar simplemente como *Tehiru*, es decir, Esplendor, y es llamada la Primera Materia, siendo, por así decirlo, como vapor o humo. Y del mismo modo que el humo no tiene forma definida, así esta Esfera es un *algo* sin forma, dado que parece ser algo que es esférico, pero que pese a ello todavía no está limitado.

La letra Yod, al estar adherida a la Shekina,

tenía adherida a sí mismo la Luz de la Shekina, aunque su luz no era tan grande como la de la Shekina. Pero, al descender, dejó su propia luz abajo, y el Esplendor formó parte de ello. Tras lo cual quedó en Yod únicamente un vestigio de dicha luz, ya que no podía reascender a la Shekina y adherirse a ella. Por lo que el Santo y Bendito dispuso que la letra He (ה, la letra femenina) comunicase a Yod su Luz; y dispuso que descendiese y participase con esa luz en el mencionado Esplendor. Y cuando volvió a descender a la Esfera del Esplendor, difundió en él la Luz que le fue comunicada por la letra He.

Y cuando ascendió de nuevo dejó tras de sí la luz productiva de la letra He, por lo que se constituyó otra Esfera, dentro de la Esfera del Esplendor; esfera menor que es denominada en el Sohar Kéter Ailá, Corona Suprema, y también Atika Di Atikim, *Antiquus Antiquum*, el Antiguo de los Antiguos, e incluso Ailit H'Ailit, *Causa Causarum*, la Causa de las Causas. Pero la Corona es muy poco menor que la Esfera de Esplendor, de modo que en el interior de la segunda esfera queda un espacio inmenso desocupado.

El Beth Alohim dice:

Antes de que el Dios infinito, el Dios Supremo

y Primero, formase de manera objetiva y en Su interior una concepción particular, definida, limitada, y objeto de intelección, y diese forma a una concepción e imagen intelectual, Él se encontraba solo, sin compañía, sin forma o similitud, por completo desposeído de Ideal o Figura. Está prohibido hacer cualquier imagen de Él, sea del tipo que sea, por cualquier medio del mundo, ni siquiera por la letra He o por la letra Yod, ni por ninguna letra o signo existente en el mundo.

Pero una vez que Dios hubo formado esta Idea, la concepción particular, limitada e inteligible, del Adán Kadmón u Hombre Primordial, las Diez Numeraciones fueron el medio de transmisión por el cual descendió, y a través de dicha idea se le puede denominar IHUH, de modo que las cosas creadas pueden tener conocimiento de Él gracias a Su propia semejanza.

¡Ay de aquel que hace que Dios sea semejante a cualquier modo o atributo, incluso aunque se tratase de un atributo divino; y más aún si lo hace a imagen y semejanza de los Hijos de los Hombres, cuyos elementos son terrenales, y por ello se consumen y perecen!

No se puede tener concepción de Él, salvo en la medida en qué Él se manifiesta a Sí Mismo,

ejerciendo su dominio por y a través de alguna condición. Al margen de esto no puede haber atributo o ideal alguno de Él. Únicamente resulta comparable al mar cuando llena algún gran pantano, como su lecho en la tierra, por poner un ejemplo; en la medida en que adopta la forma de una cierta concavidad, podemos nosotros comenzar a discernir las dimensiones del mar mismo.

Por ejemplo, la Fuente del Océano es algo, que es *uno*. Si de esta fuente surge un cierto manantial, proporcional al espacio ocupado por el mar en ese reservorio hemisférico, como la letra Yod, entonces la Fuente del manantial es el primer *algo*, y la fuente que fluye a partir de él es el segundo. A continuación hagamos un gran pantano, excavándolo, y denominémoslo océano, y tendremos la tercera cosa, una vasija. Ahora dividamos este gran pantano en siete lechos fluviales, es decir, en siete reservorios alargados, de modo que a partir de este océano pueda manar en siete ríos; que junto con la Fuente, el Manantial y el Océano son diez en total.

La Causa de Causas hizo Diez Numeraciones, y llamó a la Fuente Kéter, la Corona, en la que está implícita la idea de circularidad, pues no hay fin para la emanación de Luz; y por ello Dios lo

llamó, como a sí mismo, *infinito*; pues al igual que Él, tampoco tiene similitud o configuración, ni tampoco receptáculo o vasija alguna en cuyo interior pueda ser contenido, o a través del cual se pudiese tener conocimiento de Él.

Tras formar la Corona, constituyó un cierto receptáculo más pequeño, la letra Yod, al que llenó a partir de esa fuente; y esto se denomina «la Fuente de la que mana la Sabiduría»; y al manifestarse así, se denominó a Si Mismo Sabio, y a la vasija la llamó Jojmá, Sabiduría, *Sapientia*.

Entonces constituyó un gran reservorio, al que denominó el Océano; y le dio el nombre de Biná, Entendimiento, *Intelligentia*. En esto se caracterizó a Sí Mismo como inteligente o *Concebidor*. Él es sin duda la Sabiduría e Inteligencia Absolutas, aunque Jojmá no es Sabiduría Absoluta en sí misma, sino que es sabia a través de Biná, quien le llena de Sabiduría, y si este suministro le fuese retirado resultaría seco y exento de inteligencia. E inmediatamente después fueron siente hermosas vasijas, a las cuales se les otorgaron los siguientes nombre: Gedulá, *Magnificencia o Benignidad o Piedad*; Geburá, *Austeridad, Rigor o Severidad*; Tiféret, *Belleza*; Netsaj, *Victoria*; Hod, *Gloria*; Yesod, *Base o Fundamento*; y Maljut, *Reino, Realeza, Dominio*

o Poder. Y en Gedulá adoptó la advocación de *Grande y Benigno*; en Geburá, de *Severo*; en Tiféret, de *Hermoso*; en Netsaj, de *Vencedor*; en Hod, de *nuestro Glorioso Autor*; en Yesod, de *Justo*; y por medio de Yesod se sostienen todos los mundos y vasijas. Y en Maljut se invistió a Sí Mismo con el título de Rey.

La Cábala sostiene que estas numeraciones o Sefirot estuvieron originalmente contenidas en otra, de modo que Kéter contenía las otras nueve, Jojmá conteniendo a Biná, y Biná a las otras siete.

Pues todas las cosas, dice el comentario del Rabí Jizchak Lorja, en una abstrusa manera, están contenidas en Biná, y Biná las proyecta y envía abajo, clase por clase, a los distintos mundos de Emanación, Creación, Formación y Fabricación; todos los cuales derivan de lo que se halla por encima de ellos, y de lo que son emanaciones, descendiendo de la potencia al acto.

La Introducción dice:

Se afirma en muchas citas del Sohar que todas las cosas que emanan o son creadas tienen su raíz arriba. Por ello las diez Sefirot tienen igualmente su raíz arriba, en el mundo de las vestiduras, con la misma sustancia de Él. Y Ainsof tiene conciencia plena y apreciación, anterior a su existencia real, de todos los Grados y Personas

contenidos pero no manifestados en Sí Mismo, en lo referente a la esencia de cada uno, así como a su dominio, entonces únicamente en potencia. Cuando Él llegó a la Séfira de la persona de Maljut, que entonces contenía oculta en Sí Mismo, concluyó en Su interior que era conveniente diseñar mundos; dado que la escala de las primeras nueve Sefirot fue así constituida, no fue necesario que los mundos fuesen diseñados a partir de ellas; pues todos los atributos de estas nueve Sefirot superiores podían serles adscritos a Él Mismo, incluso aunque no debiese actuar externamente. Pero Maljut, que es el Imperio o Dominio, no le podía ser atribuido, salvo que Él gobernase sobre otras Existencias; por lo que a partir del punto Maljut llamó a todos los mundos a la existencia.

Estos círculos son diez en número. Originados por puntos, se expandieron en forma circular. Diez círculos, bajo el misterio de las diez Sefirot, existiendo entre ellos diez espacios; por lo que resulta que la esfera del Esplendor se halla en el centro del espacio Maljut del Primer Adán oculto.

El Primer Adán, en los diez círculos por encima del Esplendor, es denominado el Primer Adán *oculto*; y en cada uno de estos espacios hay formados miles de mundos. El Primer Adán se

halla envuelto en el Éter Primordial, siendo análogo al mundo Biná.

La Introducción repite de nuevo el primer y el segundo descenso de Yod al interior del espacio vacante, con el fin de hacer la luz allí menos grande y sutil; la constitución del *Tehiru*, Esplendor, a partir de la luz dejada atrás por Yod. La comunicación de luz a Yod por parte de la letra femenina He; la emisión por parte de Yod de esa Luz, dentro de la esfera del Esplendor, y la formación, a partir de ella, dentro de la esfera, «de una cierta esfera denominada la Suprema Corona –*Corona Summa*, Kéter– donde se hallan contenidas, en potencia, todas las Numeraciones restantes, de modo que no son diferenciables de ella. Del mismo modo que en el hombre existen los cuatro elementos, específicamente indiferenciables en potencia, así en esta Corona se hallan en potencia las diez Numeraciones, específicamente indiferenciables». Esta Corona, añade, era denominada, tras la restauración, la Causa de Causas, y Antiguo de los Antiguos.

El punto, Kéter, añade la introducción, era el agregado de todos los otros diez. Y ya al ser emanado consistía en los diez; y la Luz que se extendía desde el Principio Emanador fluía simultáneamente hacia su interior; y contemplaba

los siguientes dos universales (es decir, unidades a partir de las cuales fluía la diversidad; como por ejemplo la idea, dentro de la Deidad, de la Humanidad como unidad, a partir de la cual fluirían los individuos), a saber: la Vasija o Receptáculo que contiene esta Luz inmediata, y la Luz Misma contenida en su interior. Y esta Luz es la sustancia del punto Kéter; pues la Voluntad de Dios es el Alma de todas las cosas que existen.

La Luz Ainsófica, continuaba el texto, era infinita en todas direcciones, y sin conclusión ni final. Para impedir que fluyese al interior y rellenase el espacio casi vacío, ocupado por un esplendor infinitamente menor, era necesario llevar a cabo una partición entre los esplendores mayor y menor; y esta partición, el límite de la esfera del Esplendor, así como otra semejante que limita la esfera Kéter, eran denominadas Vasijas o Receptáculos, que contenían y encerraban en su interior la luz de la esfera. Imagínese un mar de agua translúcida, en cuyo centro hubiese una masa esférica de agua más densa y oscura. La superficie exterior de esta esfera, o su límite en todas direcciones, es la vasija que lo contiene. La Cábala contempla estas vasijas «algo opacas por naturaleza, y no tan espléndidas como la luz que encierran».

La Luz contenida es el Alma de las vasijas, y es activa en ellas, como lo es el alma humana en el cuerpo humano. La Luz del Principio Emanador (Ainsof) es inherente a las vasijas, siendo su Vida, Luz interior y Alma. Kéter emanó en el mismo instante en que lo hicieron su Sustancia y Vasija, del mismo modo que la llama está unida al carbón ardiente, y el Alma permea y se halla en el interior del cuerpo. Todas las Numeraciones estaban contenidas potencialmente en él.

Y dicha potencialidad puede ser explicada de este modo: cuando una mujer concibe, un Alma es enviada inmediatamente al interior de ese embrión que se convertirá en niño, y en su Alma se hallan potencialmente todos los miembros y venas del cuerpo, los cuales posteriormente, gracias a la potencia del Alma, llegarán a existir en el cuerpo humano del niño que ha de nacer.

Entonces la sabiduría de Dios ordenó que estas Numeraciones que existían en potencia en Kéter pasasen de la potencia al acto, para que los mundos pudiesen existir; y dispuso que Yod descendiese para entrar y brillar dentro de Kéter, y posteriormente reascender, lo que sucedió. Y a partir de esa iluminación y reascensión, el resto de Numeraciones, potencialmente en Kéter, se manifestaron y revelaron; pero continuaron

todavía juntas, permaneciendo en el interior de Kéter en un círculo.

Cuando Dios tuvo a bien producir las demás emanaciones o Numeraciones de Kéter, añade, hizo descender a Yod nuevamente hacia la parte superior de Kéter, permaneciendo la mitad de Yod fuera y la otra mitad dentro de la esfera de Kéter. Entonces envió la letra Vav (ו) al interior del Esplendor, para derramar su Luz en Yod, y de este modo:

Yod recibió luz desde Vav, dirigiendo así su semblante para iluminar y conferir la gran energía excedente a Jojmá, que todavía permanecía en Kéter, otorgándole así la facultad de surgir de ella; y para que pudiese acoger y contener en sí misma, y revelar allí las otras ocho numeraciones, que hasta entonces se encontraban en Kéter.

La esfera de Kéter se abrió, y de ella surgió Jojmá, para permanecer bajo Kéter, conteniendo en sí misma todas las Numeraciones.

Por un proceso similar, Biná, iluminada dentro de Jojmá por una segunda Yod, «surgió de Jojmá, conteniendo en su interior las siete numeraciones inferiores».

Y dado que la vasija de Biná era excelente, y destelleaba con rayos de color de zafiro, y era de un color tan parecido al de la vasija de Jojmá que

apenas había diferencia entre ellos, no pudo quedarse quieto bajo Jojmá, sino que ascendió, colocándose a su lado izquierdo.

Y dado que la luz proveniente de arriba fluyó profusamente, se acumuló en la vasija de Jojmá hasta tal punto que se desbordó, destelleando, fuera de la vasija; y fluyendo hacia la izquierda, comunicó potencia a la vasija de Biná. Pues Biná es femenino.

De este modo Biná, gracias a esta energía que fluyó hacia su interior desde el lado izquierdo de Jojmá, y en virtud de la segunda Yod, llegó a poseer tal virtud y potencia que proyectó fuera de sí misma las siete vasijas restantes que contenía. De forma que las emitió todas, de manera continuada, una tras otra, todas conectadas y enlazadas una con otra, como los eslabones de una cadena.

Primero emanaron tres puntos, uno tras otro; Kéter, Jojmá y Biná; y, hasta ahora, no había habido cópula. Pero posteriormente las posiciones de Jojmá y Biná cambiaron, de modo que se hallaron al lado, con Kéter permaneciendo por encima de ellos; y entonces se produjo la conjunción del Macho y la Hembra, Aba e Imma, Padre y Madre, como puntos.

He (ה), de quien todo emanó, creó a Adán

Kadmón, que consistía en todos los mundos, de tal manera que en él habría algo de los mundos superiores y algo de los inferiores. Por ello en él se encontraban Nefesh (Psyche, *anima infima*, la parte espiritual más inferior del hombre, el Alma), correspondiente al mundo Asiá, que es una letra He del Tetragramatón; Ruaj (Spiritus, *anima media*, la parte espiritual inmediatamente superior, o Espíritu), correspondiente al mundo Yezirá, que es la Vav del Tetragramatón; Neshamá (la parte espiritual más elevada, *mens* o *anima superior*), correspondiente al mundo Briá, que es la otra letra He; y Neshamá Leneshamá, del mundo Azilut, que es la Yod del Tetragramatón.

Y estas letras (las Sefirot) pasaron de la forma esférica a la forma de una persona, cuyo símbolo es la Balanza, siendo Masculino y Femenino; Jojmá en un lado y Biná en el otro, y Kéter sobre ambos; e igualmente Gedulá a un lado y Geburá en el otro, y Tiféret bajo ellos.

El Libro *Omshim* dice: algunos sostienen que las diez Sefirot se sucedieron una tras otra en diez grados, una sobre la otra, en gradación regular, una conectada con otra en línea directa, desde la más elevada hasta la más baja. Otros sostienen que surgieron en tres líneas, paralelas una a otra, una a la derecha, otra a la izquierda, y otra en

medio; de modo que, si comenzamos por lo más elevado y descendemos hacia lo más bajo, Jojmá, Gedulá y Netsaj se hallan una sobre otra, en línea perpendicular, a mano derecha; Biná, Geburá, y Hod a la izquierda; y Kéter, Tiféret, Yesod y Maljut en el medio; y muchos sostienen que las diez subsisten en círculos, una dentro de la otra, y todas homocéntricas.

Hay que resaltar también que las tablas sefiróticas contienen una Numeración más, en ocasiones denominada igualmente Séfira, que es llamada Dáat, cognición. Se halla en el medio, bajo Jojmá y Biná, siendo el resultado de la conjunción de estas dos.

A Adán Kadmón, la Idea del Universo, la Cábala le asigna forma humana. En esta forma humana, Kéter es el cráneo, Jojmá y Biná ambos lóbulos del cerebro. Gedulá y Geburá los dos brazos, Tiféret el tronco, Netsaj y Hod los muslos, Yesod el órgano masculino, y Maljut el órgano femenino de generación.

Yod es Jojmá, y He Biná; Vav es Tiféret, y la última He es Maljut.

El conjunto, dice el *Libro de los Misterios* o de *Ocultación*, queda así resumido: la intención del Dios Bendito era formar imitaciones con el fin de disminuir la Luz. Razón por la que constituyó, en

Macroprosopos, Adán Kadmón, o Arik Anpin, las tres Cabezas. La primera es denominada «la cabeza donde no hay cognición»; la segunda «la cabeza de aquello que no existe»; y la tercera «la cabeza misma del Macroprosopos». Y estas tres son *Corona*, *Sapientia* e *Informatio*, Kéter, Jojmá y Biná, existentes en la Corona del Mundo de Emanación, o en Macroprosopos; y estas tres son denominadas en el Sohar Atika Kadisha, *Senex Sanctissimus*, el Santísimo Antiguo. Pero las Siete Realezas inferiores del primer Adán son denominadas «el Antiguo de los Días»; y este Antiguo de los Días es la parte interna, o Alma, de Macroprosopos.

La mente humana nunca se ha esforzado tanto como en la Cábala para comprender y explicarse el proceso de creación y manifestación divina, esforzándose al mismo tiempo por ocultar tales pensamientos de todos excepto de los iniciados. Por ello la mayor parte de ella parece a primera vista una jerga incomprensible. Macroprosopos o Adán Kadmón consiste, como hemos dicho, en la idea o agregado intelectual de todo el Universo, incluyendo y conteniendo la Deidad manifestada, que se contiene a Sí Misma no manifestada en lo Absoluto. La cabeza, Kéter «de lo que no hay cognición», es la Voluntad de la Deidad, o la

Deidad como Voluntad. Jojmá, la cabeza «de aquello que no existe» es el Poder Generativo de producir el Pensamiento; aunque existiendo en la Deidad, no existe en acto, y por ello es no-existente. Biná «la auténtica cabeza» de Macroprosopos, es la capacidad productiva intelectual, la cual, impregnada por Jojmá, producirá el pensamiento. Este pensamiento es Dáat; o más bien el resultado es la Intelección o Pensamiento; la Unidad, cuyos pensamientos son las distintas emanaciones.

Esto puede ser ilustrado por una comparación. El Dolor, en el ser humano, es un sentimiento o sensación. Debe ser *producido*. Para producirlo debe existir, no solo la capacidad de producirlo en los nervios, sino también el *poder de generarlo* por medio de dicha capacidad.

Este poder generativo, la capacidad pasiva que produce, y el dolor producido, son como Jojmá, Diná y Dáat.

Los cuatro Mundos o Universales, Azilut, Briá, Yezirá y Asiá, de Emanación, Creación, Formación y Fabricación, son otro enigma de la Cábala. Los tres primeros se hallan enteramente *dentro* de la Deidad. El primero es el Universo que existe potencialmente en la Deidad, determinado e imaginado, pero todavía sin forma

y por desarrollar, excepto en la medida en que se halla contenido en Sus Emanaciones. El segundo es el Universo en idea, distinto dentro de la Deidad, pero no investido de formas; una unidad simple. El tercero es el mismo Universo en potencia en la Deidad, no manifestado, pero investido de formas: la idea desarrollada en diversidad e individualidad, y como sucesión de especies e individuos. Y el cuarto es la potencia convertida en acto, el universo creado, que existe como existe para nosotros.

Las Sefirot, afirma el *Porta Cœlorum*, en virtud de su Emanador Infinito, que las emplea como un obrero usa sus herramientas, operando con ellas y a través de ellas, son la causa de la existencia de todo lo creado, formado y conformado, empleando en su producción ciertos medios. Pero estas mismas *Sefirot*, *Personas* y *Luces*, no son criaturas per se, sino *ideas*, y *rayos* de lo Infinito, que descendió desde la Fuente Suprema por medio de diferentes graduaciones que no se desprendieron de dicha Fuente; sino que esa Fuente se extendió por medio de ellas para crear y gobernar todos los seres, siendo la Causa Simple y Perfecta de Todo, pero que se determina para una u otra operación según esta o aquella Séfira o Modo.

Dios creó todas las cosas por medio de Su Intelecto y Libre Albedrío. Quiso producirlas por mediación de Sus Sefirot y Personas, a través de las cuales es capaz de manifestarse a Sí Mismo con la mayor perfección; consistiendo la mayor perfección en producir las Causas mismas, y las Causas de las Causas, y no únicamente sus efectos, mucho más vulgares.

Dios produjo, junto con la primera cosa originada, el resto de cosas causadas. Pues, dado que Dios es simplicísimo, y que de un Ser Simple únicamente Uno puede proceder de manera inmediata, se deduce que desde la Primera Unidad Infinita y Suprema fluyó al mismo tiempo Todo y Uno. Uno, es decir, en tanto fluía desde la Más Sencilla Unidad, y siendo semejante a Ella; pero también Todo, en tanto partía de esa perfecta Unidad que no puede compararse a ninguna otra, para convertirse hasta cierta medida en diversidad, aunque siendo todavía absoluta y perfecta.

La Emanación, continúa el *Porta Cælorum*, es el resultado que se despliega a partir de lo que no había llegado a existir: lo finito a partir de lo infinito, lo diverso y compuesto a partir de la perfectamente simple y sencillo, que es en potencia el acto infinito, la manifestación móvil

de aquello que es eternamente inmóvil; y por ello resulta más imperfecto y de menor categoría de lo que es su Infinita Perfección. Del mismo modo que la Primera Causa es todas las cosas, de manera inmediata e infinita, las entidades que fluyen de Ella son las primeras causas de modo mediato y finito.

La Entidad Necesaria y no causada, dado que no puede desplegarse en la diversidad, se ve multiplicada en Causas Causadas con respecto a su naturaleza, o en las Subsistencias, Vasijas y aperturas asignadas a ellas, de modo que la Esencia Simple e Infinita comprendida en estos límites, fronteras y externalidades adopta la definición de la dimensión, y se manifiesta a sí misma por la diversidad de sus envolturas.

Del mismo modo que el hombre (la unidad de la Humanidad) es un microcosmos, así Adán Kadmón es un macrocosmos que contiene todas las causas causadas por la Primera Causa; e igual que el Hombre Material es fin y culminación de toda la creación, en el Hombre Divino se haya su origen. Si el Adán inferior recibe todas las cosas de todo, así el Adán superior proporciona todas las cosas a todo. Si el primero es el principio de la luz reflejada, el segundo lo es de Luz Directa. Del mismo modo que el hombre inferior asciende

de la más baja materia hasta la Primera Causa, así el Adán Superior desciende desde el Acto Simple e Infinito, incluso a la Potencia más baja y atenuada.

El Ternario es la reintroducción de la dualidad en la unidad.

El Ternario es el Principio del Número porque, retrayendo la dualidad a la unidad, le devuelve la misma cantidad que había surgido desde la unidad. Se trata del primer número impar, que contiene en sí mismo el primer número par y la unidad, que son padre y madre de todos los números, y tiene en sí mismo el principio, el medio y el fin.

Ahora, Adán Kadmón emana a partir de la Unidad Absoluta, siendo él mismo una unidad; pero también desciende y fluye hacia dentro de su propia naturaleza, siendo así dualidad. De nuevo retorna a la Unidad, que tenía en sí mismo, y retorna a Lo Más Alto, existiendo así el Ternario y lo Cuaternario.

Y esto es por lo que el Nombre Esencial tiene cuatro letras: tres letras distintas y una de ellas repetida, pues la primera He es la esposa de Yod, y la segunda He es la esposa de Vav.

Estos medios que manifiestan la Causa Primera, profundamente oculta en Ella Misma, son las

Sefirot, quienes emanan inmediatamente a partir de dicha Primera Causa, y por Su Naturaleza han producido y controlan al resto.

Estas Sefirot surgieron del Primer y Simplicísimo Uno, que manifestaba Su Infinita Bondad. Son espejos de Su Virtud, y análogos a Su Suprema Esencia, las Ideas de Su Sabiduría y representaciones de Su Voluntad; los receptáculos de Sus Potencias, e instrumentos a través de los cuales opera; Tesoro de Su Felicidad, dispensadores de su Benignidad, Jueces de Su Reino, y revelación de Su Ley; y finalmente, las Denominaciones, Atributos, y Nombres de Aquel que se halla sobre todo y es Causa de Todo… Las diez categorías en las que todas las cosas están contenidas, los géneros universales, que incluyen en sí mismo todas las cosas, pronunciándolas hacia el exterior… Las Segundas Causas, por medio de las cuales la Primera Causa produce sus efectos, y preserva y gobierna todas las cosas; los rayos de la Divinidad, gracias a los cuales todas las cosas son iluminadas y manifestadas; las Formas, Ideas y Especies, de las cuales afloran todos los entes; las Almas y Potencias, por las que la esencia, la vida y el movimiento es otorgada; la medida del tiempo, las medidas de todos los tiempos, por las que todas las cosas son

mensuradas; los Espacios incorpóreos que, en su interior, contienen y encierran el Universo; las Mónadas Sobrenaturales a las que se refieren todas las multiplicidades, y a través de las Mónadas a la Unidad Simplicísima; y finalmente las Perfecciones Formales, fluyendo de la Eminente Perfección Ilimitada y Una, que son las causas de todas las perfecciones dependientes, iluminando así a las Inteligencias Elementales, no adscritas a la materia, así como a las Almas intelectuales, y a los cuerpos celestiales, elementales, y producidos por los elementos.

El Idra Suta dice:

Él, el Santísimo Antiguo Oculto, se separa, estando cada vez más separado, de todo lo que existe; sin embargo, no se separa en cada suceso, porque todas las cosas se unen con Él y Él con el Todo; Él es Todo lo que es, el Santísimo Antiguo de Todo, el Oculto por todas las ocultaciones posibles.

Una vez que Él toma forma, produce Nueve Luces que emanan de Él, de Su forma exterior. Y esas Luces fluyen de Él y emiten llamas, y salen y se extienden en todas direcciones; aunque estos Rayos que así divergen resultan ser, cuando uno los va conociendo paulatinamente, una única Fuente de Luz.

El espacio en el que la Creación toma lugar es establecido por el Santísimo Antiguo, siendo iluminado por Su afluencia, que es la Luz de Sabiduría, y Principio desde el cual fluye la manifestación.

Y Él está conformado en tres Cabezas, que no son sino una Cabeza, y estas tres se extienden en el Microprosopos, y de ellas emana el resplandor de todo lo que es.

Entonces esta Sabiduría se invistió de forma, por medio de la cual lo no manifestado e informe se manifestaba, produciendo asimismo un cierto flujo.

Cuando esta Sabiduría se expandió así por la emanación, entonces fue denominada «Padre de los Padres», hallándose la totalidad del Universo de Cosas contenido y comprendido en ella. Esta Sabiduría es el origen de todas las cosas, y en ellas se encuentra el principio y fin.

El Libro de lo Abstruso, reza el Siphra de Zeniutha, es el que describe el equilibrio de la Balanza. Antes de que existiese la Balanza, los rostros no se miraban entre sí.

Y su Comentario dice: los platillos de la Balanza son denominados Macho y Hembra. En el mundo espiritual el Mal y el Bien se encuentran en equilibrio, y se producirá la restauración

cuando el Mal se convierta en Bien y todo sea bueno. Este otro mundo es llamado también el Mundo de la Balanza. Pues, del mismo modo que en una balanza hay dos platillos, uno a cada lado y el fiel entre ellos, así en este mundo de restauración las Numeraciones están dispuestas como personas distintas. Pues Jojmá se halla en el lado derecho, en el lado de Gedulá, y Biná a la izquierda, en el lado de Geburá; y Kéter es el brazo de la Balanza, hallándose por encima de ellos en el medio. Así Gedulá está en un lado y Geburá en el otro, y bajo estos se halla Tiféret; y Netsaj se encuentra en un lado y Hod en el otro, y bajo ambos Yesod.

La Corona Suprema, que es el Santísimo Antiguo, El Más Oculto de lo Oculto, toma forma, *en el interior* de la Sabiduría oculta, de ambos sexos, macho y hembra.

Jojmá, y Biná, la Madre, a quien impregna, son cuantitativamente iguales. La Sabiduría y la Madre de Intelección brotan juntas y moran juntas; pues cuando el Poder Intelectual emana, la Fuente productiva de la intelección está incluida en dicho Poder.

Antes de que Adán Kadmón adoptase forma de Hombre y Mujer y se introdujese el estado de equilibrio, el Padre y la Madre no se miraban

mutuamente a la cara; pues el Padre denota el más perfecto amor, y la Madre el más perfecto Rigor, y ella rehuía la mirada.

No hay *izquierda* (femenino), afirma el Idra Rabba, en el Antiguo y Oculto; sino que su totalidad es *derecha* (masculino). La totalidad de las cosas es Hua, He, y He se halla escondido por doquier.

Macroprosopos (Adán Kadmón) no se halla tan próximo a nosotros como para hablarnos en primera persona, sino que es designado en tercera persona; Hua, He.

Respecto a las letras afirma:

Yod es macho, He es hembra. Vav es ambas cosas.

En Yod (י) hay tres Yods, el vértice superior e inferior, y Vav en el medio. El vértice superior denota a Kéter Supremo; Vav, en el medio, denota Jojmá, y el vértice inferior Binah.

El Idra Suta dice:

El Universo fue conformado externamente bajo la forma de Macho y Hembra. La Sabiduría, preñada de todo lo que es, al emanar, brilló de manera conjunta bajo la forma de macho y hembra. Jojmá es el Padre, y Biná es la Madre; y así ambos se hallan en equilibrio como macho y hembra, y por esta razón, todas las cosas, sean

cuales sean, son constituidas bajo la forma de masculino y femenino; *y de no ser así no existirían*.

Este principio, Jojmá, es el generador de todas las cosas; y Jojmá y Biná se juntan, y ella brilla dentro de él. Cuando se unen así, ella concibe, y el flujo resultante es la Verdad.

Yod impregna la letra He y engendra un hijo; y ella, así preñada, da a luz. El principio denominado Padre (principio generativo o masculino) está comprendido en Yod, que fluye hacia abajo a partir de la energía del Uno Santo y Absoluto.

Yod es el principio y fin de todo lo que existe. La corriente que fluye es el universo de cosas, que siempre llega a ser, sin interrupción. Y este mundo que llega a ser es creado por Yod, pues Yod incluye dos letras. Todas las cosas están incluidas en Yod, por lo que es llamado Padre de Todo.

Todas las categorías, sean del tipo que sean, brotan de Jojmá; y en Jojmá están contenidas todas las cosas no manifestadas; y el agregado de todas las cosas, o la Unidad en la que se encuentra la multiplicidad, está fuera de aquello de lo que todo fluye, y es el Nombre Sagrado IHUH.

En opinión de los cabalistas, todos los individuos están contenidos en especies, y todas las especies en los géneros, y todos los particulares en un universal, que es una idea abstraída de toda consideración de los individuales, no un agregado de individuos; sino, por así decirlo, un *Ens*, entidad o ser, ideal o intelectual, pero no por ello menos real; anterior a todo individuo, conteniéndolos a todos, y a partir del cual evolucionan todos en sucesión.

Si esto no te satisface, piensa que, suponiendo la teoría correcta, que *todo* se encontraba originalmente en la Deidad, y que el Universo ha surgido de la Deidad, no siendo *creado* por Ella de la nada, la idea del Universo, que existía en la Deidad antes de su flujo hacia afuera, debe haber sido tan real como la Deidad Misma. La totalidad de la raza humana, o humanidad, por ejemplo, existía entonces en la Deidad, no distinguida en individuos, sino como unidad a partir de la cual fluiría la diversidad.

Todo lo actual debe haber existido primeramente en potencia, antes de tener la existencia real; y esta posibilidad o potencialidad era para los cabalistas un *Ens* real. Antes del desarrollo del Universo, debía existir en potencia la totalidad del mismo, con todos sus individuales

incluidos en una Unidad sencilla. Esta era la Idea o Plano del Universo, y tenía que ser formada. Debía emanar de la Deidad Infinita, y formar parte de Ella Misma, aunque no siendo Su Mismo Ser.

Geburá, la Severidad, la Séfira opuesta y unida sexualmente a Gedulá para producir Tiféret, Armonía y Belleza, es denominada también en la Cábala «Juicio», nombre que incluye las ideas de *limitación* y *condicionamiento*, que a menudo parecen ser su principal sentido; mientras la Benignidad es denominada igualmente a menudo «Infinito». De este modo se enseña de forma un tanto oscura que en todo lo que existe se halla presente, no solo lo finito, sino también lo infinito; y también se enseña que el rigor de la inexorable ley de la limitación, por la que todo lo que se halla debajo o al lado del Infinito Absoluto es limitado, circunscrito y condicionado, es temperado y modificado por la *gracia*, que muestra que lo Infinito, Ilimitado e Incondicionado se halla presente igualmente por doquier; siendo así que las naturalezas espiritual y material se hallan en equilibrio, y en todas partes el Bien equilibra al Mal, y la Luz a la Oscuridad. De lo que nuevamente resulta la Armonía Universal de las cosas. En el espacio

vacante dispuesto para la creación, finalmente se mantenía un leve vestigio o traza de la Luz Ainsófica, de la Luz de la sustancia de lo Infinito. El hombre resulta así humano y divino, y los aparentes antagonistas de su naturaleza se encuentran en un equilibrio real, mientras él desee que sea así; de lo que resulta la Armonía, no solo de vida y acción, sino de virtud y perfección.

Para comprender la idea cabalística de las Sefirot, debe tenerse en cuenta que fueron asignadas, no sólo al mundo de Emanación, Azilut, sino también a cada uno de los otros mundos, Briá, Jezirá y Asiá. No eran únicamente atributos de la Deidad No Manifestada, en sí mismos limitados, sino auténticas manifestaciones, o Sus cualidades hechas aparentes como modos; y eran también cualidades de la Naturaleza Universal, tanto espirituales, como mentales como materiales, producidas y realizadas por el flujo hacia el exterior de Sí Misma.

Según el punto de vista de la Cábala, Dios y el Universo eran Uno, y en el Uno General, como prototipo o fuente, se encontraban incluidos y envueltos, evolucionando y emanando a partir de ello la diversidad, todos los individuales.

¿Dónde, realmente, comienza la

individualidad? ¿Es la Fuente Secreta y único Manantial lo que es la Unidad, o son también Unidad las fuentes que manan para llenar el océano, o sus olas, o las gotas de agua, o las partículas vaporosas, que son los individuales? El mar y el río son uno cada uno; pero sus gotas son muchas. El árbol es uno, pero sus hojas son multitud. Caen con las heladas, precipitándose sobre sus hojas; pero el árbol continúa creciendo, y nuevas hojas crecen de nuevo en la primavera. ¿No es acaso la Raza Humana el árbol, y no son hombre individuales las hojas? ¿Cómo si no explicar la fuerza de la voluntad y la compasión, y la dependencia de un hombre de los otros en cada instante de su vida, salvo por la unidad de la raza? Los enlaces que atan todas las cosas creadas son los enlaces de una Unidad simple, y la totalidad del Universo es Una, la cual se desarrolla en la diversidad.

Comentaristas poco avezados han sostenido que la Cábala asigna características sexuales a la Deidad misma. No hay sustento para tal afirmación ni en el Sohar ni en ninguno de sus comentarios. Al contrario, el conjunto de la doctrina de la Cábala está basado en la proposición fundamental de que la Deidad es infinita, omnipresente, sin limitación o

determinación, y por ello sin conformación de ningún tipo. Con el fin de comenzar el proceso de creación Le fue necesario, en primer lugar, provocar un espacio vacío en Su interior. Con este propósito, la Deidad, cuya naturaleza queda aproximadamente expresada al describirla como Luz que rellena un espacio, sin forma, sin límites, se contrajo por todos los lados a partir de un punto en su interior, creando un espacio casi vacante, en el que únicamente queda un vestigio de Su Luz; y en este espacio circular o esférico He emite sus Emanaciones, porciones de Su Luz y Naturaleza; y a algunas de estas se les asigna simbólicamente características sexuales.

Lo Infinito se limita a Sí Mismo al fluir hacia el exterior bajo la forma de Voluntad, de determinación de obra. La Voluntad de la Deidad, o la Deidad como voluntad, es Kéter, o la Corona, la primera Séfira. En ella se incluyen todas las demás Emanaciones. Esto es una necesidad filosófica. Lo Infinito no desea primero, para a continuación, en secuencia, o como consecuencia de tal determinación, realizar de forma subsecuente. Actuar y desear debe ser, en Él, no solo simultáneo, sino en realidad lo mismo. No discierne, por su Omnisciencia, si una acción concreta será correcta, para a continuación

determinar que llevará a cabo la acción, y hacerla.

Su Sabiduría y Su Voluntad, del mismo modo, actúan simultáneamente; y en Dios, decidir que es bueno crear algo era crearlo. De este modo Su Voluntad contiene en Sí Misma todas las Sefirot. Esta voluntad, que Le fuerza al ejercicio de la intelección, a pensar, a dar forma a la Idea del Universo, provocó que el Poder en Él empujase a la facultad intelectual a ejercitarse, y eso era Poder. Su Ser, que había emanado de Ainsof como Voluntad, ahora fluye como Poder Generativo para engendrar la acción intelectual en la facultad intelectual o Inteligencia, Biná.

El Acto en sí, el pensamiento, la intelección que produce la idea, es Dáat; y como el texto del *Siphra de Zeniutha* dice, el Poder y la Facultad, lo Generativo y lo Productivo, lo Activo y lo Pasivo, la Voluntad y la Capacidad, que se unen para producir el acto de reflexión o pensamiento o intelección, se hallan siempre en conjunción. Y también en la Cábala se dice que ambos están contenidos o esencialmente involucrados en el resultado. Y la Voluntad, como Sabiduría o Poder Intelectual, y la Capacidad o Facultad, son realmente el Padre y Madre de todo lo que es; pues para la creación de algo es absolutamente

necesario que Lo Infinito forme en Sí y para Sí una idea de lo que desea producir y crear. Y, dado que no hay tiempo en Él, la voluntad es creación, y la planificación es voluntad y creación; y en la Idea, el Universo en potencia, la sucesión universal de las cosas está incluida. A partir de la Creación únicamente hay evolución y desarrollo.

Netsaj y Hod, la séptima y octava Sefirot, son usualmente denominadas Victoria y Gloria. Netsaj es el éxito perfecto, el cual, en la Deidad, para Quien el futuro es presente, *aguarda*, siendo para las criaturas el resultado del plan de equilibrio adoptado por la Deidad. Es la reconciliación de la Luz y la Oscuridad, Bien y Mal, libre albedrío y necesidad, de la omnipotencia de Dios y la libertad del hombre, así como el armonioso resultado y corolario de todo, sin lo que el Universo sería un fracaso. Es la perfección inherente a la Deidad, manifestada en Su Idea del Universo, y en todos los departamentos o mundos, espiritual, mental o material, de dicho Universo; pero es esa perfección contemplada como resultado exitoso, que es causa, producto y ser; siendo el éxito la perfección de su plan. Es la predominancia de la Sabiduría sobre el accidente; y a cambio, ambos producen y son la Gloria y Alabanza del Gran Organizador Infinito, cuyo

plan es así exitoso y victorioso.

A partir de estos dos, que son uno, a partir de la excelencia y la perfección de la Divina Naturaleza y Sabiduría consideradas como Éxito y Gloria y como opuestos de Fracaso y Mortificación, resulta lo que la Cábala, denominándolo Yesod, Fundamento o Base, caracteriza como miembro generativo de la figura humana simbólica en la cual se representan los diez Sefirot, y de este fluye Maljut, Imperio, Dominio o Gobierno. Yesod es la estabilidad o permanencia, que, en lenguaje común, se diría que resulta de la perfección de la idea o universal intelectual, a partir del cual los particulares evolucionan; resulta del éxito de esa estrategia, y de la consecuente *Gloria* o Autosatisfacción de la Deidad, por cuya estabilidad y permanencia dicha Perfección, Éxito y Gloria realmente existen; dado que la Deidad, infinitamente sabia, y para la Cual el Pasado, Presente y Futuro eran y siempre serán un único *Ahora*, del mismo modo que todo el espacio es un único *Aquí*, no tenía que aguardar al desarrollo y evolución de Su plan de la manera en que los hombres aguardan el resultado de un experimento, para ver si tendría éxito, determinando entonces si permanecería y sería estable y permanente, o fracasaría y sería

temporal. Su *Perfección* era su *Éxito*; su *Gloria*, su *permanencia* y *estabilidad*; y los atributos de Permanencia y Estabilidad pertenecen, como los demás, al universo material, mental, espiritual y real, *porque* y *en tanto que* pertenecen al Infinito mismo.

Esta estabilidad y permanencia provoca continuidad y genera sucesión. Es la perpetuidad, y la continuidad sin interrupción; y por medio de esta sucesión continua, por la que de la muerte surge la nueva vida, por medio de la disolución y resolución, se produce la reconstrucción, y la Necesidad y Fatalidad resultan como consecuencia. O lo que es lo mismo, el control absoluto y dominio (Maljut) de la Deidad Infinita sobre todo lo que la Deidad produce, así como sobre el azar y el accidente; y la imposibilidad absoluta de que existan en el universo, el tiempo y el espacio otros poderes o influencias cualesquiera que, procediendo de la Deidad, existan y puedan no estar perfectamente sometidos a Su voluntad. En términos humanos, esto *resulta como consecuencia*; pero en realidad, la perfección del plan es su éxito, Su gloria y su estabilidad suponen también Su absoluta autocracia, y la ausencia absoluta de azar, accidente o antagonismo. Y del mismo modo que

la Sabiduría Infinita o Razón Absoluta rigen en la misma Naturaleza Divina, también lo hacen en sus Emanaciones, y en los mundos o sistemas de espíritu, alma y materia, en cada uno de los cuales hay tan poco azar o accidente o destino no razonable como en la Naturaleza Divina no manifestada.

Esta es la teoría cabalística en lo referente a los cuatro mundos: 1º, de la Naturaleza Divina, o la Divinidad misma, cuantitativamente limitada y determinada, pero no manifestada en Entidades, que es el mundo de la *Emanación*. 2º, el de las primeras Entidades, es decir, de los espíritus y ángeles, que es el mundo de la *Creación*; 3º, el de las primeras formas, almas o naturalezas psíquicas, que es el mundo de la *Formación*. Y 4º, el de la materia y cuerpos, que es el mundo de la *Fabricación*. En cada uno de estos la Deidad se halla presente, como lo está en las diez Sefirot. La primera de estas es Kéter, la Corona o Cabeza. A continuación, en esa Cabeza, como los dos hemisferios del cerebro, se encuentran Jojmá y Biná, así como su resultado y progenie, Dáat. Estos tres aparecen igualmente en el mundo espiritual, y son universales en el mundo psíquico y material, produciendo las Sefirot inferiores. A continuación siguen, en perfecto equilibrio, la Ley

y la Equidad, la Justicia y la Piedad, la Infinita Naturaleza Divina y la Naturaleza Humana Finita, el Bien y el Mal, Luz y Oscuridad, Benignidad y Severidad, nuevamente lo masculino y lo femenino, como son Jojmá y Biná, atemperándose mutuamente una a otra, y produciendo por su unión íntima las otras Sefirot.

El Universo al completo, y toda la sucesión de entidades y eventos, se extendían hasta el infinito, antes de que cualquier acto de creación tuviese lugar; y Su Benignidad e Indulgencia, mitigando la ley de la rigurosa justicia y el castigo inflexible, Le permitieron crear. Pues si Dios no hubiese podido administrar la estricta y adusta ley de la Justicia, ello Le habría empujado a destruir, inmediatamente tras su comienzo, el Universo que pretendía crear, lo que habría impedido la creación. La Indulgencia, por lo tanto, era en cierto modo la esencia misma y quintaesencia de la Permanencia y Estabilidad del plan de la Creación, y parte de la Naturaleza Misma de la Deidad. La Cábala, por ello, lo designa como Luz y Blancura, por la cual la Sustancia Misma de la Deidad es simbolizada. En esto coincide con las ideas paulinas en lo referente a la Ley y la Gracia; pues Pablo había estudiado la Cábala a los pies de Gamaliel el Rabí. Con esta Benignidad, la

Autocracia del dominio y control de la Deidad resulta imbuida e interpenetrada. La primera, en cierto modo derramada en la segunda, es una parte integral y esencial de ella, y causa que dé origen a la sucesión y continuación del Universo. Pues Maljut, en la Cábala, es hembra, y la matriz o útero del que nace toda la creación. La Cábala es la tradición primitiva, y descansa por completo sobre el único dogma del Magismo: «lo visible es para nosotros la medida proporcional de lo invisible». Los antiguos, observando que el equilibrio es la ley omnipresente de la física, y que ese equilibrio es el resultado de la oposición aparente de dos fuerzas, infirieron también el equilibrio metafísico, y pensaron que en Dios, que es la primera causa viva y activa, debían reconocerse dos propiedades necesarias: estabilidad y movimiento, necesidad y libertad, orden dictado por la razón y autogobierno de la Voluntad, Justicia y Amor supremos, y consecuentemente la Severidad y Gracia, Piedad o Benignidad. La idea de equilibrio entre las personas, de lo masculino por una parte y lo femenino por otra, con la Voluntad Suprema, que es igualmente la Razón Absoluta, por encima de ambos, sosteniendo la balanza, es, conforme a la Cábala, el fundamento de todas las religiones y

todas las ciencias, la primera e inmutable idea de las cosas. Las Sefirot constituyen un triple triángulo y un círculo, quedando la idea de lo Ternario explicada por la balanza, y multiplicada por sí misma en el dominio de lo Ideal; para a continuación tener lugar la realización de este Ideal en formas.

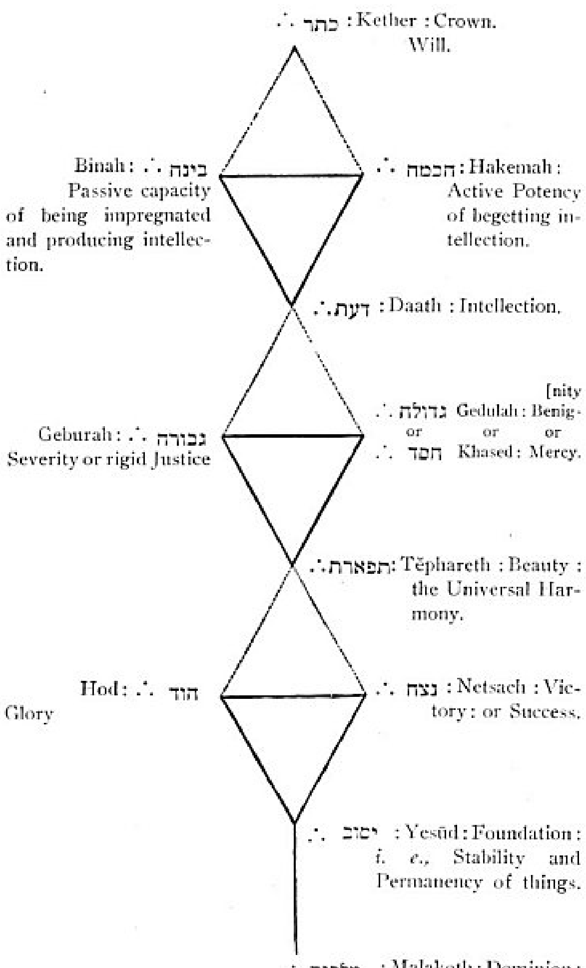
La Unidad únicamente puede manifestarse a través de lo binario. La Unidad misma y la idea de Unidad ya son dos.

La unidad humana es completa por la derecha y la izquierda. El hombre primitivo era de ambos sexos.

La Divinidad, una en su esencia, tiene dos condiciones esenciales como bases de su existencia: Necesidad y Libertad.

Las leyes de la Razón Suprema exigen y regulan la libertad en Dios, el Cual es necesariamente razonable y sabio.

El conocimiento supone lo binario. Un objeto conocido es indispensable para el ser que conoce.


∴ כתר : Kether : Crown.
Will.
Binah : ∴ בינה
Passive capacity of being impregnated and producing intellection.
∴ חכמה : Hakemah :
Active Potency of begetting intellection.
∴ דעת : Daath : Intellection.
∴ גדולה Gedulah : Benignity
or or or
∴ חסד Khased : Mercy.
Geburah : ∴ גבורה
Severity or rigid Justice
∴ תפארת : Tĕphareth : Beauty : the Universal Harmony.
Hod : ∴ הוד
Glory
∴ נצח : Netsach : Victory : or Success.
∴ יסוד : Yesŭd : Foundation : i. e., Stability and Permanency of things.
∴ מלכות : Malakoth : Dominion :
Supremacy and absolute control of the Divine Will in all things,

El binario es el generador de la Sociedad y la ley. Es también el número de la Gnosis, palabra adoptada en lugar de ciencia, que expresa únicamente la idea de cognición por la intuición. Es la Unidad, que se multiplica a sí misma por sí misma para crear. Y es por ello por lo que la simbología sagrada hace surgir a Eva del mismo pecho de Adán.

Adán es el Tetragrama humano, que es resumido en la misteriosa Yod de la Cábala, imagen del Falo Cabalístico. Añadamos a esta yod (י) el nombre ternario de Eva, y formaremos el nombre de Jehová, el Divino Tetragrama, la trascendente y mágica palabra cabalística:

יהוה

De modo que la Unidad, completa en la fecundidad de lo Ternario, forma el Cuaternario, que es la clave de todos los números, movimientos y formas.

El cuadrado, al girar sobre sí mismo, produce un círculo igual a sí mismo, siendo el movimiento circular de cuatro ángulos iguales girando en torno a un punto la cuadratura del círculo.

El Binario sirve como medida para la Unidad; y la relación de igualdad entre Arriba y Abajo forma con ellos el Ternario.

Para nosotros, la Creación es mecanismo; pero para los antiguos era generación, el huevo que creaba el mundo de todas las cosmogonías; y la ciencia moderna ha descubierto que toda la generación animal es ovípara. A partir de esta idea de generación surgió la reverencia ante la imagen del poder generativo, el cual formó el Stauros de los gnósticos y la Cruz filosófica de los Masones.

Aleph es el hombre. Beth es la mujer. Uno es el Principio, dos es la Palabra. A# es lo Activo; B# es lo Pasivo. La Unidad es Boaz, y el Binario es Jakin.

Ambas columnas, Boaz y Jakin, explican en la Cábala todos los misterios del antagonismo natural, político y religioso.

La mujer es creación del hombre; y la Creación Universal es la hembra del Primer Principio. Cuando el Principio de Existencia se hizo a Sí mismo Creador, produjo por emanación una Yod ideal; y con el fin de hacer sitio para ella en la plenitud de la Luz no creada, hubo de provocar un pozo de sombra igual a la dimensión determinada por Su deseo creativo, y correspondiente a la Yod

ideal de Luz irradiada.

La naturaleza del Principio Activo consiste en diseminar; la del Principio Pasivo consiste en recolectar y hacer fructificar.

La Creación es el habitáculo de la Palabra Creadora. Con el fin de crear, el Poder Generativo y la Capacidad Productiva deben unirse, lo Binario se vuelve nuevamente Unidad por la conjunción. La Palabra es el Primogénito, no el primer Hijo de Dios *creado*.

Sancta Sanctis, repetimos de nuevo; las cosas santas a la Santidad, y para aquel que es así, los misterios de la Cábala serán santos. Buscad y encontraréis, dicen las Escrituras. Llamad y se os abrirá. Si deseáis encontrar y obtener la entrada al Santuario, ya hemos dicho suficiente para mostraros el camino. Si no lo deseáis, no tiene sentido decir más, del mismo modo que habrá sido inútil decir tanto.

Los filósofos herméticos también extrajeron sus doctrinas de la Cábala, más concretamente del tratado *Beth Alohim* o *Domus Dei*, conocido como la *Pneumatica Kabalistica*, del Rabino Abraham Cohen Irira, así como del tratado *De Revolutionibus Animarum* del Rabino Jitzchak Lorja.

Esta filosofía fue velada por los alquimistas

bajo sus símbolos, y bajo la jerga de una química rudimentaria; jerigonza incomprensible y absurda salvo para los Iniciados, pero cuya clave está a nuestro alcance, y cuya filosofía vale la pena estudiar. La obra del intelecto humano es siempre interesante e instructiva.

Ser siempre rico, siempre joven, y nunca morir. Este ha sido en todas las épocas el sueño de los alquimistas.

Mutarse en oro, plomo, mercurio, y todos los demás metales; poseer la medicina universal y elixir de vida; tal es el problema que es preciso resolver con el fin de cumplir este deseo y alcanzar este sueño.

Como todos los misterios del Magismo, los secretos de la Gran Obra presentan un significado triple: religioso, filosófico y natural.

El oro filosófico, en religión, es la Razón Absoluta y Suprema. En filosofía, es la Verdad; en la naturaleza visible, el Sol; en el mundo subterráneo y mineral, es el oro más puro y perfecto.

Es por esto por lo que la búsqueda de la Gran Obra es denominada la búsqueda de lo Absoluto, y a dicho trabajo el trabajo del Sol.

Todos los maestros de la Ciencia admiten que es imposible alcanzar los resultados materiales

salvo que se hallen en los dos Grados superiores todas las analogías de la medicina universal y la Piedra Filosofal.

Por lo que, dicen, el trabajo es simple, sencillo y no oneroso; de otro modo consumiría de manera estéril la fortuna y la vida de los buscadores.

La medicina universal del Alma es la Razón Suprema y Justicia Absoluta; de la mente, la Verdad matemática y práctica; del cuerpo, la Quintaesencia, combinación de luz y oro.

La materia prima de la Gran Obra, en el mundo superior, es entusiasmo y actividad; en el mundo intermedio, inteligencia e industria; en el mundo inferior, trabajo; y, en la ciencia, es el Azufre, Mercurio y Sal, que volatilizándose y fijándose sucesivamente, componen el Azot de los Sabios.

El Azufre se corresponde con la forma elemental del Fuego; el Mercurio con el Aire y el Agua; y la Sal con la Tierra.

La Gran Obra es, ante todo, la creación del hombre por sí mismo; es decir, la derrota y conquista total que efectúa de sus facultades y su futuro. Es la perfecta emancipación de su voluntad, que le asegura el imperio universal de Azot, y el dominio del magnetismo, o el poder completo sobre el agente mágico universal.

Este agente mágico, al cual los antiguos

filósofos herméticos ocultaron bajo el nombre de *Prima Materia*, determina las formas de la sustancia modificable; y los alquimistas afirmaban que gracias a ella podían alcanzar la transmutación de metales y la medicina universal.

Hay dos operaciones herméticas, una espiritual y otra material, dependientes una de la otra.

El conjunto de la Ciencia Hermética está contenido en el dogma de Hermes, grabado originalmente, se dice, en una tableta de esmeralda. Los fragmentos referidos a la Gran Obra rezan lo siguiente:

«Separarás la Tierra del Fuego, lo sutil de lo grosero, con suavidad, con mucho trabajo».

«Asciende de la Tierra al Cielo, para descender nuevamente a la Tierra, y recibe la fuerza de las cosas de arriba y abajo».

«De esta forma poseerás la gloria del mundo entero, y por ello toda la oscuridad se alejará de ti».

«Hay una potente fuerza de todas las fuerzas, que vencerá a todo lo sutil, y penetrará a todo lo sólido».

«Así fue creado el mundo».

Todos los Maestros de Alquimia que han escrito acerca de la Gran Obra han empleado expresiones simbólicas y figurativas, viéndose

obligados a hacerlo así para alejar de los profanos una obra que sería peligrosa para ellos, al tiempo que debían hacerla comprensible para los adeptos, revelándoles todo el mundo de analogías gobernado por el simple y soberano dogma de Hermes.

De este modo, en su lenguaje, el oro y la plata son el Rey y la Reina, o el Sol y la Luna; el azufre, el Águila Voladora; Mercurio, el Hombre-Mujer, alado, barbado, subido en un cubo y coronado de llamas; la Materia o Sal, el Dragón Alado; los metales en ebullición, leones de distintos colores; y, finalmente, la totalidad de la obra tiene por símbolos el pelícano y el fénix.

El Arte Hermético es, por lo tanto y al mismo tiempo, una religión, una filosofía, y una ciencia natural. Como religión, es la de los antiguos magos e iniciados de toda época y lugar; como filosofía, podemos encontrar sus principios en la Escuela de Alejandría y las teorías de Pitágoras; como ciencia, debemos preguntarnos por los procedimientos de Paracelso, Nicolás Flamel y Ramón Llull.

La ciencia resulta real únicamente para aquellos que admiten y comprenden la filosofía y la religión; y sus procedimientos resultan exitosos solamente para los adeptos que han alcanzando la

soberanía de la voluntad, convirtiéndose así en reyes del mundo elemental, pues el gran agente operativo del Sol es esa fuerza descrita por el símbolo de Hermes en la tablilla de esmeralda; es el poder mágico universal, el poder espiritual, ardiente y motor. Es el *Od* de los hebreos, y la luz astral según otros.

En este poder se halla el fuego secreto, vivo y filosófico, del que hablaban todos los filósofos herméticos con la reserva más misteriosa: la Semilla Universal, cuyo secreto guardaban, y al cual representaban únicamente bajo la figura del caduceo de Hermes.

Este es el gran arcano hermético. Lo que los adeptos denominan materia muerta son los cuerpos tal y como aparecen en la naturaleza; la materia viva consiste en sustancias asimiladas y magnetizadas por la ciencia y voluntad del operador.

De modo que el Gran Trabajo es más que una operación alquímica; es una verdadera creación de la palabra humana iniciada por el poder de la Palabra de Dios.

La creación del oro en la Gran Obra es efectuada por la transmutación y multiplicación.

Ramón Llull afirma que para hacer oro es preciso tener oro y mercurio; y para hacer plata,

plata y mercurio. Y añade: «Por mercurio me refiero a ese espíritu mineral tan fino y puro con que bañar en oro incluso la semilla de oro, y bañar en plata la semilla de plata». Con esto se refería o bien a la electricidad o bien a *Od*, la luz astral.

La sal y el azufre sirven en la obra únicamente para preparar el mercurio, siendo especialmente el mercurio a quien debemos asimilar y, por así decirlo, en quien debemos incorporar el agente magnético. Únicamente Paracelso, Llull, y Flamel parecen haber conocido perfectamente este misterio.

La Gran Obra de Hermes es, por lo tanto, una operación esencialmente mágica, y la más sublime de todas, pues presupone lo Absoluto en la ciencia y la voluntad. Hay luz en el oro, oro en la luz, y luz en todas las cosas.

Los discípulos de Hermes, antes de prometer a sus adeptos el elixir de la larga vida o la pólvora de proyección, les recomendaban buscar la Piedra Filosofal.

Los antiguos adoraban al Sol bajo la forma de una Piedra Negra, denominada Elagabalus o Heliogabalus. A los fieles les es prometido, en el Apocalipsis, una Piedra Blanca.

Esta Piedra, dicen los Maestros de Alquimia,

es la auténtica sal de los filósofos, que participa en un tercio en la composición del Azot. Pero el Azot es, como sabemos, el nombre del gran agente hermético, y el auténtico agente filosófico, por lo que representan su sal bajo la forma de una Piedra cúbica.

La Piedra Filosofal es el cimiento de la filosofía absoluta, la Razón Suprema e inalterable. Antes de considerar el trabajo de los metales, debemos estar firmemente fijados en los principios absolutos de la Sabiduría. Debemos estar en posesión de esta Razón, que es la piedra de toque de la Verdad. Un hombre que sea esclavo de prejuicios nunca se convertirá en Rey de la Naturaleza y Maestro de las Transmutaciones. La Piedra Filosofal, por lo tanto, es necesaria sobre todas las cosas. ¿Cómo la encontraremos? Hermes nos dice que en su «tablilla de esmeralda». Debemos separar lo sutil de lo fijo con gran cuidado y extrema atención. De modo que debemos separar nuestras certezas de nuestras creencias, y diferenciar perfectamente el dominio de la ciencia del dominio de la fe; y comprender que no sabemos las cosas que creemos, ni creemos las cosas que llegamos a saber. Y que por ello la esencia de las cosas de la Fe se refieren a lo desconocido e indefinido, que es

justamente lo contrario de las cosas de la Ciencia. De lo que concluimos que la Ciencia descansa en la razón y lo empírico, mientras que la Fe tiene como base el sentimiento y la razón.

El Sol y la Luna de los Alquimistas concurren para perfeccionar y dar estabilidad a la Piedra Filosofal. Se corresponden con ambas columnas del Templo, Jakin y Boaz. El Sol es el signo jeroglífico de la Verdad, pues es la fuente de la Luz; y la Piedra Bruta es el símbolo de la Estabilidad. Por ello los alquimistas medievales indicaron la Piedra Filosofal como el primer medio para conseguir el oro filosófico, es decir, transformar todas las potencias vitales representadas por los seis metales en el Sol, o lo que es lo mismo, la Verdad y la Luz; lo que es la primera e indispensable operación de la Gran Obra, que conduce a la adaptación secundaria, y faculta a los creadores del oro vivo y espiritual, los poseedores de la Sal, Mercurio y Azufre filosóficos, para descubrir, por medio de las analogías de la Naturaleza, el oro natural y palpable.

Encontrar la Piedra Filosofal es haber descubierto lo Absoluto, como dicen todos los Maestros. Pero lo Absoluto es aquello que no admite errores, es lo Fijo de lo Volátil, es la Ley

de la Imaginación, es la mismísima necesidad del Ser, es la ley inmutable de la Razón y la Verdad. Lo Absoluto es lo que ES.

Encontrar lo Absoluto en lo Infinito, en lo Indefinido, y en lo Finito, tal es el Magnum Opus, la Gran Obra de los sabios, que Hermes denominaba el trabajo del Sol.

Encontrar las bases inamovibles de la verdadera Fe religiosa, de la Verdad Filosófica y la transmutación de metales, tal es el secreto de Hermes en su totalidad, la Piedra Filosofal. Esta piedra es una y diversa; se descompone por el análisis, y recompone por la síntesis. En el análisis es un polvo, el polvo de proyección de los alquimistas; mas antes del análisis, y en síntesis, es una piedra.

La Piedra Filosofal, dicen los maestros, no debe ser expuesta a la atmósfera, ni a la visión del profano; sino que debe ser ocultada y cuidadosamente preservada en el lugar más secreto del laboratorio, llevando siempre su dueño sobre sí mismo la llave del lugar donde se halla.

Aquel que posee el Gran Arcano es un auténtico rey, y más que un rey, pues es inmune a todo temor y esperanzas vanas. En todas las enfermedades del alma y el cuerpo, una sencilla partícula de la piedra preciosa, un simple grano

del polvo divino, es más que suficiente para sanar. «¡El que tenga oídos para oír, que oiga!», dijo el Maestro.

La sal, el azufre y el mercurio no son sino elementos accesorios e instrumentos pasivos de la Gran Obra. Como hemos dicho, todo depende del Magneto interno de Paracelso. La totalidad del trabajo consiste en *proyección*, y la proyección se alcanza de manera perfecta por medio de la comprensión efectiva y realizable de una única palabra.

No hay más que una operación importante en la obra, y consiste en la sublimación; que no es otra cosa, según Geber, que la elevación de la materia seca, gracias al fuego, con la adhesión de su propia vasija.

Aquel que desea alcanzar el entendimiento de la Gran Palabra y la posesión del Gran Secreto debería leer cuidadosamente a los filósofos herméticos, y alcanzará la Iniciación, como otros han hecho; pero debe tomar como clave de sus alegorías la sencilla enseñanza de Hermes, contenida en su tablilla de esmeralda, y seguir, con el fin de clasificar sus adquisiciones y conocimiento y dirigir la operación, el orden indicado en el alfabeto cabalístico del Tarot.

Ramón Llull dijo que, para fabricar oro,

primero debemos tener oro. Nada surge de la nada; no creamos riqueza de manera absoluta, sino que la incrementamos y multiplicamos. Que los aspirantes a la ciencia entiendan bien que no se deben pedir al adepto milagros ni trucos artificiosos. La ciencia hermética, como todas las ciencias verdaderas, es matemáticamente demostrable. Sus resultados, incluso materiales, son tan rigurosos como los de una ecuación correcta.

El Oro Hermético no es solo un dogma verdadero, una luz sin sombra, una Verdad sin aleación de falsedad; es también un oro material, real, puro, el más precioso que pueda encontrarse en las minas de la Tierra.

Pero el oro vivo, el azufre vivo, o el verdadero fuego de los filósofos, debe buscarse en la casa de Mercurio. El fuego es alimentado por el aire. Para expresar su poder atractivo y expansivo, no puede emplearse mejor comparación que la del rayo, que es al principio únicamente una exhalación seca y terrena, unida al vapor húmedo, pero que, por la propia exhalación, toma una naturaleza ígnea y actúa en la humedad que le es inherente; tras lo cual se precipita rápidamente hacia la tierra, hacia donde es atraída por una naturaleza fija semejante a la suya propia.

Estas palabras, de forma enigmática, pero claras en el fondo, expresan de manera distintiva lo que los filósofos querían decir con su mercurio, fecundado por el azufre, que se convierte en Maestro y regenerador de la sal. Es el Azot, la fuerza magnética universal, el gran agente mágico, la luz astral, la luz de la vida fecundada por la fuerza mental, la energía intelectual, que comparaban con el azufre por sus afinidades con el fuego divino.

La sal es la Materia Absoluta. Cualquier cosa que sea materia contiene sal, y toda sal puede ser convertida en oro puro por la acción combinada del azufre y el mercurio, que en ocasiones actúa tan rápidamente que la transmutación tiene lugar al instante, en una hora, sin fatiga para el operador, y casi sin gasto y esfuerzo. En otros tiempos, y conforme a la temperatura más refractaria del entorno atmosférico, la operación requería varios días, varios meses, y en ocasiones hasta varios años.

En la Naturaleza existen dos leyes primarias, dos leyes esenciales, que producen, nivelándose una a otra, el equilibrio universal de las cosas. Estas son inmovilidad y movimiento, análogos, en filosofía, a Verdad y Ficción, y en la Concepción Absoluta, a Necesidad y Libertad, que son la

esencia misma de la Deidad. Los filósofos herméticos le daban el nombre de *fijo* a todo aquello que fuese medible, a todo aquello que tiende de manera natural al reposo central y la inmovilidad; y denominaban volátil a todo aquello que de manera más natural y dispuesta obedece a la ley del movimiento; y formaron su piedra por el análisis, es decir, por la volatilización de lo *fijo*, y a continuación por síntesis, es decir, fijando lo volátil, lo que realizaban aplicando a lo fijo lo que denominaban *su sal*, el mercurio sulfurado o la luz de vida, dirigida y hecha omnipotente por una Voluntad Soberana. De este modo dominaban la Naturaleza entera, y su piedra aparece donde quiera que haya sal, que es la razón por la que se dice que ninguna sustancia es ajena a la Gran Obra, y que incluso las materias más despreciables y aparentemente viles pueden ser tornadas en oro, lo que es cierto en el sentido de que todas contienen el principio original salino, representado en nuestra simbología por la Piedra Cúbica.

Conocer cómo extraer de la materia la sal pura oculta en ella es tener el Secreto de la Piedra. De lo que se deduce que la piedra que el *Od* o luz astral universal descompone o recompone es una piedra de sal. Una piedra que es simple y diversa,

pues puede disolverse como la sal ordinaria, pero también puede ser incorporada a otras sustancias. Obtenida por análisis, podemos denominarla el Universal Sublimado. Hallado por síntesis, es la auténtica *panacea* de los antiguos, pues cura todas las enfermedades del alma y del cuerpo, habiendo sido denominada la medicina por excelencia de toda la naturaleza.

Cuando alguien, por iniciación absoluta, alcanza el control de las fuerzas del agente universal, siempre tiene esta piedra a su disposición, pues entonces su extracción resulta una operación sencilla y fácil, muy distinta de la proyección o realización metálica. Esta piedra, cuando se halla en estado de sublimación, no debe ser expuesta al contacto con el aire atmosférico, el cual podría disolverla parcialmente y privarnos de su virtud; del mismo modo que sus emanaciones no podrían ser inhaladas sin peligro. El sabio prefiere preservarla en sus envoltorios naturales, seguro como está de poder extraerla con un sencillo esfuerzo de su voluntad y una sencilla aplicación del Agente Universal a las envolturas, que los cabalistas denominan cortezas, conchas o tegumentos.

Para expresar de manera jeroglífica esta ley de prudencia, otorgaron a su Mercurio, personificado

en Egipto como Hermanubis, una cabeza de perro; y a su Azufre, representado por el Bafomet del Temple, la cabeza de cabra que tanto desdoro trajo a las asociaciones ocultistas medievales.

Escuchemos por unos instantes a los propios alquimistas, intentando extraer el significado oculto de sus misteriosas palabras.

El Ritual de Antiguo Maestro Escocés y Caballero de San Andrés, que era el cuarto Grado de Ramsay, o del Rito Rectificado o Reformado de Dresde, reza:

«¡Oh, cuán grande y gloriosa es la presencia del Dios Todopoderoso, que brilla gloriosamente entre los querubines!».

«¡Cuán adorable y asombrosos son los rayos de esa gloriosa Luz, que emite sus rayos brillantes desde la Santa Arca de la Alianza!».

«Adoremos con la mayor veneración y devoción a la Gran Fuente de Vida, ese espíritu glorioso que es el Gobernante más piadoso y benéfico del universo y las criaturas que contiene».

«El conocimiento secreto del Gran Maestro Escocés hace referencia a la combinación y transmutación de las distintas sustancias; de lo que se puede extraer una idea clara y comprensión adecuada de que todas las sustancias materiales

están compuestas por combinaciones de tres sustancias, extraídas de los cuatro elementos, y estas tres sustancias son Sal, Azufre, y Espíritu. El primero de estos produce Solidez; el segundo Blandura; y el tercero lo Espiritual, las partículas vaporosas. Estas tres sustancias compuestas actúan potencialmente de manera conjunta, y en ello radica el auténtico proceso de la transmutación de metales».

«A estas tres sustancias aluden las tres lavatorios de oro, sobre el primero de los cuales aparecía grabada la letra M#, en el segundo la letra G#, y en el tercero nada. La primera, M#, es la inicial de la palabra hebrea Malakh, que significa sal; y la segunda, G#, lo es de la palabra hebrea Geparaith, que significa azufre; y dado que no hay una palabra hebrea que pueda expresar al vaporoso e intangible espíritu, no figura letra alguna en el tercer lavatorio».

«Con estas tres sustancias principales puedes efectuar la transmutación de metales, que debe ser llevada a cabo por medio de los Cinco Puntos o Reglas de la Maestría Escocesa».

«El primer punto de Maestro nos muestra el Mar de Bronce, que debe contener siempre agua de lluvia; y a partir de esta agua de lluvia el Maestro Escocés debe extraer la primera

sustancia, que es la sal. Sal que debe ser sometida posteriormente a una séptuple manipulación y purificación para ser debidamente preparada. Esta séptuple purificación está simbolizada por los Siete Peldaños del Templo de Salomón, cuyo símbolo nos es proporcionado por el primer punto o regla del Maestro Escocés».

«Tras preparar la primera sustancia, es preciso extraer la segunda, el azufre, del oro más puro, al cual debe entonces añadirse la sal celestial o purificada. Deben ser combinadas tal y como el Arte indica, siendo a continuación colocadas en una vasija con forma de barco, donde debe permanecer, del mismo modo que el Arca de Noé se mantenía a flote durante ciento cincuenta días, de modo que pudiese alcanzar un primer grado del húmedo y cálido grado de fuego, para que pudiese pudrirse y producir la fermentación mineral. Este es el segundo punto o regla de los Maestros Escoceses».

Si eres consciente, Hermano mío, de que era imposible para nadie extraer la sal común del agua de lluvia, o azufre a partir del oro puro, sin duda te percatarás de que estas palabras contienen un significado secreto.

La Cábala considera la parte inmaterial del hombre como de triple naturaleza, consistiendo en

Néfesh, Ruach y Neshamá, *Psyque* (Espíritu), *Mens* (Alma) e Intelecto. Hay Siete Santas Moradas, Siete Cielos y Siete Tronos; y las almas son purificadas al ascender a través de las Siete Esferas. Barco, en hebreo, se dice *Ani*; y la misma palabra significa *Yo*.

Continúa el ritual:

«Multiplicar la sustancia así obtenida es la tercera operación, lo que se consigue añadiéndole el *Espíritu*, animado y volátil; esto se logra por medio del agua de la Sal Celestial, así como de la sal, que debe añadirse diariamente con sumo cuidado, observando no poner ni demasiado ni demasiado poco; pues si añades demasiado, destruirán la sustancia creciente y multiplicadora; y si añades demasiado poco, se autoconsumirá y destruirá, echándose a perder y sin que haya suficiente sustancialidad para su preservación. Este tercer punto o regla de los Maestros Escoceses nos da el emblema de la Torre de Babel, empleado por nuestros Maestros Escoceses, pues debido a la irregularidad y falta de proporción y armonía debidas la obra fue detenida, y los obreros no pudieron continuar».

«A continuación viene la cuarta operación, representada por la Piedra Cúbica, cuyas caras y ángulos son todos iguales. Tan pronto como el

trabajo ha llegado al necesario punto de multiplicación, debe ser sometido al tercer Grado de Fuego, donde recibirá la debida proporción de fuerza y sustancia a partir de las partículas metálicas de la Piedra Cúbica; y este es el cuarto punto o regla de los Maestros Escoceses».

«Finalmente, llegamos a la quinta y última operación, que se nos representa por la Estrella Flamígera. Una vez que la obra se ha convertido en una sustancia debidamente proporcionada, debe ser sometida al cuarto y más potente Grado de Fuego, en el que debe permanecer tres veces veintisiete horas; hasta que esté completamente reluciente, convirtiéndose así en una tintura brillante y reluciente con la que puedan cambiarse los metales ligeros por el empleo de una parte entre mil del metal. Con lo que esta Estrella Flamígera nos enseña el quinto y último punto del Maestro Escocés».

«Debes pasar de manera real por los cinco puntos o reglas del Maestro, y con el empleo de una parte entre mil, transmutar y ennoblecer tus metales. Entonces podrás decir realmente que tu edad es de mil años».

En la oración del Grado se dan las siguientes pistas respecto a su verdadero significado:

«Las tres divisiones del Templo, el Atrio

Exterior, el Santuario y el Sancta Sanctorum, representan los tres principios de nuestra Santa Orden, que conducen al conocimiento de la moralidad, y enseñan las virtudes que la humanidad más debería practicar. Por ello los Siete Pasos que conducen al Atrio Exterior del Templo son el emblema de la Luz de Siete Tipos que necesitamos poseer antes de alcanzar la cima del conocimiento, que supone el límite final de nuestra Orden».

«En el Mar de Bronce nos purificamos simbólicamente de toda polución, culpa y malas obras, así como de las obras cometidas en base a error de juicio u opinión equivocada, y de aquellas cometidas intencionadamente, pues todas nos impiden por igual llegar al verdadero conocimiento de la Verdadera Sabiduría. Debemos limpiar minuciosamente y purificar nuestros corazones hasta en sus más recónditos recovecos antes de poder contemplar por derecho la Estrella Flamígera, emblema de la Divina y Gloriosa Shekina, o presencia de Dios, antes de que osemos aproximarnos al Trono de la Suprema Sabiduría».

En el Grado de Verdadero Masón (Vrai Maçon), considerado en la portada de su ritual como el Grado 23º de la Masonería, o el 12º de

la Quinta Clase, el Tablero de Trazo muestra un triángulo luminoso, con un gran Yod en el centro.

«El triángulo», dice el ritual, «representa un Dios en tres Personas; y la gran Yod es la letra inicial de la última palabra».

«El Círculo Oscuro representa el Caos, creado por Dios en el principio».

«La Cruz dentro del Círculo representa la Luz gracias a la cual Dios desarrolló el Caos».

«El Cuadrado representa los cuatro Elementos en los que el Caos fue resuelto».

«El Triángulo representa nuevamente los tres Principios (Sal, Azufre y Mercurio) producidos por la mezcla de los elementos».

«Dios *crea*; la Naturaleza *produce*; el Arte *multiplica*. Dios creó el Caos; la Naturaleza lo produjo; Dios, la Naturaleza y el Arte lo perfeccionaron».

«El Altar de los Perfumes indica el *Fuego* que debe aplicarse a la Naturaleza, y las dos torres son los dos hornos, húmedo y seco. La copa es el molde de roble que debe incluir el huevo filosofal».

«Las dos figuras rematadas por una Cruz son las dos vasijas, Naturaleza y Arte, en las que debe consumarse el doble matrimonio de la Mujer blanca con el Servidor rojo, matrimonio del cual

brotará un Muy Poderoso Rey».

«El Caos significa la material universal, sin forma, pero susceptible de adoptar todas las formas. La Forma es la Luz incluida en la semilla de todas las especies; y su hogar se halla en el Espíritu Universal».

«Del trabajo de la materia universal, empleando el fuego interno y externo, resultan los cuatro elementos, los *Principia Principiorum* e *Inmediata*: Fuego, Aire, Agua y Tierra. Hay cuatro cualidades de estos elementos: lo caliente y seco, lo húmedo y frío. Dos pertenecen a cada elemento: lo seco y frío, a la Tierra; lo frío y húmedo, al Agua; lo húmedo y caliente, al Aire; y lo caliente y seco, al Fuego. De manera que el Fuego conecta con la Tierra, y todos los elementos, tal y como dijo Hermes, se mueven en círculos».

«A partir de la mezcla de los cuatro Elementos y de sus cuatro cualidades resultan los tres Principios: Mercurio, Azufre y Sal. Nos referimos a los elementos filosóficos, no a los vulgares».

«El Mercurio filosófico es un *Agua* y Espíritu, que disuelve y sublima al Sol; el Azufre filosófico es un *Fuego* y un Alma, que lo suaviza y colorea; la Sal filosófica es una *Tierra* y un Cuerpo, que lo coagula y fija; y el conjunto es efectuado en el

seno del *Aire*».

«A partir de estos tres Principios resultan los cuatro elementos duplicados, o Grandes Elementos, Mercurio, Azufre, Sal y Cristal; dos de los cuales son volátiles: el Agua (Mercurio) y el Aire (Azufre), que es Aceite; pues todas las sustancias líquidas por naturaleza evitan el fuego, que toma el uno (Agua) y quema el otro (Aceite). Pero los otros dos son secos y sólidos, a saber, la Sal, donde se contiene el Fuego, y la Tierra pura, que se halla en el Cristal; sobre los que el Fuego no tiene otro efecto que el fundirlos y refinarlos, salvo que se haga uso del líquido álcali; pues, dado que cada elemento posee dos cualidades, estos elementos comparten dos de los elementos simples, o más exactamente, comparten los cuatro, aunque en mayor o menor grado: el Mercurio participa más del Agua, al cual es asignado; el Aceite o Azufre participa más del Aire; la Sal, del Fuego; y el Cristal, de la Tierra; que aparece, pura y clara, en el centro de todos los elementos compuestos, siendo el último es desprenderse de los otros».

«Los cuatro elementos y tres principios aparecen en todos los compuestos, ya sean de naturaleza animal, vegetal o mineral; pero con mayor preeminencia en unos que en otros».

«El Fuego les otorga movimiento; el Aire, sensaciones; el Agua, nutrientes, y la Tierra, alimento».

«Los cuatro elementos duplicados engendran la Piedra, si uno es lo suficientemente cuidadoso para mezclarlos con la cantidad adecuada de fuego, combinándolos conforme a su peso natural. Diez partes de Aire hacen una de Agua; diez de Agua, una de Tierra; y diez de Tierra, una de Fuego; estando representado el principio activo en un símbolo y el pasivo en el otro.

La alusión del Ritual, aquí, es obviamente a las cuatro Palabras de la Cábala. Las diez Sefirot del mundo de Briá proceden de Maljut, la última de las diez emanaciones del mundo Azilut; las diez Sefirot del mundo Yezirá, desde Maljut de Briá; y las diez del mundo Asiá, desde Maljut de Yezirá. La Palabra de paso del Grado se da como *Metralón*, que es una corrupción de Metratón, el querubín que, junto con Sandalfón, son los Jefes de los Ángeles en la Cábala. Los símbolos activo y pasivo son el macho y la hembra.

El Ritual continúa:

«Por ello es evidente que, en la Gran Obra, debemos emplear diez partes del Mercurio filosófico por una del Sol o la Luna».

«Esto es alcanzado por *Solución* y

Coagulación. Estas palabras significan que debemos disolver el cuerpo y coagular el espíritu, operaciones efectuadas por medio del baño húmedo y seco».

«De entre los colores, el negro es la Tierra; el blanco, el Agua; el azul, el Aire; y el rojo, el Fuego; en lo que también radican grandes secretos y misterios».

«Los aparatos empleados en la Gran Obra consisten en el baño húmedo, el baño seco, los vasos de la Naturaleza y el Arte, la copa de roble, *lumum sapientiæ*, el sello de Hermes, el tubo, la lámpara física y la barra de hierro».

«El trabajo es perfeccionado en diecisiete meses filosóficos, según la mezcla de los ingredientes. Los beneficios obtenidos son de dos clases: referentes al alma y referentes al cuerpo. Los primeros consisten en conocer a Dios, la Naturaleza y a nosotros mismos; los segundos en conocer la riqueza y la salud».

«El Iniciado atraviesa Cielo y Tierra. El Cielo es el mundo que se manifiesta a la inteligencia, y se subdivide en Paraíso e Infierno; la Tierra es el mundo que se manifiesta a los sentidos, igualmente subdividido en mundo celestial y mundo de los elementos».

«Hay ciencias especialmente conectadas con

cada uno de estos. *El uno es ordinario y común; el otro, místico y secreto*. El mundo cognoscible por el intelecto tiene la Teología Hermética y la Cábala, así como la Astrología Celestial; y el mundo de los elementos cuenta con la Química, que con sus descomposiciones y separaciones, llevadas a cabo por medio del fuego, revela los secretos más escondidos de la Naturaleza en tres clases de sustancias compuestas. Esta última ciencia es denominada «hermética», o «el funcionamiento de la Gran Obra».

El Ritual del Grado de la Rosa Cabalística y Hermética cuenta con estos pasajes:

«La verdadera Filosofía, conocida y practicada por Salomón, es la base sobre la que se funda la Masonería».

«Nuestros Masones Antiguos nos han ocultado el punto más importante del Arte Divino, poniéndolos tras caracteres jeroglíficos que no son sino enigmas y parábolas para el insensato, el perverso y el ambicioso».

«Será afortunado en grado supremo aquel que, por medio de la ardua labor, descubra aquel sagrado lugar donde se halla escondida la sublime Luz al desnudo; pues puede estar seguro de haber encontrado la Verdadera Luz, la Verdadera felicidad, el Verdadero Bien Celestial. Entonces

podrá decirse con propiedad que es uno de los Elegidos Verdaderos; pues es la única Ciencia Real y Sublime, de entre todas las ciencias, a la que un mortal puede aspirar: sus días se prolongarán, y su alma se librará de todos los vicios y la corrupción a la que la raza humana (se añade, para confundir, como si se temiese desvelar demasiado) es por lo general conducida por la pobreza».

Como el simbolismo del Templo y el lenguaje del ritual se explican mutuamente, debe remarcarse que en este Grado las columnas del Templo, 12 en número, son blancas, jaspeadas de negro y rojo. Las cortinas son negras, con la parte superior de color carmesí.

Sobre el trono se halla una gran águila de oro sobre fondo negro. En el centro del dosel se ve la Estrella Flamígera dorada, con la letra Yod en su centro. A izquierda y derecha del trono se encuentran el Sol en oro y la Luna en plata. Al trono se asciende por tres escalones. La sala y la antecámara están cada una iluminadas por diez luces, más otra en la entrada. Los colores negro, blanco y carmesí aparece en la decoración; y la Llave y la Balanza se encuentran entre los símbolos.

El deber del Segundo Gran Prior, dice el

Ritual, es «comprobar si el Capítulo está sellado herméticamente; si los materiales están listos y también los elementos, dando el negro lugar al blanco, y el blanco al rojo».

«Sé laborioso», reza el ritual, «como la Estrella, y procura la luz de los Sabios, y escóndete del estúpido profano y del ambicioso, y sé como el búho, que ve únicamente por la noche, y se esconde de la curiosidad traicionera».

«El Sol, al entrar en cada una de sus casas, debería ser recibido por los cuatro elementos, que debes invitar cuidadosamente a tu compañía para que te asistan en tu empresa; pues sin ellos la casa sería melancolía, y por ello festejarás los Cuatro Elementos».

«Cuando el Sol haya visitado sus doce casas y te haya visto atento allí para recibirle, te convertirás en uno de sus principales favoritos, y te permitirá compartir todos sus dones. Entonces la materia ya no tendrá poder sobre ti; por así decirlo, ya no morarás en la Tierra, sino que tras ciertos períodos darás la espalda a un cuerpo que es terrenal, para adoptar en su lugar otro espiritual. La materia parecerá entonces muerta para el mundo».

«Por lo tanto debe ser revivificada, naciendo de nuevo de sus cenizas, lo que llevarás a cabo

por medio de la vegetación del árbol de la vida, que representamos en la acacia. Quien quiera que comprenda y aprenda a ejecutar esta gran obra, conocerá grandes cosas, dicen los Sabios de la obra; pero cuando te separes de la Escuadra y el Compás ya no serás capaz de hacerlo con éxito».

«Hay otra Joya precisa para ti, y que resulta indispensable para ciertas empresas. Es el denominado Pentáculo Cabalístico, que te otorga el poder para dar órdenes a los espíritus de los elementos. Es necesario que sepas cómo usarlo, lo que aprenderás por medio de la perseverancia, en caso de ser un amante de la ciencia de nuestros predecesores los Sabios».

«Una gran Águila Negra, la Reina de las Aves. Únicamente ella puede prender el Sol, pues siendo material en su naturaleza, no tiene forma, y sin embargo por su forma desarrolla el color. El negro es el heraldo por excelencia de la obra: cambia de color y asume forma natural, de la cual emergerá un brillante Sol».

«El nacimiento del Sol es siempre anunciado por su Estrella, representada en la Estrella Flamígera, la cual reconocerás por su aspecto ardiente, siendo seguida en su curso por el rastro plateado de la Luna».

«La Piedra Bruta es la piedra sin forma que

debe ser preparada para comenzar el trabajo filosófico, y ser desarrollada con el fin de cambiar su forma triangular por otra cúbica, tras la separación de ella de su Sal, Azufre y Mercurio, por medio de la ayuda de la Escuadra, el Nivel, la Plomada y la Balanza, así como de otros aparejos masónicos, *que empleamos simbólicamente»*.

«En este caso los empleamos con fines filosóficos, para constituir un edificio bien proporcionado, a través del cual es preciso hacer pasar el material bruto, de manera análoga a un candidato que comienza su iniciación en nuestros Misterios. Al construir debemos observar todas las reglas y proporciones; pues de otro modo el Espíritu de la Vida no podrá morar en él. Así construirás la gran torre, en la que arderá el Fuego de los Sabios o, en otras palabras, el Fuego del Cielo; así como el Mar de los Sabios, en el que se bañarán el Sol y la Luna. Este es el lavatorio de purificación, en el que se hallará la Gracia Celestial, agua que no ensucia las manos, sino que purifica todos los cuerpos leprosos».

«Trabajemos para instruir a nuestro Hermano, al punto de que, por medio de su esfuerzo, pueda tener éxito en el descubrimiento del principio de vida contenido en la profundidad de la materia, y

conocido por el nombre de Alkahest».

«El más potente de los nombres de Dios es Adonay. Su poder es poner el Universo en movimiento; y los Caballeros que sean tan afortunados como para poseerlo, pesarán y medirán, y tendrán a su disposición todas las potencias que en él moran, los Elementos, y el conocimiento de todas las virtudes y ciencias que el hombre es capaz de conocer. Por medio de su poder lograrán descubrir el metal primordial del Sol, el cual contiene en su interior el principio germinador, y donde podemos fusionar otros seis metales, cada uno de los cuales contiene los principios y semilla de la gran obra filosófica».

«Los otros seis metales son Saturno, Júpiter, Marte, Venus, Mercurio y la Luna; vulgarmente conocidos como Plomo, Estaño, Hierro, Cobre, Mercurio y Plata. El Oro no está incluido, porque no es un metal en su naturaleza. Es en todo espíritu e incorruptible, por lo que es símbolo del Sol, que preside sobre la Luz».

«El espíritu vivificador, denominado Alkahest, contiene en sí mismo la virtud generativa de producir la Piedra Cúbica triangular, y contiene igualmente todas las virtudes para hacer a los hombres felices en este mundo y en el venidero. Para llegar a la composición del Alkahest,

comenzamos trabajando la ciencia de la unión de los Cuatro Elementos extraídos de los tres reinos de la naturaleza, mineral, vegetal y animal; la regla, medida, peso y contrapeso, cuyas claves poseen. Cuando empleamos en una obra los animales, vegetales y minerales, cada uno en su sazón, estos crean el espacio para las Casas del Sol, donde se hallan todas las virtudes requeridas».

«Algo de cada uno de los tres reinos de la naturaleza es asignado a cada Casa Celestial, con el fin de que todo pueda ser llevado a cabo conforme a sus sólidas reglas filosóficas; y de que todo pueda ser purificado por completo en su correspondiente tiempo y lugar, con el fin de ser presentado en la mesa nupcial de la Esposa y las seis vírgenes que sostienen la pala mística, no en un fuego vulgar, sino en un fuego elemental, que conforma por atracción y asimilación el lecho filosófico de los Cuatro Elementos».

«En el banquete de las Esposas, las viandas, una vez totalmente purificadas, son servidas como Sal, Azufre, Espíritu y Aceite, siendo suficiente tomar una cantidad de las mismas cada mes para estar compuesto de ellas, gracias a la Balanza de Salomón, el Alkahest, y con el fin de servir a las Esposas una vez que yacen sobre el lecho nupcial,

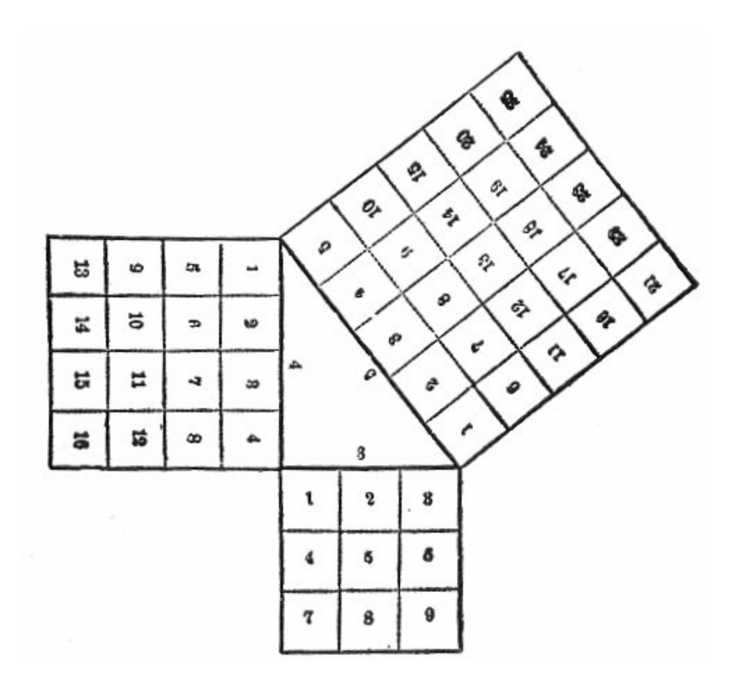
para así engendrar su embrión, que produce inmensos tesoros para la raza humana, tesoros que durarán mientras el mundo exista».

«Pocos son capaces de embarcarse en esta Gran Obra. Únicamente los verdaderos Francmasones pueden aspirar en derecho a ella; e incluso de entre ellos pocos son dignos de alcanzarla, pues la mayoría de ellos ignoran las Clavículas y sus contenidos, del mismo modo que ignoran el Pentáculo de Salomón, que enseña cómo trabajar en la Gran Obra».

«El peso medido por Salomón con su balanza era 1, 2, 3, 4, 5; lo que contiene 25 veces la unidad; 2 multiplicado por 2; 3 multiplicado por 3; 4 multiplicado por 4; 5 multiplicado por 5, y 9 multiplicado por 1; de este modo estos números incluyen los cuadrados de 5 y 2, el cubo de 2, el cuadrado del cuadrado de 2, y el cuadrado de 3».

Hasta ahora el ritual, en los números mencionados por él, es una alusión al problema 47 de Euclides, símbolo que aparece en la Masonería Simbólica, y allí fuera de lugar por completo y con un significado desconocido. Siendo la base del triángulo rectángulo 3, y la perpendicular 4, la hipotenusa es 5, siguiendo la regla de que la suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa. 3 x 3 = 9; 4 x 4 = 16; y 9 + 16 =

25, que es 5 x 5. El triángulo contiene en sus lados los números 1, 2 y 3. La perpendicular es lo masculino, la base lo femenino, y la hipotenusa el producto de ambos.



Fijar lo volátil, en leguaje hermético, significa materializar el espíritu; volatilizar lo fijo es espiritualizar la materia.

Separar lo sutil de lo grosero, la primera operación, que es por completo interna, consiste en liberar nuestra alma de todo vicio y prejuicio. Esto se consigue gracias al uso de la Sal filosófica, o lo que es lo mismo, la Sabiduría; del

Mercurio, o trabajo y actitud personal; y del Azufre, que representa la energía vital y el ardor de la voluntad. De este modo conseguimos tornar en oro espiritual incluso las cosas de menor valor, e incluso lo más repugnante de la Tierra.

Es en este sentido en el que tenemos que entender las parábolas de los filósofos herméticos y los profetas de la alquimia; pero en sus trabajos, al igual que en la Gran Obra, debemos separar hábilmente lo sutil de lo grosero, lo místico de lo positivo, la alegoría de la teoría. Si se les lee con entendimiento, será preciso comprenderles de manera alegórica en su totalidad, para posteriormente descender de la alegoría a la realidad por medio de la correspondencia o analogía formulada en este sencillo dogma: «lo que es arriba como lo que es abajo».

El tratado *Minerva Mundi*, atribuido a Hermes Trismegisto, contiene, bajo las alegorías más poéticas y profundas, el dogma de la autocreación de los seres, o de la ley de la creación que resulta del equilibrio de dos fuerzas, que los alquimistas denominan Fija y Volátil, y que son, en lo absoluto, Necesidad y Libertad.

Cuando los maestros de la Alquimia afirman que no necesita más que poco tiempo y esfuerzo para finalizar los trabajos de la Ciencia; cuando

afirman, por encima de todo, que no es preciso más que un recipiente; cuando hablan de un único y gran Horno que todos pueden emplear, y que se halla al alcance de todo el mundo, y que los hombres lo poseen sin ser conscientes de ello, aluden a la Alquimia filosófica y moral. De hecho, una voluntad fuerte y determinada puede, en poco tiempo, alcanzar una independencia completa; y todos poseemos ese instrumento alquímico, el único y gran Atanor u Horno, que sirve para separar lo sutil de lo grosero, y lo fijo de lo volátil. Este instrumento, tan completo como el mundo, y tan preciso como las mismas matemáticas, ha sido mostrado por los Sabios como el emblema del Pentagrama o Estrella de Cinco Puntas, el signo absoluto de la inteligencia humana.

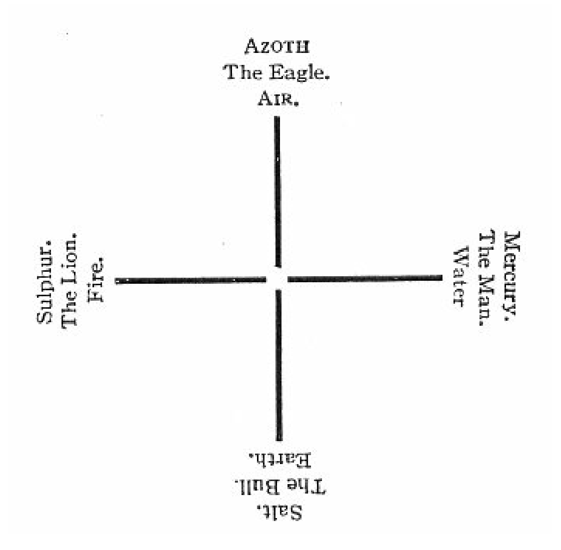
El fin y perfección de la Gran Obra es expresado, en Alquimia, por un triángulo rematado con una cruz. Y la letra Tau (T), última del alfabeto sagrado, tiene el mismo significado.

El «fuego elemental» que surge de manera primaria por atracción, es evidentemente la Electricidad, desarrollada primeramente como magnetismo, y en la que quizá se encuentre el secreto de la vida o fuerza vital.

Paracelso, el gran reformador de la medicina,

descubrió el magnetismo mucho antes que Mesmer, llevando a sus últimas consecuencias este luminoso descubrimiento, o más bien iniciación al universo mágico de los antiguos, quienes comprendían el gran agente mágico mejor de lo que lo hacemos nosotros, y entendían la Luz Astral, Azot, el magnetismo universal de los Sabios, como un fluido particular animal, que emana únicamente de ciertos seres especiales.

Los Cuatro Elementos, los cuatro animales simbólicos, y los Principios duplicados que se corresponde entre sí, quedan dispuestos de este modo por los Masones herméticos.



El Aire y la Tierra representan el Principio Masculino; y el Fuego y el Agua corresponden al

Principio Femenino. A estas cuatro formas se corresponden las siguientes cuatro ideas filosóficas: Espíritu – Materia – Movimiento – Reposo. Que la Alquimia reduce a tres: Lo Absoluto – Lo Fijo – Lo Volátil. Razón, Necesidad y Libertad son sinónimos de estas tres palabras. Dado que todos los grandes misterios de Dios y el Universo se encuentran ocultos en el Ternario, este número aparece por doquier en Masonería y Filosofía Hermética, bajo su máscara alquímica. Incluso aparece donde los Masones no lo sospechan; pues enseña la doctrina de contrarios y su resultante la Armonía.

El doble triángulo de Salomón es explicado por San Juan de un modo encomiable: hay, dice, tres testigos en el Cielo (el Padre, la Palabra y el Espíritu Santo) y tres testigos en la tierra (el pan, el agua y la sangre). En esto coincide con los Maestros de la Filosofía Hermética, que dan a su Azufre el nombre de Éter, a su Mercurio el nombre de Agua Filosófica, y a su Sal el nombre de Sangre del Dragón, o Menstruación de la Tierra. La Sangre, o Sal, corresponde por oposición al Padre; el Azótico, o Agua Mercurial, a la Palabra, o Logos; y la Respiración al Espíritu Santo. Pero las cosas del Alto Simbolismo únicamente pueden ser comprendidas por los

verdaderos hijos de la Ciencia.

La Alquimia tiene su Tríada Simbólica de Sal, Azufre y Mercurio, del mismo modo que el hombre se compone de cuerpo, alma y espíritu. La paloma, el cuervo y el fénix son símbolos nítidos del Bien y el Mal, Luz y Oscuridad, así como de la Belleza que surge del equilibrio de ambos.

Para entender los auténticos secretos de la Alquimia es preciso estudiar el trabajo de los Maestros con paciencia y asiduidad. Cada palabra es un enigma; y para aquel que las lee de forma ligera, el conjunto parecerá absurdo. Incluso cuando parecen impartir que la Gran Obra consiste en la purificación del Alma, entrando así en el ámbito de la moral, siguen ocultando la mayor parte de su significado, engañando a todos menos a los Iniciados.

Yod (י) es denominado en la Cábala el *opifex*, *obrero* de la Deidad. Es, dice el *Porta Cœlorum*, simple y primordial, como el uno, que es el primero entre los números. Y como el *punto*, el primero entre todos los cuerpos. Movido longitudinalmente produce una *línea*, que es Vau (ו); y si Vau se mueve hacia el lado produce una *superficie*, que es Dálet (ד). De este modo Vau (ו) se convierte en Dálet; pues el movimiento tiende de derecha a izquierda; y toda comunicación es de

arriba abajo. La plenitud de Yod, es decir, el nombre de la letra, deletreado, es יור, Y-O-D. Vau (que representa 6) y Daleth (4), suman 10, al igual que Yod, su principio.

Yod, dice el *Siphra de Zeniutha*, es el Símbolo de Sabiduría y del Padre.

El principio denominado Padre, dice el *Idra Suta*, está comprendido en Yod, el cual fluye hacia abajo desde la santa influencia, por lo que Yod es la más oculta de todas las letras, pues es comienzo y fin de todas las cosas. La sabiduría sobrenatural es Yod, y todas las cosas están incluidas en Yod, por lo que es denominado Padre de los Padres, o Generador del Universal. El Principio de todas las cosas es denominado Casa de todas las cosas, de modo que Yod se halla en el comienzo y final de todas las cosas. Como está escrito, «Has hecho todas las cosas con Sabiduría». Pues al Todo se le denomina Sabiduría, y en la Sabiduría se contiene el Todo, y el sumario de todas las cosas es el Santo Nombre.

Yod, dice el *Siphra de Zeniutha*, que representa al Padre, se aproxima a la letra He, que es la Madre, y por la combinación de estas dos se crea esa luminosa influencia en la que Biná es imbuida de Sabiduría Sobrenatural.

En el nombre, יחן, dice el mismo texto, están

incluidos el Padre, Madre y Microprosopos, su vástago. He, impregnada por Vau, produce el Microprosopos, o Seir Anpin.

La Sabiduría, Jojmá, es el Principio de todas las cosas: es el Padre de los Padres, y en ella se halla el principio y fin de todas las cosas. Microprosopos, el segundo universal, es la emanación de la Sabiduría, el Padre, y Biná, la Madre, y está compuesto de seis Numeraciones: Gevurá, Jesed y Tiféret, Netsaj, Hod y Yesod. Es representada bajo la forma de un hombre, y se dice que primero ocupó el lugar posteriormente llenado por el mundo Briá o Creación, pero que fue elevada a la esfera azilútica, recibiendo Sabiduría, Inteligencia y Cognición (Dáat) desde la Sabiduría e Intelectualidad Sobrenaturales.

Vau, en la palabra triliteral, denota estos seis miembros o Microprosopos. Pues esta última se forma siguiendo el patrón del Macroprosopos, pero sin Kéter, la voluntad, que permanece en el primer universal, aunque es investida con una porción del Poder y Capacidad Intelectual Divinos. El primer universal no emplea la primera persona, siendo apelado en tercera persona, חני, Hua, él. Pero el segundo universal habla en primera persona, empleado la palabra אני, Ani, yo.

El Idra Rabba o Synodus Magna, libro del Sohar, dice:

El Más Antiguo de lo Antiguo (la Deidad Absoluta) se halla en Microprosopos. Todas las cosas son una: todo era, todo es, todo será. No hubo, ni hay, ni habrá mutación.

Pero la Deidad se conformó a sí misma en una forma que contiene todas las formas y todos los géneros.

Esta forma es a semejanza de Su forma, no siendo dicha forma sino otra análoga, por lo que la forma humana es la forma de todo lo de arriba y todo lo de abajo, que están incluidas en ella, y por ello acoge a todo lo de arriba y lo de abajo. Así tomó forma el Santísimo, y así fue configurado el Microprosopos. Todas las cosas son igualmente una, en cada uno de los dos universales; pero en el segundo Sus modos se dividen, estando el juicio de nuestro lado, y difiriendo también en el lado que mira hacia nosotros.

Estos Secretos se revelan únicamente a los que cosechan en el Campo Santo.

El Más Santo y Antiguo no es denominado Athah, Tú, sino Hua, Él. Pero en el Microprosopos, donde se halla el principio de las cosas, es denominado Athah, y también Ab,

Padre. De Él surge el Principio, y es llamado Tú, y es el Padre de los Padres. Emana del Non-Ens, y por ello se halla más allá de la congnición.

La Sabiduría es el Principio del Universo, y diverge a partir de él en treinta y dos maneras, en las que se contiene la ley: veintidós letras y diez palabras. La Sabiduría es el Padre de los Padres, y en esta Sabiduría se encuentra el Principio y el Fin; por lo que hay una sabiduría en cada universal, uno arriba, y el otro abajo.

El Comentario del Rabí Chajun Vital sobre el *Siphra de Zeniutha* dice: al principio de la emanación, el Microprosopos surgió del Padre, y se entremezcló con la Madre; bajo los misterios de la letra ה, He, se resolvió en דו, es decir, Dálet y Vau, por lo que Vau se denomina Microprosopos. Porque Vau es seis, y está constituido por las seis partes que siguen a Jojmá y Biná. Y, conforme a esta concepción, el Padre es llamado Padre de los Padres, pues de él proceden estos Padres, Benignidad, Severidad, y Belleza. Microprosopos era entonces como la letra Vau en la letra He, pues He no tiene cabeza; pero cuando He nació, tres cerebros fueron constituidos para ella, por medio del flujo de Luz Divina desde arriba.

Y del mismo modo que el mundo de restitución

(una vez que las vasijas de las Sefirot por debajo de Biná hubieron sido rotas, y con cuyos fragmentos podría crearse el mal) fue instituido según el modelo de la Balanza, así se materializa en la forma humana. Pero Maljut, Regnum, es una persona completa y separada, tras Microprosopos, y en conjunción con él, y ambos son denominados *hombre*.

El primer mundo (de Insensatez) no podía continuar y no podía subsistir, pues no tenía forma humana ni el sistema de la Balanza, dado que las Sefirot eran puntos, uno bajo el otro. El primer Adán (Microprosopos, en distinción con Macroprosopos, el primer Adán *Oculto*) fue el principio, en el que las diez numeraciones pasaron de la potencia al acto.

Microprosopos es la segunda vestimenta o medio interpuesto con respecto al Santísimo Antiguo, quien es el nombre Tetragramatón; y es llamado Alohim; porque el anterior es Piedad Absoluta. Mientras en Macroprosopos sus luces tienen la naturaleza de Severidades con respecto al antiguo universal; aunque son Conmiseración con respecto a las luces de Maljut y los tres mundos inferiores.

Todas las conformaciones de Macroprosopos vienen del primer Adán; quien, para interponer

una segunda cubierta, provocó que una sencilla chispa surgiese de la esfera de la Severidad, con cuyas cinco letras se genera el nombre Alohim. Con esto emitió del cerebro un sutilísimo aire, que ocupa su lugar a mano derecha, cuando la chispa de fuego se halla a la izquierda. De este modo el blanco y el rojo no se entremezclan, es decir, el Aire y el Fuego, que son la Piedad y el Juicio.

Microprosopos es el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, siendo sus Severidades el Mal.

Regnum, a quien se da el nombre de Palabra del Señor, se superpone al Cielo, como se denomina a los seis miembros del Grado Tiféret, y estos llegan a ser y son constituidos por esa vestidura superior. Pues toda conformación y constitución es efectuada por medio de veladuras, pues aquí la ocultación es lo mismo que la manifestación, dado que al ser velado el exceso de luz, y quedando disminuida en intensidad y grado, es susceptible de ser recibida por aquellos que se hallan abajo. Esos seis miembros concebidos como contenidos en Biná son considerados como en el Mundo de la Creación, del mismo modo que Tiféret está en el Mundo de Formación, y Maljut en el Mundo de Fabricación.

Antes de la institución del equilibrio, no se hallaban cara a cara: Microprosopos y su esposa en emanación se hallaban espalda contra espalda, y todavía uniéndose. Así era en lo alto: antes de que el Adán primordial fuese conformado en hombre y mujer, y se alcanzase el equilibrio, el Padre y la Madre no se hallaban cara a cara. Pues el Padre denota el más perfecto Amor, y la madre el más perfecto Rigor. Y los siete hijos sobrenaturales que procedían de ella, de Biná, pues dio a luz siete, eran los más perfectos rigores, sin conexión con raíz alguna en el Santísimo Antiguo; es decir, fueron todos muertos, destruidos, destrozados; pero fueron puestos en equilibrio, en el contrapeso de la Sabiduría Oculta, cuando fueron conformados en macho y hembra, Rigor y Amor, para a continuación ser restaurados, dándoseles una raíz arriba.

El Padre es Amor y Piedad, y con un Aur puro y sutil, o benignidad, impregna a la Madre, que es Rigor y Severidad de Juicio; y el producto es el cerebro del Microprosopos.

La Deidad determinó, dice la *Introducción* al Libro del Sohar, crear el Bien y el Mal en el mundo, conforme a lo que se dice en Isaías «el que crea la noche y crea el Mal». Pero el Mal estaba al principio oculto, y no podía ser

generado y alumbrado, salvo por el pecado del Primer Adán. Donde quiera que la Deidad determinase que las numeraciones fuesen por primera vez emanadas, desde la Benignidad hacia abajo, estas debían ser destruidas y destrozadas por el excesivo influjo de Su Luz, siendo Su intención crear a partir de ellas el mundo de los Males. Pero las primeras tres permanecerían y subsistirían, y entre los fragmentos nunca se encontrarían la Voluntad, el Poder Intelectual, ni la Capacidad de Intelección de la Divinidad. Las últimas siete numeraciones eran puntos, como las primeras tres, subsistiendo cada una independientemente, sin el sustento de una compañera, lo que ocasionó que muriesen y fuesen destruidas.

No había Amor entre ellas, sino únicamente un Temor de dos caras. La Sabiduría, por ejemplo, temía ascender de nuevo a su fuente en Kéter, o descender a Biná. Por ello no había unión entre ningunas dos, excepto Jojmá y Biná, aun siendo esta imperfecta y con los rostros evitándose mutuamente. Esto es lo que significa la afirmación de que el mundo fue creado por el Juicio, que es temor. Y por ello el mundo no podía subsistir, y los Siete Reyes fueron destronados, hasta que se le sumó el atributo de la Compasión, teniendo

entonces lugar la restauración. De este modo llegaron el Amor y la Unión, y seis de las partes se unieron en una persona; pues el Amor es el atributo de la Compasión o Piedad.

Biná produjo los Siete Reyes, no de manera sucesiva, sino todos al tiempo. El Séptimo es Regnum, denominado piedra, la piedra angular, porque sobre ella se construyen los palacios de los tres mundos inferiores.

Los seis primeros fueron estallados en fragmentos; pero Regnum fue aplastado en una masa informe, para evitar que los demonios malignos creados a partir de los fragmentos de los otros pudiesen recibir cuerpos de él, dado que de él proceden los cuerpos y la vitalidad (Néfesh).

A partir de los fragmentos de las vasijas vinieron todos los Males: los juicios, las aguas turbias, la serpiente y Adam Belial (Baal). Pero su luz interna reascencía hacia Biná, para a continuación fluir de nuevo hacia abajo a los mundos Briá y Yezirá, para formar ahí vestigios de las Siete Numeraciones. Las chispas de la Gran Influencia de las vasijas destrozadas, descendiendo a los cuatro elementos espirituales, Fuego, Aire, Agua y Tierra, y con ello a los reinos inanimado, vegetal, viviente y parlante, se convirtieron en Almas.

Separando lo luces apropiadas de las inapropiadas, y separando el bien del mal, la Deidad restauró en primer lugar la universalidad de los Siete Reyes del mundo Azilut, y posteriormente los tres mundos restantes.

Y aunque en ellos se encontraban tanto el bien como el mal, este mal todavía no se había manifestado en acto, dado que las Severidades permanecían, aunque mitigadas; pues alguna porción de ellas era necesaria para impedir que los fragmentos de los integumentos ascendiesen. Estos fueron también dejados, dado que la unión de dos es necesaria para la generación. Y esta necesidad para la existencia de la Severidad es el misterio del placer y la calidez del apetito generativo, naciendo de aquí el Amor entre marido y esposa.

Si la Deidad, dice la Introducción, no hubiese creado los mundos y no los hubiese destruido posteriormente, no podría haber mal en el mundo, sino que todas las cosas habrían sido buenas. No habría habido ni recompensa ni castigo en el mundo. No habría habido mérito en la virtud, pues el Bien lo conocemos por el mal, ni habría habido fecundidad o multiplicación en el mundo. Si toda la concupiscencia carnal fuese encadenada durante tres días en la boca del gran abismo, el

huevo de uno de los días sería necesario para el enfermo. En el tiempo por venir será denominado Laban (לבן, blanco), porque será blanqueado de su impureza, retornando al reino de Israel, y rezarán al Señor para que les otorgue el apetito de la concupiscencia carnal, de modo que puedan concebir hijos.

La intención de Dios cuando creó el mundo era que Sus criaturas reconociesen Su existencia. Por ello creó los males, para afligirles aunque pudiesen pecar, y creó la Luz y la Bendición para recompensar al justo. Y por lo tanto el hombre necesariamente tiene libre albedrío y capacidad de elección, dado que el Bien y el Mal se encuentran en el mundo.

Y estos reyes murieron, dice el *Comentario*, porque la condición de equilibrio todavía no existía, ni Adán Kadmón había sido formado masculino y femenino. No se encontraban en contacto con lo que estaba vivo, ni tenía raíz alguna en Adán Kadmón, ni había fluido la Sabiduría fuera de él, de su raíz, ni estaba conectado con ella. Pues todos estos eran pura piedad y el más sencillo amor, pero aquellos eran juicio riguroso. Por lo que una cara no miraba de frente a la otra cara; ni el Padre miraba a la Madre, pues de ella procedía el Juicio. Ni el

Macroprosopos miraba al Microprosopos. Y Regnum, la última numeración, era vacía e inane. No tenía nada de sí mismo; y, en cierto modo, no era nada, ni recibía nada de ellas. Su necesidad era recibir Amor de lo Masculino; pues era mero rigor y juicio; y el Amor y el Rigor deben temperarse mutuamente para producir creación, así como sus multitudes arriba y abajo. Pues Regnum fue hecho para ser poblado; y cuando gobiernan en él los juicios rigurosos resulta estéril, porque sus procesos no pueden continuar.

Por ello era necesario instituir el Equilibrio, para que pudiera haber una raíz arriba, de modo que los juicios pudieran ser restaurados y temperados, y vivir y no morir de nuevo. Y descendieron Siete Conformaciones; y todas las cosas alcanzaron el equilibrio, siendo la aguja de la balanza la raíz de arriba.

En el mundo Yezirá, afirma la *Pneumatica Kabalistica*, י denota a Kéter; יה, Jojmá y Biná; y יהו, Gedulá, Geburá y Tiféret; y así Vau es Belleza y Armonía. El Hombre es Jojmá; el Águila, Biná; el León, Gedulá; y el Buey, Geburá. Y el círculo misterioso es formado así por el Sohar y todos los Cabalistas: Miguel y el rostro del León aparecen en el Sur, y la mano derecha con la letra Yod, y el Agua; Gabriel y el rostro del Buey, en el Norte, y

la mano izquierda, con la primera ה del Tetragramatón y el Fuego; Uriel, en el rostro del Águila, en el Este y hacia adelante, con ו y el Aire; y Rafael y el rostro del Hombre, en el Oeste, y hacia atrás con la última ה, y la Tierra. En el mismo orden, las cuatro letras representan los cuatro mundos.

Rabí Simeón Ben Jokai afirma que los cuatro animales del Carro Misterioso, cuyas ruedas son Netsaj y Hod, son Gedulá, cuyo rostro es el del león; Geburá, con el del buey; Tiféret, con el rostro del águila, y Maljut, con el del hombre.

Las siete Sefirot inferiores, dice el *Æsch Mezareph*, representan a los Siete Metales: Gedulá y Geburá, plata y oro; Tiféret, hierro; Netsaj y Hod, latón y cobre; Yesod, plomo; y Maljut será la Mujer metálica y Amanecer de los Sabios, el campo en que deben sembrarse las semillas de los Minerales Secretos, que serán regados con Agua de Oro; pero los misterios aquí contenidos están tan ocultos que ninguna lengua puede pronunciarlos.

La palabra אמש, Amas, está compuesta por las iniciales de las tres palabras hebreas que significan aire, agua y fuego; por medio de las cuales, afirman los cabalistas, se mencionan la Benignidad, el Rigor Judicial, y la Piedad o

Compasión que media entre ellos.

Maljut, reza el *Apparatus*, es denominado Haikal, Templo o Palacio, pues es el Palacio del Grado de Tiféret, el cual yace oculto y contenido en él, y Haikal denota el lugar en el que todas las cosas están contenidas.

Para una mejor comprensión de la Cábala, recuérdese que Kéter, o la Corona, es considerada como una persona, compuesta por las diez Numeraciones, siendo por ello denominada Arik Anpin, o Macroprosopos:

Jojmá es una persona, siendo denominada Abba o Padre.

Biná es una persona, siendo denominada Madre, Imma.

Tiféret, que incluye todas las Numeraciones desde Gedulá a Yesod, es una persona, denominada Seir Anpin, o Microprosopos. Estas Numeraciones son seis en número, siendo representadas por el triángulo entrelazado, el Sello de Salomón.

Y Maljut es una persona, denominada la esposa de Microprosopos. Vau representa la Belleza o Armonía, que consiste en las seis partes que constituyen Seir Anpin.

La esposa, Maljut, se dice que está detrás del esposo, Seir, no teniendo otro conocimiento de él.

Y esto se explica así: todo objeto cognoscible puede ser conocido de dos maneras: *a priori*, que es cuando es conocido en razón de su causa; o *a posteriori*, cuando es conocido por sus efectos. El modo casi perfecto de cognición es cuando el intelecto conoce la cosa misma, en sí misma y a través de sí misma. Pero si se conoce la cosa por su similitud o idea, o especie separada de ella, o por sus efectos y operaciones, la cognición es mucho más débil e imperfecta. Y esta es la manera en que Regnum, la esposa de Seir, conoce a su marido, hasta que se ponen cara a cara, cuando se unen, y ella alcanza el conocimiento más próximo a la perfección. Pues entonces la Deidad, tal y como es limitada y manifestada en Seir y en el universo, es una.

Vau es Tiféret, considerado como la Unidad en la que se hallan los seis miembros, que son uno. Tiféret, Belleza, es la columna que soporta el mundo, simbolizada por la columna del Segundo Vigilante en las Logias Simbólicas. El mundo fue creado en primer lugar por el Juicio; y como así no podía subsistir, la Piedad se unió al Juicio, y las Divinas Mercedes sostienen el Universo.

Dios, dice el *Idra Suta*, formó todas las cosas bajo la forma de masculino y femenino, pues de otro modo la continuación de las cosas sería

imposible. La Sabiduría que Todo lo Abraza, surgiendo y brillando desde el Santísimo Antiquísimo, no brilla en otro modo que no sea hombre o mujer. La Sabiduría como Padre, la Inteligencia como Madre, se encuentran en equilibrio como masculino y femenino, y ambos están conjuntados, y uno brilla en el otro. Entonces generan, y se expanden en la Verdad, y los dos son la Perfección de todas las cosas cuando están emparejados; y cuando el Hijo es en ellos, la síntesis de todas las cosas es en uno.

Estas cosas son únicamente confiadas a los Santos Superiores, que han entrado y salido y conocen los caminos del Dios Santísimo, al punto de no errar en ellos, ya sean a izquierda o derecha. Pues estas cosas están ocultas; y la elevada Santidad brilla en ellos, como la luz fluye del esplendor de una lámpara.

Estas cosas son confiadas únicamente a aquellos que han penetrado pero no se han retirado; pues a aquel que no lo ha hecho así más le valiera no haber nacido.

Todas las cosas están comprendidas en las letras Vau y He; y todas son un sistema; y estas son las letras: תכונה, Tabuná, Inteligencia.

El Traductor

Nacido en Albacete (España) en 1968, Alberto Moreno Moreno es Técnico en Empresas y Actividades Turísticas y traductor. Reside actualmente en Alfaz del Pi (Alicante), y es miembro de la R# L# S# Oliva-La Safor Nº 112, al Oriente de Gandía, perteneciente a la Gran Logia de España.

Este libro terminó de componerse en las colecciones de MASONICA.ES el día 21 de junio de 2014 (e# v#), Solsticio de Verano

Notas

[←1]

El Paraíso Perdido de John Milton, *libro III, Una traducción en verso*, de Manuel Álvarez de Toledo Morenés. Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1988.

Índice